

STEPHEN KING

Pesadillas y alucinaciones
(Nightmares and dreamscapes)

El cadillac de Dolan

«La venganza es un plato que se toma frío.»

PROVERBIO ESPAÑOL

Esperé y observé durante siete años. Lo vi ir y venir... Dolan. Lo observé entrar en restaurantes caros, siempre con una mujer distinta cogida del brazo, siempre con su pareja de guardaespaldas flanqueándole. Presencí cómo su cabello gris acero se teñía de plata mientras que el mío retrocedía hasta desaparecer por completo. Le observé abandonar Las Vegas para emprender sus peregrinaciones periódicas a la Costa Oeste; y también lo vi regresar. En dos o tres ocasiones, esperé en una carretera secundaria hasta ver pasar a toda prisa su Sedan DeVille, del mismo color que su cabello, por la autovía 71 rumbo a Los Ángeles. Y en algunas ocasiones, aunque no muy frecuentes, lo vi dejar su casa situada en las colinas de Hollywood en el mismo Cadillac gris para regresar a Las Vegas. Yo soy maestro de escuela. Los maestros de escuela y los peces gordos no gozan de la misma libertad de movimientos; una simple circunstancia económica.

Él no sabía que yo lo vigilaba... Nunca me acerqué lo suficiente como para permitir que se diera cuenta. Siempre me andaba con cuidado.

Mató a mi mujer u ordenó que la asesinaran; al fin y al cabo, el resultado es el mismo. ¿Quieren detalles? Pues no los obtendrán de mí. Si los quieren, búsqnenlos en ejemplares atrasados de los periódicos.

Se llamaba Elizabeth, y daba clase en la escuela en la que todavía ahora trabajo. Era maestra de primero de básica. Los niños la adoraban, y creo que algunos de ellos todavía no han olvidado su amor por ella, a pesar de haber alcanzado ya la adolescencia. Desde luego, yo la quería y la sigo queriendo, sin duda. Era una mujer callada, pero sabía reír. Sueño con ella. Con sus ojos avellanados. Nunca ha habido otra mujer para mí. Ni la habrá.

Cometió un error. Dolan, quiero decir. Y Elizabeth estaba allí, en el lugar equivocado y el momento menos indicado, en el momento en que lo cometió. Acudió a la policía, y la policía la envió al FBI, y allí la interrogaron, y ella dijo que sí, que testificaría. Le prometieron protección, pero o bien cometieron un error o bien subestimaron a Dolan. En cualquier caso, una noche subió al coche y la dinamita conectada al contacto me dejó viudo. *Él* me dejó viudo... Dolan.

Puesto que no había nadie que pudiera testificar, lo dejaron en libertad.

Dolan regresó a su mundo, y yo, al mío. El ático de Las Vegas para él, la vieja casita vacía para mí. La larga serie de hermosas mujeres enfundadas en pieles y centelleantes vestidos de noche para él, el silencio para mí. Los Cadillac grises, cuatro en cuatro años, para él, y el viejo Buick Riviera para mí. Su cabello se tornó plateado, mientras que el mío se limitó a desaparecer.

Pero yo lo vigilaba.

Siempre tuve mucho cuidado... Oh, sí, mucho cuidado. Sabía lo que aquel hombre era, lo que podía hacer. Sabía que podía aplastarme como a un insecto si veía o siquiera percibía lo que yo pretendía hacerle. Así pues, siempre fui cauteloso.

Durante las vacaciones de verano de hace tres años, lo seguí (a prudente distancia) hasta Los Ángeles, adonde iba con cierta frecuencia. Permaneció en su elegante casa y se dedicó a dar fiestas, mientras yo observaba las idas y venidas desde las protectoras sombras de la otra esquina, ocultándome cuando la policía efectuaba sus frecuentes patrullas. Tomé una habitación en un hotel barato, en el que las radios de los clientes sonaban a un volumen atronador y las luces de neón del *topless* de enfrente bañaban la habitación. Al dormirme, soñaba con los ojos avellanados

de Elizabeth, soñaba con que todo aquello no había sucedido, y a veces me despertaba con los ojos llenos de lágrimas.

Estuve al borde de abandonar toda esperanza.

Dolan estaba bien protegido, por supuesto, tan bien protegido... No iba a ninguna parte sin sus dos gorilas armados hasta los dientes, y el Cadillac estaba blindado. Los grandes neumáticos radiales sobre los que se desplazaba eran autose-llantes, de los que suelen emplear los dictadores de países pequeños y turbulentos.

Y entonces, aquella última vez, me di cuenta del modo en que podría hacerlo..., pero no se me ocurrió hasta después de llevarme un buen susto.

Lo seguí de regreso a Las Vegas, manteniéndome siempre a dos, tres o incluso cuatro kilómetros de distancia. Al atravesar el desierto hacia el este, en ocasiones su coche no era más que un lejano destello de sol, y recordé el aspecto que el sol confería al cabello de Elizabeth.

Aquel día, me mantenía a una distancia aún mayor de lo habitual. Era un día entre semana, por lo que apenas había tráfico en la autovía 71. Cuando no hay tráfico, seguir a alguien se convierte en una maniobra peligrosa. Eso lo sabe incluso un maestro de escuela. Pasé junto a una señal naranja que rezaba DESVÍO A NUEVE KILÓMETROS e incrementé la distancia. Los desvíos en el desierto obligan a aminorar en gran medida la velocidad, y no quería arriesgarme a alcanzar el Cadillac gris mientras el conductor lo conducía con todo cuidado por alguna carretera secundaria surcada de baches.

DESVÍO A CINCO KILÓMETROS, rezaba la siguiente señal, y debajo: ZONA DE EXPLOSIVOS. DESCONECTEN LOS EMISORES.

Me cruzó la mente una película que había visto varios años antes. En ella, una banda de atracadores armados había atraído un furgón blindado hacia las profundidades del desierto mediante señales falsas. Después de que el conductor cayera en la trampa y tomara un solitario camino de tierra (existen miles de ellos en el desierto, sendas de ganado, caminos de granja y antiguas carreteras estatales que no llevan a ninguna parte), los ladrones quitaban las señales para garantizar el aislamiento, y a continuación se limitaban a cercar el furgón blindado hasta obligar a los guardias a salir.

Habían matado a los guardias.

Me acordaba de eso.

Habían matado a los guardias.

Llegué al desvío y lo tomé. La carretera estaba en tan mal estado como había imaginado..., de tierra aplastada, dos carriles, repleta de baches que hacían que mi viejo Buick diera tumbos y chirriara. El Buick necesitaba amortiguadores nuevos, pero los amortiguadores representan un gasto que un maestro se ve obligado a posponer en ocasiones, aunque sea viudo, no tenga hijos ni cultive aficiones, excepto su sueño de venganza.

Mientras el Buick avanzaba dando tumbos y tambaleándose, se me ocurrió una idea. En lugar de seguir el Cadillac de Dolan, la próxima vez que saliera de Las Vegas hacia Los Angeles o viceversa lo adelantaría. Crearía un falso desvío como el de la película, y atraería a Dolan a los eriales silenciosos y rodeados de montañas que existen al oeste de Las Vegas. A continuación, quitaría las señales, como habían hecho los ladrones en la película...

De pronto volví en mí. El Cadillac de Dolan se hallaba delante mío, *justo delante mío*, parado en la cuneta del polvoriento camino. Uno de los neumáticos, autosellante o no, estaba pinchado. Bueno, no sólo pinchado, sino reventado, hecho jirones alrededor de la llanta. Con toda probabilidad, el culpable había sido un afilado fragmento de piedra que sobresalía del piso como una trampa para tanques en miniatura. Uno de los guardaespaldas estaba manipulando un gato en la parte delantera del coche. El otro, un ogro con cara de cerdo que rezumaba sudor bajo el

cabello cortado al cepillo, permanecía con ademán protector junto a Dolan. Como ven, ni tan siquiera en el desierto corrían riesgo alguno.

Dolan se hallaba algo apartado, una figura esbelta enfundada en una camisa de cuello abierto y pantalón oscuro, con el cabello plateado ondeando alrededor de su cabeza en la brisa del desierto. Fumaba un cigarrillo mientras contemplaba a los dos hombres como si se hallara muy lejos de allí, en una sala de fiestas o un salón elegante.

Nuestras miradas se encontraron a través del parabrisas de mi coche. Al cabo de un instante, Dolan apartó la suya sin dar muestra alguna de reconocimiento, aunque, en realidad, me había visto en una ocasión, hacía siete años (cuando yo todavía tenía pelo), durante una vista preliminar, sentado junto a mi esposa.

El terror que sentí por haber alcanzado al Cadillac dio paso a la ira.

Me sentí tentado de bajar la ventanilla del copiloto y gritar: «¿Cómo te has atrevido a olvidarme? ¿Cómo te atreves a ignorarme?». Ah, pero eso habría sido actuar como un lunático. De hecho, era de lo más conveniente que me hubiera olvidado, era estupendo que me ignorara. Mejor ser un ratoncillo oculto tras el entablado, royendo la madera; mejor ser una araña escondida en lo alto, bajo el alero, tejiendo su tela.

El hombre que manipulaba el gato me hizo señales para que me detuviera, pero Dolan no era el único capaz de ignorar. Mantuve la vista fija e indiferente más allá del parabrisas, deseando que sufriera un ataque al corazón, una embolia o, aún mejor, ambas cosas al mismo tiempo. Seguí adelante... pero la cabeza me palpitaba a toda velocidad, y durante unos instantes, las montañas que se dibujaban en el horizonte parecieron duplicarse e incluso triplicarse.

«¡Si hubiera tenido un arma! —pensé—. ¡Si tan sólo hubiera tenido un arma! ¡Habría acabado con su podrida y miserable vida aquí mismo si hubiera tenido un arma!»

Tras recorrer varios kilómetros, recobré la razón hasta cierto punto. Si hubiera tenido un arma, lo único de lo que podía estar seguro era de que me habrían matado. Si hubiera tenido un arma, habría podido detenerme cuando el hombre del gato me hizo señas, habría podido salir del coche y empezado a rociar de balas el desierto. Incluso es posible que hubiera herido a alguien. Luego, me habrían matado y enterrado en un hoyo poco profundo. Y Dolan habría continuado acompañando a mujeres hermosas y peregrinando de Las Vegas a Los Ángeles en su Cadillac gris mientras los animales del desierto desenterraban mis restos y se peleaban por mis huesos a la luz de la fría luna. Y Elizabeth no habría obtenido venganza alguna.

Los hombres que viajaban con Dolan estaban entrenados para matar. Yo estaba entrenado para dar clase a niños de tercero de básica.

No se trataba de una película, me dije al regresar a la carretera, y pasé junto a otra señal anaranjada que rezaba FIN DE LA ZONA DE OBRAS - EL ESTADO DE NEVADA LE DA LAS GRACIAS. Si cometía el error de confundir la realidad con las películas, de creer que un maestro de tercero calvo y miope podría llegar a ser Harry *el Sudo* en otra situación que no fuera su imaginación, entonces nunca, nunca lograría consumir la venganza.

Pero ¿podría llegar a consumir la venganza algún día? ¿Podría hacerlo?

La idea de crear un desvío falso era tan poco realista y tan romántica como el pensamiento de saltar de mi viejo Buick y acribillar a aquellos tres hombres... Yo, que no había disparado un arma desde los dieciséis años y que jamás había disparado un revólver.

Una cosa así sería imposible de llevar a cabo sin una banda de conspiradores. Incluso la película que había visto, por romántica que fuera, lo ponía de manifiesto. Eran ocho o nueve hombres divididos en dos grupos, y se mantenían en contacto por walkie-talkie. Incluso disponían de un hombre en una avioneta, encargado de asegurarse de que el furgón blindado estaba relativamente aislado al acercarse al punto clave de la carretera.

Sin duda alguna, se trataba de una trama ideada por algún guionista obeso sentado junto a la piscina, con una pina colada en una mano y un manojito de bolígrafos Pentel nuevos y un manual

de guiones de Edgar Wallace en la otra. Incluso aquel tipo había necesitado un pequeño ejército para dar vida a su idea. Y yo estaba solo.

No funcionaría. No era más que el destello de una falsa idea, como las demás que se me habían ocurrido a lo largo de los años... La idea de que tal vez podría poner algún gas tóxico en el sistema de aire acondicionado de Dolan, o colocar una bomba en su casa de Los Angeles, o quizás hacerme con un arma realmente mortífera, como, por ejemplo, un bazoka, y convertir su maldito Cadillac gris en una bola de fuego cuando surcara el desierto hacia el este, en dirección a Las Vegas, o hacia el oeste, en dirección a Los Ángeles por la 71.

Mejor olvidarlo.

Pero no había forma.

«Aíslalo —seguía susurrando la voz interior que hablaba por Elizabeth—. Aíslalo al igual que un perro pastor experto aísla a una oveja del rebaño cuando su amo se lo ordena. Desvíalo al desierto y mávalo. Mávalo a todos.»

No funcionaría. Si no quería admitir ninguna otra verdad, al menos tendría que admitir que un hombre que había logrado permanecer vivo durante tanto tiempo debía de tener un instinto de supervivencia muy aguzado, aguzado hasta la paranoia, tal vez. Tanto él como sus hombres descubrirían la trampa en un abrir y cerrar de ojos.

«Hoy han tomado el desvío —repuso la voz que hablaba por Elizabeth—. No titubearon ni un segundo. Lo tomaron como auténticos corderitos.»

Pero lo sabía, sí, ¿de algún modo lo sabía! Sabía que los hombres como Dolan, que en realidad eran más lobos que hombres, desarrollan un sexto sentido cuando acecha el peligro. Podía robar señales de desvío auténticas de alguna caseta del departamento de Carreteras y colocarlas en los lugares adecuados. Incluso podía agregar conos anaranjados fluorescentes y algunas latas llenas de parafina encendida.... Podía hacer todo eso, pero aun así, Dolan percibiría el sudor nervioso de mis manos en el *atrezzo* del escenario. Lo olería a través de las lunas blindadas del coche. Cerraría los ojos y oiría el nombre de Elizabeth en lo más profundo de ese nido de serpientes que le hacía las veces de cerebro.

La voz que hablaba por Elizabeth enmudeció, y creí que había renunciado por aquel día. Pero de pronto, cuando ya se divisaba la ciudad de Las Vegas, una mancha azul y borrosa que se estremecía en el horizonte del desierto, la voz se alzó de nuevo.

«Entonces, no intentes engañarlo con un desvío falso —susurró—. Engañaño con uno de verdad.»

Di un brusco golpe de volante y pisé el freno a fondo con ambos pies. Fijé la mirada en el reflejo de mis ojos atónitos, abiertos de par en par.

En mi interior, la voz que hablaba por Elizabeth estalló en carcajadas. Era una risa salvaje, demente, pero al cabo de unos instantes, me uní a ella.

Los otros maestros se rieron de mí cuando me matriculé en el gimnasio de la Calle Novena. Uno de ellos me preguntó si alguien había estado intimidándome. Coreé sus risas. La gente no sospecha de un hombre como yo mientras siga uniéndose a sus risas. Y al fin y al cabo, ¿por qué no debería reír? Mi mujer ya llevaba siete años muerta, ¿no? ¿Si no era más que polvo y cabello y unos cuantos huesos en el ataúd! Así que, ¿por qué no habría de reír? Sólo cuando un hombre deja de reír se pregunta la gente si le sucede algo.

Seguí riendo pese a que los músculos me martirizaron durante todo aquel otoño e invierno. Reí pese a que siempre estaba hambriento... se había acabado eso de repetir, el tentempié de última hora, la cerveza, el gintonic de antes de la cena. Carne roja y verdura, verdura y más verdura.

Por Navidad me compré un aparato de gimnasia. No... eso no es del todo cierto. *Elizabeth* me compró un aparato de gimnasia por Navidad.

Dejé de ver a Dolan con tanta frecuencia. Estaba demasiado ocupado yendo al gimnasio, desarrollando los músculos de los brazos, el pecho y las piernas. Hubo momentos en que creí que sería incapaz de seguir, que sería imposible recuperar algo parecido a una buena forma física. No podía vivir sin repetir las comidas, sin mis trozos de tarta de moca y la ocasional go-tita de nata azucarada en el café. En tales momentos, aparcaba el coche frente a alguno de sus restaurantes predilectos, o bien iba a alguno de los clubes que gustaba frecuentar y esperaba a que apareciera, a que bajara de su Cadillac gris niebla con una rubia fría y arrogante o con una pelirroja risueña cogida del brazo... o con una de cada. Allí estaba, el hombre que había asesinado a mi Elizabeth, allí estaba, espléndido con una elegante camisa de Bijan, el Rolex de oro lanzando destellos a la luz de la sala de fiestas. Cuando me sentía cansado o desanimado, recurría a Dolan como un hombre sediento que se abalanza sobre un oasis en medio del desierto. Bebía su agua envenenada y recuperaba las fuerzas necesarias para seguir.

En febrero empecé a correr cada día, y entonces los demás maestros empezaron a burlarse de mi calva, que se despellejaba y enrojecía, se despellejaba y enrojecía, por mucha loción solar que me aplicara sobre ella. Yo me unía a sus risas, como si no hubiese estado dos veces al borde del desmayo y no pasara largos minutos acosado por temblores y terribles calambres en los músculos de las piernas tras cada carrera.

Al llegar el verano, solicité un empleo al departamento de Carreteras de Nevada. La oficina de empleo municipal estampó un sello de aprobación provisional en mi solicitud y me envió al capataz de distrito, un hombre llamado Harvey Blocker. Se trataba de un hombre alto, tan quemado por el sol de Nevada que su tez se había tornado casi negra. Llevaba vaqueros, botas de trabajo polvorientas y una camiseta azul con las mangas recortadas. MALA ACTITUD, proclamaba la camiseta. Sus músculos eran grandes bloques que se deslizaban bajo la piel. Echó un vistazo a mi solicitud. A continuación, alzó la vista para mirarme y lanzó una carcajada. La solicitud enrollada parecía minúscula en su enorme puño.

—Debes de estar bromeando, amigo. Quiero decir, seguro que estás bromeando. Se trata del desierto y del calor del desierto... no de esa mierda de bronceado de solárium para *yuppies*. ¿Qué eres en la vida real, amigo? ¿Contable?

—Maestro —repuse—. De tercero.

—Oh, cariño —exclamó y lanzó otra risotada—. Mira, desaparece de mi vida, ¿vale?

Yo tenía un reloj de bolsillo, que había pasado por los miembros de la familia desde mi bisabuelo, que había trabajado en el último tramo del gran ferrocarril transcontinental. Según la leyenda familiar, estaba ahí cuando pusieron el último clavo del ferrocarril. Saqué el reloj del bolsillo y lo balanceé por la cadena ante el rostro de Blocker.

—¿Ve esto? —pregunté—. Vale unos seiscientos o setecientos dólares.

—¿Es un soborno? —inquirió Blocker entre carcajadas. Sin duda le encantaba reír.

—Vaya, he oído de gente que pacta con el diablo, pero tú eres el primero que conozco que quiere sobornar a alguien para irse al infierno.

Me miró con una expresión similar a la compasión.

—Tal vez creas que entiendes en qué estás intentando meterte, pero te aseguro que no tienes ni la menor idea. Algunos días, en julio, la temperatura sube hasta 45 grados al este de Indian Springs. Eso hace llorar a los hombres más fuertes. Y tú no eres fuerte, amiguito. No me hace falta verte sin camisa para saber que sobre el esqueleto no tienes más que unos cuantos músculos de gimnasio, y con eso no vas a ninguna parte en el Gran Desierto.

—El día que usted decida que no soy capaz de hacerlo, dejaré el empleo. Usted se queda con el reloj. Sin discusiones.

—Eres un maldito embustero.

Fijé la mirada en él. El hombre la sostuvo durante unos instantes.

—No eres un maldito embustero —se corrigió impresionado.

—No.

—¿Le darías el reloj a Tinker para que lo guardara?

Blocker señaló con el pulgar a un inmenso hombre negro enfundado en una camiseta teñida a mano que estaba sentado en la cabina de una excavadora, dando cuenta de una tarta de frutas de McDonald's y escuchando la conversación.

—¿Es de fiar?

—Y que lo digas.

—Entonces puede guardarlo hasta que usted me eche o yo tenga que volver a la escuela en septiembre.

—¿Y cuál es mi parte del trato?

Señalé la solicitud de empleo encerrada en su puño.

—Firme esto —repliqué—. Ésta es su parte del trato.

—Estás loco.

Pensé en Dolan y Elizabeth y permanecí en silencio.

—Empezarás con el trabajo más asqueroso —me advirtió Blocker—, descargando asfalto caliente de un camión con una pala. No porque quiera tu maldito reloj, aunque me encantaría tenerlo, sino porque así es como empiezan todos.

—De acuerdo.

—Espero que entiendas lo que significa, amiguito.

—Lo entiendo.

—No —denegó Blocker—, no lo entiendes. Pero ya lo entenderás.

Y tenía *razón*.

Apenas recuerdo nada de las primeras dos semanas de trabajo, tan sólo que pasé los días descargando asfalto caliente con la pala y apisonándolo y caminando junto al camión con la cabeza gacha hasta el siguiente bache. En ocasiones trabajábamos cerca de la calle principal de Las Vegas, y oía las campanillas de los premios gordos en los casinos. A veces pienso que las campanillas no existían más que en mi propia cabeza. Alzaba la cabeza y ahí estaba Harvey Blocker, observándome con esa extraña expresión de compasión pintada en el rostro reluciente por el calor que subía desde el pavimento. A veces miraba a Tinker, sentado bajo el parasol de lona que cubría la cabina de su excavadora, y entonces él alzaba el reloj de mi bisabuelo y lo balanceaba hasta que el sol le arrancaba brillantes destellos.

La gran batalla consistía en no desmayarse, en permanecer consciente a toda costa. Aguanté todo el mes de junio, y la primera semana de julio, Blocker se sentó junto a mí a la hora de comer, mientras yo comía un bocadillo que sostenía con una mano temblorosa. A veces los temblores persistían hasta las diez de la noche. Era por el calor. La cuestión era temblar o desmayarse, y cuando pensaba en Dolan, de algún modo lograba seguir temblando.

—Todavía no eres fuerte, amiguito —comenzó Blocker.

—No —admití—, pero como dicen, tendrías que haber visto los materiales con los que empecé.

—Siempre creo que en cualquier momento me dará la vuelta y ahí estarás tú, desmayado en medio de la calzada, pero nunca te desmayas. Aunque al final te desmayarás.

—No, señor.

—Sí, señor. Si te quedas detrás del camión con la pala, acabarás desmayándote.

—No. Seguro que no.

—La época más calurosa del verano todavía no ha llegado, amiguito. Tink lo llama un tiempo de hornada de galletas.

—No me pasará nada.

Blocker se sacó algo del bolsillo. Era el reloj de mi bisabuelo. Lo dejó caer en mi regazo.

—Coge este maldito trasto —ordenó fastidiado—. No lo quiero.

—Hicimos un trato.

—Pues se acabó el trato.

—Si me despide, lo denunciaré —advertí—. Usted firmó mi solicitud. Usted...

—No te estoy despidiendo —me interrumpió al tiempo que apartaba la mirada—. Voy a encargar a Tinker que te enseñe a manejar una excavadora.

Lo miré durante largo rato, sin saber qué decir. Mi clase de tercero, tan fresca y agradable, parecía hallarse más lejos que nunca... y todavía no tenía ni la más remota idea de cómo pensaba un hombre como Blocker, ni de sus intenciones cuando decía las cosas que decía. Sabía que me admiraba y me despreciaba a un tiempo, pero no tenía idea de la razón por la que albergaba estos dos sentimientos hacia mí. «Y no tiene por qué importarte, cariño —aseguró de pronto Elizabeth desde el fondo de mi mente—. Quien debe importarte es Dolan. Recuerda a Dolan.»

—¿Por qué quiere hacer eso? —inquirí por fin.

Se volvió hacia mí, y observé que yo le enfurecía y le divertía al mismo tiempo. Aunque creo que la furia era el sentimiento predominante.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, amiguito? ¿Qué te crees que soy yo?

—Yo no...

—¿Crees que pretendo matarte por tu jodido reloj? ¿Es eso lo que piensas?

—Lo siento.

—Sí, sí que lo sientes. Eres el cabroncete más desolado que he visto en mi vida.

Me guardé el reloj de mi bisabuelo.

—Nunca serás fuerte, amiguito. Algunas personas y plantas prenden en el sol, otras se marchitan y mueren. Tú te estás muriendo. Lo sabes y aun así no te refugias en la sombra. ¿Por qué? ¿Por qué te estás metiendo toda esta mierda en el cuerpo?

—Tengo mis razones.

—Sí, ya me lo imagino. Y que Dios ayude a cualquiera que se interponga en tu camino. Se levantó y se alejó. Tinker se acercó con una sonrisa torva.

—¿Crees que puedes aprender a manejar una excavadora.

—Creo que sí —repuse.

—Yo también lo creo —corroboró el hombre—. Al viejo Blocker le caes bien, sólo que no sabe cómo expresarlo.

—Ya me he dado cuenta. Tinker lanzó una risotada.

—Eres un cabroncete duro, ¿eh?

—Eso espero.

Pasé el resto del verano conduciendo una excavadora, y cuando regresé a la escuela aquel otoño, con la piel casi tan negra como el propio Tinker, los demás profesores dejaron de burlarse de mí. A veces me miraban de soslayo cuando pasaba por su lado, pero habían dejado de reírse.

Tengo mis razones. Eso era lo que le había dicho. Y era cierto. No había pasado el verano en aquel infierno tan sólo por capricho. Tenía que ponerme en forma. Prepararme para cavar la tumba de un hombre o una mujer tal vez no requiriera medidas tan drásticas, pero no sólo tenía a un hombre en mente.

Pretendía enterrar el maldito Cadillac.

En abril del año siguiente me suscribí a la publicación de la Comisión de Carreteras del Estado. Cada mes recibía un boletín llamado *Señales de tráfico de Nevada*. Hojeaba superficial

mente la mayor parte de la revista, que se ocupaba de facturas pendientes por mejoras de carreteras, equipo de construcción de carreteras que había sido comprado y vendido, medidas de la legislatura del estado sobre temas tales como el control de las dunas de arena y nuevas técnicas antierosión. Lo que me interesaba eran las dos últimas páginas del boletín. La sección, titulada sencillamente El Calendario, ofrecía una relación de fechas y lugares en los que se efectuarían obras el mes siguiente. Me centraba ante todo en los lugares y las fechas junto a los cuales aparecía una simple abreviatura de cuatro letras: RPAV. Dicha abreviatura significaba repavimentación, y la experiencia en el equipo de Harvey Blocker me había enseñado que tales eran las obras que con mayor frecuencia requerían la creación de desvíos. Pero no siempre, no, desde luego que no. La Comisión de Carreteras no cierra un tramo de carretera a menos que no le quede otro remedio. Pero tarde o temprano, me dije, aquellas cuatro letras significarían el fin de Dolan. No eran más que cuatro letras, pero en ocasiones las veía en sueños: RPAV.

No es que creyera que iba a ser fácil, ni que sucedería pronto... Sabía que quizá tuviera que aguardar varios años, y que era posible que alguien acabara con Dolan entretanto. Era un hombre malvado, y los hombres malvados llevan vidas peligrosas. Cuatro vectores relacionados tan sólo de un modo remoto deberían coincidir, como una conjunción excepcional de planetas. Dolan debería salir de viaje, yo debería estar de vacaciones, tendría que tratarse de un día de fiesta nacional o de un fin de semana de tres días.

Años, tal vez. O quizá jamás. Sin embargo, albergaba una suerte de serenidad, la certidumbre de que ocurriría y que, para entonces, estaría dispuesto. Y lo cierto es que acabó por suceder. No aquel verano, no aquel otoño ni la siguiente primavera. Pero en junio del año pasado, abrí la revista *Señales de tráfico de Nevada* y leí lo siguiente:

1 DE JULIO A 22 DE JULIO (PREVISTO): CARRETERA 71, MILLAS 440-472 (OESTE) RPAV

Me temblaban las manos. Hojeé el calendario que había sobre mi mesa y comprobé que el 4 de julio caía en lunes.

Así pues, se conjugarían tres de los cuatro vectores, pues, sin duda alguna, se haría necesario crear un desvío en un tramo de obras tan extenso.

Pero Dolan... ¿qué pasaba con Dolan? ¿Qué pasaba con el cuarto vector?

Recordaba tres años en los que Dolan había viajado a Los Ángeles durante la semana del Cuatro de Julio, una de las pocas semanas aburridas del año en Las Vegas. Recordaba que en otras tres ocasiones había viajado a otros lugares, una vez a Nueva York, otra a Miami y la tercera a Londres, así como otra en la que se había limitado a permanecer en Las Vegas.

Si iba...

¿Había alguna forma de averiguarlo?

Reflexioné sobre ello largo y tendido, pero dos visiones no cesaban de interponerse en mis pensamientos. Veía el Cadillac de Dolan surcando el desierto hacia el oeste, en dirección a Los Ángeles, al anochecer, proyectando una larga sombra tras de sí. Lo veía pasar junto a las señales de DESVÍO, la última de las cuales advertía a los propietarios de radios de dos bandas que las apagasen. Veía el Cadillac pasar junto al equipo de construcción abandonado... excavadoras, niveladoras, bull-dozer, *excavadoras front-end*. Abandonado no sólo porque ya había finalizado la jornada, sino porque era un fin de semana largo, un fin de semana de tres días.

En la segunda visión, todos los elementos eran los mismos, pero las señales de desvío habían desaparecido.

Habían desaparecido porque yo las había quitado.

El último día de escuela se me ocurrió de pronto el modo de averiguar lo que me interesaba. Estaba medio adormilado, con la mente a miles de kilómetros tanto de la escuela como de Dolan,

cuando, de repente, me incorporé en mi asiento, derribando un jarrón colocado en un extremo de la mesa (contenía unas hermosas flores del desierto que mis alumnos me habían traído como regalo de fin de curso), que cayó al suelo y se hizo añicos. Algunos de los alumnos, que también habían estado medio dormidos, dieron un respingo, y tal vez la expresión de mi rostro asustó a uno de ellos, pues un chiquillo llamado Timothy Urich se echó a llorar y me vi obligado a consolarlo.

«Sábanas —pensé mientras consolaba al pequeño—. Sábanas, fundas de almohada, ropa de cama y cubertería; las alfombras; el jardín. Todo tiene que tener un aspecto impecable. Él querrá que todo tenga un aspecto impecable.»

Por supuesto. Hacer que las cosas tuvieran un aspecto impecable formaba parte de Dolan tanto como su Cadillac.

Esbocé una sonrisa, y Timmy Urich me la devolvió, pero mi sonrisa no iba dedicada a él.

Estaba sonriendo a Elizabeth.

Aquel año, las clases terminaron el 10 de junio. Doce días más tarde, viajé en avión a Los Angeles. Alquilé un coche y tomé una habitación en el mismo hotel barato en el que me había alojado en otras ocasiones. Los tres días siguientes, fui en coche a Hollywood Hills y monté guardia cerca de la casa de Dolan. Por supuesto, no podía montar guardia constantemente, pues alguien se habría percatado de mi presencia. Los ricos contratan a gente para que descubran a los intrusos, que, con demasiada frecuencia, resultan ser peligrosos.

Como yo.

Al principio no sucedió nada. La casa no estaba cerrada, el jardín no aparecía cubierto de malas hierbas, Dios no lo permita, el agua de la piscina estaba impoluta y clorada. No obstante, la casa presentaba un aspecto de vacío y desuso, con las persianas bajadas contra el sol estival, ningún vehículo en el sendero central de entrada, ni un alma en la piscina que un joven peinado con coleta limpiaba cada mañana.

Llegué a convencerme de que fracasaría. Sin embargo, me quedé, deseando y esperando que el cuarto vector no me fallara. El 29 de junio, cuando ya casi me había resignado a pasar otro año observando, esperando, yendo al gimnasio y conduciendo una excavadora durante el verano en el equipo de Harvey Blocker, si es que me aceptaba, claro está, un coche azul con la inscripción SERVICIOS DE SEGURIDAD DE LOS ÁNGELES se detuvo junto a la verja de entrada de la casa de Dolan. Un hombre uniformado salió del coche y abrió la verja con una llave. Entró el coche en la propiedad y desapareció tras doblar una esquina. Al cabo de unos instantes, regresó a pie y cerró la verja con llave desde dentro.

Al menos una interrupción en la rutina. Sentí una débil punzada de esperanza.

Puse el coche en marcha, me obligué a permanecer alejado durante casi dos horas y a continuación regresé a la casa, aparcando en la parte alta de la manzana en lugar de al pie. Un cuarto de hora más tarde, una furgoneta azul se detuvo ante la casa de Dolan. En un costado se leía la inscripción SERVICIO DE LIMPIEZA DEL GRAN JOE. El corazón me dio un vuelco. Estaba espionando la escena a través del espejo retrovisor, y recuerdo la fuerza con que mis manos se aferraban al volante del coche de alquiler.

Cuatro mujeres salieron de la furgoneta, dos blancas, una negra y una chicana. Todas ellas vestían de blanco, como camareras, pero no se trataba de camareras, por supuesto, sino de mujeres de la limpieza.

El guardia de seguridad contestó cuando una de ellas pulsó el botón del interfono y abrió la verja. Los cinco se pusieron a hablar y a reír. El guardia de seguridad intentó pellizcarle el trasero a una de las mujeres, y ella le dio un cachete en la mano, sin dejar de reír.

Una de las mujeres regresó a la furgoneta y la condujo hasta el sendero de entrada. Las demás se acercaron a ella, hablando mientras el guardia de seguridad volvía a cerrar la verja con llave.

Tenía el rostro bañado en sudor; se me antojaba grasa. El corazón me martilleaba en el pecho.

Se hallaban fuera del campo de visión del espejo retrovisor, de modo que me arriesgué a volverme para observarlos.

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron.

Una de las mujeres sacó una ordenada pila de sábanas; otra llevaba toallas; otra, un par de aspiradoras.

Se dirigieron hacia la puerta y el guardia les franqueó el paso.

Me alejé de allí, sacudido por temblores tan fuertes que apenas podía conducir.

Estaban abriendo la casa. Dolan iría a Los Ángeles.

Dolan no cambiaba de Cadillac cada año, ni siquiera cada dos años. El Sedán DeVille gris que llevaba a finales de aquel mes de junio tenía tres años. Conocía sus dimensiones al dedillo. Había escrito a General Motors fingiendo ser un escritor que realizaba una investigación para un libro. Me habían enviado una guía del usuario y un folleto de especificaciones técnicas del modelo de aquel año. Incluso me habían devuelto el sobre sellado y dirigido a mí mismo que había incluido en la carta. Por lo visto, las grandes empresas no renuncian a la cortesía ni siquiera cuando están en números rojos.

A continuación, había mostrado tres cifras, la anchura del Cadillac en el punto más ancho, la altura en el punto más alto, y la longitud en el punto más alto, a un profesor de matemáticas que da clase en el Instituto de Las Vegas. Creo que ya les había comentado que me había preparado para aquello, y no toda la preparación había sido física, desde luego que no.

Le planteé mi problema como una cuestión meramente hipotética. Le dije que estaba intentando escribir una historia de ciencia ficción, y quería que todas las cifras cuadraran. Incluso inventé algunos fragmentos plausibles de la trama... Me sorprendió la imaginación de que hice gala.

Mi amigo me preguntó a qué velocidad viajaría el vehículo extraterrestre de exploración. Se trataba de una pregunta que no había esperado, de modo que quise saber si importaba.

—Por supuesto que importa —exclamó—. Importa mucho. Si quieres que el vehículo extraterrestre de exploración caiga directamente en la trampa, ésta tiene que tener las dimensiones precisas. La cifra que me has dado es de 6 por 1,8 metros.

Abrí la boca para advertir que no eran las medidas exactas, pero mi amigo ya había alzado la mano.

—Más o menos —prosiguió—. Así será más sencillo calcular el arco de descenso.

—¿El qué?

—El arco de descenso —repitió.

Me apacigué de inmediato. Era una expresión de la que un hombre preparado para la venganza podía enamorarse. Producía un sonido oscuro, suavemente ominoso. *El arco de descenso*.

» Había dado por sentado que si cavaba la tumba de modo que el Cadillac pudiera caber en ella, entonces cabría. Fue mi amigo quien me señaló que antes de hacer las veces de tumba, tendría que hacer las veces de trampa.

La forma en sí misma era importante, prosiguió mi amigo. Era posible que la trinchera larga y delgada que había proyectado no funcionara. De hecho, las probabilidades de que no funcionara eran mayores que las probabilidades de lo contrario.

—Si el vehículo no llega en línea completamente recta al comienzo del hoyo —aseguró el matemático—, entonces es posible que no caiga en él. Se limitaría a deslizarse durante unos metros en posición inclinada, y cuando se detuviera, todos los alienígenas saldrían por la puerta del copiloto y se cargarían a tus héroes. La solución —concluyó—, está en ensanchar la entrada del hoyo, es decir, cavarlo en forma de embudo.

También estaba el problema de la velocidad.

Si el Cadillac de Dolan iba demasiado aprisa y el hoyo era demasiado corto, entonces lo atravesaría, hundiéndose un poco en el trayecto, y la carrocería o bien las ruedas chocarían contra el borde del extremo más alejado. El coche volcaría, sin duda, pero no caería en el hoyo. Por otra parte, si el Cadillac iba demasiado despacio y el hoyo era demasiado largo, podría aterrizar en el hoyo verticalmente en lugar de sobre las ruedas, y eso no podía ser. Resulta imposible enterrar un Cadillac si medio metro del maletero y el parachoques trasero sobresalen del suelo, del mismo modo que sería imposible enterrar a un hombre cabeza abajo.

—Así pues, ¿a qué velocidad irá tu coche de exploración?

Realicé un rápido cálculo mental. En la carretera, el conductor de Dolan solía conducir a unos noventa y cinco o cien kilómetros por hora. Con toda probabilidad, aminoraría un poco la velocidad en la zona donde pensaba ejecutar mi plan. Podía retirar las señales de desvío, pero no podía hacer desaparecer la maquinaria de construcción y borrar todas las huellas de las obras.

—A unos veinte rull —sugerí.

—Traducción, por favor —pidió mi amigo con una sonrisa.

—Digamos unos ochenta kilómetros terrestres por hora.

—Aja.

El matemático se puso a realizar operaciones con su regla de cálculo mientras yo permanecía sentado junto a él con ojos brillantes y una amplia sonrisa, pensando sobre aquella maravillosa expresión, *arco de descenso*.

Alzó la vista casi al instante.

—¿Sabes, amigo? —exclamó—. Deberías pensar en modificar las dimensiones del vehículo.

—Oh, ¿por qué lo dices?

—Seis metros es mucho para un vehículo de exploración —prosiguió riendo—. Es casi tan grande como un Lincoln Mark IV.

Coreé sus risas. Reímos juntos.

Tras ver a las mujeres entrar en la casa con las sábanas y las toallas, regresé a Las Vegas.

Abrí la puerta de mi casa, entré en el salón y levanté el auricular del teléfono. Me temblaba un poco la mano. Había esperado y observado durante siete años, como una araña en el alero o un ratón detrás del zócalo. Había intentado no dar a Dolan ni la menor pista de que el marido de Elizabeth seguía interesado en él... y la indiferente mirada que me había lanzado aquel día cuando pasé junto a su Cadillac averiado de regreso a Las Vegas había sido mi justa recompensa, por enfurecido que me hubiera sentido en aquel instante.

Sin embargo, había llegado el momento de correr un riesgo. Tendría que correrlo, pues no podía estar en dos lugares a un tiempo y debía averiguar si Dolan estaba en camino, así como enterarme del momento en que debía hacer desaparecer temporalmente la señal de desvío.

Había elaborado un plan durante el vuelo de regreso. Creía que funcionaría. Lograría que funcionase.

Llamé a información de Los Ángeles y pregunté por el número del Servicio de Limpieza del Gran Joe. Me lo dieron y empecé a marcar.

—Soy Bill del Servicio de Catering Rennie —me presenté—. Tenemos una fiesta el sábado por la noche en el 1121 de Áster Drive, en Hollywood Hills. Querría saber si una de sus chicas podría comprobar si la fuente grande de ponche del señor Dolan está en la alacena que hay encima de la cocina. ¿Le importaría hacerme ese favor?

Me pidieron que esperara. Lo logré de algún modo, aunque con cada eterno segundo que pasaba estaba más convencido de que el hombre se había olido algo y estaba llamando a la compañía telefónica por la otra línea mientras me hacía esperar.

Por fin, tras unos instantes que se me antojaron toda una vida, el hombre volvió a ponerse. Su voz sonaba molesta, pero eso no importaba. Al fin y al cabo, era lo que había esperado.

—¿El sábado por la noche?

—Sí, eso es. Pero no tendré una fuente de ponche lo suficientemente grande para la fiesta a menos que la vaya a buscar a la otra punta de la ciudad, y creo recordar que él tiene una. Sólo quería asegurarme.

—Mire, en mi calendario pone que no se espera al señor Dolan hasta las tres de la tarde del domingo. No me importa mandar a una de las chicas a comprobar lo de la fuente, pero me gustaría aclarar este asunto primero. El señor Dolan no es de los que les gusta que le jodan, si me perdona el lenguaje...

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —corroboré.

—... y si va a aparecer un día antes de lo previsto, tendré que enviar a algunas chicas más ahora mismo.

—Voy a comprobar otra vez mi agenda —tercié.

El libro de lectura que utilizo en la clase de tercero *Caminos a todas partes* estaba sobre la mesa, junto a mí. Hojeé algunas páginas cerca del auricular.

—Madre mía —exclamé por fin—. Es culpa mía. Da la fiesta el domingo por la noche. Lo siento mucho. No me pegue.

—Qué va, hombre. Oiga, espere un momento más. Le diré a una de las chicas que vaya a comprobar lo de la...

—No, no hace falta si la fiesta es el domingo —interrumpí—. Me traerán la fuente grande de vuelta de una boda en Glensdale el domingo por la mañana.

—Vale, que le vaya bien.

Tranquilo, sin suspicacias. La voz de un hombre que no iba a pararse a pensar en la conversación.

Eso esperaba.

Colgué y permanecí sentado, reflexionando sobre la cuestión con el mayor cuidado posible. Para llegar a Los Angeles a las tres de la tarde, saldría de Las Vegas alrededor de las diez de la mañana del domingo. Así pues, llegaría a la zona del desvío hacia las once y cuarto u once y media, hora en que apenas habría tráfico de todas formas.

Decidí que ya era hora de dejar de soñar y poner manos a la obra.

Eché un vistazo a los anuncios de venta, hice algunas llamadas y salí para ver cinco coches usados cuyo precio se hallaba dentro de mis posibilidades económicas. Me decidí por una destartalada furgoneta Ford, fabricada el mismo año en que Elizabeth había sido asesinada. Pagué en efectivo. Sólo me quedaban doscientos cincuenta y siete dólares en la libreta, pero eso no me preocupaba ni en lo más mínimo. En el camino de vuelta a casa, me detuve en una tienda de alquiler de herramientas del tamaño de unos grandes almacenes y alquilé un compresor de aire portátil, indicando el número de mi tarjeta MasterCard como garantía.

A última hora de la tarde del viernes cargué la furgoneta con picos, palas, el compresor, una carretilla, una caja de herramientas, prismáticos y un martillo neumático que había tomado prestado del departamento de Carreteras y que disponía de un juego de brocas en forma de punta

de flecha, especial para taladrar asfalto. Una pieza grande y cuadrada de lona de color arena, así como un largo rollo de lona, que había constituido mi gran proyecto el verano anterior, veintiuna riostras de madera delgada, de cinco pies de longitud cada una, y, por último, aunque no por ello menos importante, una gran grapadora industrial.

Antes de adentrarme en el desierto, me detuve en un centro comercial y robé un par de matrículas que coloqué en la furgoneta.

A 125 kilómetros al oeste de Las Vegas, vi la primera señal anaranjada: ZONA DE OBRAS - CONDUZCA CON PRECAUCIÓN. Al cabo de una milla aproximadamente, vi la señal que había estado esperando desde... bueno, desde la muerte de Elizabeth, supongo, aunque no siempre lo había sabido.

DESVÍO A DIEZ KILÓMETROS.

Casi había caído la noche cuando llegué y analicé la situación. No podría haber sido mucho mejor si yo mismo hubiera diseñado el lugar.

El desvío era una curva a la derecha situada entre dos cuestras. Tenía el aspecto de una vieja vía de servicio que el departamento de Carreteras había aplanado y ensanchado para dar temporalmente cabida a la mayor densidad de tráfico que se produciría. El desvío estaba señalizado mediante una flecha luminosa alimentada por una batería que zumbaba en el interior de una caja de acero cerrada con candado.

Justo detrás del desvío, donde la carretera se elevaba hacia la cima de la segunda cuesta, la calzada aparecía bloqueada por dos hileras de conos. Más allá (si alguien era lo suficientemente estúpido como para haber pasado por alto la flecha luminosa y después haber atropellado las dos hileras de conos, como supongo que algunos conductores harían) se elevaba una señal anaranjada, de dimensiones similares a una valla publicitaria, sobre la que se leía: CARRETERA CERRADA -UTILICE EL DESVÍO.

No obstante, desde ahí todavía no se apreciaba el motivo del desvío, lo cual era muy conveniente. No quería que Dolan sospechara en lo más mínimo la existencia de la trampa antes de caer en ella.

Con movimientos rápidos, pues no quería que nadie me sorprendiera, salté de la furgoneta y recogí alrededor de una docena de conos, hasta crear un espacio suficiente para pasar con la furgoneta. Arrastré la señal de CARRETERA CERRADA hacia la derecha, regresé corriendo a la furgoneta, entré y atravesé la hilera de conos.

De pronto oí el motor de un coche que se aproximaba.

Cogí los conos y los volví a colocar en su lugar con la mayor rapidez posible. Dos de ellos se me escurrieron de entre las manos y rodaron hasta la hondonada. Los perseguí entre jadeos. Tropecé con una piedra en la oscuridad, caí cuan largo era y me levanté de un salto, con el rostro cubierto de polvo y sangre en la palma de la mano. El coche se acercaba cada vez más; muy pronto aparecería en la cima de la última cuesta, y a la luz de los faros de carretera, el conductor divisaría a un hombre enfundado en vaqueros y camiseta que intentaba colocar los conos en su lugar, mientras su furgoneta se encontraba parada en un lugar donde no debería haber ningún vehículo que no perteneciera al departamento de Carreteras del Estado de Nevada. Coloqué el último cono en su lugar y corrí hacia la señal. Tiré de ella con demasiada fuerza; osciló y estuvo a punto de caer al suelo.

Cuando los faros del coche empezaron a brillar sobre la cuesta que se alzaba al este, me convencí de pronto de que se trataba de un coche patrulla del estado.

La señal se hallaba de nuevo en su lugar... y si no exactamente, al menos sí muy cerca. Alcancé la furgoneta a la carrera, me encaramé al asiento del conductor y conduje a toda prisa hasta la cuesta siguiente. Acababa de pasarla cuando los faros del otro coche inundaron la noche detrás de mí.

¿Me habría visto en la oscuridad, pese a que yo llevaba las luces apagadas? No lo creía.

Me recliné en el asiento, con los ojos cerrados, a la espera de que mi corazón se tranquilizara. Por fin, cuando el sonido del coche que traqueteaba por el desvío se alejó hasta desaparecer, lo logré.

Ahí estaba... a salvo detrás del desvío.

Había llegado el momento de poner manos a la obra.

Más allá de la cuesta, la carretera se extendía en un largo tramo recto y llano. A unos dos tercios de dicho tramo, la carretera dejaba de existir, sustituida por montones de tierra y un tramo largo y ancho de grava prensada.

¿Lo verían y se detendrían? ¿Darían media vuelta? ¿O bien continuarían, confiando en que debía existir un camino practicable puesto que no habían visto ninguna señal de desvío?

Era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Escogí un lugar situado a unos veinte metros del inicio del tramo llano, pero a unos cuatrocientos metros del punto en que la carretera desaparecía. Aparqué a un lado de la carretera, me dirigí a la parte trasera de la furgoneta y abrí las puertas. Saqué un par de tablones y el equipo que había traído conmigo a pulso. A continuación, descansé durante unos instantes y alcé la mirada hacia las frías estrellas del desierto.

—Allá vamos, Elizabeth —les susurré.

Me acometió la sensación de que una mano helada me acariciaba la nuca.

El compresor armaba mucho jaleo y el martillo neumático era aún peor, pero no había nada que hacer. Lo único que cabía esperar era que pudiera terminar la primera fase del trabajo antes de medianoche. Si tardaba mucho más, estaría en apuros de todas formas, pues disponía de una cantidad limitada de gasolina para el compresor.

Daba igual. No pienses en quién puede estar escuchando y preguntándose quién es el imbécil que anda utilizando un martillo neumático en mitad de la noche. Piensa en Dolan. Piensa en el Sedán DeVille.

Piensa en el *arco de descenso*.

En primer lugar, marqué los límites de la tumba con ayuda de tiza blanca, la cinta métrica de mi caja de herramientas y las cifras que mi amigo el matemático había calculado. Al terminar, un desigual rectángulo de apenas cinco pies de anchura y unos cuarenta de longitud brillaba débilmente en la oscuridad. El extremo más cercano se ensanchaba en un arco. En las tinieblas, el vuelo no se asemejaba tanto a un embudo como en el papel milimétrico sobre el que mi amigo el matemático lo había esbozado. En la oscuridad, presentaba más bien el aspecto de una boca abierta de par en par, situada en el extremo de una conducción de aire larga y estrecha. «Para comerte mejor, querida», pensé esbozando una sonrisa en la noche.

Tracé otras veinte líneas transversales en el rectángulo, a intervalos de dos pies. Por último, tracé una sola línea vertical que dividía el rectángulo en una rejilla de cuarenta y dos cuadrados de dos pies por dos y medio. El segmento número cuarenta y tres era el vuelo en forma de arco del extremo.

Me arremangué la camisa, puse en marcha el compresor y me dirigí al primer segmento.

El trabajo avanzaba con mayor rapidez de la que tenía derecho a esperar, pero más despacio de lo que me había atrevido a soñar. Al fin y al cabo, ¿sucede eso alguna vez? Habría resultado más práctico utilizar la maquinaria pesada, pero eso llegaría más tarde. En primer lugar, tenía que levantar los cuadrados de pavimento. No terminé a medianoche ni tampoco había acabado a las tres de la mañana, cuando se agotó la gasolina del compresor. Había contado con la posibilidad de que sucediera aquello, por lo que me había armado con un sifón para bombear gasolina del

depósito de la furgoneta. Desenrosqué el tapón del depósito, pero al percibir el olor de la gasolina, volví a enroscarlo y me limité a tenderme en el asiento trasero de la furgoneta.

Se acabó, al menos por aquella noche. No podía más. Pese a los guantes de trabajo que me había puesto, tenía las manos cubiertas de grandes ampollas, algunas de las cuales habían comenzado ya a supurar. Tenía la sensación de que me vibraba todo el cuerpo a causa del ritmo constante y torturador del martillo neumático, y los brazos se me antojaban diapasones fuera de control. Me dolía la cabeza. Me dolían los dientes. La espalda no cesaba de atormentarme; era como si tuviera la columna llena de fragmentos de vidrio.

Había levantado el pavimento en veintiocho segmentos. Veintiocho.

Me quedaban otros catorce. Y el trabajo no había hecho más que comenzar. «Nunca —pensé—. Es imposible. No lo lograré.» Otra vez aquella mano helada. «Sí, cariño. Sí.»

El zumbido que plagaba mis oídos empezó a remitir. De vez en cuando, oía el motor de un coche que se acercaba... y a continuación se convertía en un ronroneo a mi derecha cuando el vehículo tomaba el desvío y trazaba la curva que el departamento de Carreteras había creado en torno ala zona de obras. Mañana era sábado... perdón, hoy. Hoy era sábado. Dolan llegaría el domingo. No había tiempo.

«Sí, cariño.»

Había quedado hecha pedazos en la explosión.

Mi amor había quedado hecha pedazos por contar la verdad a la policía sobre lo que había presenciado, por no dejarse intimidar, por ser valiente, y Dolan seguía viajando en su Cadillac y bebiendo whisky de veinte años, mientras su Rolex despedía destellos.

«Lo intentaré», me dije y me sumí en un letargo sin sueños, similar a la muerte.

Me desperté con el rostro bañado por el sol, ya caliente pese a que no eran más que las ocho de la mañana. Me incorporé y lancé un grito llevándome las manos destrozadas a la parte baja de la espalda. ¿Trabajar? ¿Levantar otros catorce segmentos de asfalto? Si ni siquiera podía caminar.

Pero sí podía caminar, y lo hice.

Con los movimientos propios de un anciano que se dirigiera a jugar una partida de petanca, me incliné hacia la guantera y la abrí. Había cogido un frasco de analgésicos para el caso de que tuviera que pasar una mañanita como aquélla.

¿Había creído estar en forma? ¿Realmente lo había creído?

¡Bueno! Una situación bastante divertida, ¿verdad?

Me tomé cuatro analgésicos con agua, esperé un cuarto de hora a que se disolvieran en mi estómago y a continuación devoré un desayuno consistente en frutos secos y pastelillos de mermelada.

Volví la mirada hacia el lugar donde esperaban el compresor y el martillo neumático. La cubierta amarilla del compresor parecía chisporrotear bajo el sol matutino. A cada lado de la incisión que había efectuado se abrían los cuadrados de asfalto levantado.

No quería ir allí y levantar el martillo neumático. Recordé la voz de Harvey Blocker afirmando: «Nunca serás fuerte, amiguito. Algunas personas y plantas prenden en el sol, otras se marchitan y mueren... ¿Por qué te estás metiendo toda esta mierda en el cuerpo?».

—Quedó hecha pedazos —grazné—. La quería y quedó hecha pedazos.

Desde luego, como vitor nunca reemplazaría a un «¡Vamos, muchachos!» o «¡A por ellos, chicos!»), pero lo cierto es que sirvió para que me pusiera en marcha. Succioné gasolina del depósito de la furgoneta, sintiendo arcadas a causa del sabor y el hedor, conservando el desayuno en el estómago tan sólo gracias a un tremendo esfuerzo de voluntad. Por un momento se me ocurrió pensar en lo que sucedería si a los empleados de la obra se les hubiera ocurrido vaciar la gasolina de la maquinaria antes de marcharse a casa durante el puente, pero desterré el pensamiento de inmediato. Carecía de sentido preocuparse por cosas que escapaban a mi control.

Me sentía cada vez más como un hombre que había saltado de un B-52 con una sombrilla en la mano en lugar de un paracaídas a la espalda.

Llevé la lata de gasolina hasta el compresor y llené el depósito del aparato. Me vi obligado a utilizar la mano izquierda para doblar los dedos de la derecha sobre el mango de la cuerda de arranque del compresor. Al tirar de ella, se me abrieron más ampollas y cuando el compresor se puso en marcha, vi que me resbalaba un denso pus por el puño. «No lo conseguiré.» «Por favor, cariño.»

Me acerqué al martillo neumático y reanudé el trabajo. La primera hora fue la peor, ya que durante las siguientes, el golpeteo constante del martillo, combinado con el efecto de los analgésicos, pareció entumecer todo mi cuerpo... la espalda, las manos, la cabeza... Terminé de levantar el último segmento de asfalto a las once. Había llegado el momento de averiguar cuánto recordaba de lo que Tinker me había enseñado acerca de hacer puentes en la maquinaria de construcción de carreteras.

Regresé dando tumbos a la furgoneta y conduje durante dos kilómetros y medio por la carretera, hasta llegar al punto en el que se llevaban a cabo las obras. No tardé en divisar la máquina que necesitaba. Se trataba de una cargadora de cuchara marca Case Jordán, con un accesorio consistente en rezón y tenaza en la parte posterior. Una herramienta móvil de 135.000 dólares. En el equipo de Blocker había conducido una oruga excavadora, pero ésta sería más o menos lo mismo.

Eso esperaba.

Me encaramé a la cabina y eché un vistazo al diagrama impreso en el extremo de la palanca de cambio. Probé las marchas un par de veces. Al principio aprecié cierta resistencia, porque un poco de arenisca había penetrado en la caja de cambio... El tipo que conducía aquella monada no había bajado los alerones antiarena y el capataz no lo había comprobado. Blocker lo habría comprobado. Y le habría descontado cinco dólares de la paga, por mucho que se acercara el puente.

Sus ojos. Su expresión medio admirativa, medio desdeñosa. ¿Qué le parecería este trabajito?

No importaba. No era el momento de pensar en Harvey Blocker. Era el momento de pensar en Elizabeth. Y en Dolan.

Un pedazo de arpillera cubría el suelo de acero de la cabina. Lo levanté para buscar una llave. No había ninguna, por supuesto.

Recordé la voz de Tinker: «Joder, hermano blanco, cualquier crío podría arrancar un trasto de éstos. Es pan comido. Los coches tienen una cerradura de arranque, al menos los nuevos. Mira. No, no donde va la llave, no tienes llave, ¿por qué quieres mirar dónde va la llave? Mira aquí debajo. ¿Ves esos cables que cuelgan?».

Eché un vistazo y vi los cables colgando, con el mismo aspecto que los que Tinker me había mostrado, uno rojo, uno azul, uno amarillo y otro verde. Arranqué el aislamiento de un par de centímetros de cada uno de ellos y a continuación saqué un rollo de alambre de cobre del bolsillo trasero.

«Muy bien, hermano blanco, escucha bien porque más tarde a lo mejor tenemos examen, ¿te enteras? Vas a juntar el cable rojo con el verde. No lo olvidarás, porque es como Navidad. Con eso tienes lo del arranque arreglado.»

Utilicé el alambre de cobre para unir las partes desnudas de los cables rojo y verde del arranque de la Case Jordán. El viento del desierto ululaba débilmente, con un sonido similar al que una persona emite al soplar en el cuello de una botella. El sudor me caía a raudales por el cuello y se colaba en el interior de la camisa, donde me hacía cosquillas.

«Ahora sólo te quedan el azul y el amarillo. Ésos no los vas a juntar. Sólo haces que se toquen, y asegúrate de que no tocas el cable desnudo al hacerlo, a menos que quiera usted llenarse

las bragas de agüita caliente y electrificada, señora. El azul y el amarillo son los que arrancan el motor. Y ya está. Cuando te hartes de conducir el trasto, separas el rojo y el verde. Como si hicieras girar la llave que no tienes.»

Acerqué el cable azul y el amarillo. Brotó una gran chispa amarilla que me hizo retroceder y golpearme la cabeza contra una de las barras de metal de la parte posterior de la cabina. Me incliné de nuevo hacia delante y volví a unir los cables. El motor se estremeció y tosió, y la excavadora dio un repentino y espasmódico salto hacia delante. Salí despedido hacia el rudimentario salpicadero, y me golpeé la parte izquierda de la cara contra la barra de dirección. Había olvidado poner el maldito punto muerto y por poco me cuesta un ojo. Casi me parecía oír la risa de Tinker.

Solventé el problema y volví a probar con los cables. El motor se estremecía una y otra vez. En una ocasión tosió, y una columna de sucio humo marrón se elevó para ser alejada de inmediato por el viento incesante, pero el motor seguía sin arrancar. Intenté decirme una y otra vez que la máquina estaba en mal estado, que un hombre que olvidaba bajar los faldones de protección antes de marcharse era capaz de olvidar cualquier cosa, pero lo cierto es que cada vez estaba más convencido de que habían vaciado el depósito de combustible, tal como me había temido.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de desistir y ponerme a buscar algo para comprobar el depósito de gasóleo (*mejor leer las malas noticias, querida*) el motor cobró vida.

Solté los cables, cuyo extremo desnudo ya despedía humo, y pisé el acelerador. Cuando el sonido del motor se normalizó, puse la primera, di media vuelta y me dirigí hacia el largo rectángulo marrón que se recortaba limpiamente en el carril oeste de la carretera.

El resto del día fue un infierno cegador repleto del rugido del motor y el sol ardiente. El conductor de la Case Jordán había olvidado bajar los faldones, pero no llevarse el parasol. En fin, a veces los viejos dioses se ponen de tu parte, supongo. Por ninguna razón en particular. Simplemente, se ponen de tu parte. Y supongo que los viejos dioses tienen un sentido del humor de lo más retorcido.

Ya eran casi las dos cuando terminé de echar todos los fragmentos de asfalto en la zanja, porque no había llegado a desarrollar una habilidad profesional con la tenaza. Así que me dediqué a cortarlos en dos con el rezón que había en la parte de atrás, y a continuación a arrastrar a mano cada uno de los pedazos de asfalto hasta la zanja. Temía romperlos si empleaba la tenaza.

Una vez todos los fragmentos estuvieron en la zanja, me dirigí con la excavadora al lugar en que se encontraba el resto de la maquinaria de construcción. Me estaba quedando sin combustible; había llegado el momento de bombear más gasóleo. Me detuve junto a la furgoneta, saqué la manguera... y de repente me sorprendí contemplando hipnotizado el gran bidón de agua. Deseché el sifón por el momento y me encaramé a rastras a la parte trasera de la furgoneta. Me eché agua sobre el rostro, el cuello y el pecho mientras lanzaba exclamaciones de placer. Sabía que si bebía vomitaría, pero tenía que beber, así que bebí y vomité. Ni siquiera me levanté para devolver, sino que me limité a volver la cabeza y a alejarme todo lo posible de la porquería.

Me dormí de nuevo y desperté al anochecer; en alguna parte, un lobo aullaba a la luna que se alzaba en el cielo violeta.

A la mortecina luz del ocaso, el rectángulo de asfalto levantado se asemejaba en verdad a una tumba, a la tumba de algún ogro mítico. Tal vez Goliat.

Nunca, aseguré al alargado hoyo que se abría en el asfalto. «Por favor —susurró Elizabeth por respuesta—. Por favor, hazlo por mí.»

Saqué cuatro analgésicos más de la guantera y me los tragué.

—Por ti—dije.

Aparqué la Case Jordán con el depósito de combustible cerca del depósito del bulldozer y arranqué los tapones de ambos con ayuda de una palanca. Un conductor de bulldozer del equipo de construcción del estado podía olvidarse de bajar los faldones de protección contra arena, pero ¿olvidarse de cerrar con llave los tapones del depósito en estos días en que el diesel está a más de un dólar el galón? Ni hablar.

Empecé a verter combustible del bulldozer a la excavadora y esperé, intentando no pensar, contemplando cómo la luna se elevaba cada vez más en el cielo. Al cabo de un rato, regresé al hoyo en el asfalto y empecé a cavar.

Manejar una excavadora a la luz de la luna resultaba mucho más fácil que manejar un martillo neumático bajo el ardiente sol del desierto, pero aun así era un trabajo lento, ya que estaba resuelto a que mi excavación tuviera la inclinación precisa. En consecuencia, consultaba con frecuencia el nivelador que había llevado conmigo. Eso significaba detener la excavadora, apearme, medir y volver a encaramarme a la cabina. Ningún problema en circunstancias normales, pero a medianoche, tenía el cuerpo completamente rígido, y cada movimiento representaba una punzada de dolor en mis huesos y músculos. La espalda era lo peor; empecé a temer que le había hecho algo verdaderamente desagradable.

Pero eso, al igual que todo lo demás, era algo de lo que tendría que preocuparme más tarde.

Si realmente hubiera necesitado un hoyo de un metro ochenta de profundidad, catorce de longitud y metro ochenta de anchura, habría resultado una tarea imposible. Para el caso, podría haber planeado enviarlo al espacio exterior y dejar caer el Taj Mahal sobre su cabeza. Las dimensiones totales de un hoyo de tales características alcanzaban trescientos metros cúbicos.

—Tienes que cavar un hoyo en forma de embudo que succione a tus extraterrestres malos — me había explicado mi amigo el matemático—, y luego tienes que cavar un plano inclinado que emule de un modo aproximado el arco de descenso.

Dibujó uno en otra hoja de papel milimétrico.

—Eso significa que tus rebeldes intergalácticos o lo que sean sólo tendrán que excavar la mitad de tierra de lo que mostraban las primeras cifras. En tal caso...

Garabateó algo en una hoja y de pronto esbozó una sonrisa radiante.

—Ciento ochenta metros cúbicos. Pan comido. Puede hacerlo un solo hombre.

Eso mismo había creído yo, pero no había contado con el calor... las ampollas... el agotamiento... el dolor constante que me atenazaba la espalda.

Detente un instante, pero no demasiado rato. Mide la inclinación de la zanja.

«No es tan espantoso como habías imaginado, ¿verdad, cariño? Al menos es asfalto y no suelo del desierto.»

El trabajo se fue haciendo cada vez más lento a medida que el hoyo se tornaba más profundo. Me sangraban las manos al manejarlos mandos. Empuja la palanca de mando hacia delante, hasta que la cuchara toque el suelo. Tira de la palanca de mando y empuja la que extiende el brazo con un agudo chirrido hidráulico. Observa cómo el brillante metal engrasado surge de la sucia carcasa anaranjada y entierra la cuchara en la tierra. De vez en cuando, la cuchara despedía una chispa al chocar con un fragmento de roca. Ahora sube la cuchara... hazla girar, una silueta oscura y ovalada que se recorta contra las estrellas, e intenta ignorar el dolor continuo y palpitante que te azota el cuello, del mismo modo que ignoras las punzadas de dolor que te atormentan la espalda de un modo aún más cruel..., y vierte la tierra en la otra zanja, cubriendo los fragmentos de asfalto que ya contiene.

«No te preocupes, cariño... Podrás vendarte las manos cuando acabes... cuando acabes con él.»

—Quedó hecha pedazos —grazné mientras volvía a colocar la cuchara en su lugar para excavar otros cien kilos de tierra y avanzar un poco más en la tumba de Dolan. El tiempo vuela cuando lo estás pasando bien. Unos instantes después de discernir los primeros indicios de luz al este, me apeé de la excavadora para medir de nuevo la inclinación del suelo con el nivelador. Ya no quedaba mucho; creía que, a fin de cuentas, lo conseguiría. Me arrodillé, y al hacerlo, algo se soltó en mi espalda con un leve chasquido.

Lancé un grito gutural y me derrumbé sobre el fondo estrecho e inclinado de la excavación, con un rictus de dolor y las manos aferradas a la parte baja de la espalda.

Poco a poco, el dolor remitió y fui capaz de ponerme en pie.

«Muy bien —me dije—. Se acabó. Esto se acabó. Lo he intentado, pero se acabó.»

«Por favor, cariño», susurró Elizabeth. Por imposible que me hubiera parecido en su día, aquella vocecilla susurrante había empezado a adquirir connotaciones desagradables en mi mente; poseía cierta cualidad de monstruosa implacabilidad. «Por favor, no te rindas. Sigue, por favor.»

«¿Que siga cavando? ¡Ni siquiera sé si puedo andar!» «¡Pero te queda tan poco!», gimió la voz. No era ya la voz que hablaba por Elizabeth, sino la propia Elizabeth. «¡Queda tan poco, cariño!»

Eché un vistazo a mi excavación a la mortecina luz del alba y asentí lentamente con la cabeza. Tenía razón. La excavadora se hallaba a poco más de dos metros del final. Dos y medio como máximo. No obstante, se trataba de los dos metros o dos metros y medio más profundos, por supuesto; los dos metros o dos metros y medio con mayor cantidad de tierra que excavar. «Puedes hacerlo, cariño, sé que puedes.» Un susurro suave para engatusarme.

Sin embargo, en realidad no fue la voz la que me convenció para que continuara. La clave fue la imagen de Dolan, dormido en su ático mientras yo estaba allí, junto a una excavadora hedionda y estruendosa, cubierto de tierra, con las manos hechas jirones. Dolan durmiendo con el pantalón de su pijama de seda, con una de sus rubias dormida junto a él, enfundada en la chaqueta del mismo pijama.

Abajo, en la zona acristalada del garaje, reservada para los ejecutivos, el Cadillac, con el equipaje en el maletero, tendría el depósito lleno y estaría dispuesto para partir.

—De acuerdo —decidí.

Trepé con lentitud a la cabina de la excavadora y pisé el acelerador.

Continué hasta las nueve de la mañana antes de detenerme... Tenía otras cosas que hacer y apenas me quedaba tiempo. El hoyo inclinado era de trece metros y medio de longitud. Tendría que bastar.

Llevé la excavadora a su lugar original y la aparqué. La volvería a necesitar más tarde, y tendría que ponerle más combustible, pero no había tiempo para eso ahora. Quería más analgésicos, pero ya no quedaban muchos en el frasco y los necesitaría más tarde... y mañana. Oh, sí, mañana... lunes, el glorioso Cuatro de Julio.

En lugar de analgésicos, me tomé un cuarto de hora de descanso. En realidad no podía permitírmelo, pero me obligué. Me tendí de espaldas en el asiento trasero de la furgoneta, sintiendo los espasmos y los calambres de mis músculos, imaginando a Dolan.

En aquellos momentos estaría guardando cosas de última hora en una bolsa de viaje; algunos papeles para revisar, un neceser, tal vez un libro de bolsillo o una baraja de cartas.

«Imagínate que esta vez va en avión», susurró una maliciosa vocecilla en mi interior. Se me escapó un gemido sin que pudiera evitarlo. Nunca había ido en avión a Los Angeles, siempre en el Cadillac. Tenía la impresión de que no le gustaba volar. Sin embargo, a veces tomaba el avión,

como aquella ocasión en que había viajado a Londres. No pude apartar el pensamiento de mi mente; siguió acosándome, escociendo y palpitando de un modo casi físico.

A las nueve y media, descargué el rollo de lona, la gran grapadora industrial y los tablones de madera. Era un día nublado y algo más fresco... A veces Dios se pone de tu parte. Hasta entonces, había olvidado mi calva al verme sometido a torturas mucho mayores, pero ahora, al rozarla con los dedos, me vi obligado a alejarlos con un siseo de dolor. Le eché un vistazo a través del espejo retrovisor derecho, y comprobé que presentaba un profundo y rabioso color rojo... casi ciruela.

En Las Vegas, Dolan estaría efectuando algunas llamadas de última hora. El chófer estaría llevando el Cadillac a la puerta principal. Tan sólo nos separaban ciento veinte kilómetros, y muy pronto el Cadillac empezaría a acortar dicha distancia a cien kilómetros por hora. No tenía tiempo de quedarme sentado lamentándome de mi calva quemada por el sol.

«Me encanta tu calva quemada por el sol», aseguró Elizabeth junto a mí.

—Gracias, Beth —repuse mientras empezaba a transportar las riostras al hoyo.

El trabajo resultaba muy llevadero en comparación con las horas que había pasado excavando, y la agonía apenas soportable que me había azotado la espalda remitió hasta convertirse en un latido sordo y constante.

«Pero ¿y después? —insistió aquella vocecilla insinuante—. ¿Después qué, eh?»

Ya me preocuparía de ello más tarde, eso era todo. Parecía que podría terminar la trampa a tiempo, y eso era lo único que importaba ahora.

Las riostras atravesaban el hoyo y sobresalían lo suficiente a cada lado como para adherirlas al borde del asfalto que constituía la capa superior de la excavación. Aquella tarea habría resultado más dura de noche, cuando el asfalto estaba duro, pero ahora, a media mañana, aparecía fangoso y dócil, y fue como introducir lápices en tacos de melcocha.

Una vez colocadas todas las riostras, el hoyo había adquirido el aspecto del dibujo de tiza que había trazado al principio, excepto la línea que lo atravesaba longitudinalmente. Coloqué el rollo de lona junto al extremo menos profundo y desanudé las cuerdas que lo sujetaban.

A continuación desenrollé catorce metros de carretera 71.

De cerca, la ilusión no era perfecta, al igual que ningún decorado resulta perfecto desde las tres primera filas del teatro. Pero a algunos metros de distancia, el engaño era casi imposible de detectar. Se trataba de una tira de color gris oscuro, que coincidía exactamente con la superficie de la carretera 71. A lo largo del lado izquierdo de la tira de lona, mirando al este, se extendía una línea discontinua de color amarillo.

Tendí la larga tira de lona sobre las riostras de madera, y a continuación la recorrí lentamente en toda su longitud, grapando la tela a los tablones a medida que avanzaba. Mis manos no querían hacer el trabajo, pero las persuadí.

Después de fijar la lona, regresé a la furgoneta, me senté al volante, lo cual me produjo otro breve pero espantoso espasmo muscular, y conduje hasta la cima de la cuesta. Permanecí sentado durante un minuto, mirándome las manos torpes y heridas, que descansaban en mi regazo. Por fin me apeé y volví la mirada hacia la carretera 71, de un modo casi casual. No quería concentrarme en ningún elemento en particular, como comprenderán; quería tener una imagen de conjunto, una *ges-talt*, si se quiere. Quería, en la medida de lo posible, ver la escena tal como Dolan y sus hombres la verían al llegar a la cima de la cuesta. Quería tener una idea de lo normal —o lo sospechosa— que les parecería.

Lo que vi presentaba un aspecto mejor de lo que me habría atrevido a esperar.

La maquinaria de construcción al final del tramo recto justificaba la presencia de los montículos de tierra procedentes de la excavación. La mayor parte de los fragmentos de asfalto estaban enterrados en la zanja. Todavía se veían algunos, pues el viento había arreciado y repartido la tierra, pero daban la impresión de ser los restos de un pavimento anterior. El compre-

sor que había llevado en la caja de la furgoneta parecía formar parte del equipo del departamento de Carreteras.

Y desde donde me encontraba, la ilusión creada por la tira de lona era perfecta... La carretera 71 parecía hallarse en perfecto estado en aquel tramo.

El tráfico había sido denso el viernes y bastante denso el sábado. El rugido de los automóviles que tomaban la curva del desvío había sido casi constante. Aquella mañana, sin embargo, apenas había tráfico; la mayoría de la gente ya había llegado a dondequiera que se dirigieran para pasar el Cuatro de Julio, o bien habían tomado la autopista, situada a sesenta kilómetros al sur. Por mí, perfecto.

Aparqué la furgoneta en lugar seguro, tras la cima de la cuesta, y me tendí de bruces hasta las once menos cuarto. A continuación, después de que un gran camión de leche tomara pesadamente el desvío, retrocedí con la furgoneta, abrí las puertas traseras y eché todos los conos en su interior.

La flecha luminosa era harina de otro costal. En el primer momento, no vi la forma de desconectarla de la caja cerrada de la batería sin electrocutarme. De pronto vi el enchufe. Había estado casi oculto por una arandela de goma dura que sobresalía de un flanco de la caja... una pequeña medida de seguridad contra los vándalos y los bromistas que pudieran hallar divertido desenchufar una señal de tráfico luminosa, supongo.

Encontré un martillo y un cincel en la caja de herramientas, y bastaron cuatro golpes fuertes para romper la arandela. La arranqué con unas tenazas y desconecté el cable. La flecha dejó de parpadear al instante. Empujé la caja de la batería hasta la zanja y la enterré. Era una sensación extraña oír la zumbadora bajo la arena. Pero me hizo pensar en Dolan y no pude contener una carcajada. No creía que Dolan zumbara.

Tal vez *gritaría*, pero no creía que se pusiera a *zumbar*. Cuatro tornillos sujetaban la flecha a una pequeña plataforma de acero. Los aflojé con la mayor rapidez posible, atento al ruido de otro motor. Ya era hora de que llegara otro coche, pero, sin duda, no el de Dolan.

El pensamiento dio pie al pesimista que anidaba en mi interior.

«¿Y qué pasaría si hubiera decidido tomar el avión?»

«No le gusta volar.»

«¿Y qué pasaría si va en coche, pero por otro camino? ¿Por la autopista, por ejemplo? Todo el mundo...»

«Siempre va por la 71.»

«Sí, pero ¿qué pasaría si...?»

—Cállate —mascullé—. Cállate, maldito, ¡cierra la jodida boca!

«Tranquilo, cariño, tranquilo. Todo irá bien.»

Cargué la flecha en la furgoneta. Chocó contra una de las paredes laterales, y algunas de las bombillas estallaron. Algunas más se rompieron cuando eché la plataforma de acero sobre ellas.

Una vez hecho esto, volví a subir la cuesta, deteniéndome para mirar atrás. Había retirado la flecha y los conos. Lo único que quedaba ahora era la gran señal anaranjada: CARRETERA CERRADA - TOME EL DESVÍO.

Se acercaba un coche. Se me ocurrió de pronto que Dolan se había adelantado, que todo había sido en vano, que el matón que conducía el Cadillac se limitaría a tomar el desvío y yo me quedaría ahí, en el desierto, y perdería el juicio.

Era un Chevrolet.

Recobré el pulso normal y exhalé un suspiro largo y tembloroso. Pero ya no me quedaba tiempo para ser presa de los nervios.

Regresé donde me había detenido para supervisar el camuflaje y volví a dejar la furgoneta en el mismo lugar. Rebusqué entre el montón de cosas que había tirado en la parte trasera de la

furgoneta y saqué el gato. Haciendo caso omiso del terrible dolor que me atenazaba la espalda, elevé la parte trasera de la furgoneta, aflojé los tornillos de la rueda trasera que verían cuando

(si)

llegaran y la metí en la furgoneta. Más ruido de vidrios rotos; no había más que esperar que el neumático no hubiera sufrido ningún daño. No tenía rueda de recambio.

Volví a la cabina de la furgoneta, saqué mis viejos prismáticos y me dirigí de vuelta al desvío. Lo dejé atrás y subí a la cima de la siguiente cuesta a la mayor velocidad posible... de hecho, lo máximo que conseguí fue trotar cuesta arriba arrastrando los pies.

Una vez en la cima, volví los prismáticos hacia el este. Tenía un campo de visión de cinco kilómetros, y más allá, hacia el este, veía fragmentos de tres kilómetros y medio de carretera. En aquel momento, se acercaban seis vehículos, distribuidos al azar como cuentas de un largo rosario. El primero era extranjero, un Datsun o un Subaru, creía, y se hallaba a menos de un kilómetro de distancia. Tras él avanzaba una camioneta, y más allá, un coche que parecía un Mustang. Los demás no eran más que destellos de cromados y vidrio en el desierto.

Al acercarse el primer vehículo, que resultó ser un Subaru, me levanté y extendí el pulgar. No esperaba que nadie me llevara dado el aspecto que tenía, y desde luego-, tendrían razón. La sofisticada mujer que conducía el coche se limitó a echarme un vistazo con expresión horrorizada, y a continuación, su rostro se convirtió en una dura máscara. Al cabo de un instante desapareció cuesta abajo antes de tomar la curva del desvío. —¡A ver si te lavas, amigo! —me gritó el conductor de una camioneta al cabo de medio minuto.

El Mustang resultó ser un Escort. Lo siguieron un Ply-mouth y un Winnebago, en cuyo interior parecía que un montón de niños se había enzarzado en una guerra de almohadas.

Ni rastro de Dolan.

Miré el reloj; las once y veinticinco. Si aparecía, tendría que hacerlo muy pronto. Era la hora señalada.

Las manecillas del reloj se situaron lentamente en las doce menos veinte, y todavía no había ni rastro de Dolan. Tan sólo un Ford último modelo y un coche fúnebre tan negro como el ala de un cuervo.

«No vendrá. Ha tomado la autopista. O el avión.» «No. Vendrá.»

«No vendrá. Tenías miedo de que te olfateara, ¿no? Pues lo ha hecho. Por eso ha cambiado de itinerario.»

De pronto distinguí otro destello de sol en el desierto.

Era un coche grande, lo suficientemente grande como para ser un Cadillac.

Me tendí de bruces, con los codos apoyados en la grava de la cuneta, los prismáticos pegados a los ojos. El coche desapareció tras una cuesta... tomó una curva... y volvió a surgir.

Era un Cadillac, desde luego, pero no era gris, sino de un oscuro color verde menta.

Pasé los treinta segundos más espantosos de mi vida, treinta segundos que se me antojaron treinta años. Una parte de mí decidió de inmediato, completa e irrevocablemente, que Dolan había cambiado su viejo Cadillac gris por uno nuevo. Era cierto que nunca se había comprado uno verde, pero, por supuesto, no existía ley alguna que lo prohibiera.

La otra mitad argumentaba con vehemencia que los Cadillac eran moneda corriente en las carreteras principales y secundarias que unían Las Vegas con Los Angeles, y que las probabilidades de que ese Cadillac fuera el de Dolan eran de una entre cien.

El sudor me inundó los ojos, cegándome, y dejé caer los prismáticos. De todos modos, no me ayudarían a resolver el problema. Cuando pudiera distinguir a los pasajeros, ya sería demasiado tarde.

«¡Ya es casi demasiado tarde ahora! Baja y vuelca la señal de desvío. ¡Vas a perder tu oportunidad!»

«Permíteme que te diga lo que vas a cazar en tu trampa si vuelcas la señal ahora: a dos ancianos ricos que van a Los Ángeles a ver a sus hijos y a llevar a sus nietos a Disneylandia.»

«Hazlo. ¡Es él! ¡Es la única oportunidad que vas a tener!»

«Exacto, la única oportunidad. Así que no la desaproveches cazando a las personas equivocadas.» ¡

«¡Es Dolan!»

«¡No lo es!»

—Basta —gemí llevándome las manos a la cabeza—. Bas-ta, basta.

Ya oía el motor.

Dolan.

Los ancianos.

La señora.

El tigre.

Los...

—Elizabeth, ayúdame —gruñí.

«Cariño, ese hombre no ha tenido un Cadillac verde en toda su vida. Nunca se compraría un Cadillac verde. Por supuesto que no es él.»

El dolor de cabeza se esfumó como por encanto. Pude levantarme y extender el pulgar.

No eran los ancianos, ni tampoco Dolan. Era lo que parecían doce constas de Las Vegas apretujadas en el coche con un tipo que llevaba el sombrero de vaquero más grande y las gafas de sol más oscuras que había visto en mi vida. Una de las coristas me enseñó el trasero cuando el Cadillac verde tomó el desvío.

Con ademanes lentos y una sensación de tremenda fatiga, volví a alzar los prismáticos. Y entonces lo vi llegar.

No me cupo ninguna duda de que se trataba de su Cadillac cuando lo vi tomar la curva del otro extremo del tramo de carretera que veía sin interrupciones; el coche era tan gris como el cielo, pero se dibujaba con asombrosa claridad contra las cuevas de apagado color marrón que se alzaban al este.

Era él... Dolan. Los largos momentos de duda e indecisión que acababa de pasar se me antojaron a un tiempo remotos y estúpidos. Era Dolan, y no me hizo falta divisar el Cadillac gris para saberlo.

No sabía si él podía olerme, pero yo sí podía olerle a él.

El hecho de saber que se acercaba me facilitó la tarea de incorporarme sobre mis maltrechas piernas y echar a correr.

Al llegar a la gran señal de DESVÍO la empujé para hacerla caer en la zanja. A continuación la cubrí con un trozo de lona de color arena y eché tierra sobre los postes. El efecto no era tan bueno como el del tramo falso de carretera, pero creía que serviría.

Corrí cuesta arriba, hasta el lugar donde había dejado la furgoneta, que se había convertido en una parte más del decorado... un vehículo abandonado temporalmente por el propietario, que había ido a alguna parte a buscar un neumático nuevo o reparar el viejo.

Trepé a la cabina y me tendí cuan largo era en el asiento, con el corazón a punto de estallar.

Una vez más, el tiempo pareció detenerse. Permanecí tendido, atento al ruido del motor, pero éste no llegaba, no llegaba, no llegaba.

«Han girado. Se ha oído algo en el último momento... o algo le ha parecido sospechoso, a él o a alguno de sus hombres... y han tomado el desvío.»

Permanecí tendido, sintiendo largas y lentas oleadas de dolor en la espalda, los ojos cerrados con fuerza como si eso me ayudara de algún modo a oír mejor.

¿Era un motor ese ruido?

No, sólo el viento, que soplaba ya con suficiente fuerza como para que la arena golpeará de vez en cuando el costado de la furgoneta.

«No vienen. Han tomado el desvío o han retrocedido.»

Tan sólo el viento.

«Han tomado el desvío o han re...»

No, no era sólo el viento. Era un motor. El rugido se tornó cada vez más intenso y, por fin, al cabo de unos segundos, un vehículo, un solo vehículo, pasó junto a mí a toda velocidad.

Me incorporé y agarré el volante con fuerza —tenía que aferrarme a algo— y miré por el parabrisas, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, la lengua atrapada entre los dientes.

El Cadillac gris flotó cuesta abajo, en dirección al tramo llano, a unos ochenta kilómetros por hora, o tal vez un poco más. No se iluminaron las luces de freno. Ni siquiera en el último momento. No lo vieron... no se lo imaginaron ni tan siquiera por un solo instante.

Lo que sucedió fue lo siguiente. De pronto, tuve la impresión de que el Cadillac atravesaba la carretera en lugar de conducir sobre ella. La ilusión era tan persuasiva que me acometió una confusa sensación de vértigo, pese a que yo mismo había montado la trampa. El Cadillac se hundió en la carretera 71 hasta el capó, y al cabo de un momento, hasta las portezuelas.

Me cruzó la mente el extraño pensamiento de que si General Motors fabricara submarinos de lujo, ése sería el aspecto que tendrían al sumergirse.

Llegaron hasta mí ligeros chasquidos al romperse las riostras que sostenían la lona. Oí el sonido de la lona al rasgarse.

Todo ello sucedió en tres segundos, pero recordaré esos tres segundos durante toda mi vida.

Vi una imagen del techo y unos centímetros de las ventanillas ahumadas del Cadillac flotando sobre el hueco, y a continuación llegó hasta mí un sonido sordo y el ruido de vidrios rotos y chirridos de metal. Una gran nube de polvo se elevó en el aire, y el viento se encargó de disiparla.

Quería acercarme, quería ir allí de inmediato, pero tenía que volver a colocar la señal de desvío en su lugar. No quería que nadie nos interrumpiera.

Me apeé de la furgoneta, abrí las puertas traseras y saqué el neumático. Lo coloqué sobre la rueda y apreté las tuercas a mano con la mayor rapidez posible. Más tarde podría fijarlas mejor. De momento, sólo tenía que retroceder con la furgoneta hasta el punto en que el desvío divergía de la carretera 71.

Bajé el gato y regresé cojeando a la cabina. Allí me detuve un instante, escuchando con la cabeza inclinada.

Oía el aullido del viento.

Y desde el hoyo largo y rectangular, el sonido de alguien que gritaba... o tal vez chillaba.

Me encaramé al asiento del conductor con una sonrisa torva.

Retrocedí con rapidez hacia el desvío; la furgoneta se tambaleaba peligrosamente. Salí, abrí las puertas traseras y saqué los conos. Permanecía atento al sonido de otro motor, pero el viento había arreciado de tal forma que el esfuerzo no merecía la pena. Cuando oyera el ruido del motor, ya tendría el coche encima.

Me acerqué a la zanja, tropecé, aterricé sobre el trasero y me deslicé hasta el fondo del hoyo. Aparté la pieza de lona de color arena y arrastré la gran señal de desvío hasta la superficie. La coloqué de nuevo en su lugar, regresé a la furgoneta y cerré de golpe las puertas. No tenía intención de intentar montar la flecha luminosa.

Conduje hasta la siguiente cuesta, me detuve en el punto que había empleado antes y que quedaba oculto al desvío, y me dediqué a apretar las tuercas de la rueda con la cruz. Los gritos habían cesado, pero, sin lugar a dudas, el volumen de los chillidos había aumentado considerablemente.

Apreté las tuercas de la rueda con toda calma. No me preocupaba la posibilidad de que salieran del coche para atacarme o bien salir huyendo desierto adentro, porque no podían salir del coche. La trampa había funcionado a la perfección. El Cadillac se hallaba hundido en el extremo más alejado de la excavación, con tan sólo unos pocos centímetros de espacio a cada lado. Si los tres hombres que había dentro abrían la portezuela, no podrían más que sacar un pie, y tal vez ni siquiera eso. No podían abrir las ventanillas porque funcionaban con dispositivos eléctricos, y la batería, sin duda, habría quedado reducida a un amasijo de metal retorcido y ácido en el fondo del motor destrozado.

Tal vez el chófer y el hombre sentado en el asiento del copiloto también habían quedado aplastados en el accidente, pero eso no me inquietaba en lo más mínimo, pues sabía que quedaba al menos una persona viva en el coche, del mismo modo que sabía que Dolan siempre viajaba en el asiento trasero y llevaba el cinturón de seguridad como buen ciudadano.

Una vez apretadas las tuercas, regresé con la furgoneta al extremo menos profundo de la trampa.

La mayor parte de las riostras había desaparecido por completo, pero los extremos astillados de algunas de ellas sobresalían del asfalto. La «carretera» de lona yacía en el fondo del hoyo, arrugada, rasgada y retorcida. Parecía la piel desechada de una serpiente.

Avancé hacia la parte más profunda, y ahí estaba el Cadillac de Dolan.

El morro del coche aparecía totalmente destruido. El capó había quedado reducido a una suerte de acordeón. El motor no era más que un amasijo de metal, goma y cables, todo ello cubierto por la arena y la tierra que se había desplomado sobre él tras el impacto. Se oía un siseo y el sonido de fluidos que manaban y goteaban en algún lugar del coche. El frío aroma del anticongelante rompía el aire con intensidad.

Me había preocupado por el parabrisas. Existía la posibilidad de que se hiciera añicos y Dolan dispusiera de espacio suficiente para levantarse y salir. No tendría por qué haberme inquietado. Ya he comentado que los coches de Dolan estaban fabricados según las especificaciones técnicas que exigen los dictadores bananeros y los líderes militares despóticos. Las lunas no debían romperse, y, desde luego, no se habían roto.

La ventanilla trasera del Cadillac era aún más resistente, pues su superficie era menor. Dolan no podría romperla, al menos no en el espacio de tiempo que yo iba a concederle, y sin duda no intentaría agujerearla a balazos. Disparar sobre una ventanilla blindada a bocajarro constituye una variante de la ruleta rusa. La bala dejaría una pequeña marca blanca en el vidrio antes de rebotar.

Estoy seguro de que podría encontrar un modo de salir si se le concediera tiempo suficiente, pero ahí estaba yo, y no pensaba hacerle ese favor.

De una patada, lancé un montón de tierra sobre el techo del Cadillac.

La reacción fue inmediata.

—Por favor, necesitamos ayuda. Hemos quedado atrapados.

La voz de Dolan. Parecía ileso y siniestramente tranquilo. No obstante, percibí el temor subyacente en sus palabras, un temor controlado con rigidez, y estuve tan cerca de sentir compasión de él como me era posible en aquellas circunstancias. Lo imaginé sentado en el asiento trasero de su Cadillac aplastado, con uno de sus hombres herido, gimiendo, probablemente atezado por el motor, el otro muerto o inconsciente.

Imaginé la escena y por un angustioso momento sentí algo que tan sólo puedo describir como claustrofobia comprensiva. Pulsa los botones de los elevallunas... nada. Intenta abrir las portezuelas, aunque sabes que quedarán atascadas mucho antes de que tengas espacio suficiente para salir.

De pronto, dejé de imaginar escenas, porque, al fin y al cabo, él se lo había buscado, ¿no? Sí. Era la lotería y él tenía todos los números.

—¿Quién anda ahí?

—Yo —repuse—, pero no soy la ayuda que busca, Dolan.

Di otra patada y un nuevo montoncillo de tierra y piedras cayó sobre el techo del Cadillac. El hombre que chillaba empezó su numerito cuando el segundo montón de tierra chocó contra el techo.

—¡Mis piernas! ¡Jim, mis piernas!

La voz de Dolan reflejaba cautela. El hombre que estaba fuera, el hombre de arriba, sabía su nombre, lo que significaba que se hallaba en una situación peligrosa en extremo.

—¡Jimmy, me veo los huesos de las piernas!

—Cállate —ordenó Dolan con frialdad.

Resultaba extraño oír sus voces desde las profundidades del hoyo. Supongo que podría haberme encaramado al maletero del Cadillac para mirar por el vidrio trasero, pero lo cierto es que no habría visto gran cosa, ni siquiera con el rostro pegado a la ventanilla. Como ya he comentado antes, el coche tenía vidrios ahumados.

De todos modos, no quería verlo. Sabía qué aspecto tenía. ¿Para qué querría verlo? ¿Para descubrir que llevaba un Rolex y vaqueros de diseño?

—¿Quién es usted, amigo?

—No soy nadie —repuse—. Sólo un don nadie que tenía buenas razones para meterlo en el lío en que está.

—¿Se llama Robinson? —inquirió Dolan de un modo sobrecogedoramente repentino.

Me sentí como si me hubieran asestado un puñetazo en el estómago. Había atado cabos con una rapidez pasmosa, navegando entre el mar de nombres y rostros medio olvidados antes de soltar el correcto en un santiamén. ¿Había creído que era un animal, dotado de instintos animales? Pues no me había enterado de la misa la media, y menos mal, porque de lo contrario nunca habría tenido redaños suficientes como para hacer lo que había hecho.

—Mi nombre no tiene importancia —repliqué—. Pero sabe lo que viene ahora, ¿verdad?

Los chillidos se reanudaron; retumbantes bramidos borboteantes.

—¡Sácame de aquí, Jimmy! ¡Sácame de aquí! ¡Por el amor de Dios! ¡Tengo las piernas rotas!

—Cállate —repitió Dolan antes de volver su atención hacia mí—. No le oigo, amigo, con estos chillidos... Me puse a gatas antes de inclinarme hacia delante.

—He dicho que ya sabe lo...

De pronto, cruzó por mi mente una imagen del lobo disfrazado de abuelita y diciéndole a Caperucita Roja: «Son para oírte mejor, querida... Acércate un poco más». Retrocedí justo a tiempo. Sonaron cuatro disparos. Se me antojaron estruendosos desde el lugar en que me encontraba; sin duda, habían resultado ensordecedores en el interior del Cadillac de Dolan. Algo silbó a escasos centímetros de mi frente.

—¿Te he dado, hijo de puta? —preguntó Dolan.

—No —repuse.

Los chillidos habían quedado reducidos a lamentos. El hombre herido se hallaba en el asiento delantero. Veía sus manos, pálidas como las de un ahogado, golpear débilmente el vidrio. Junto a él, un cuerpo inerte. Jimmy tenía que sacarle de ahí, estaba sangrando, el dolor era intenso, terrible, más de lo que podía soportar, por el amor de Dios, lo sentía, se arrepentía de sus pecados, pero era más de lo que...

Llegó hasta mí el estruendo de dos disparos más. El hombre del asiento delantero dejó de gritar. Las manos se alejaron de la ventanilla.

—Eso es —dijo Dolan en tono casi reflexivo—. Ya no hará daño a nadie más; y nosotros podremos oír nuestra conversación.

Permanecí en silencio. Me acometió una sensación de vértigo e irrealidad. Acababa de matar a un hombre. De *matarlo*. Volvió a ocurrírseme la idea de que lo había subestimado y de que tenía mucha suerte de seguir vivo.

—Quiero hacerle una propuesta —prosiguió Dolan. Seguí conteniendo el aliento...

—Eh, amigo.

... y lo contuve durante un instante más.

—¡Eh, usted! —La voz tembló en lo más profundo—. ¡Si sigue ahí, hábleme! ¿Qué mal puede hacerle eso?

—Estoy aquí —respondí—. Estaba pensando que ha disparado seis balas. Estaba pensando que tal vez dentro de un rato le gustaría haber reservado una para usted. Pero tal vez tenga ocho, o bien municiones de repuesto.

Ahora le tocó el turno a Dolan de permanecer en silencio.

—¿Qué es lo que se propone? —preguntó por fin.

—Creo que ya lo habrá adivinado —repliqué—. Me he pasado las últimas treinta y seis horas cavando la tumba más grande del mundo, y ahora voy a enterrarlo en ella con su maldito Cadillac.

El temor que reflejaba la voz de Dolan todavía estaba bajo control. Quería acabar con ese control.

—¿Quiere escuchar mi propuesta primero?

—Le escucharé dentro de un momento. Primero tengo que ir a buscar una cosa.

Regresé a la furgoneta en busca de la pala.

—¿Robinson? ¿Robinson? ¿Robinson? —exclamaba Dolan cuando volví al hoyo, como si hablara con un teléfono recién colgado.

—Estoy aquí —contesté—. Hable. Le escucho. Y cuando termine, tal vez yo le haga una propuesta.

Su voz se animó un tanto. Si yo hablaba de propuestas, estaba hablando de tratos. Y si hablaba de tratos, eso significaba que él tenía media batalla ganada.

—Le ofrezco un millón de dólares si me saca de aquí. Pero, lo que es más importante...

Eché una palada de tierra sobre el techo del Cadillac. Las piedrecillas rebotaron y rodaron por el vidrio posterior. La ranura del maletero se llenó de tierra.

—Pero ¿qué está haciendo? —inquirió Dolan en tono alarmado.

—Hay que mantener las manos ocupadas —recité—. He pensado que sería lo mejor mientras escucho. Dolan habló más deprisa, con apremio.

—Un millón de dólares y mi garantía personal de que nadie se acercará a usted... ni yo, ni mis hombres, ni los hombres de ningún otro.

Ya no me dolían las manos. Era asombroso. Seguí trabajando con la pala a un ritmo constante, y en menos de cinco minutos, la parte posterior del Cadillac había quedado totalmente cubierta de tierra. Desde luego, llenar el hoyo resultaba más fácil que cavarlo.

Me detuve un instante.

—Siga hablando —le ordené mientras descansaba en la pala.

—Oiga, esto es una locura —exclamó Dolan con voz aguda y salpicada de pánico—. Una auténtica locura.

—En eso tiene toda la razón —corroboré mientras echaba más tierra al hoyo.

Aguantó más tiempo de lo que creía que cualquier hombre podía aguantar. Siguió hablando, razonando, engatusando... pero sus palabras se tornaban cada vez más inconexas a medida que la tierra se amontonaba sobre el vidrio posterior. Empezó a repetirse, a retroceder, a tartamudear. En un momento dado, la puerta derecha se abrió hasta chocar con la pared lateral de la excavación. Distinguí una mano, con los nudillos cubiertos de vello negro y un anillo con un gran rubí en el

segundo dedo. Eché una palada de tierra en su dirección. Dolan masculló unos juramentos y cerró la puerta.

No aguantó mucho más después de aquello. Creo que fue el sonido de la tierra al caer lo que acabó con su resistencia. Con toda seguridad, el ruido resultaba ensordecedor desde el interior del Cadillac. Se habría dado cuenta, por fin, de que estaba sentado en un ataúd de ocho cilindros y motor de inyección.

—¡Sáqueme de aquí! —aulló—. ¡Por favor! ¡No puedo soportarlo más!

—¿Está preparado para escuchar mi propuesta? —inquirí.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Por el amor de Dios! ¡Sí, sí, sí!

—Grite. Ésa es mi propuesta. Eso es lo que quiero. Grite para mí. Si grita con la suficiente fuerza, lo dejaré salir. Dolan lanzó un chillido agudo.

— ¡Mueblen! — aplaudí, y lo decía en serio — . Pero no basta.

Seguí echando paladas de tierra sobre el techo del Cadillac. Al chocar contra el coche, los bloques de tierra se desintegraron y llenaron la ranura formada por los limpiaparabrisas.

Dolan volvió a gritar, más fuerte que antes. Me pregunté si era posible que un hombre gritara con fuerza suficiente como para romperse la laringe.

— No está mal — alabé al tiempo que redoblaba mis esfuerzos.

Esbocé una sonrisa pese al dolor de espalda que me atormentaba.

— Es posible que lo consiga, Dolan... de verdad. ⁱ

— Cinco millones.

Fueron las últimas palabras coherentes que pronunció.

— No, creo que no me interesa — rechacé mientras me apoyaba en el mango de la pala y me secaba el sudor de la frente con una mano sucia.

La tierra ya cubría casi todo el techo del Cadillac. Parecía una tableta de chocolate... o una enorme mano marrón que sujetara el Cadillac de Dolan.

— Pero si consigue emitir un sonido equivalente, por ejemplo, al de ocho cartuchos de dinamita adheridos al contacto de un Chevrolet de 1968, entonces lo dejaré salir, puede contar con ello.

Así que Dolan gritó y gritó, y yo reanudé la tarea de enterrar el Cadillac. Durante un rato, gritó con gran fuerza, aunque, en mi opinión, no sobrepasó el sonido de dos cartuchos de dinamita adheridos al contacto de un Chevrolet del 68. Tres, como máximo. Cuando el último reducto de la carrocería del Cadillac quedó cubierto de tierra y me detuve para contemplar el bulto castaño que yacía en el fondo del hoyo, Dolan ya no emitía más que una serie de gruñidos roncos y quebrados.

Miré el reloj. Pasaban unos minutos de la una. Me volvían a sangrar las manos, y el mango de la pala se había tornado resbaladizo. Una ráfaga de arena y piedrecillas me azotó el rostro, haciéndome retroceder. El viento del desierto emite un sonido muy desagradable, una suerte de zumbido monótono que nunca se interrumpe. Es como la voz de un fantasma retrasado mental.

—¿Dolan? —llamé al inclinarme hacia el hoyo. No obtuve respuesta.

—Grite, Dolan.

Ninguna respuesta... Después, una serie de roncos ladridos.

¡Perfecto!

Regresé a la furgoneta, la puse en marcha y conduje hasta la obra. Durante el trayecto sintonicé la emisora WKZR de Las Vegas, la única que recibía la radio de la furgoneta. Barry Manilow me estaba asegurando que componía las canciones que harían cantar al mundo entero, una afirmación que acogí con cierto escepticismo. A continuación, el parte meteorológico. El locutor pronosticó vientos muy fuertes. Se habían colocado señales de advertencia en todas las carreteras principales que mediaban entre Las Vegas y California. Se preveían asimismo problemas de visibilidad a causa de los remolinos de arena, prosiguió el locutor, pero lo más

peligroso eran las ráfagas de viento. Sabía lo que quería decir, pues esas mismas ráfagas estaban zarandeando la furgoneta en aquel momento.

Aquí estaba mi Case Jordán; ya pensaba en ella como si fuese de mi propiedad. Trepé a la cabina mientras tarareaba la canción de Barry Manilow y puse el motor en marcha con ayuda de los cables azul y amarillo. La excavadora arrancó con suavidad; esta vez me había acordado de quitar la marcha. «No está mal, hermano blanco —resonó la voz de Tink en mi cabeza—. Vas aprendiendo.»

Permanecí sentado un instante, contemplando las membranas de arena que revoloteaban por el desierto, escuchando el rugido del motor de la excavadora mientras me preguntaba qué estaría haciendo Dolan. Al fin y al cabo, aquélla era su gran oportunidad. Intentar romper el vidrio trasero, o arrastrarse hasta el asiento delantero e intentar romper el parabrisas. El coche estaba cubierto por más de medio metro de tierra, pero, aun así, podía conseguirlo. Todo dependía de lo loco que se hubiera vuelto ya, y eso era algo que me resultaría imposible averiguar, por lo que no merecía la pena pensar en ello. Merecía la pena pensar en otras cosas.

Metí una marcha y retrocedí por la carretera hasta el hoyo. Me apeé de la excavadora y troté ansioso hasta el otro lado. Bajé la mirada hacia la excavación, esperando a medias ver un hueco en forma de hombre en la parte trasera o delantera del montículo del Cadillac, con la idea de que Dolan había conseguido romper algún vidrio y salir a rastras de su prisión.

La excavación presentaba el mismo aspecto que antes.

—Dolan —exclamé en tono alegre, o eso imaginé. No hubo respuesta.

—¡Dolan! ., Nada.

«Se ha suicidado —me dije con una punzada de amargo resentimiento—. Se ha suicidado o muerto de miedo.»

—¿Dolan?

De pronto, llegó hasta mis oídos el sonido de carcajadas; una risa brillante, incontenible, una risa completamente auténtica. Se me erizaron los pelos de la nuca. Era la risa de un hombre que había perdido el juicio.

Dolan siguió riendo y riendo con voz ronca. Luego se puso a gritar y más tarde, a reír otra vez. Al final, empezó a reír y gritar a un tiempo.

Durante un rato, reí con él, o grité o lo que sea, y el viento gritó y se rió de los dos.

Por fin regresé a la Case Jordán, bajé el cucharón y empecé a enterrar a Dolan en serio.

Al cabo de cuatro minutos, la silueta del Cadillac había desaparecido. Tan sólo quedaba un hoyo lleno de tierra.

Me pareció oír algo, pero con el sonido del viento y el rugido del motor de la excavadora resultaba difícil de determinar. Me hincé de rodillas; al cabo de un momento, me tendí cuan largo era en el suelo, con la cabeza suspendida en lo que quedaba del hoyo.

En las profundidades de la tumba, Dolan seguía riendo. Los sonidos que emitía se asemejaban a los que pueden leerse en los *tebeos*. *Jijiji, ja, ja, ja*. Tal vez alguna que otra palabra. Era difícil de asegurar. No obstante, sonreí e hice un gesto de asentimiento.

—Grita —susurré—. Grita si quieres.

Pero el débil eco de la risa prosiguió, abriéndose paso por entre la tierra como un vapor tóxico.

De pronto, me acometió una sensación de terror... ¡Dolan estaba detrás de mí! ¡Sí, de algún modo, Dolan había logrado situarse detrás de mí! Y antes de que pudiera volverme, me empujaría al hoyo y...

Me incorporé de un salto y me di la vuelta con brusquedad mientras cerraba los puños con lo que quedaba de mis manos.

Una ráfaga de arena me abofeteó.

No había nada más.

Me limpié el rostro con el sucio pañuelo que llevaba, trepé a la cabina de la excavadora y reanudé la tarea.

El hoyo quedó del todo cubierto mucho antes de que se pusiera el sol. A causa del área desplazada por el Cadillac, todavía quedaba tierra, pese a que el viento había barrido mucha. Todo fue tan deprisa... tan deprisa.

Pensamientos confusos y delirantes poblaban mi mente mientras regresaba con la excavadora hasta la obra, pasando exactamente sobre el lugar en que Dolan estaba enterrado.

Aparqué la máquina en su lugar, me quité la camisa y empecé a frotar todas las superficies de metal, en un intento de borrar mis huellas. Ni siquiera hoy sé muy bien por qué lo hice, puesto que, sin duda alguna, había huellas mías en un centenar de lugares. Al terminar, regresé a la furgoneta bajo la luz marrón y grisácea de aquella puesta de sol tormentosa.

Abrí una de las puertas traseras, vi a Dolan agazapado en el interior y retrocedí de un salto, gritando, con una de las manos ante el rostro a modo de protección. Tenía la sensación de que el corazón me estallaría en cualquier momento.

Nada... nadie... salió de la furgoneta. La puerta osciló y golpeó la carrocería como el último postigo de una casa embrujada. Por fin, me arrastré de nuevo hacia la furgoneta, con el corazón latiéndome a toda prisa, y eché un vistazo en el interior. No había nada más que el montón de utensilios que había dejado allí... la flecha luminosa con las bombillas rotas, el gato del coche, la caja de herramientas...

—Tienes que controlarte —me dije en voz baja—. Contrólate.

Esperé que Elizabeth alzara la voz y dijera: «Todo irá bien, cariño...» o algo así..., pero sólo se oía el aullido del viento.

Subí a la furgoneta, la puse en marcha y me dirigí de nuevo hacia la excavación. A medio camino me detuve; ya no podía seguir. Aunque sabía que era una soberana tontería, estaba cada vez más convencido de que Dolan acechaba en algún lugar de la furgoneta. No dejaba de mirar por el espejo retrovisor, intentando distinguir su sombra de entre las demás.

El viento había arceciado aún más y zarandeaba el vehículo con fuerza. El polvo que se levantaba del desierto ante la furgoneta parecía humo a la luz de los faros.

Por fin, me detuve en la cuneta, salí de la furgoneta y cerré todas las puertas con llave. Sabía que era una locura intentar dormir al aire libre con aquella tormenta, pero me sentía incapaz de dormir dentro. Del todo incapaz. Así pues, me arrastré bajo la furgoneta con el saco de dormir.

Me dormí cinco segundos después de subir la cremallera del saco.

Al despertar de una pesadilla, de la que la única escena que recuerdo trataba de unas manos que se aferraban a mi cuello, advertí que me habían enterrado vivo. Tenía arena incluso en la nariz, en las orejas. Arena en la garganta, ahogándome.

Lancé un grito antes de incorporarme, convencido en un primer momento de que el saco de dormir era tierra. Al levantarme me golpeé la cabeza contra los bajos de la furgoneta, y vi caer algunas virutas de óxido.

Rodé sobre mí mismo hasta salir de debajo de la furgoneta, y me encontré sumido en la luz de un amanecer del color del peltre tiznado. El saco de dormir se alejó volando como un arbusto seco en el momento que quedó liberado de mi peso. Lancé un grito de sorpresa y empecé a perseguirlo antes de percatarme de que supondría el error más grave del mundo. La visibilidad era de unos seis metros, tal vez menos. Largos tramos de carretera habían desaparecido bajo la arena. Volví la mirada hacia la furgoneta y observé que aparecía borrosa, apenas visible, como una fotografía color sepia de la reliquia de un pueblo fantasma.

Volví al vehículo dando tumbos, saqué las llaves y me encaramé a la cabina. Seguía escupiendo arena y tosiendo con dificultad. Puse el motor en marcha y conduje despacio hacia la zona de la excavación. No había necesidad de esperar el parte meteorológico. Era lo único de lo que hablaría el locutor aquella mañana. La peor tormenta de arena de la historia de Nevada. Todas las carreteras están cerradas. Permanezcan en sus casas a menos que tengan que salir por una urgencia, y en tal caso, permanezcan en sus casas de todos modos. El glorioso Cuatro de Julio.

«Quédate dentro. Estás loco si crees que puedes salir. Te vas a quedar ciego.»

Me arriesgaría. Era la oportunidad perfecta para enterrar a Dolan por siempre jamás. Nunca, ni aun en mis fantasías más desbocadas, habría imaginado que tendría semejante oportunidad, pero ahí estaba, esperándome, e iba a aprovecharla.

Había llevado tres o cuatro mantas. Rasgué una tira larga y ancha de una de ellas y me cubrí la cabeza con ella. Salí de la furgoneta con el aspecto de un beduino demente.

Pasé toda la mañana transportando fragmentos de asfalto desde la zanja y colocándolos sobre la tumba, intentando trabajar con la precisión de un albañil que levantara una pared... o tapiara un nicho. De hecho, la tarea de recoger y llevar los fragmentos no resultó demasiado difícil, pese a que me vi obligado a desenterrar casi todos los trozos, como un arqueólogo que buscara reliquias, y pese a que cada veinte minutos tenía que regresar a la furgoneta para huir de la tormenta de arena y descansar mis ojos ardientes.

Empecé en lo que había sido el extremo menos profundo de la excavación, y a la doce y cuarto —había comenzado a las seis— ya sólo me quedaban unos cinco metros. El viento había amainado, y se apreciaba algún que otro claro en el cielo.

Seguí recogiendo y colocando, recogiendo y colocando. Me encontraba ya en el lugar bajo el que suponía que estaba enterrado Dolan. ¿Habría muerto ya? ¿Cuántos centímetros cúbicos de aire cabrían en un Cadillac? ¿Cuánto tardaría el interior del coche en tornarse insoportable para un hombre, siempre y cuando, claro está, ninguno de los otros dos hombres siguiera vivo?

Me arrodillé junto al hoyo. El viento había disipado las huellas de las ruedas de la Case Jordán, pero no había logrado borrarlas por completo. En algún lugar, bajo aquellas débiles marcas, había un hombre que lucía un Rolex en la muñeca.

—Dolan —llamé en tono amistoso—. He cambiado de idea; voy a dejarlo salir.

Nada. Ningún sonido. Estaba muerto y bien muerto.

Retrocedí y recogí otro fragmento de asfalto. Tras colocarlo y al ir a incorporarme, llegó hasta mí el sonido débil y agudo de una risa a través de la tierra.

Me puse en cuclillas con la cabeza inclinada hacia delante; de hecho, si aún hubiera tenido cabello, éste me habría cubierto el rostro. Permanecí en aquella postura durante un rato, escuchando sus carcajadas. El sonido era débil y carecía de matices.

Cuando se detuvo, me levanté y fui a buscar otro fragmento de asfalto. Sobre él se veía un trozo de línea amarilla discontinua. Parecía un guión. Me arrodillé para colocarlo en su lugar.

—¡Por el amor de Dios! —chilló Dolan—. ¡Por el amor de Dios, Robinson!

—Sí —repuse con una sonrisa—, por el amor de Dios.

Coloqué el fragmento en el hueco que le correspondía y me detuve a escuchar, pero no llegaba sonido alguno de las profundidades de la tumba.

Llegué a mi casa en Las Vegas a las once de la noche. Dormí dieciséis horas seguidas, me levanté, fui a la cocina a preparar café y de pronto caí al suelo retorciéndome cuando un monstruoso espasmo se adueñó de mi espalda. Me llevé una mano al coxis mientras me mordía la otra para sofocar los gritos.

Intenté incorporarme, pero lo único que obtuve fue otro espasmo, por lo que al cabo de un rato me arrastré hasta el cuarto de baño y me aferré al lavabo para llegar al segundo frasco de analgésicos que había en el botiquín.

Tomé tres y abrí los grifos de la bañera. Me tendí en el suelo mientras esperaba que se llenara. Me despojé del pijama como pude y logré meterme en la bañera. Permanecí allí echado durante cinco horas, sumido en un pesado sopor la mayor parte del tiempo. Al salir, podía caminar.

Un poco.

Acudí a un quiropráctico. Me dijo que tenía tres discos dislocados y una grave dislocación de las vértebras inferiores. Me preguntó si había decidido sustituir al forzudo del circo.

Le conté que me lo había hecho trabajando en el jardín.

Me dijo que tendría que ir a Kansas.

Fui a Kansas. Me operaron.

Cuando el anestesista me colocó la mascarilla de goma sobre el rostro, oí la risa de Dolan desde las siseantes tinieblas, y supe que iba a morir.

Las paredes de la habitación de recuperación eran de azulejos verdosos.

—¿Estoy vivo? —grazné.

—Sí, sí—aseguró un enfermero entre risas. Me rozó la frente con una mano, esa frente que daba toda la vuelta a mi cabeza.

—Vaya quemaduras. ¿Le duele o todavía está demasiado atontado?

—Todavía estoy demasiado atontado —repuse—. ¿Dije algo cuando estaba anestesiado?

—Sí —replicó el enfermero.

Tenía frío. Estaba helado hasta los huesos.

—¿Qué dije?

—Dijo: «Está oscuro. ¡Sáquenme de aquí!». El enfermero soltó otra carcajada.

—Ah —murmuré.

Nunca encontraron a Dolan.

Fue por la tormenta. Aquella tormenta tan oportuna. Creo que sé lo que ocurrió, aunque supongo que me comprenderán si les digo que nunca investigué con demasiado ahínco.

RPAV, ¿recuerdan? Estaban repavimentando la carretera. La tormenta había cubierto casi por completo el tramo de carretera 71 que el desvío había cerrado. Al volver al trabajo, los del departamento de Carreteras no se molestaron en retirar todas las dunas a la vez, sino que las fueron apartando a medida que trabajaban. Al fin y al cabo, ¿por qué no? No había tráfico de que preocuparse; así que recogieron arena y levantaron el asfalto viejo al mismo tiempo. Y si el conductor del bulldozer observó que el asfalto de uno de los tramos, de unos catorce metros de longitud, aparecía agrietado y se rompía en fragmentos casi geométricos al levantarlo, lo cierto es que jamás dijo nada. Tal vez iba ciego. O quizás estaba soñando despierto con la chica con la que iba a salir aquella noche.

Más tarde llegaron los volquetes con sus cargamentos de gravilla, seguidos de las máquinas distribuidoras de grava y las apisonadoras. Después llegarían los grandes camiones cisterna, que tenían esos aspersores tan anchos en la parte trasera y olían a asfalto caliente, ese olor que tanto se parecía a las suelas de zapatos al fundirse. Y cuando el asfalto fresco se hubiera secado, llegaría la máquina de pintura, y bajo el gran parasol de lona, el conductor volvería la vista atrás con frecuencia, a fin de asegurarse que la línea discontinua amarilla estaba completamente recta, ajeno al hecho de que estaba pasando sobre un Cadillac gris niebla, con tres personas dentro, ajeno al hecho de que ahí abajo, en la oscuridad, había un anillo con un rubí y un Rolex de oro que tal vez seguía marcando las horas.

Con toda probabilidad, uno de aquellos pesados vehículos habría logrado aplastar un Cadillac normal. Se habría percibido un tambaleo, un crujido... y un montón de trabajadores habrían empezado a excavar para ver qué... o a quién encontraban. Sin embargo, aquel Cadillac era

más un tanque que un coche, por lo que la misma meticulosidad de Dolan ha impedido que lo encuentren.

El Cadillac se hundirá tarde o temprano, por supuesto, probablemente bajo el peso de un camión de dieciocho ruedas, y entonces el siguiente vehículo verá una gran hendidura de asfalto roto en el carril oeste. Se notificará el desperfecto al departamento de Carreteras, y volverán a efectuarse obras de repavimentación. Pero si no hay trabajadores del departamento de Carreteras cerca cuando eso ocurra, si ninguno de ellos observa *in situ* que el peso de un camión ha hundido un objeto hueco enterrado bajo la carretera, creo que pensarán que el «hoyo pantanoso», así es como lo llaman, se ha producido como consecuencia de una helada, el hundimiento de los cimientos o tal vez un temblor de tierra. Lo repararán y la vida seguirá.

Se denunció la desaparición de Dolan.

Algunos derramaron unas pocas lágrimas.

Un columnista de *Las Vegas Sun* sugirió que tal vez estaba jugando al dominó o al billar con Hoffa en alguna parte.

Tal vez no anda tan desencaminado.

Estoy bien.

Mi espalda se ha recuperado casi por completo. Tengo órdenes estrictas de no levantar pesos superiores a quince kilos sin ayuda, pero tengo un montón de excelentes chicos en mi clase de tercero, que me prestan toda la ayuda que necesito.

He vuelto varias veces a aquel tramo de carretera en mi nuevo Acura. En una ocasión incluso me detuve, y tras comprobar que la carretera estaba desierta, meé sobre el lugar en que creía que se hallaba la tumba. No obstante, apenas salió nada, pese a que sentía la vejiga llena, y al regresar no cesé de mirar por el retrovisor. Tenía la extraña idea de que Dolan se incorporaría en el asiento posterior, con la piel convertida en una máscara de color canela, tirante sobre el cráneo como la piel de una momia, con los ojos y el Rolex relucientes.

Fue la última vez que pasé por la 71. Ahora tomo la autopista cada vez que tengo que dirigirme al oeste.

¿Y Elizabeth? Al igual que Dolan, ha enmudecido. Lo cierto es que es un alivio.

El final del desastre

Quiero hablarles del final de la guerra, de la degeneración de la humanidad y de la muerte del Mesías. Se trata de una historia épica, que merecería miles de páginas, todo un estante lleno de volúmenes, pero ustedes (si es que queda alguno de ustedes para leer esto) deberán conformarse con la versión abreviada. La inyección directa surte un efecto muy rápido. Creo que me quedan entre cuarenta y cinco minutos y dos horas, según mi grupo sanguíneo. Creo que es A, lo cual debería concederme un poco más de tiempo, pero que me aspen si me acuerdo con seguridad. Si resulta que mi grupo sanguíneo es O, se enfrentará usted a un montón de hojas en blanco, hipotético amigo.

En cualquier caso, creo que será mejor prepararse para lo peor y escribir con la mayor rapidez posible.

Estoy utilizando la máquina de escribir eléctrica. El ordenador de Bobby es más rápido, pero el ciclo del generador es demasiado irregular como para confiar en él, siquiera contando con el supresor. Sólo tengo una oportunidad; no puedo correr el riesgo de estar a punto de terminar y darme cuenta de pronto de que todo lo que he escrito se va al cielo informático a causa de una irregularidad en la corriente o de una fluctuación demasiado grande para el supresor.

Me llamo Howard Forno. Antes era escritor. Mi hermano, Robert Forno, era el Mesías. Lo he matado hace cuatro horas, con una inyección de su propio descubrimiento. Él lo llamaba El Calmante. Tal vez Un Error Muy Grave habría resultado una denominación más adecuada, pero lo hecho hecho está y no puede deshacerse, como los irlandeses llevan siglos sentenciando... lo cual demuestra lo gilipollas que son.

Mierda, no puedo permitirme estas digresiones.

Tras su muerte, lo he cubierto con una colcha y he permanecido sentado junto a la única ventana de la sala de la cabana durante unas tres horas, con la mirada fija en el bosque. Antes podía verse el halo de las farolas de alta intensidad de North Conway, pero ya no. Ahora sólo quedan las Montañas Blancas, que parecen triángulos de cartón piedra modelados por un niño, y las estrellas opacas.

Encendí la radio, busqué alguna emisora en cuatro bandas hasta encontrar a un locutor loco y volví a apagarla. Permanecí sentado, pensando en distintos modos de narrar la historia. Mi mente no cesaba de deslizarse hacia aquellas enormes extensiones de pinos, toda aquella nada. Por fin, me di cuenta de que tenía que empezar a moverme y ponerme la inyección. Mierda, nunca había sido capaz de trabajar sin un plazo fijado de antemano.

Y ahora tenía uno, vaya que sí tenía uno.

Nuestros padres nunca habían tenido motivo alguno para no esperar lo que obtuvieron, es decir, hijos de gran inteligencia. Mi padre era un licenciado en historia que había pasado a ocupar una cátedra en Hofstra a los treinta años. Diez años después, se convirtió en uno de los seis viceadministradores de los Archivos Nacionales en Washington, y tenía muchas posibilidades de pasar a ocupar el cargo más importante. También era un gran tipo... Tenía todos los discos de Chuck Berry y no era demasiado malo tocando *bines* a la guitarra. Archivero de día y roquero de noche.

Mi madre se licenció con honores por la universidad de Drew. Le otorgaron un distintivo de la fraternidad Phi Beta Kappa que a veces llevaba prendido en ese extraño sombrero anticuado que tenía. Se convirtió en una brillante asesora financiera y fiscal en Washington, conoció a mi

padre, se casó con él, y dejó su trabajo cuando quedó embarazada de un servidor. Yo nací en 1980. En 1984, mi madre gestionaba los impuestos de unos cuantos socios de mi padre... Ella lo llamaba su «pequeño hobby». En 1987, al nacer Bobby, gestionaba los impuestos, las inversiones y la planificación inmobiliaria de una docena de hombres muy poderosos. Podría nombrarlos pero ¿a quién le importa? Ahora están muertos o se han convertido en completos retrasados mentales.

Creo que ganaba más dinero al año con su «pequeño hobby» que mi padre con su trabajo, pero eso nunca tuvo importancia alguna. Mis padres eran felices por lo que eran y por lo que significaban el uno para el otro. Los vi discutir muchas veces, pero nunca pelearse en serio. Durante mi infancia, la única diferencia que apreciaba entre mi madre y las madres de mis amigos residía en que las madres de mis amigos leían, planchaban, cosían o hablaban por teléfono mientras miraban los culebrones en la tele, mientras que mi madre jugaba con la calculadora y escribía números en grandes hojas de papel verde mientras miraba los culebrones en la tele.

No defraudé a aquel matrimonio de genios que eran mis padres. Obtuve excelentes y notables durante todos los cursos de la escuela pública. Por lo que sé, mis padres jamás contemplaron la posibilidad de enviarnos a una escuela privada. Asimismo, ya de niño escribía muy bien, sin ningún esfuerzo. Vendí mi primer cuento a los veinte años. Se trataba de una historia sobre el invierno que el Ejército Continental pasó en el Valle Forge durante la Guerra de la Independencia. La vendí a la publicación de unas líneas aéreas por cuatrocientos cincuenta dólares. Mi padre, a quien amaba profundamente, me preguntó si quería venderle el cheque que me enviaron. Me lo cambió por un cheque personal suyo, enmarcó el de la compañía aérea y lo colgó sobre la mesa de su despacho. Un genio romántico, si se quiere. Un genio romántico que tocaba *bines*, si se quiere. Créanme, muchos niños no daban tantas satisfacciones a sus padres. Por supuesto, tanto él como mi madre murieron desvariando y meándose encima a finales del año pasado, al igual que casi todos los habitantes de este gran planeta redondo, pero nunca dejé de quererlos.

Era el tipo de hijo que ellos esperaban, y con toda la razón; era un buen muchacho, inteligente, un chico cuyo talento maduró muy temprano, gracias al ambiente de amor y confianza en que vivía, un niño fiel que amaba y respetaba a su padre y a su madre.

Bobby era distinto. Nadie, ni siquiera los genios como nuestros padres, esperan tener un niño como Bobby. Nunca.

Aprendí a hacer mis necesidades en el lavabo dos años antes que Bobby, pero eso fue lo único en lo que le superé en toda mi vida. No obstante, nunca sentí celos de él; habría sido como si un buen lanzador de un equipo aficionado de béisbol sintiera celos de las grandes estrellas del lanzamiento. Pasado cierto límite, las comparaciones causantes de los celos simplemente dejan de existir. Yo lo viví, de modo que puedo asegurarles que, pasada cierta frontera, uno se limita a mantenerse apartado y protegerse los ojos contra la brillantez del otro.

Bobby aprendió a leer a los dos años y empezó a escribir ensayos cortos («Nuestro perro», «Un viaje a Boston con mamá») a los tres. Su caligrafía de imprenta consistía en las desesperadas y retorcidas estructuras de un niño de seis años, lo cual ya era asombroso en sí mismo, pero aún había más. Si se transcribían los relatos, de modo que el desarrollo de su capacidad motora dejara de ser un factor de evaluación, uno podría creer que las historias eran obra de un niño de quinto curso brillante, aunque ingenuo en extremo. Pasó de las oraciones simples a las compuestas y a las complejas con rapidez vertiginosa, empleando cláusulas, oraciones subordinadas y relativas con una intuición que resultaba sobrecogedora. En ocasiones, su sintaxis era algo confusa o colocaba los modificadores en el lugar equivocado, pero había logrado subsanar tales errores, que atormentan a la mayoría de los escritores durante toda su vida, a la edad de cinco años.

Empezó a sufrir jaquecas. Temerosos de que tuviera algún trastorno físico, tal vez un tumor cerebral, mis padres lo llevaron al médico. Este lo examinó con toda meticulosidad, lo escuchó

con gran paciencia y a continuación aseguró que Bobby no padecía otro trastorno que estrés. Se sentía extremadamente frustrado porque su mano no funcionaba tan bien como su cerebro.

—Su hijo tiene una piedra vesicular en el cerebro —explicó el médico—. Podría recetarle algo para las jaquecas, pero creo que lo que necesita es una máquina de escribir.

Así pues, mis padres le regalaron una IBM. Un año más tarde, por Navidad, le regalaron un Commodore 64 con el programa Wordstar incorporado. Antes de pasar a otros asuntos, quiero añadir que durante los tres años siguientes, Bobby creyó que era Santa Claus quien había dejado el ordenador bajo el abeto. Ahora que lo pienso, ésa fue otra cosa en que lo superé. Averigüé antes que él que Santa Claus no existía.

Podría contarles un sinfín de cosas acerca de aquellos tiempos, y supongo que tendré que contarles algunas, pero tendré que darme prisa y ser breve. El plazo. Ah, el plazo. En cierta ocasión, leí una obra muy divertida, titulada «La esencia de *Lo que el viento se llevó*». Decía aproximadamente así:

—¿Una guerra? —exclamó Escarlata entre risas—. ¡Oh, bobadas!

—¡Bum! ¡Ashley se fue a la guerra! ¡Atlanta ardió! ¡Rhett entró y volvió a salir!

—¡Oh, bobadas! —exclamó Escarlata entre lágrimas—. ¡Pensaré en ello mañana, porque mañana será otro día!

Me reí con ganas cuando leí aquella obra. Ahora que me hallo ante la tarea de hacer algo similar, ya no me parece tan divertido. Pero ahí va:

—¿Un niño con un coeficiente de inteligencia inconmensurable? —exclamó India Forno mirando a su devoto esposo, Richard, con una sonrisa—. ¡Bobadas! Crearemos una atmósfera en la que su inteligencia, por no mencionar la de su hermano mayor, que no es precisamente estúpido, pueda desarrollarse. Y los educaremos para que se conviertan en los niños americanos que por mi vida son.

¡Bum! Los hijos de los Forno crecieron. Howard fue a la universidad. Se licenció con honores e inició su carrera como escritor. Vivía con holgura. Salía con muchas mujeres y se acostaba con buena parte de ellas. Logró evitar cualquier tipo de enfermedad social, tanto sexual como farmacológica. Se compró un equipo de música Mitsubishi. Escribía a casa al menos una vez por semana. Publicó dos novelas de bastante éxito. «Bobadas —dijo Howard—, esto es vida.»

Y así fue, al menos hasta el día en que Bobby apareció de repente, en la mejor tradición del científico chiflado, cargado con dos urnas de vidrio, una con un nido de abejas y la otra con un nido de avispas. Aquel día, Bobby llevaba una camiseta de Educación Física Mumford al revés, estaba a punto de destruir la inteligencia humana y llegó más contento que unas pascuas.

Las personas como mi hermano Bobby sólo aparecen cada dos o tres generaciones, creo; gente como Leonardo da Vinci, Newton, Einstein, tal vez Edison. Todos ellos parecen tener un denominador común; son como enormes brújulas que dan vueltas sin rumbo durante largo tiempo, buscando el norte verdadero y, cuando lo encuentran, se abalanzan sobre él con abrumadora fuerza. Antes de que eso ocurra, este tipo de personas son propensas a meterse en líos, y Bobby no eran ninguna excepción a la regla.

Cuando él tenía ocho años y yo quince, se me acercó y me dijo que acababa de inventar un avión. Por aquel entonces, ya conocía a Bobby lo suficiente como para no lanzar un «tonterías» y echarlo a patadas de mi cuarto. Salí con él al garaje, y allí estaba, un extraño artefacto de conglomerado, colocado sobre su carretilla roja. Se parecía un poco a un avión de guerra, pero las alas estaban inclinadas hacia delante en lugar de hacia atrás. En la parte central, había fijado con tornillos el sillín de su balancín. En uno de los costados se veía una palanca. No había motor. Me explicó que se trataba de un planeador. Quería que lo empujara por la colina Carrigan, la pendiente más inclinada de todo el Grand Park de Washington. La colina estaba dividida por un

sendero de cemento, diseñado para que los ancianos caminaran por él. Sería su pista de despegue, anunció Bobby.

—Bobby —objeté—. Las alas de este cacharro están al revés.

—No —replicó—, tienen que ser así. Vi algo sobre halcones en un documental de animales. Se lanzan sobre la presa y después giran las alas cuando vuelven a subir. Las alas están articuladas, ¿lo ves? Así puedes elevarte mejor.

—Entonces, ¿por qué no los construyen así en las Fuerzas Aéreas? —pregunté, sin saber que las fuerzas aéreas tanto americanas como rusas estaban diseñando ya los planos de un avión de características similares.

Bobby se encogió de hombros. No lo sabía ni le importaba.

Nos dirigimos a la colina Carrigan. Bobby se acomodó en el sillín del balancín y agarró la palanca.

—Empuja fuerte.

Sus ojos brillaban con el destello de demencia que conocía tan bien. Por Dios, había visto brillar sus ojos de aquel modo incluso cuando aún estaba en la cuna. Pero juro por Dios que jamás se me habría ocurrido empujarle con tanta fuerza por el sendero de cemento si hubiera creído que aquel trasto iba a funcionar.

Pero no lo sabía, de modo que empujé con todas mis fuerzas. El cacharro empezó a deslizarse por la pendiente con Bobby a bordo, lanzando gritos salvajes como un vaquero que acabara de terminar de conducir el ganado y se dirigiera al pueblo a tomarse unas cuantas cervezas frías. Una señora mayor tuvo que apartarse de un salto de su trayectoria, y el trasto estuvo a punto de atrepellar a un viejo apoyado en un andador. A medio camino de la pendiente, tiró de la palanca, y observé con los ojos abiertos como platos y medio muerto de miedo cómo el avión de conglomerado se separaba de la carretilla. Al principio, quedó suspendido a unos centímetros de ella, y tuve la impresión de que volvería a caer sobre la misma. De pronto, se alzó una ráfaga de viento y el avión de Bobby se elevó como tirado por un cable invisible. La carretilla se salió del sendero de cemento y fue a parar a unos arbustos. En un abrir y cerrar de ojos, Bobby se encontraba a tres metros de altura, después a seis y después a unos veinte. Planeaba sobre Grand Park con el morro del avión vuelto hacia el cielo y agudos gritos de alegría.

Me lancé tras él a la carrera, gritando para que bajara, con la mente atormentada por visiones de su cuerpo al caer de aquel estúpido sillín y quedar empalado en un árbol, o en una de las numerosas estatuas del parque, que el miedo me hacía ver con siniestra claridad. No me imaginé el funeral de mi hermano. Realmente, asistí a él.

—¡UAAAUUU! —repuso Bobby con voz lejana, aunque extasiada.

Asombrados jugadores de ajedrez, lanzadores *defrisbee*, lectores, amantes y corredores dejaron lo que estaban haciendo para contemplar a Bobby.

—¡BOBBY, ESE JODIDO TRASTO NO TIENE CINTURÓN DE SEGURIDAD! —aullé.

Era la primera vez que pronunciaba aquella palabrota en particular, a menos que yo recuerde.

—¡No me pasará nadaaaaaa...!

Gritaba a pleno pulmón, pero me quedé de piedra al comprobar que apenas lo oía. Corrí pendiente abajo sin dejar de gritar. No recuerdo lo que gritaba, pero al día siguiente sólo podía articular algún que otro susurro. Recuerdo, sin embargo, que pasé junto a un joven ataviado en un elegante traje de tres piezas, que estaba parado junto al monumento de Eleanor Roosevelt, situado al pie de la colina.

—Sabes, amigo —me dijo en tono normal—. Me está subiendo cantidad todo el ácido que me tomé hace años.

Recuerdo aquella extraña sombra informe, que se deslizaba por el suelo verde del parque, elevándose y arrugándose al pasar sobre los bancos, las papeleras y los rostros alzados de la gente que le contemplaba. Recuerdo que lo perseguí. Recuerdo el rostro encogido de mi madre, que se echó a llorar cuando le conté que el avión de Bobby, que no debería haber despegado de ningún modo, había caído en picado, y que Bobby había visto truncada su breve pero brillante carrera al estrellarse contra la calle D.

A la vista de cómo salieron las cosas al final, tal vez aquello habría sido lo mejor para todos, pero lo cierto es que no fue así.

Por el contrario, Bobby regresó hacia la colina Carrigan, aferrado a la cola del avión para no caerse del maldito trasto, y fue descendiendo en dirección a la pequeña laguna que había en el centro del Grand Park. Planeó un metro y medio sobre el agua... y a continuación empezó a esquiar en ella, dejando tras de sí dos estelas blancas gemelas, ahuyentando a los patos, por lo general tranquilos y sobrealimentados, que alzaron el vuelo en indignadas bandadas, y graznando alegremente. Aterrizó en el extremo más alejado de la laguna, justo entre dos bancos del parque que arrancaron las alas del avión. Salió despedido del artefacto, cayó al suelo de cabeza y empezó a llorar a todo volumen.

Así era la vida con Bobby.

No todo era tan espectacular; de hecho, creo que nada fue tan espectacular como aquello... al menos hasta que inventó El Calmante. Pero les he contado la historia porque creo que, por lo menos en esta ocasión, el caso extremo es el que mejor explica la regla; la vida con Bobby era una constante empanada mental. A la edad de nueve años, ya asistía a clases de física cuántica y álgebra avanzada en la universidad de George-town. Cierta día, interceptó todos los televisores y radios de nuestra calle, y de las cuatro manzanas circundantes, con su propia voz. Había encontrado un televisor viejo en el ático, y lo convirtió en una emisora de radio multibanda. Un viejo televisor Zenith en blanco y negro, cuatro metros de cable, una percha montada en el punto más alto del tejado de nuestra casa, ¡y listo! Durante unas dos horas, cuatro manzanas de Georgetown no recibieron más que la emisora WBOB... que resultó ser mi hermano, el cual se dedicó a leer algunas de mis narraciones, contar un par de chistes malos y explicar que el alto contenido en sulfuro de las alubias era la razón por la que nuestro padre se echaba tantos pedos durante la misa dominical.

—Pero la mayoría son bastante silenciosos —matizó Bobby en beneficio de una audiencia de unas tres mil personas—, y a veces se guarda los verdaderos petardos hasta que llegan los salmos.

Mi padre, al que no le hizo demasiada gracia todo aquello, terminó pagando una multa de setenta y cinco dólares a la Comisión Federal de Comunicaciones y descontándola de la asignación de Bobby durante el año siguiente.

La vida junto a Bobby, oh, sí... y mírenme ahora, aquí estoy, llorando. ¿Será la emoción o el inicio de los síntomas? Creo que se trata de la primera... Dios sabe cuánto lo quería..., pero creo que será mejor que me apresure un poco de todas formas.

En virtud de todas las consideraciones prácticas pertinentes, Bobby terminó el bachillerato a la edad de diez años, pero nunca se licenció en la universidad ni, por supuesto, obtuvo ningún título de postgrado. Era por culpa de esa gran brújula que tenía en la cabeza, que daba vueltas y más vueltas, en busca de un norte verdadero al que apuntar.

Atravesó un período dedicado a la física, más tarde uno más breve en que estaba loco por la química..., pero al final, Bobby se impacientó demasiado con las matemáticas como para ahondar en alguno de los dos campos. Era capaz de hacerlo, podía dedicarse a cualquiera de las llamadas ciencias puras, pero todo aquello lo aburría.

A los quince años, su pasión era la arqueología. Peinó las colinas al pie de las Montañas Blancas, situadas en las inmediaciones de nuestra casa de veraneo, y elaboró una historia de los indios que habían vivido en la zona a partir de las puntas de flecha, las hachas de sílex e incluso los vestigios del carbón de hogueras extinguidas largo tiempo atrás en las cavernas meso-líticas de los parajes del corazón de New Hampshire.

Pero también se le pasó aquella pasión, y a continuación empezó a leer obras de historia y antropología. Cuando tenía dieciséis años, mis padres, aunque a regañadientes, le dieron permiso para acompañar a un grupo de antropólogos en una expedición a Suramérica.

Regresó al cabo de cinco meses, con el primer bronceado verdadero de su vida; asimismo había crecido unos centímetros y adelgazado siete kilos, aparte de convertirse en un muchacho mucho más tranquilo. Seguía siendo alegre, o al menos parecía serlo, pero aquella exuberancia infantil, que a veces resultaba contagiosa, a veces agotadora, pero que siempre estaba presente, había desaparecido. Mi hermano había madurado. Y por primera vez en su vida, empezó a hablar de las noticias... de lo malas que eran las noticias, quiero decir. Corría el año 2003, el año en que un grupo disidente de la OLP, denominado Hijos del Jihad (un nombre que siempre me pareció tan siniestro como un grupo católico de servicio a la comunidad del oeste de Pennsylvania), bombardeó Londres con armas químicas, contaminando el sesenta por ciento de la ciudad y convirtiendo el resto en un lugar extremadamente insalubre para las personas que proyectasen tener hijos algún día (o superar los cincuenta años). El año en que intentamos bloquear las Filipinas después de que la administración de Cedeño aceptara a un «pequeño grupo» de asesores de la China comunista (unos quince mil, según nuestros satélites espía), y no renunciamos a ello hasta que se puso de manifiesto que, en primer lugar, los chinos no bromeaban al amenazar con acribillarnos a misiles, y, en segundo, los norteamericanos no estaban tan locos como para precipitarse al suicidio colectivo a causa de las Filipinas. Asimismo, fue el año en que otro grupo de cabrones desquiciados, creo que eran albaneses, intentó fumar Berlín con el virus del sida.

Ese tipo de cosas deprimía a todo el mundo, pero Bobby se deprimía una barbaridad.

—¿Por qué es tan mezquina la gente? —me preguntó un día.

Estábamos en la cabana de New Hampshire. Se acercaba el final de agosto, y la mayor parte de nuestras cosas ya estaba guardada en cajas y maletas. La cabana presentaba aquel aspecto triste y desolado que siempre adquiría cuando nos disponíamos a marcharnos cada uno por nuestro lado. Para mí, significaba el regreso a Nueva York, mientras que para Bobby, suponía volver a Waco, Texas, mira por dónde... Había pasado el verano leyendo libros de sociología y geología —¿Qué les parece la mezcla?— y anunció que pensaba hacer un par de experimentos. Lo dijo en un tono casual, como de pasada, pero lo cierto es que mi madre lo estuvo observando con expresión pensativa durante las dos últimas semanas que pasamos todos juntos. Ni mi padre ni yo lo sospechábamos, pero creo que mi madre sabía que la brújula de Bobby había dejado de girar y había empezado a apuntar hacia un lugar concreto.

—¿Que por qué es tan mezquina? —repetí—. ¿En serio esperas que conteste a eso?

—Pues será mejor que alguien conteste —advirtió—. Y pronto, tal como van las cosas.

—Las cosas van como siempre han ido —repuse—, y creo que es así porque la gente nace para ser mala. Si quieres culpar a alguien, culpa a Dios.

—Eso es una chorrada. No me lo creo. Incluso el rollo de los dobles cromosomas X resultó ser una chorrada al final. Y no me cuentes que no son más que presiones económicas, el conflicto entre ricos y pobres, porque eso tampoco lo explica todo.

—El pecado original —sugerí—. Al menos para mí eso funciona... Tiene buen ritmo y se puede bailar.

—Bueno —admitió Bobby—, tal vez sea el pecado original. Pero ¿cuál es el instrumento, hermano? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—¿El instrumento? ¿Qué instrumento? Me he perdido.

—Creo que es el agua —prosiguió Bobby con expresión huraña.

—¿Cómo dices?

—El agua. Algo que hay en el agua —insistió volviéndose hacia mí.

—O algo que falta en el agua.

Al día siguiente, Bobby regresó a Waco. No volví a verlo hasta el día en que apareció en mi piso, con la camiseta al revés y cargado con las dos urnas. Habían pasado tres años.

—¿Qué tal, Howie? —saludó al entrar mientras me daba una palmada en el hombro, como si tan sólo hubieran pasado tres días.

—¡Bobby! —grité al tiempo que lo abrazaba. Mi pecho chocó contra un objeto duro y anguloso, y oí un enojado zumbido de enjambre.

—Yo también me alegro de verte —dijo Bobby—, pero será mejor que tengas cuidado. Estás molestando a los nativos.

Retrocedí un paso a toda prisa. Bobby dejó la gran bolsa de papel que llevaba en el suelo, y a continuación cogió la bolsa que llevaba colgada al hombro. Con toda cautela, sacó de ella las urnas de vidrio. En una de ellas había un enjambre de abejas, mientras que la otra contenía uno de avispas. Las abejas ya se estaban tranquilizando y volviendo a cualesquiera que sean las tareas típicas de las abejas, pero las avispas, sin lugar a dudas, estaban menos contentas con todo aquel asunto.

—Muy bien, Bobby —empecé sin poder borrar la sonrisa de mi rostro—. ¿Qué estás maquinando esta vez?

Abrió la otra bolsa y sacó un tarro de mayonesa, medio lleno de un líquido transparente.

—¿Ves esto?

—Sí. Parece agua o aguardiente.

—En realidad, es las dos cosas, si puedes creértelo. Procede de un pozo artesanal de La Plata, un pueblo situado a unos setenta kilómetros de Waco. Antes de que lo convirtiera en este líquido concentrado, había unos veinte litros de agua. Tengo una pequeña destilería allá abajo, Howie, pero no creo que el gobierno me haga detener por eso. —Estaba sonriendo, y su sonrisa se hizo más amplia en aquel momento—. No es más que agua, pero es la cosa más rara que la raza humana ha visto jamás.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Ya lo sé. Pero ya lo entenderás. ¿Sabes qué, Howie?

—¿Qué?

—Si la estúpida raza humana puede aguantar seis meses más, apuesto lo que quieras a que aguantará para siempre.

Alzó el tarro de mayonesa, y el ojo aumentado de Bobby me contempló a través del vidrio con gran solemnidad.

—Esto es algo grande, el remedio para la peor enfermedad que padece el homo sapiens.

—¿El cáncer?

—No, señor —repuso—. La guerra. Peleas de bar. Asesinatos. El desastre. ¿Dónde está el lavabo, Bobby? Tengo que cambiar el agua al canario urgentemente.

Cuando volvió, no sólo se había puesto bien la camiseta, sino que también se había peinado. No había cambiado de método, por lo visto; se limitaba a poner la cabeza bajo el grifo durante un rato y luego echarse el cabello hacia atrás con los dedos.

Echó un vistazo a las urnas y declaró que tanto las abejas como las avispas habían vuelto a la normalidad.

—La verdad, no puede decirse que un nido de avispas se parezca a algo remotamente «normal», Howie. Las avispas son insectos sociales, al igual que las abejas y las hormigas, pero al contrario que las abejas, que casi siempre están cuerdas, y las hormigas, que padecen ocasionales lapsus esquizoides, las avispas son verdaderas lunáticas.

Abrió la urna que contenía el enjambre de abejas.

—Mira, Bobby —empecé sin dejar de esbozar una sonrisa que se me antojaba demasiado amplia—. Vuelve a cerrar la urna y límitate a contarme de qué se trata, ¿de acuerdo? Deja la demostración para más tarde. Quiero decir, mi casero es un verdadero gallina, pero la administradora es una especie de armario que fuma puros y pesa quince kilos más que yo. Ella...

—Te va a encantar esto —prosiguió Bobby como si yo no hubiera hablado.

Se trataba de un hábito que conocía tan bien como el Peinado de los Diez Dedos. Nunca se mostraba grosero, pero con frecuencia estaba del todo absorto en lo que hacía. ¿Y acaso podía detenerlo? No, mierda. Me alegraba demasiado de verlo. Quiero decir que creo que ya entonces sabía que algo iba a ir realmente mal, pero estar más de cinco minutos seguidos con Bobby me hipnotizaba. Era Lucy sosteniendo el balón y prometiéndome que esta vez seguro que sí, y era Charlie Brown corriendo por el campo para chutar.

—De hecho, es posible que ya lo hayas visto hacer alguna vez, porque a menudo lo enseñan en revistas o en los documentales sobre animales de la tele. No es nada del otro mundo, pero lo parece porque la gente tiene un montón de prejuicios irracionales hacia las abejas.

Y lo extraño es que tenía razón... Lo había visto hacer.

Introdujo la mano en la urna, entre el enjambre de abejas y el vidrio. En menos de quince segundos, su mano había quedado cubierta por un guante viviente negro y amarillo. En aquel momento recordé una imagen. Estaba sentado frente al televisor, enfundado en un pijama entero y abrazado a mi gran oso de felpa, una media hora antes de acostarme (y, con toda certeza, algunos años antes de que naciera Bobby), contemplando con una mezcla de horror, asco y fascinación cómo un apicultor permitía que un montón de abejas se posaran sobre su rostro. Al principio, formaron una suerte de capucha de verdugo, y después, el apicultor las movió de forma que se convirtieron en una grotesca barba viviente.

El rostro de Bobby se contrajo de repente en una mueca, pero no tardó en iluminarse con una sonrisa.

—Una de ellas me ha picado —explicó—. Todavía están un poco nerviosas por el viaje. La mujer de la compañía de seguros de La Plata me llevó hasta Waco, tiene una vieja furgoneta biplaza, por cierto, y desde ahí volé con una pequeña compañía aérea, Air Gilipollas, me parece, hasta Nueva Or-leans. He hecho unos cuarenta transbordos, pero juraría que ha sido el viaje en taxi desde LaGuarra lo que las ha vuelto locas. La Segunda Avenida sigue teniendo más baches que las calles de Berlín tras la rendición de los alemanes.

—Mira, Bobs, creo que deberías sacar la mano de ahí.

Seguía esperando a que algunas de ellas salieran volando. Imaginaba la escena, persiguiéndolas durante horas con una revista enrollada, matándolas una a una, como si fueran fugitivos de alguna vieja película de cárceles. Pero ninguna de ellas se había escapado... al menos de momento.

—Tranquilo, Howie. ¿Has visto alguna vez a una abeja picar a una flor? ¿O siquiera has oído hablar de algo así?

—No tienes aspecto de flor.

—Joder—exclamó mi hermano entre risas—, ¿crees que una abeja sabe qué aspecto tienen las flores? ¡No! ¡Qué va, hombre! No saben el aspecto que tienen las flores, de la misma manera que ni tú ni yo sabemos qué ruido emiten las nubes. Saben que soy dulce porque segregó dioxina

de sacarosa con el sudor, además de otras treinta y siete dioxinas, y éstas sólo son las que conocemos.

Se detuvo con gesto pensativo.

—Aunque debo confesar que he procurado... esto... endulzarme un poco más de lo normal para la ocasión. Me he comido una caja entera de cerezas recubiertas de chocolate en el avión...

—¡Dios mío, Bobby!

—... y un par de caramelos en el taxi.

Introdujo la otra mano en la urna y empezó a apartarse las abejas. Le vi hacer otra mueca justo antes de apartar la última y, para mi tranquilidad, volver a colocar la tapa de la urna. En cada una de sus manos aparecía un bulto rojizo, uno en la palma y otro en la parte alta de la mano, junto a lo que los quirománticos denominan los brazaletes de la fortuna. Le habían picado, pero ya entendía lo que pretendía demostrarme. Unas cuatrocientas abejas lo habían examinado, y sólo dos lo habían atacado.

Bobby se sacó unas pinzas del bolsillo pequeño de los vaqueros y se dirigió a mi escritorio. Apartó los papeles de mi manuscrito y el ordenador Wang Micro I que utilizaba por aquel entonces, y a continuación ajustó el flexo hasta que formó un halo de luz pequeño e intenso sobre la superficie de madera de cerezo.

—¿Estás escribiendo algo bueno, Bow-How? —inquirió en tono casual.

Se me erizaron los pelos de la nuca. ¿Cuándo me había llamado Bow-How por última vez? ¿A los cuatro años? ¿A los seis? Mierda, no lo sé. Se aplicó las pinzas en la mano izquierda con todo cuidado. Observé cómo extraía una cosa pequeña que parecía un pelillo de la nariz y lo dejaba en mi cenicero.

—Un artículo sobre falsificación de obras de arte para *Vanity Fair* —repuse—. Bobby, ¿se puede saber qué estás tramando?

—¿Puedes sacarme el otro? —replicó en tono de disculpa al tiempo que me alargaba las pinzas y la mano derecha—. No dejo de pensar que si soy tan inteligente, debería ser ambidextro, pero mi mano izquierda sigue teniendo un coeficiente intelectual de seis.

El mismo Bobby de siempre.

Me senté junto a él, cogí las pinzas y le extraje el otro aguijón de la picadura, que se inflamaba cada vez más junto a lo que, en aquel caso, debería haber recibido el nombre de brazaletes de la desgracia. Entretanto, me explicó las diferencias existentes entre las abejas y las avispa, entre el agua de La Plata y la de Waco, así como, maldita sea, que todo saldría bien con su agua y un poco de ayuda por mi parte.

Y, oh mierda, acabé por correr, por última vez, hacia el balón que mi brillante y loco hermano sujetaba entre carcajadas.

—Las abejas no pican a menos que se vean obligadas a ello, porque si te pican, mueren —explicó Bobby con sencillez—. ¿Recuerdas aquella vez en North Conway, cuando dijiste que los hombres se mataban unos a otros por culpa del pecado original?

—Sí. No te muevas.

—Bueno, pues si existe el pecado original, si existe un Dios que, por un lado, nos quiere lo suficiente como para servirnos a su propio Hijo en la cruz y, por otro, nos envía directamente al infierno porque cierta zorra estúpida mordió la manzana que no debía, entonces la maldición que nos echó, es la siguiente: nos hizo avispa en lugar de abejas. Mierda, Howie, ¿qué haces?

—Estáte quieto y te lo sacaré. Si quieres gesticular, esperaré.

—Vale —repuso y permaneció quieto mientras le arrancaba el aguijón—. Las abejas son los kamikazes de la naturaleza, Bow-How. Mira esta urna; verás que las dos abejas que me picaron están en el fondo, muertas. Tienen aguijones dentados, como anzuelos. Entran con facilidad, pero cuando intentan sacarlos, se arrancan los intestinos.

—Qué asco —exclamé mientras dejaba el segundo agujijón en el cenicero.

No veía los dientes del agujijón, pero, claro, tampoco tenía microscopio.

—Pero eso las hace muy especiales —prosiguió Bobby.

—Seguro.

—Las avispas, por el contrario, tienen agujijones lisos. Pueden picarte tantas veces como quieran. Al cabo de tres o cuatro picaduras, se les acaba el veneno, pero pueden seguir abriéndote agujeros siempre que quieran, y por lo general, lo hacen. Sobre todo este tipo de avispas que tengo aquí. Hay que darles tranquilizantes. Una cosa que se llama Noxon. Deben pillar una resaca de narices, porque se despiertan mucho más cabreadas que antes.

Me miró con expresión sombría, y por primera vez observé las oscuras ojeras de fatiga que le rodeaban los ojos. Me percaté de que mi hermano pequeño estaba más cansado que nunca.

—Por eso la gente sigue luchando entre sí, Bow-How. Una y otra vez, sin parar. Tenemos agujijones lisos. Ahora mira esto.

Se levantó, se acercó a su bolsa, rebuscó en el interior y, por fin, sacó un cuentagotas. Abrió el tarro de mayonesa, introdujo el cuentagotas en él y aspiró una pequeña burbuja del agua destilada de Texas.

Cuando lo llevó a la urna que contenía el nido de avispas, me di cuenta de que la tapa de aquella urna era distinta... Tenía una pequeña lengüeta deslizante de plástico. No hacía falta que me explicara la razón; con las abejas, no dudaba en retirar la tapa de la urna, pero en el caso de las avispas, no corría ningún riesgo.

Oprimió el pezón del cuentagotas. Dos gotas de agua cayeron sobre el nido de avispas, formando una mancha oscura que desapareció casi al instante.

—Esperaremos tres minutos —anunció mi hermano.

—¿Qué...?

—No hagas preguntas —interrumpió—. Ya lo verás. Dentro de tres minutos.

En aquel espacio de tiempo, se dedicó a leer mi artículo sobre la falsificación de obras de arte... pese a que ya tenía escritas veinte páginas en aquel momento.

—Muy bien —dijo por fin mientras dejaba el manuscrito—. No está mal, tío. Pero deberías leer algo sobre Jay Gould, el tipo que empapeló el salón de su tren privado con falsificaciones de Manet. Es una pasada.

Mientras hablaba, empezó a levantar la tapa de la urna de las avispas.

—¡Por el amor de Dios, Bobby, deja de hacer tonterías! —exclamé.

—El mismo gallina de siempre —se burló Bobby al tiempo que sacaba el nido, que era de un apagado color gris y del tamaño aproximado de un bolo.

Mientras lo sostenía en las manos, las avispas alzaron el vuelo y se posaron sobre sus brazos, mejillas y frente. Una de ellas voló hacia mí y aterrizó en mi antebrazo. Le propiné un manotazo y cayó muerta sobre la alfombra. Estaba asustado, quiero decir... asustado de verdad. Tenía el cuerpo repleto de adrenalina y la sensación de que los ojos iban a salirse de las órbitas.

—No las mates —advirtió Bobby—. Es como matar a bebés, no te pueden hacer ningún daño. He ahí el quid de la cuestión.

Sostenía el nido, ora con una mano, ora con otra, como si fuera una pelota de béisbol de tamaño gigante. Lo lanzó al aire. Observé horrorizado cómo las avispas planeaban por el salón de mi piso como una patrulla de cazas.

Bobby volvió a introducir con todo cuidado el nido en la urna y se sentó en el sofá. Dio unas palmaditas en el lugar contiguo para que le acompañara. Me acerqué casi hipnotizado. Estaban en todas partes; sobre la alfombra, en el techo, en las cortinas. Media docena de ellas paseaba tranquilamente sobre la gran pantalla de mi televisor.

Antes de que me sentara, Bobby apartó a un par de avispas que se hallaban en el lugar en que estaba a punto de posar el trasero. Los insectos se alejaron volando con rapidez. Todas ellas volaban con ligereza, andaban con facilidad y se movían deprisa. No tenían aspecto de estar drogadas. Cuando Bobby empezó a hablar, regresaron paulatinamente a su hogar, caminaron sobre él durante unos instantes y, por fin, desaparecieron en su interior a través de un pequeño agujero que se abría en la parte superior.

—No fui el primero en interesarme por Waco —explicó Bobby—. Resulta que es la ciudad más grande de una pequeña zona pacífica del que es, por número de habitantes, el estado más violento del país. A los texanos les encanta matarse a tiros, Howie, es el hobby del estado. La mitad de la población masculina va armada por la calle. Los sábados por la noche, los bares de Fort Worth son como galerías de tiro en las que uno dispara sobre borrachos en lugar de sobre patos de cartón. Hay más personas con licencia de armas que metodistas. No es que Texas sea el único lugar en que la gente se mate a tiros, se cosan a navajazos o meta a sus hijos en el horno si gritan demasiado, ya me entiendes, pero no hay duda de que les encantan las armas de fuego.

—Excepto en Waco —tercié.

—Oh, allí también les gustan las armas —repuso—. Sólo que las utilizan mucho menos.

Madre mía. Acabo de mirar el reloj. Tengo la sensación de haber escrito durante un cuarto de hora o algo así, pero lo cierto es que llevo más de una hora. Eso me pasa a veces cuando estoy trabajando a toda pastilla, pero ahora no puedo permitirme entrar en detalles sobre el tema. Me encuentro tan bien como siempre... Las membranas de la garganta no se me han secado, no me cuesta pensar en las palabras y al mirar lo que he escrito, sólo veo las habituales erratas y tachaduras. Pero de nada sirve engañarse. Debo darme prisa. «Oh, bobadas», exclamó Escarlata, y todo eso.

Otros, en su mayoría sociólogos, ya habían investigado la atmósfera no violenta de Waco. Bobby me dijo que, tras introducir suficientes datos sobre Waco y zonas similares en el ordenador, tales como densidad de población, edad media, nivel económico medio y otros muchos factores, se obtenía una información que indicaba la existencia de una anomalía. Por lo general, los estudios académicos no son jocosos, pero, aun así, algunos de los más de cincuenta que Bobby había leído sobre el tema insinuaban con sarcasmo que tal vez se debiera a «algo en el agua».

—Decidí que quizás había llegado el momento de tomarse la broma en serio —prosiguió Bobby—. Al fin y al cabo, hay algo en el agua de muchos lugares que previene la caries. Se llama flúor.

Viajó a Waco acompañado de tres asistentes; dos estudiantes de un postgrado de sociología y un catedrático de geología, que se hallaba en año sabático y estaba dispuesto a meterse en cualquier aventura. Al cabo de seis meses, Bobby y los estudiantes de sociología habían elaborado un programa de ordenador que ilustraba lo que mi hermano denominaba el único antiterremoto del mundo. Bobby llevaba una copia impresa bastante arrugada en la bolsa. Me la dio para que le echara un vistazo. Vi una serie de cuarenta círculos concéntricos. Waco se hallaba en el octavo, noveno y décimo empezando por el exterior.

—Ahora, mira esto —indicó al tiempo que colocaba una transparencia sobre la hoja.

Más círculos, pero en este caso, cada uno iba acompañado de un número. El cuadragésimo llevaba el número 471, el tri-gesimonoveno, el 420, el trigesimoctavo, el 418. Y así sucesivamente. En un par de lugares, las cifras ascendían un poco, pero sólo en un par de ellos, y sólo ligeramente.

—¿Qué significan estos números?

—Cada uno de ellos representa el índice de delitos violentos en el círculo correspondiente —repuso Bobby—. Asesinatos, violaciones, asaltos, palizas e incluso actos de vandalismo. El ordenador asigna una cifra según una fórmula que contempla la densidad demográfica.

Señaló el vigesimoséptimo círculo, junto al que se veía el número 204.

—Esta zona tiene menos de cien habitantes, por ejemplo. La cifra representa tres o cuatro casos de violencia conyugal, peleas en bares, un delito de crueldad contra los animales, en el que un granjero senil se enfadó con un cerdo y le disparó una bala de sal, si no recuerdo mal, y, por último, un homicidio involuntario.

Observé que, en los círculos centrales, las cifras descendían de un modo radical: 85, 81, 70, 63, 40, 21, 5. En el epicentro del antiterremoto de Bobby se hallaba la ciudad de La Plata. Parecía más que justificado afirmar que se trataba de una pequeña ciudad adormilada.

El número asignado a La Plata era el cero. —Aquí lo tienes, Bow-How —anunció Bobby al tiempo que se inclinaba hacia delante y se frotaba las largas manos con nerviosismo—. Mi nominado para el Jardín del Edén. Se trata de una comunidad de quince mil habitantes, veinticuatro por ciento de los cuales son de sangre mixta, y se les llama comúnmente indios. Hay una fábrica de mocasines, un par de talleres mecánicos, un par de granjas de tres al cuarto. Es todo el trabajo que hay. En cuanto al ocio, hay cuatro bares, un par de salas de baile donde puedes escuchar cualquier tipo de música siempre y cuando suene igual que Georg Jones, dos cines al aire libre y una bolera. —Hizo una pausa antes de proseguir—. También hay una destilería. No sabía que alguien hiciera un whisky tan bueno fuera de Tennessee.

En resumen, pues ya es demasiado tarde para extenderse, La Plata debería haber sido un caldo de cultivo ideal para el tipo de violencia casual que se encuentra cada día en las páginas destinadas a información policial del periódico local. Debería haberlo sido, pero no lo era. Sólo se había cometido un asesinato en los cinco años previos a la llegada de mi hermano, dos asaltos, ninguna violación, ningún caso denunciado de abusos a niños. Se habían perpetrado cuatro atracos a mano armada, pero todos ellos habían sido obra de personas que estaban de paso... al igual que el asesinato y uno de los asaltos. El *sheriff* era un viejo gordo republicano que sabía imitar bastante bien al cómico Rodney Danger-field. De hecho, se sabía que pasaba días enteros en la cafetería del pueblo, tocándose el nudo de la corbata y pidiendo a la gente que se quedara con su mujer, por favor. Mi hermano creía que había algo más que un pésimo sentido del humor en su conducta; de hecho, estaba bastante convencido de que el pobre hombre padecía los primeros síntomas de la enfermedad de Alzheimer. Su único ayudante era su sobrino. Bobby me dijo que el sobrino se parecía mucho a Júnior Samples, el personaje del viejo programa de country *Hee-Haw*.

—Pones a estos dos tipos en una ciudad de Pennsylvania similar a La Plata en todos los sentidos menos en el geográfico —prosiguió Bobby—, y ya los habrían echado a patadas hace quince años. En La Plata, en cambio, seguirán en sus puestos hasta que mueran... probablemente mientras duermen.

—¿Y qué hiciste? —inquirí—. ¿Qué procedimiento seguiste?

—Bueno, la primera semana después de reunir todo el rollo estadístico, nos quedamos sentados, mirándonos unos a otros fijamente. Quiero decir que estábamos preparados para algo, pero no para esto. Ni siquiera Waco te prepara para encontrarte con algo como La Plata.

Bobby se removió en el sofá e hizo crujir los nudillos.

—Dios mío, cómo odio cuando haces eso —exclamé.

—Lo siento, Bow-How —se disculpó Bobby con una sonrisa—. En cualquier caso, empezamos a hacer pruebas geológicas, después análisis microscópicos del agua. No esperaba mucho de todo aquello. Todos los habitantes de la zona tienen su propio pozo, por lo general bastante profundo, y hacen analizar el agua con regularidad para asegurarse de que no están ingiriendo bórax o algo así. Si hubiera habido algo muy obvio, lo habrían descubierto hace mucho tiempo, de modo que pasamos al submicroscopio. Y ahí fue donde tropezamos con algo bastante raro.

—¿Qué quieres decir con algo bastante raro?

—Interrupciones en las cadenas de átomos, fluctuaciones eléctricas subdinámicas y una proteína no identificada. El agua no es realmente H₂O, sabes, no si le añades el sulfuro, el hierro y lo que sea que contenga el acuífero de una zona en concreto. Y el agua de La Plata... Bueno, tendría una sucesión de letras tan larga como la de un profesor emérito.

Le brillaban los ojos.

—Pero la proteína era lo más interesante, Bow-How. Por lo que sabemos, existe en un solo lugar aparte del agua de La Plata... el cerebro humano.

Oh, oh.

Acaba de empezar, entre dos degluciones... la sequedad en la garganta. Aún es débil, pero ha bastado para hacerme levantar a tomar un vaso de agua helada. Me quedan unos cuarenta minutos. Y, Dios mío, quedan tantas cosas que contar. Sobre los nidos de avispas que no podían picar, sobre el accidente que presenciaron Bobby y uno de sus asistentes, en el que los dos conductores, ambos hombres, borrachos y de unos veinticuatro años de edad, bombas sociológicas, en otras palabras, se limitaron a salir del coche, estrecharse las manos e intercambiar amistosamente los datos del seguro antes de dirigirse al bar más próximo para tomarse otra copa.

Bobby habló durante horas... más horas de las que me quedan. Pero el quid de la cuestión era bien sencillo, ya que consistía en la sustancia encerrada en el tarro de mayonesa.

—Ahora tenemos nuestra propia destilería en La Plata —relató—. Esto es lo que destilamos, Howie, aguardiente pacifista. El acuífero que hay bajo esa zona de Texas es profundo pero enorme; es como el lago Victoria vertido en el sedimento poroso situado sobre el Moho. El agua es potente, pero hemos conseguido que la sustancia que he echado en el nido de avispas sea aún más potente. Tenemos unos veinticuatro mil litros, almacenados en grandes depósitos de acero. A finales de año tendremos unos cincuenta y cinco mil, y en junio del año que viene, unos ciento veinte mil. Pero no basta. Necesitamos más, lo necesitamos deprisa... y además tenemos que transportarlo.

—¿Transportarlo? ¿Adonde? —interrumpí.

—A Borneo, para empezar.

Creí que había perdido el juicio o que le había oído mal. De verdad que lo creí.

—Mira, Bow-How..., perdón, Howie.

Estaba rebuscando de nuevo en su bolsa; sacó unas cuantas fotografías aéreas y me las alargó.

—¿Ves? ¿Ves lo perfecto que es? Es como si el propio Dios hubiera interceptado nuestras emisiones habituales con algo como: «Y ahora un boletín especial. ¡Esta es vuestra última oportunidad, gilipollas! Y ahora continuaremos con el programa *Días de nuestras vidas*».

—No entiendo nada —intervine—. Y no tengo ni idea de lo que significan estas fotos.

Por supuesto que lo sabía. Era una isla... no la propia isla de Borneo, sino una isla situada al oeste de Borneo y llamada Gulandio, que tenía una montaña en el centro y un montón de pequeños poblados fangosos en las faldas de ella. Era difícil distinguir la montaña entre las nubes que la cubrían. Lo que había pretendido decir era que no sabía qué estaba buscando en las fotografías.

—La montaña se llama igual que la isla —explicó Bobby—, Gulandio. En el dialecto local, significa gracia o sino o destino, según se mire. Pero Duke Rogers dice que es la mayor bomba de relojería del mundo... y que estallará en octubre del año que viene. Tal vez antes.

La verdadera locura es lo siguiente: esta historia sólo es una locura si se cuenta a la velocidad a la que voy a intentar contarla. Bobby quería que reuniera entre seiscientos mil y un millón y medio de dólares para hacer lo siguiente. En primer lugar, sintetizar entre doscientos mil y trescientos mil litros de lo que él denominaba «la sustancia concentrada», en segundo lugar,

transportarla por vía aérea a Borneo, que tenía aeropuerto (en Gulandio podía aterrizar un ala delta, pero poco más), transportarla por barco a aquella isla llamada Sino, Destino o Gracia, en cuarto lugar, subirla en camiones por la falda del volcán, que había permanecido inactivo (salvo unas cuantas toses en 1938) desde 1804, y por último, verterla por el cráter del mismo. Duke Rogers se llamaba, en realidad, John Paul Rogers, y era el catedrático de geología. Afirmaba que lo del Gulandio no sería una mera erupción, sino una auténtica explosión, como la del Krakatoa en el siglo diecinueve, que produciría una onda expansiva que reduciría la bomba química, que había contaminado Londres, a la categoría de un simple petardo.

Los detritos de la erupción del Krakatoa, según me contó Bobby, habían cubierto todo el planeta. Los resultados observados habían desempeñado un papel de primer orden en la teoría del invierno nuclear del grupo de Sagan. Durante los tres meses siguientes a la erupción, los amaneceres y las puestas de sol de la mitad del planeta habían mostrado una combinación de colores grotesca a causa de la ceniza que transportaban tanto las corrientes altas como las corrientes de Van Alien, situadas cuarenta millas por debajo del Cinturón de Van Alien. Se produjeron alteraciones climáticas globales que persistieron durante cinco años, y las palmeras Ñipa, que antes sólo habían crecido en África oriental y Micronesia, empezaron a hacer su aparición en las dos Américas.

—Todas las palmeras Ñipa de Norteamérica murieron antes de 1900 —aclaró Bobby—, pero siguen existiendo al sur del ecuador. El Krakatoa las plantó allí, Howie, del mismo modo que yo pretendo plantar el agua de La Plata en todo el planeta. Quiero que la gente se empape de agua de La Plata cuando llueva... y lloverá un montón después de que el Gulandio explote; quiero que beban el agua de La Plata que caiga en sus embalses, quiero que se laven el pelo con ella, que se bañen en ella, que limpien sus lentillas con ella. Quiero que las putas se hagan sus duchas vaginales con ella.

—Bobby, estás loco —sentencié sabiendo que no era cierto.

—No estoy loco —replicó con una sonrisa torva y fatigada—. ¿Quieres saber quién está loco? Pon las noticias de la CNN, Bow... Howie. Verás quién está loco, y lo verás a todo color.

Pero no necesitaba poner la CNN (que un amigo llamaba El Triturador de Desgracias) para saber a qué se refería Bobby. Los indios y los paquistaníes estaban a punto de abalanzarse unos sobre otros. Los chinos y los afganos, otro tanto.

Media África se moría de hambre, y la otra media se estaba extinguiendo por culpa del sida. Se habían producido disturbios fronterizos a lo largo de toda la frontera entre Estados Unidos y México durante los últimos cinco años, desde que México cayó en manos de los comunistas, y la gente había empezado a llamar el punto fronterizo de Tijuana, en California, Pequeño Berlín a causa del muro. El repiqueteo de los sables se había convertido en un alboroto. El último día del año anterior, los í Científicos de Responsabilidad Nuclear habían puesto su reloj negro en la cuenta atrás.

—Bobby, supongamos que se pudiera hacer y que todo

¡marchara según el plan —intervine—. Seguramente, no pasaría, pero supongamos que sí. No tienes ni la menor idea de los efectos secundarios a largo plazo.

Empezó a responder pero lo acallé con un gesto.

—No se te ocurra siquiera decir que sí lo sabes, porque no es cierto. Has tenido tiempo de descubrir este fenómeno y aislar su causa, eso lo admito. Pero ¿has oído hablar alguna vez de la talidomida? ¿Ese estupendo remedio contra el acné que provocó cáncer y ataques al corazón en personas de treinta años? ¿Es que no te acuerdas de la vacuna contra el sida que se descubrió en 1997?

—Howie...

—Esa vacuna frenó la enfermedad, pero convirtió a los

I sujetos del experimento en epilépticos incurables que murieron al cabo de dieciocho meses.

—Howie...

—Y luego el...

—Howie...

Me detuve y volví la mirada hacia él.

—El mundo... —empezó Bobby antes de interrumpirse, apenas capaz de contener las lágrimas—. El mundo necesita medidas heroicas, tío. No conozco los efectos a largo plazo, y 10 hay tiempo para descubrirlos, porque no hay perspectiva a largo plazo. Tal vez podamos curar este desastre. O tal vez...

Se encogió de hombros, intentó esbozar una sonrisa y me airó con ojos brillantes mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—O tal vez administremos heroína a un enfermo de cáncer en fase terminal. En cualquier caso, acabaremos con lo que está sucediendo ahora. Acabaremos con el dolor del mundo.

Extendió las manos, con las palmas vueltas hacia arriba para que pudiera ver las picadas de abeja.

—Ayúdame, Bow-How. Ayúdame, por favor.

De modo que lo ayude.

Y la fastidiamos. De hecho, creo que podría decirse que la fastidiamos bien fastidiada. ¿Y quieren saber la verdad? Me importa un comino. Matamos todas las plantas, pero al menos salvamos el invernadero. Algún día, volverá a crecer algo en él, espero.

¿Están leyendo esto?

Mis movimientos empiezan a tornarse algo pesados. Por primera vez en muchos años, me veo obligado a pensar en lo que hago. Los movimientos propios de escribir a máquina. Debería haberme dado más prisa al principio.

Da igual. Demasiado tarde para arreglarlo.

Lo hicimos, por supuesto. Destilarnos el agua, la transportamos a Gulandio, construimos un ascensor primitivo, mitad polea a motor, mitad ferrocarril de cremallera, en la ladera del volcán, y vertimos más de doce mil bidones de veinte litros de agua de La Plata —en versión superconcentrada— a las lóbregas y nebulosas profundidades de la caldera del volcán. Lo hicimos en apenas ocho meses. No costó seiscientos mil dólares, ni un millón y medio, sino más de cuatro, menos, sin embargo, de la dieciseisava parte de lo que Estados Unidos había gastado en defensa aquel año. ¿Quieren saber cómo lo conseguimos? Se lo contaría si tubiera mas tiempo, pero tengo la cabeza a punto de estallar, así que no importa. La mayor parte la conseguí yo, por si les interesa. Uno poco de aquí y otro poco de allá. La verdad, no sabía que podía hacerlo solo hasta que lo hice. Pero lo logramos y de algún modo el mundo aguantó y el volcán... como se llame, no recuerdo el nombre, pero no hay tiempo para ojear el manuscrito, estalló como estaba.

Un momento

Vale, un poco mejor. Digitalina. Bobby la tenía. El corazón late como loco, pero puedo volver a pensar.

El volcán... Lo llamábamos Monte Gracia... estalló en el momento que Dook Rogers predijo. Todo se fue al carajo y | por un momento la atención de todo el mundo se volvió hacia el cielo. Y fofadaz, dijo Escorbuta.

Pasó muy rápido como el sexo y efexos especiales y todo | el mundo se curó. Quiero decir un momento

Dios mío por favor déjame terminar esto.

Quiero decir que todo el mundo se calma Todo el mundo asumió cierta perceptiva de la situación. El mundo se volvió como las avispas del nido de Bobby el que me enseñó las avispas que no picaban mucho. Tres años de veranillo de San-martin. La gente se juntaba como en la canción aquella de los Youngbloods que decía vamos todo el mundo debe unirse ahoramismo, lo que cerian los hipies, saven, paaz y amorr y

un mmnto

Gran estallido. Siento que el corazón sale por las oregas. SPero si concentro todas mis fuerzas, mi concentración...

Fue como un veranillo de San Martín, eso es lo que quería decir, como un veranillo de San Martín que duró tres años. Bobby siguió con la investigacion. La Plata. Historial sociológico etc Recuerdan el viejo *skeriff* El viejo gordo republicano que imitaba tan vien a Rodney Youngblod? Que Bobby lijo que tenía los primeros síntomas de la enfermedad de lodney?

concéntrate hijo de puta

No sólo él; resulta que había un montón de eso en aquella

parte de Texas. Quiero decir la enfermedad de All's Hallows. Bobby y yo passamos trez anos ahí. Creamos otro programa. Nueva gráfica de circuios. Vi lo que pasaba y volvi aqui. Bobby y los 2 assistentt se cedaron. Uno se pego un tiro digo Bobby cuando vino aqui.

Un momento otro estal

Muy bien, ultima vez. Corazón late tan rápido que apenas puedo respirar. La nueva gráfica, la ultima, solo advertia si la pones sobre la grafa del fenómeno. Esta mostrava curba de violencia bajaba al acercar a La Plata, y la grafca de Alzheimer mostraba que incidencia seenilida precoc subía al acercar a La Plata. Por ahí, la gente so volvía muy tonta de muy joven.

Yo y Bobo tubimos musho cuidado en loz tres anos si-gientes, beber solo agua congas y llebar capas larjas bajo lu-via, asi que ningún guerra y todo el mundo se volvió tonoto, nosotros no y bolbí ací porque mi hermano no recuerdo su

nombre

Bobby

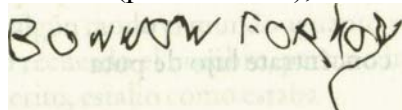
Bobby cuando bino antes lorando y dije Bobby te cicero Bobby dijo losiento he combertio esto en un mundo dímbé-ciles y tonts y dije mejor imbeziles y tnnots que una gran bola negrade cenizza enezpacio y lloró y lio tambien Bobby te ciero y dijo me das injeccion de agua espacial y dije si y dijo lo escrivires y dije si y creo que lo e echo pero no acuerdo veo palabras pero nose que sihgnifica

Tengo un Bobby su nomvbre es hermano y keo que e acavadpo y tengo una cajja para meterlo es Bobby dice lleno de are tankilo qu e dura un milon anos asi ce adiosadios todo el mano, boi a parar adiós bobby te quiero no fu culpa tu ia i te quiero

perdono

te ciero

filmado (para mundo),



BOWDOWN FOR THE

Hay que aguantar a los niños

Su nombre era señorita Sidley, de profesión maestra. Era una mujer menuda que tenía que erguirse para escribir en el punto más alto de la pizarra, como hacía en aquel preciso instante. Tras ella, ninguno de los niños reía ni susurraba ni picaba a escondidas de ningún dulce que sostuviera en la mano. Conocían demasiado bien los instintos asesinos de la señorita Sidley. La señorita Sidley siempre sabía quién estaba mascando chicle en la parte trasera de la clase, quién guardaba un tirachinas en el bolsillo, quién quería ir al lavabo para intercambiar cromos de béisbol en lugar de hacer sus necesidades. Al igual que Dios, siempre parecía saberlo todo al mismo tiempo.

Su cabello se estaba tornando gris, y el aparato que llevaba para enderezar su maltrecha espalda se dibujaba con toda claridad bajo el vestido estampado. Una mujer menuda, atenazada por constantes sufrimientos; una mujer con ojos de pedernal. Pero la temían. Su afilada lengua era una leyenda en el patio de la escuela. Al clavarse en un alumno que reía o susurraba, sus ojos podían convertir las rodillas más robustas en pura gelatina.

En aquel momento, mientras apuntaba en la pizarra la lista de palabras que tocaba deletrear, la maestra se dijo que el éxito de su larga carrera docente podía resumirse y confirmarse mediante aquel gesto tan cotidiano. Podía volver la espalda a sus alumnos con toda tranquilidad.

—Vacaciones —anunció mientras escribía la palabra en la pizarra con su letra firme y prosaica—. Edward, haz una frase con la palabra vacaciones, por favor.

—Fui de vacaciones a Nueva York —recitó Edward.

A continuación, repitió la palabra con todo cuidado, tal como les había enseñado la señorita Sidley.

—Muy bien, Edward —aprobó la maestra mientras escribía la siguiente palabra.

Tenía sus pequeños trucos, por supuesto. Estaba del todo convencida de que el éxito dependía tanto de los pequeños detalles como de las grandes acciones. Aplicaba aquel principio en todo momento, y lo cierto era que nunca fallaba.

—Jane —dijo en voz baja.

La aludida, que había estado hojeando a escondidas su libro de lectura, alzó la mirada con ademán culpable.

—Cierra ese libro inmediatamente, por favor. Se oyó el sonido del libro al cerrarse. Jane clavó una mirada llena de odio en la espalda de la señorita Sidley.

—Y permanecerás en clase durante quince minutos después de que suene el timbre.

—Sí, señorita Sidley —murmuró Jane con labios temblorosos.

Uno de sus pequeños trucos consistía en el modo en que utilizaba las gafas. Toda la clase quedaba reflejada en los gruesos cristales, y siempre sentía una leve punzada de regocijo al ver sus rostros culpables y asustados cuando los sorprendía en alguno de sus malvados jueguecitos. En aquel momento, distinguió a través de sus gafas la imagen distorsionada y fantasmal de Robert. El chico estaba arrugando la nariz. La señorita Sidley no habló. Todavía no. Robert se ahorcaría por sí solo si le daba un poco más de cuerda.

—Mañana —articuló con toda claridad—. Robert, haz una frase con la palabra mañana, por favor.

Robert frunció el ceño mientras se concentraba. La clase estaba silenciosa y adormilada aquel caluroso día de finales de septiembre. El reloj eléctrico que pendía sobre la puerta indicaba que todavía quedaba media hora para que sonara el timbre de las tres, y lo único que impedía que las jóvenes cabezas cayeran sobre sus libros de ortografía era la silenciosa y temible amenaza que representaba la espalda de la señorita Sidley.

—Estoy esperando, Robert.

—Mañana pasará algo malo —repuso Robert.

Las palabras eran inofensivas, pero a la señorita Sidley, que había desarrollado el séptimo sentido propio de todos los docentes estrictos, no le gustaron ni pizca.

—Ma-ña-na —terminó Robert, tal como le habían enseñado.

Mantenía las manos unidas sobre el pupitre y en aquel momento volvió a arrugar la nariz. Al mismo tiempo, esbozó una pequeña sonrisa torva. De pronto, la señorita Sidley tuvo la certeza de que Robert conocía el pequeño truco de las gafas.

Muy bien, de acuerdo.

Empezó a escribir la siguiente palabra en la pizarra sin regañar a Robert, dejando que su cuerpo erguido transmitiera su propio mensaje. Mientras escribía, observaba atentamente a Robert con un ojo. El chiquillo no tardaría en sacarle la lengua o hacer aquel asqueroso gesto con el dedo que todos los niños e incluso las niñas conocían, a fin de comprobar si la maestra sabía lo que estaba haciendo. Y entonces sería castigado.

El reflejo de Robert era pequeño, fantasmal, distorsionado. La señorita Sidley apenas prestaba atención a la palabra que estaba escribiendo en la *pizarra*.

De pronto, Robert se transformó.

La señorita Sidley apenas entrevio el cambio, tan sólo distinguió durante una fracción de segundo el rostro de Robert mientras se transformaba en algo... diferente.

Se volvió con brusquedad, con el rostro pálido, ignorando la punzada de dolor que le acometió en la espalda.

Robert la miraba con expresión inocente y perpleja. Sus manos seguían unidas sobre la mesa. En su cogote se apreciaban los primeros indicios de un remolino. No parecía asustado.

«Ha sido fruto de mi imaginación —se dijo la maestra—. Estaba buscando algo, y mi mente me ha jugado una mala pasada. Parece absolutamente inocente.... Sin embargo...»

—¿Robert?

Pretendía que su voz sonara autoritaria, que tuviera un timbre que impulsara a Robert a confesar. Pero no lo logró.

—¿Sí, señorita Sidley?

Sus ojos eran de color castaño oscuro, como el lodo que yace en el fondo de un río de cauce lento.

—Nada.

Se volvió de nuevo hacia la pizarra. Un murmullo apenas audible recorrió el aula.

—¡Silencio! —ordenó al tiempo que se daba la vuelta—. Otro sonido y nos quedaremos todos con Jane después de la clase.

Se había dirigido a toda la clase, pero, de hecho, su mirada permanecía clavada en Robert, quien se la devolvió con infantil inocencia. «Quién, ¿yo? Yo no, señorita Sidley.»

La maestra se volvió hacia la pizarra y empezó a escribir sin espiar a través de sus gafas. La última media hora se le antojó interminable, y tuvo la sensación de que Robert le lanzaba una mirada extraña al salir de la clase. Una mirada que parecía decir: «Tenemos un secreto, ¿eh?».

No podía apartar de sí aquella mirada. Permanecía clavada en su mente, como un trocito de ternera que se le hubiera quedado entre dos muelas, un grano de arena que le parecía una montaña.

Cuando se dispuso a tomar su solitaria cena, consistente en huevos escalfados y tostadas, todavía la atenazaba aquella imagen. Sabía que estaba envejeciendo, y lo aceptaba con serenidad. No sería una de aquellas maestras solteras que patalean y gritan cuando las sacan a rastras de sus clases al llegar el momento de la jubilación. Le recordaban a los jugadores incapaces de

apartarse de la mesa de juego cuando van perdiendo. Pero ella no iba perdiendo. Siempre había sido una ganadora.

Bajó la vista hacia los huevos escalfados. ¿Verdad?

Pensó en los limpios rostros de sus alumnos de tercero, y decidió que el de Robert sobresalía sobre los demás. Se levantó y encendió otra luz.

Más tarde, justo antes de dormirse, el rostro de Robert apareció ante ella, esbozando una desagradable sonrisa en la oscuridad que se extendía tras sus párpados cerrados. El rostro empezó a transformarse...

Pero antes de que pudiera distinguir en qué se estaba convirtiendo aquel rostro, se sumió en las tinieblas del sueño.

La señorita Sidley pasó una noche inquieta, por lo que al día siguiente se mostró brusca y malhumorada. Estaba a la expectativa, casi esperando que alguien susurrara, riera o tal vez pasara una nota a un compañero. Pero la clase permaneció en silencio... en un profundo silencio. Todos los alumnos la miraban sin expresión, y la maestra casi sentía el peso de sus miradas sobre ella, como si se tratara de hormigas ciegas que se pasearan por su cuerpo.

«¡Basta! —se dijo con severidad—. Te estás comportando como una chiquilla asustadiza que acaba de salir de la escuela de maestros!»

Una vez más, el día se le antojó eterno, y creyó sentirse más aliviada que sus alumnos cuando el timbre anunció el final de las clases. Los niños se alinearon en filas junto a la puerta, niños y niñas ordenados por estatura y cogidos de la mano.

—Podéis retiraros —dijo y se quedó escuchando con amargura los gritos de los niños que corrían por el pasillo y salían a disfrutar del brillante sol.

«¿Qué era lo que vi cuando se transformó? Algo bulboso. Algo que relucía. Algo que me miraba fijamente, sí, me miraba fijamente y sonreía y no era un niño, desde luego que no. Era viejo y malvado y...»

—¿Señorita Sidley?

La maestra alzó la cabeza con brusquedad y de sus labios escapó una pequeña exclamación involuntaria. Era el señor Hanning.

—No pretendía asustarla —dijo el hombre con una sonrisa de disculpa.

—No se preocupe —repuso la maestra en un tono más hosco del que pretendía dar a sus palabras.

¿En que estaría pensando? ¿Qué era lo que le pasaba?

—¿Le importaría comprobar si hay toallas de papel en el lavabo de chicas?

—Ahora mismo voy.

La maestra se incorporó mientras se llevaba las manos a la parte baja de la espalda. El señor Hanning la contempló con expresión compasiva. «No se esfuerce —pensó la señorita Sidley—. A la solterona no le divierte esto en absoluto. Ni siquiera le interesa.»

Pasó junto al señor Hanning y se dirigió al lavabo de chicas. Las risas de unos chicos que llevaban maltrechos accesorios de béisbol se apagaron al acercarse ella. Los chicos salieron con expresión culpable antes de reanudar sus carcajadas y gritos en el patio.

La señorita Sidley frunció el ceño mientras pensaba que los niños habían sido distintos en sus tiempos. No más corteses, pues los niños nunca habían sido corteses, y no precisamente más respetuosos con los adultos; pero se apreciaba una suerte de hipocresía que nunca había existido. Un sonriente silencio en presencia de los adultos que nunca había existido. Una suerte de desprecio silencioso que resultaba molesto e inquietante. Como si...

«¿Se ocultaran detrás de máscaras? ¿Es eso?»

Apartó de sí aquel pensamiento y entró en el baño. Se trataba de una estancia pequeña en forma de L. Los retretes estaban alineados a lo largo del brazo más largo, mientras que los lavabos se extendían a lo largo de la parte más corta de la habitación.

Mientras inspeccionaba los estantes de las toallas de papel, divisó su imagen reflejada en uno de los espejos, y quedó petrificada al contemplarse con mayor detalle. No le gustó nada lo que vio... ni pizca. Percibió una mirada que no había tenido dos días antes, una mirada temerosa, vigilante. Con un sobresalto, se dio cuenta de que el reflejo borroso del rostro pálido y respetuoso de Robert se había adueñado de ella.

La puerta del baño se abrió y entraron dos niñas riendo y susurrando. Cuando estaba a punto de doblar la esquina y pasar junto a ellas, oyó que pronunciaban su nombre. Regresó a los lavabos y volvió a inspeccionar los recipientes de toallas.

—Y entonces... Risitas ahogadas.

—Ella lo sabe, pero...

Más risitas, suaves y pegajosas como jabón fundido.

—La señorita Sidley está...

«¡Basta! ¡Dejad de hacer ese ruido!»

Se acercó un poco para ver sus sombras, difusas y borrosas a causa de la luz que se filtraba a través de las ventanas de cristales lechosos, unidas en su infantil excitación.

Otro pensamiento cruzó su mente.

«Ellas sabían que estaba ahí.»

Sí. Sí, lo sabían. Esas pequeñas zorras lo sabían.

Las zarandearía. Las sacudiría hasta que les castañetearan los dientes y sus risas se convirtieran en aullidos; les golpearía la cabeza contra la pared de azulejos hasta que confesaran que lo sabían.

En aquel momento, las sombras empezaron a transformarse. Parecieron alargarse, fluir como sebo mientras cobraban extrañas formas jorobadas que impulsaron a la señorita Sidley a retroceder hacia los lavabos de porcelana, con el corazón desbocado.

Pero las niñas siguieron riendo.

Las voces se transformaron; dejaron de ser infantiles y se convirtieron en sonidos asexuados, desalmados y muy, muy malvados. Un sonido lento y turgente de humor salvaje que doblaba la esquina hacia ella como si del contenido del desagüe se tratara.

Clavó la mirada en aquellas sombras jorobadas y de pronto, empezó a gritar. El grito siguió y siguió, hinchándose en su mente hasta adquirir proporciones dementes. Y en aquel instante, perdió el conocimiento.

Las risitas, como carcajadas del diablo, la siguieron hasta las tinieblas.

Por supuesto, no podía contarles la verdad.

La señorita Sidley lo supo desde el momento en que abrió los ojos y distinguió los rostros ansiosos del señor Hanning y la señora Crossen. Esta última sostenía bajo su nariz el frasco de sales procedente del botiquín del gimnasio. El señor Hanning se volvió y pidió a las dos niñas que observaban a la señora Sidley con curiosidad que se fueran a casa.

Las dos niñas le dedicaron una sonrisa... una sonrisa lenta, que indicaba que compartían un secreto con ella, y salieron de la escuela.

Muy bien, guardaría el secreto. Durante un tiempo. No permitiría que la gente creyera que se había vuelto loca, o que los primeros tentáculos de la senilidad se habían apoderado de ella antes de tiempo. Jugaría con sus reglas hasta que estuviera en posición de desenmascararlos y arrancar el problema de raíz.

—Creo que he resbalado —explicó en tono sereno mientras se incorporaba, haciendo caso omiso del terrible dolor de espalda que la atormentaba—. Algún charco de agua.

—Es terrible —exclamó el señor Hanning—. Terrible. ¿Se ha...?

—¿Se ha hecho daño en la espalda, Emily? —intervino la señora Crossen.

El señor Hanning le dirigió una mirada de gratitud.

La maestra se puso en pie entre tremendas punzadas de dolor.

—No —repuso—. De hecho, parece que la caída ha obrado un pequeño milagro. Hace años que no tengo la espalda tan bien.

—Podemos llamar al médico... —sugirió el señor Hanning.

—No hace falta —replicó la señorita Sidley con una sonrisa serena.

—Llamaré a un taxi desde la oficina.

—Ni hablar —objetó la señorita Sidley mientras se dirigía a la puerta del lavabo—. Siempre voy en autobús.

El señor Hanning exhaló un suspiro y miró a la señora Crossen, quien puso los ojos en blanco y permaneció en silencio.

Al día siguiente, la señorita Sidley obligó a Robert a quedarse en la escuela después de clase. El muchacho no había hecho nada malo, por lo que se limitó a acusarlo de una falta imaginaria. No sintió remordimientos por ello. Era un monstruo, no un niño. Tenía que obligarlo a confesar.

La espalda la estaba martirizando. Se dio cuenta de que Robert lo sabía y que esperaba que eso le favoreciera. Pero se equivocaba. Ésa era otra de sus pequeñas ventajas. La espalda le había dolido de un modo constante durante los últimos doce años, y en muchas ocasiones el dolor había sido tan intenso como en aquel momento... bueno, casi.

Cerró la puerta para que ambos quedaran aislados del exterior.

Durante un momento, permaneció inmóvil, con la mirada clavada en Robert. Esperó a que el niño bajara los ojos, pero fue en vano. Robert siguió mirándola con fijeza y de pronto, una pequeña sonrisa empezó a dibujarse en las comisuras de sus labios.

—¿Por qué sonríes, Robert? —inquirió en voz baja.

—No lo sé —repuso el chico sin dejar de sonreír.

—Dímelo, por favor.

Robert permaneció en silencio.

Y siguió sonriendo.

Los sonidos de los demás niños en el patio parecían muy lejanos, como pertenecientes a un sueño. Sólo el zumbido hipnótico del reloj de pared era real.

—Somos bastantes —anunció Robert de pronto, como si hablara del tiempo.

Ahora le tocó el turno a la señorita Sidley de permanecer en silencio.

—Once en esta escuela.

«Malvado —se dijo la maestra asombrada—. Muy malvado, increíblemente malvado.»

—Los niños que dicen mentiras van al infierno —replicó con toda claridad—. Sé que muchos padres ya no se lo explican a su... prole..., pero te aseguro que es cierto, Robert. Los niños que dicen mentiras van al infierno. Y las niñas también.

La sonrisa de Robert se hizo más amplia y malvada.

—¿Quiere ver cómo me transformo, señorita Sidley? ¿Quiere verlo bien?

Un hormigueo recorrió la espalda de la maestra.

—Márchate —ordenó con brusquedad—. Y trae a tu madre o a tu padre a la escuela mañana. Entonces arreglaremos todo este asunto.

Eso es. Ya volvía a pisar tierra firme. Esperó que el rostro del niño se contrajera; esperó la aparición de las lágrimas.

En lugar de ello, la sonrisa de Robert se ensanchó aún más, se amplió hasta mostrar sus dientes.

—Será como cuando traemos algo a clase para explicar qué es, ¿verdad, señorita Sidley? A Robert... al otro Robert... le gustaba ese juego. Todavía está escondido en el fondo de mi cabeza. —La sonrisa se curvó en las comisuras de los labios como si de papel quemado se tratara—. A veces se pone a correr por ahí... me pica. Quiere que le deje salir.

—Márchate —repitió la señorita Sidley en tono impávido.

El zumbido del reloj se le antojaba cada vez más cercano.

Robert empezó a transformarse.

De pronto, su rostro se difuminó como cera fundida. Los ojos se aplanaron y ensancharon como yemas que alguien hubiese pinchado con un cuchillo, la nariz se amplió como un bostezo, la boca desapareció. La cabeza se alargó, y el cabello dejó de ser cabello para convertirse en una inmensa maraña desordenada y crispada.

Robert soltó una risita ahogada.

El sonido lento y cavernoso procedía de lo que había sido su nariz, pero la nariz había devorado la parte baja de su rostro; las fosas nasales se habían fundido en un solo agujero que se asemejaba a una enorme boca abierta de par en par.

Robert se levantó sin dejar de reír, y tras él, la señorita Sidley distinguió los últimos vestigios del otro Robert, el chiquillo del que aquel engendro se había apoderado y que aullaba aterrorizado, rogando que lo dejaran salir de allí.

La maestra echó a correr.

Huyó gritando por el pasillo, y los pocos alumnos que quedaban en la escuela se volvieron para mirarla con ojos inocentes y abiertos de par en par. El señor Hanning abrió su puerta de golpe en el momento en que la maestra cruzaba las amplias puertas acristaladas de la entrada, un espantapájaros loco y gesticulante dibujado contra el brillante sol de septiembre.

El hombre la siguió a la carrera, con la nuez bailándole en la garganta.

—¡Señorita Sidley! ¡Señorita Sidley!

Robert salió de la clase y contempló la escena con curiosidad.

La señorita Sidley no oía ni veía nada en absoluto. Bajó a trompicones los escalones de entrada, atravesó la acera y se abalanzó sobre la calle, dejando tras de sí una intensa estela de chillidos. De pronto, se escuchó el atronador y profundo sonido de un claxon, y una fracción de segundo más tarde, el autobús se precipitó sobre ella. A través del parabrisas, el rostro del conductor aparecía contraído en una máscara de temor. Los frenos chirriaron como dragones enojados.

La señorita Sidley cayó al suelo, y las enormes ruedas del vehículo se detuvieron humeantes a pocos centímetros de su cuerpo frágil y enclaustrado en la prótesis. Permaneció tendida en el suelo, temblando, mientras el gentío se agolpaba a su alrededor.

Al volverse, comprobó que los niños la miraban con fijeza. Estaban colocados en un apretado círculo, como los asistentes a un entierro en torno a una tumba abierta. A la cabecera de la tumba se hallaba Robert, un pequeño sepulturero preparado para verter la primera palada de tierra sobre su rostro.

A lo lejos, se escuchaba el balbuceo del conductor del autobús.

—... loca o algo así... Dios mío, unos centímetros más y...

La señorita Sidley clavó la mirada en los niños. Sus sombras la cubrían por entero. Sus rostros permanecían impasibles. Algunos de ellos esbozaban pequeñas sonrisas enigmáticas, y la señorita Sidley supo que no tardaría en ponerse a gritar de nuevo.

En aquel instante, el señor Hanning disolvió el círculo que se había cerrado en torno a ella, ahuyentó a los niños y entonces, la señorita Sidley estalló en débiles sollozos.

No volvió a dar clase al tercer curso hasta al cabo de un mes. Con toda tranquilidad, explicó al señor Hanning que no se sentía bien últimamente, y el hombre le sugirió que acudiera a un

médico y le comentara el asunto. La señorita Sidley convino en que era la única medida sensata y racional que cabía tomar. Asimismo, añadió que si la junta escolar deseaba que presentara su dimisión, se la entregaría de inmediato aunque ello le dolería mucho. Con expresión incómoda, el señor Hanning repuso que no creía que aquello hiciera falta. En consecuencia, la señorita Sidley regresó a finales de septiembre, dispuesta una vez más a reanudar el juego y conocedora ya de las reglas.

Durante la primera semana, permitió que las cosas siguieran su curso. Tenía la sensación de que toda la clase la contemplaba con ojos hostiles y enigmáticos. Robert la miraba sonriendo desde su asiento en la primera fila, y la maestra no pudo reunir el valor suficiente como para llamarlo a recitar la lección.

En una ocasión, durante una vigilancia de patio, Robert se acercó a ella con una pelota de goma y una sonrisa pintada en el rostro.

—Somos tantos que no lo creería —dijo—. Ni usted ni nadie —añadió con un malvado guiño que la dejó petrificada—. Quiero decir, si intentara explicárselo a alguien...

Una niña que jugaba en los columpios del otro lado del patio la miró con fijeza y estalló en carcajadas.

La señorita Sidley dedicó a Robert una sonrisa llena de serenidad.

—Pero, Robert, ¿de qué estás hablando? Pero Robert continuó sonriendo mientras regresaba para incorporarse al juego.

La señorita Sidley llevó la pistola a la escuela en el bolso. El arma había pertenecido a su hermano, quien se la había arrebatado a un soldado alemán muerto poco después de la batalla del Bulge. Jim llevaba diez años muerto. No había abierto la caja que contenía el arma desde hacía al menos cinco años, pero cuando la abrió la vio brillar con destellos apagados. Los cartuchos de munición seguían ahí, así que se dedicó a cargar el arma tal como le había enseñado Jim.

Dedicó una agradable sonrisa a sus alumnos, en especial a Robert. Robert le devolvió la sonrisa, y la maestra distinguió el engendro que flotaba justo debajo de su piel, aquel ser fangoso, lleno de inmundicia.

No tenía idea de qué era lo que anidaba bajo la piel de Robert, y tampoco le importaba; sólo esperaba que el auténtico Robert hubiera desaparecido por completo. No quería convertirse en una asesina. Decidió que el verdadero Robert debía de haber muerto o enloquecido por vivir dentro de aquella cosa sucia y serpenteante que había soltado una risita ahogada en la clase y la había obligado a lanzarse gritando a la calle. Así que, aun en caso de que siguiera vivo, liberarlo de aquel tormento constituiría un acto de misericordia.

—Hoy haremos un examen —anunció la señorita Sidley.

Los alumnos no gruñeron ni se removieron inquietos en sus sillas, sino que se limitaron a mirarla con fijeza. La maestra sentía el peso de sus ojos. Pesados, sofocantes.

—Será un examen muy especial. Os iré llamando uno a uno al aula de mimeografía, y ahí pasaréis el examen. Después os daré un caramelo y podréis iros a casa. ¿No os parece estupendo?

Los niños esbozaron sonrisas vacuas y permanecieron en silencio.

—Robert, tú serás el primero.

Robert se levantó con su sonrisita habitual y arrugó la nariz de un modo bastante ostensible.

—Sí, señorita Sidley.

La maestra tornó su bolso y ambos recorrieron el amplio pasillo, pasando junto al apagado sonido de los alumnos que recitaban la lección tras las puertas cerradas. La sala de mimeografía se hallaba al final del pasillo, junto a los lavabos. La habían insonorizado dos años antes; la vieja máquina era muy antigua y ruidosa.

La señorita Sidley cerró la puerta con llave una vez estuvieron dentro.

—Nadie puede oírte —dijo con toda tranquilidad mientras sacaba el revólver del bolso—. Ni a ti ni a esto.

—Pero somos muchos —terció Robert con una sonrisa inocente—. Muchos más de los que hay aquí en la escuela.

Posó una de sus pequeñas y limpias manos sobre la bandeja de papel del mimeógrafo.

—¿Le gustaría volver a ver cómo me transformo?

Antes de que la señorita Sidley pudiera replicar, el rostro de Robert empezó a relucir y convertirse en la máscara grotesca que ya conocía. La maestra le disparó. Una sola vez. En la cabeza. El niño cayó hacia atrás, sobre los estantes de papel, y a continuación se deslizó hasta el suelo, un niño muerto, con un pequeño orificio negro justo por encima del ojo derecho.

Tenía un aspecto patético.

La señorita Sidley se inclinó sobre él, jadeando. De pronto, palideció. El niño no se movió.

Era humano.

Era Robert.

¡No!

«Ha sido todo producto de tu imaginación, Emily. Fantasías tuyas.»

¡No, no, no!

Regresó a la clase y los llevó a la sala uno a uno. Mató a doce alumnos y los habría matado a todos si la señora Crossen no hubiera llegado a la sala en busca de un paquete de papel rayado.

La señora Crossen abrió la boca de par en par y se llevó una mano a los labios. Empezó a gritar, y todavía chillaba cuando la señorita Sidley la alcanzó y le colocó una mano en el hombro.

—Tenía que hacerse, Margaret —le explicó—. Es terrible, pero tenía que hacerse. Son todos unos monstruos.

La señora Crossen clavó la mirada en los cuerpos enfundados en alegres ropas que yacían esparcidos junto al mimeógrafo, y siguió gritando. La chiquilla cuya mano sostenía la señorita Sidley empezó a llorar de un modo constante y monótono. *Uaaaaahhh... uaaaaahhh... uaaaaahhh.*

—Transfórmate —ordenó la señorita Sidley—. Enséñaselo a la señora Crossen. Demuéstrale que tenía que hacerse. La niña siguió llorando sin comprender.

—¡Maldita sea, transfórmate! —gritó la señorita Sidley—. ¡Maldita zorra, maldita zorra sucia, repugnante y asquerosa! Que Dios te maldiga, ¡transfórmate!

La maestra alzó el arma. La pequeña se encogió, y en un abrir y cerrar de ojos, la señora Crossen se abalanzó sobre la otra mujer como un gato. De pronto, la espalda de la señorita Sidley cedió.

No hubo juicio.

Los informes pedían a gritos un juicio, los desolados padres lanzaron juramentos histéricos contra la señorita Sidley, y la ciudad quedó paralizada, pero, al final, prevaleció la calma y no se celebró ningún juicio. La legislatura estatal estipuló oposiciones más estrictas para la admisión de maestros, y la señorita Sidley fue recluida en Juniper Hill, Augusta. Ahí se sometió a un exhaustivo análisis, se le administraron los medicamentos más avanzados y más tarde empezó a asistir a sesiones de terapia ocupacional. Al cabo de un año, bajo estricta vigilancia, se le permitió participar en una sesión de encuentro experimental.

Su nombre era Buddy Jenkins, de profesión psiquiatra.

Estaba sentado tras un espejo falso, con una carpeta en las manos, mientras observaba una habitación equipada como guardería. En la pared más alejada, una vaca saltaba sobre la luna y un ratón trepaba por un reloj. La señorita Sidley estaba en una silla de ruedas, con un libro de cuentos sobre las rodillas, rodeada de un grupo de confiados niños retrasados que sonreían y babeaban. Los niños le sonreían, babeaban y la tocaban con sus pequeños dedos mojados, siempre bajo la

vigilancia de los asistentes, que permanecían atentos al menor indicio de agresividad por parte de la mujer.

Durante un rato, Buddy creyó que la señorita Sidley reaccionaba bien. Leía en voz alta, acarició la cabeza de una niña y consoló a un chiquillo que había tropezado con un bloque de madera. De pronto, el médico tuvo la impresión de que la maestra había visto algo inquietante, pues frunció el ceño y apartó la vista de los niños.

—Sáquenme de aquí, por favor —rogó en voz baja y monótona, sin dirigirse a nadie en particular.

La sacaron de allí. Buddy Jenkins observó a los niños mientras la seguían con ojos abiertos y vacuos, pero, al mismo tiempo, profundos. Uno de ellos esbozó una sonrisa, mientras que otro se introdujo unos dedos en la boca en ademán malicioso.

Aquella noche, la señorita Sidley se rebanó el cuello con un trozo de espejo roto, y a partir de aquel momento, Buddy Jenkins empezó a observar a los niños con creciente atención. Al final, apenas si podía apartar la mirada de ellos.

El piloto nocturno

A pesar de su licencia de piloto, Dees no se interesó por el tema hasta que ocurrieron los asesinatos del aeropuerto de Maryland, el tercer y el cuarto asesinatos de la lista. Entonces empezó a sentir aquella especial combinación de sangre y entrañas que los lectores de *Iñude View* esperaban. Eso combinado con una buen misterio ba-ratejo como éste hacía más que probable un aumento en la tirada del periódico y, en el negocio de la prensa sensaciona-lista, el aumento de la tirada no sólo es importante, sino que es la madre del cordero.

No obstante, para Dees había tanto buenas como malas noticias. Las buenas eran que había sido el primero en hacerse con la historia; seguía siendo invicto, el mejor, el gallo del gallinero. Las malas noticias eran que la gloria en realidad era para Morrison, al menos de momento. Morrison, el editor pipiolo, había estado machacando el tema incluso después de que Dees, el reportero veterano, le dijera que no eran más que hablaturías. A Dees no le gustaba la idea de que Morrison hubiera olido la sangre antes que él, de hecho, no la soportaba, y eso le dio unas tremendas ganas de joderlo. Y sabía cómo hacerlo.

—Duffrey, Maryland, ¿verdad? Morrison asintió con la cabeza.

—¿Alguien de la revista se ha hecho con el tema? —preguntó Dees, encantado al ver que Morrison pegaba un respingo.

—Si lo que quiere saber es si alguien ha sugerido que podría haber un asesino en serie suelto por ahí fuera, la respuesta es no —replicó con frialdad.

Pero no falta mucho, pensó Dees.

—Pero no falta mucho —prosiguió Morrison—. Si hay algún otro...

—Déme el expediente —pidió Dees señalando la carpeta color de ante que yacía sobre la mesa tan sobrecogedora-mente ordenada de Morrison.

El editor, que era medio calvo, puso la mano sobre el dos-sier, lo que hizo comprender a Dees dos cosas. Morrison iba a dársela, pero no antes de hacerle pagar por su incredulidad inicial y esa actitud altanera de «aquí el veterano soy yo». Al fin y al cabo, quizás eso fuera lo justo. Tal vez, incluso un gallito necesitaba que lo achucharan de vez en cuando para refrescarle la memoria respecto al orden establecido de las cosas.

—Creía que estarías en el Museo de Historia Natural hablando con el tipo de los pingüinos —comentó Morrison con una leve aunque inconfundiblemente malvada sonrisa—. El tipo que cree que son más inteligentes que las personas y los delfines.

Dees señaló la otra cosa que había sobre la mesa de Morrison aparte de las fotografías de su repelente esposa y sus repelentes hijos: un cesto de alambre con una etiqueta que decía EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA. Solía contener un pequeño fajo de papeles manuscritos, seis o siete páginas unidas por un característico clip color magenta de Dees, y un sobre en el que se leía PELÍCULA, NO DOBLAR.

Morrison retiró la mano de la carpeta (preparado para atraparla de nuevo si Dees hacía un movimiento en falso), abrió el sobre y sacó dos hojas llenas de fotos en blanco y negro, no más grandes que sellos. En cada foto había largas hileras de pingüinos con la mirada clavada en la cámara. Había algo indefectiblemente horripilante en ellos; a Merton Morrison le parecían los muertos vivientes de George Romero, pero en esmoquin. Asintió con la cabeza y volvió a meterlas en el sobre. Por definición, Dees sentía antipatía hacia los editores, pero tenía que reconocer que éste al menos atribuía el mérito a quien realmente lo tenía. Era una cualidad poco común, y Dees supuso que iba a acarrearle todo tipo de problemas de salud más adelante en su

vida, si es que no le había sucedido ya. Ahí estaba; seguramente no llegaba ni a los treinta y cinco, y casi el setenta por ciento de su cráneo ya estaba al descubierto.

—No está mal —comentó Morrison—. ¿Quién las ha tomado?

—Yo mismo —repuso Dees—. Siempre tomo las fotografías que acompañan a mis historias. ¿No mira nunca los epígrafes?

—Por lo general no —replicó Morrison, mirando de reojo el titular que Dees había adherido a su artículo sobre los pingüinos.

Libby Granit, del departamento de composición, se inventaría uno mucho más vistoso, porque al fin y al cabo, ése era su trabajo, pero las ideas de Dees eran buenas incluso en lo que respectaba a los titulares, y con frecuencia se acercaba bastante al más adecuado aunque no diera exactamente en el clavo. INTELIGENCIA EXTRATERRESTRE EN EL POLO NORTE, rezaba este titular. Por supuesto, los pingüinos no eran extraterrestres y Morrison creía que en realidad vivían en el Polo Sur, aunque este tipo de cosas apenas importaban. A los lectores de *Inside View* les entusiasmaban tanto los extraterrestres como la inteligencia (quizás porque la mayoría de ellos se sentían como los primeros y tenían una notabilísima carencia de la segunda), y eso era lo que importaba.

—Al titular le falta un poco de chispa —empezó Morrison—, pero...

—Para eso está Libby —terminó Dees por él—, Así que...

—¿Así que qué? —preguntó Morrison.

Sus ojos aparecían grandes, azules y tristes detrás de sus gafas de montura de oro. Volvió a poner la mano sobre la carpeta, esbozó una sonrisa y esperó.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que estaba equivocado? La sonrisa de Morrison se amplió un poco.

—Sólo que tal vez se ha equivocado. Creo que eso bastaría; ya sabe que soy un trozo de pan.

—Sí, dígamelo a mí —respondió Dees, aunque se sentía aliviado.

Podía soportar una pequeña humillación, pero no le gustaba tener que arrastrarse cual vil serpiente.

Morrison siguió mirándolo con la mano derecha extendida sobre la carpeta.

—De acuerdo. Tal vez me he equivocado.

—Qué generoso —exclamó Morrison al tiempo que le alargaba la carpeta.

Dees se la arrebató con avidez, se dirigió a la silla que estaba junto a la ventana y la abrió. Lo que leyó esta vez, aunque no era más que un montaje inconexo de telegramas y recortes de periódicos de los semanarios de unas pequeñas poblaciones, lo dejó de piedra.

No lo había visto antes, pensó antes de preguntarse por qué no lo había visto antes.

No lo sabía, pero sí sabía que tendría que reconsiderar el hecho de ser el gallito del corral de la prensa sensacionalista si se perdía más historias como aquella. Y sabía algo más; si él y Morrison hubieran invertido los papeles (y Dees había rechazado el puesto de director de *Inside View* no una vez sino dos en los últimos siete años), habría hecho que Morrison se arrastrara cual vil serpiente antes de darle la carpeta.

Y una mierda, se corrigió. Lo habrías echado del despacho de un puntapié.

Se le ocurrió la idea de que podría estar quemándose. El índice de quemados en la profesión era bastante alto, lo sabía. Aparentemente, uno sólo podía pasarse un cierto número de años escribiendo artículos sobre platillos volantes que se llevan pueblos enteros de Brasil (generalmente ilustrados con fotografías desenfocadas de bombillas colgando de hilos), perros que entienden de cálculo y padres sin trabajo que descuartizan a sus hijos como quien corta leña. Y un buen día se te cruzaban los cables; al igual que Dottie Walsh, que al llegar a casa cierto día, se tomó un baño con la cabeza metida en una bolsa de la tintorería.

No seas imbécil, se dijo, pero de todos modos no las tenía

todas consigo. La historia estaba ahí, ahí mismo, tan grande como la vida misma y dos veces más horrible. ¿Cómo demonios se le podía haber escapado?

Miró a Morrison, que se balanceaba en su sillón de despacho con los dedos entrelazados sobre el estómago mientras lo observaba.

—¿Y bien? —preguntó Morrison.

—Sí —replicó Dees—. Esto podría ser algo gordo. Y eso no es todo. Creo que podría ser real.

—Me da igual si es real o no —dijo Morrison—, siempre y cuando haga vender periódicos. Y va a hacer que se vendan muchos periódicos, ¿verdad, Richard?

—Sí.

Dees se levantó y se guardó la carpeta debajo del brazo.

—Quiero seguir la pista de este tipo, empezando por la primera que tenemos, en Maine.

—Richard.

Se volvió en el umbral de la puerta y vio que Morrison miraba de nuevo las hojas de película con una sonrisa en los labios.

—¿Qué le parece si ponemos las mejores junto a una foto de Danny De Vito en la película *Batman*?

—Me parece bien —repuso Dees antes de salir.

De repente se desvanecieron todas las preguntas y las dudas, gracias a Dios; el viejo olor a sangre volvía a impregnar su nariz, fuerte y pungente, y, por el momento, lo único que quería era seguirlo hasta el final. Y el final llegó una semana más tarde, no en Maine, ni en Maryland, sino mucho más hacia el sur, en Carolina del Norte.

Era verano, lo que significa que la vida debía ser fácil y el algodón debía estar crecido, pero no le estaba resultando fácil a Richard Dees mientras el día se consumía hacia el anochecer.

El problema principal residía en que no podía, al menos de momento, aterrizar en el pequeño aeropuerto de Wilmington, que servía sólo a una empresa de transportes, unas pocas líneas comerciales y muchos aviones privados. Era una zona de fuertes tormentas y Dees estaba describiendo círculos a unos ciento treinta kilómetros del campo de aviación, tambaleándose arriba y abajo en el aire y echando pestes al ver que se le escapaba la última hora de luz. Eran las ocho menos cuarto cuando le dieron autorización para aterrizar. Exactamente cuarenta minutos antes de la puesta de sol. No sabía si el Piloto Nocturno se ajustaba a las normas o no, pero si lo hacía, sería una cuestión de minutos.

Y el Piloto Nocturno estaba ahí; Dees estaba seguro de ello. Había encontrado el lugar adecuado, el Cessna Sky-master correcto. Su presa podría haber ido a Virginia Beach, a Charlotte, a Birmingham o incluso a algún otro punto más al sur, pero no lo había hecho. Dees no sabía dónde se había escondido entre el momento de abandonar Duffrey, Maryland, y llegar aquí, pero tampoco le importaba. Le bastaba con saber que su intuición no le había fallado, que su hombre seguía concentrado en los campos de aviación. Dees había pasado gran parte de la semana anterior llamando a los aeropuertos del sur de Duffrey que podían coincidir con el *modus operandi* del Piloto Nocturno, insistiendo una y otra vez, pulsando las teclas del teléfono desde su habitación del motel Days Inn hasta que le empezaron a doler los dedos y las personas al otro lado del hilo comenzaron a dar muestras de irritación ante su insistencia. A pesar de todo, la persistencia acabó por arrojar sus frutos, como suele ocurrir.

La noche anterior habían aterrizado aviones privados en todos los aeropuertos más probables, y Cessnas Skymasters 337 en todos ellos. No era de extrañar, puesto que eran los Toyotas de la aviación privada. Pero el Cessna 337 que había aterrizado la noche anterior en Wilmington era el que andaba buscando, sin lugar a dudas. Ya lo tenía.

Lo tenía bien cogido.

—N471B, vector aterrizaje por instrumentos pista 34 —recitó la voz de la radio en tono lacónico—. Tome rumbo 160. Descienda a mil metros.

—Rumbo 160. Abandono 6 y me mantengo a mil metros. Roger.

—Y vaya con cuidado, todavía hace mal tiempo por aquí.

—Roger —repuso Dees.

Se dijo que el cateto que estaba allá abajo, sentado en el barril de cerveza que debía de hacer las veces de torre de control, era un encanto por decirle eso. Ya sabía que hacía mal tiempo; veía los nubarrones de tormenta y los relámpagos que surgían de ellos como fuegos artificiales gigantes, y se había pasado los últimos cuarenta minutos dando vueltas como si estuviera en una batidora en lugar de un Beechcraft bimotor.

Desconectó el piloto automático, que llevaba demasiado tiempo haciéndole dar vueltas estúpidas sobre todas las granjas de Carolina del Norte, y cogió los mandos. Por aquí no había algodón, ni crecido ni por crecer, al menos que él pudiera ver. Sólo un puñado de campos de tabaco consumidos y cubiertos de hierbajos. Dees se alegró de poder acercarse a Wilmington y empezar el descenso, dirigido por el piloto, Control de Tráfico Aéreo y la torre de control para la aproximación por instrumentos.

Cogió el micrófono con la intención de preguntarle al cateto de la torre si algo extraño estaba pasado ahí abajo, quizás el tipo de historias sobre noches tormentosas que entusiasmaban a los lectores de *Inside View*, pero se lo pensó mejor. Todavía faltaba un rato hasta el anoecer; había comprobado la hora oficial en Wilmington durante el trayecto desde el aeropuerto nacional de Washington. Se dijo que le convenía reservarse las preguntas para más tarde.

Dees se creía que el Piloto Nocturno era un vampiro tanto como se creía que era el Ratoncito Pérez quien había puesto todas aquellas monedas de veinticinco centavos debajo de su almohada cuando era niño, pero si el tipo se creía un vampiro, de lo que Dees estaba convencido, lo más probable era que eso bastara. Al fin y al cabo, la vida es una imitación del arte. El conde Drácula con licencia de piloto. «Tienes que admitir —pensó Dees— que esto es mucho mejor que los pingüinos asesinos conspirando para destruir la raza humana.»

El Beech se desequilibró al pasar por una espesa capa de cúmulos durante el descenso. Dees masculló un juramento y equilibró el avión, que parecía estar cada vez más descontento por el tiempo que hacía.

«Yo también, pequeño», pensó Dees. Cuando volvió a tener visibilidad, distinguió con claridad las luces de Wilmington y de Wrightsville Beach.

«Sí, señor, a las focas que compran en el 7-Eleven les va a encantar —pensó mientras los rayos centelleaban sobre el puerto—. Comprarán tropecientos ejemplares cuando salgan a buscar su ración diaria de pastelillos y cerveza.»

Pero había más, y él lo sabía. ; Esta historia podía ser buena. Podía ser genial, joder. Esta historia podía ser verdadera.

«Antes nunca se te habría ocurrido una palabra como ésta, viejo amigo —pensó—. A lo mejor sí que te estás quemando.»

Sin embargo, grandes titulares bailaban en su cabeza como confeti. REPORTERO DE *INSIDE VIEW* ATRAPA A PILOTO NOCTURNO DEMENTE. ARTÍCULO EXCLUSIVO SOBRE CÓMO EL PILOTO NOCTURNO BEBEDOR DE SANGRE FUE FINALMENTE ATRAPADO. «TENÍA QUE BEBÉRMELA», DECLARA EL MORTÍFERO CONDE DRÁCULA.

No era precisamente ópera, Dees tenía que admitirlo, pero pensaba que sonaba igual de bien. Pensaba que sonaba como un pajarillo.

Cogió el micrófono a fin de cuentas y pulsó el botón. Sabía que su amigo el sangriento seguía ahí abajo, pero también sabía que no se sentiría cómodo hasta que se asegurara por completo de ello.

—Wilmigton, aquí N471B. ¿Todavía tiene un Skymaster 337 de Maryland ahí abajo en la rampa? Interferencias.

—Parece que sí, viejo amigo. No puedo hablar ahora, tengo mucho tráfico aéreo.

—¿Tiene ribetes rojos? —insistió Dees. Durante un momento creyó que no iba a obtener respuesta.

—¡Sí señor! ¡Ribetes rojos! —repuso por fin la voz—. Vamos N471B, si no quiere ver cómo le meto una multa de la Comisión Federal de Comunicaciones. Tengo demasiadas cosas que hacer y sólo dos brazos.

—Gracias, Wilmington —repuso Dees con su voz más cortés.

Colgó el micrófono y le hizo un signo obsceno con el dedo, pero estaba sonriendo, dándose apenas cuenta de los botes que iba dando mientras atravesaba otra membrana de nubes. Skymaster, ribetes rojos, y estaba dispuesto a apostar el sueldo de todo el año siguiente a que si el gilipollas de la torre no hubiera estado tan ocupado, habría podido confirmar la matrícula del avión. N101BL.

Una semana, Dios mío, una semana nada más. No había tardado más que eso. Había encontrado el Piloto Nocturno, todavía no había caído la noche y, por imposible que pareciera no había rastro de la policía. Si hubiera habido policía, y si hubieran estado ahí a causa del Cessna, lo más probable era que el paleta de allá abajo se lo hubiera dicho, por mucho tráfico aéreo que tuviera y por muy mal tiempo que hiciera. Algunas cosas eran simplemente demasiado buenas como para no murmurar sobre ellas.

Quiero una foto tuya, hijo de puta, pensó Dees. Ya veía las luces de aterrizaje que brillaban blancas al anochecer. De tu historia ya me ocuparé, pero primero la foto, sólo una foto, pero tengo que hacértela. Sí, porque era la foto lo que lo convertiría en una historia real. Nada de bombillas desenfocadas, nada de «la concepción del artista»; una foto real como la vida misma, en blanco y negro. Empezó a bajar en un ángulo más empinado, ignorando el pitido del descenso. Su rostro aparecía pálido y compuesto. Tenía los labios ligeramente abiertos, dejando al descubierto una hilera de pequeños dientes blancos y relucientes. En la confusa luz del atardecer y del salpicadero, Richard Dees tenía aspecto de vampiro.

Había muchas cosas que *Inside View* no era; por ejemplo, culta. Y tampoco estaba demasiado preocupada por detalles tan insignificantes como la precisión y la ética, pero una cosa era innegable; estaba exquisitamente sensibilizada en lo que respectaba a los horrores. Merton Morrison era un imbécil, aunque no tanto como Dees había creído cuando lo había visto por primera vez con aquella estúpida pipa en la boca, pero tenía que reconocer una cosa; había recordado los artículos que habían convertido *Inside View* en un éxito: cubos de sangre y entrañas a porrillo.

Ah, sí, todavía había fotos de chicas guapas, muchas predicciones clarividentes y dietas milagrosas que recomendaban la ingestión de alimentos tan poco probables como la cerveza, el chocolate y las patatas fritas, pero Morrison había observado un cambio en los tiempos y nunca se había cuestionado su propia opinión respecto a la dirección que debía seguir el periódico. Dees suponía que aquella confianza era la razón principal por la que Morrison había durado tanto tiempo en el puesto, pese a su pipa y a sus chaquetas de *tweed* de Gilipollas Brothers de Londres. Lo que Morrison sabía era que los niños *hippies* de los sesenta se habían convertido en los caníbales de los noventa. Lo de la terapia de contacto físico, la corrección moral y «el lenguaje de los sentimientos» podían ser grandes cosas entre los intelectuales de clase alta, pero el hombre de a pie, siempre tan de moda, seguía estando mucho más interesado en los asesinos en serie, escándalos enterrados en las vidas de las estrellas y el modo en que Ma-gic Johnson había contraído el sida.

Dees no albergaba ninguna duda de que aún existía un público para *Todo lo bello y maravilloso*, pero el público de *Todo lo asqueroso y repugnante* se había convertido en un contingente muy importante cuando la generación de Woodstock empezó a descubrir canas en su cabello y líneas que descendían desde las comisuras de sus bocas petulantes y autocomplacientes. Merton Morrison, a quien Dees consideraba ahora una especie de genio intuitivo, expresaba su opinión en un famoso memorándum entregado a todo el personal de la redacción y a todos los reporteros menos de una semana después de que él y su pipa tomaran posesión de la oficina de la esquina. Por supuesto, deteneos a oler las rosas de camino al trabajo, sugería aquel memorándum, pero una vez estéis en la oficina, abrid las fosas nasales, abridlas *bien*, y empezad a husmear la sangre y las entrañas.

A Dees, que estaba *hecho* para husmear sangre y entrañas, le había encantado. Su nariz era la razón por la que estaba ahí, precisamente, volando hacia Wilmington. Ahí abajo había un monstruo humano, un monstruo que se creía un vampiro. Dees ya había escogido un nombre para él; le quemaba la mente como una moneda valiosa podía quemar el bolsillo. Muy pronto sacaría la moneda y la gastaría. Y cuando lo hiciera, su nombre aparecería en todos los expositores de periódicos de todos los supermercados de América, llamando la atención de los clientes en estridentes titulares.

¡Mirad! ¡Cuidado! pensó Dees. Cuidado, mujeres y buscadores de sensaciones. Todavía no lo sabéis, pero un hombre diabólico está a punto de cruzarse en vuestro camino. Leeréis su nombre real y lo olvidaréis, pero no importa, porque lo que recordaréis será *mi* nombre, el nombre que yo le di, el nombre que lo colocará a la misma altura que Jack el Destripador, el Asesino del Torso de Cleveland, y la Dalia Negra. Recordaréis al Piloto Nocturno, próximamente en las cajas de supermercado más cercanas a usted. La historia exclusiva, la entrevista exclusiva, pero lo que más quiero es la *foto* exclusiva. Volvió a consultar el reloj y se permitió relajarse un poco (que era lo único que podía relajarse). Todavía le quedaba casi media hora hasta que cayera la noche, y aparcaría junto al Skymaster blanco de ribetes rojos (y matrícula N101BL también escrita en rojo) al cabo de menos de quince minutos.

¿Estaría el Piloto durmiendo en la ciudad o en algún motel de camino a la ciudad? Dees no lo creía. Una de las razones de la popularidad del Skymaster 337, además de su precio relativamente asequible, consistía en que era el único avión de su tamaño que tenía bodega. No era mucho más grande que el portaequipajes de un viejo Volkswagen Escarabajo, era cierto, pero sí lo suficientemente espaciosa como para albergar tres maletas grandes o cinco maletas pequeñas y, desde luego, suficientemente espaciosa como para albergar a un hombre si no era de la estatura de un jugador de baloncesto profesional. El Piloto Nocturno podía encontrarse en la bodega del Cessna, siempre y cuando estuviera *a)* durmiendo en posición fetal con la barbilla apoyada en las rodillas; *o b)* lo bastante loco como para creerse que era un vampiro de verdad; *o c)* las dos cosas. Dees apostaba por *c*.

Ahora, mientras el altímetro descendía de mil quinientos a mil metros, Dees pensó: «No, nada de hoteles para ti, amigo mío, ¿verdad? Cuando juegas a vampiro, juegas como Frank Sinatra, a tu manera. ¿Sabes lo que creo? Creo que cuando se abra la bodega de ese avión, lo primero que veré es un montón de tierra de cementerio (y, si no lo es, puedes apostar tus colmillos superiores a que lo será cuando aparezca el artículo), y entonces veré primero una pierna envuelta en unos pantalones de esmoquin, y después la otra, porque vas a estar vestido, ¿verdad? Ay, querido amigo, creo que estarás vestido de punta en blanco, vestido para matar, y el rebobinado automático ya está preparado en mi cámara, y cuando vea esa capa revoloteando en la brisa...».

Pero en aquel momento, sus pensamientos se interrumpieron con brusquedad porque fue entonces cuando las blancas luces parpadeantes de ambas pistas del aeropuerto se apagaron.

«Quiero seguir la pista de este tipo —le había dicho a Merton Morrison—, empezando por la primera que tenemos, en Maine.»

Menos de cuatro horas más tarde había llegado al aeropuerto del condado de Cumberland y hablado con un mecánico llamado Ezra Hannon. El señor Hannon tenía el aspecto de acabar de salir de una botella de ginebra, y Dees no le habría dejado ni acercarse a su avión, pero pese a ello lo trató con toda deferencia y atención. Por supuesto, al fin y al cabo Ezra Hannon era el primer eslabón en lo que Dees estaba empezando a considerar como una cadena muy importante.

El aeropuerto del condado de Cumberland era un eufemismo para una especie de campo de aviación rural que consistía en dos cobertizos y dos pistas perpendiculares. Una de estas pistas estaba asfaltada, y puesto que Dees nunca había aterrizado en una pista sin asfaltar solicitó aterrizar en la que sí lo estaba. Los botes que su Beech 55 (por el que estaba endeudado hasta las cejas) dio al aterrizar lo convencieron de que debía probar la pista de tierra cuando despegara y, al hacerlo, quedó encantado al comprobar que era tan suave y firme como el pecho de una colegiala. El campo disponía asimismo de una manga de aire, por supuesto, y por supuesto también, ésta estaba remendada como un par de calzoncillos viejos. Los lugares como el aeropuerto del condado de Cumberland siempre tenían una manga de aire. Formaba parte de su dudoso encanto, al igual que el viejo biplano que siempre parecía estar aparcado delante del único hangar.

El condado de Cumberland era el más poblado de Maine, pero nadie lo habría adivinado nunca al ver aquel mísero aeropuerto, se dijo Dees... o al ver a Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra. Cuando sonreía, dejando al descubierto los únicos seis dientes que le quedaban, parecía un extra de la versión cinematográfica de *Deliverance* de James Dickey.

El aeropuerto se hallaba situado en las afueras de la elegantísima ciudad de Falmouth, que principalmente subsistía gracias a las cuotas de aterrizaje que pagaban los ricos veraneantes. Claire Bowie, la primera víctima del Piloto Nocturno, había sido el controlador nocturno del aeropuerto del condado de Cumberland, y poseía una parte de las acciones del campo de aviación. El resto del personal consistía en dos mecánicos y un segundo controlador de tierra (los controladores de tierra también vendían patatas fritas, cigarrillos y refrescos; además, había averiguado Dees, el hombre asesinado hacía unas hamburguesas de queso bastante potables). Los mecánicos y los controladores también hacían las veces de gasolineros y vigilantes. No era infrecuente que un controlador tuviera que regresar a toda prisa del baño, donde había estado fregando el retrete con desinfectante, para dar autorización de aterrizaje y asignar una de las pistas del complicadísimo laberinto del que disponía. La operación provocaba tal tensión que durante el momento más duro de la temporada veraniega, el controlador nocturno a veces sólo llegaba a dormir seis horas entre medianoche y las siete de la mañana.

Claire Bowie había sido asesinado casi un mes antes de la visita de Dees, y la imagen que el periodista se había forjado era una configuración creada a partir de los artículos periodísticos del delgado expediente de Morrison y de las fiorituras mucho más pintorescas de Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra. Y ya en el momento de abonar la correspondiente asignación a su principal fuente de información, Dees estaba convencido de que algo muy extraño había sucedido en aquel insignificante aeropuerto a principios de julio.

El Cessna 337, matrícula N101BL, había contactado por radio con el campo para solicitar permiso de aterrizaje poco antes del amanecer del día 9 de julio. Claire Bowie, que llevaba trabajando en el turno de noche del aeropuerto desde 1954, época en la que los pilotos a veces se veían obligados a abortar sus aterrizajes (una maniobra que, en aquellos tiempos, se conocía con el simple nombre de «aparcamiento») porque las vacas se cruzaban en lo que entonces era la única pista, le dio luz verde a las 4.32 de la mañana. Apuntó que la hora de aterrizaje había sido las 4.49, registró el nombre del piloto como Dwight Renfield y la procedencia del N101BL como Bangor, Maine. Sin duda alguna, las horas que había anotado

eran correctas, pero el resto era una chorrada; Dees se había puesto en contacto con Bangor, y no se había sorprendido en absoluto al averiguar que nunca habían oído hablar del N101BL; pero aunque Bowie hubiera *sabido* que era una chorrada, lo más probable es que no se hubiera preocupado. Al fin y al cabo, en el aeropuerto del condado de Cumberland el ambiente era bastante distendido, y una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje.

El nombre que el piloto había indicado era un chiste muy extraño. Dwight era el nombre de pila de un actor llamado Dwight Frye, y Dwight Frye, entre un sinfín de personajes, había representado el de Renfield, el lunático babeante cuyo ídolo había sido el vampiro más famoso de todos los tiempos. Pero Dees suponía que llamar por radio a la torre de control y pedir autorización de aterrizaje en nombre del conde Drá-cula habría levantado, con toda probabilidad, sospechas incluso en un lugar tan soporífero como ése.

Tal vez, pero Dees no estaba del todo seguro. Al fin y al cabo, una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje, y Dwight Renfield había pagado la suya en efectivo y al instante, del mismo modo que había pagado para que le llenaran los depósitos; el dinero había estado en la caja registradora al día siguiente, junto con una copia del recibo que Bowie había extendido.

Dees sabía que en los años cincuenta y sesenta el tráfico aéreo privado había sido tratado de un modo casual e indiferente en los campos de aviación más pequeños, pero aun así lo asombraba el informal tratamiento que había recibido el avión del Piloto Nocturno en el aeropuerto del condado de Cumberland. A fin de cuentas, los cincuenta y los sesenta ya habían pasado... Nos encontrábamos en la era de la paranoia de las drogas, y la mayoría de la mierda a la que se suponía que uno debía decir no llegaba a pequeños puertos en pequeños barcos, o a pequeños aeropuertos en pequeños aviones..., aviones como el Cessna Skymaster de Dwight Renfield. Una tasa de aterrizaje era una tasa de aterrizaje, por supuesto, pero Dees habría esperado que Bowie se pusiera en contacto con Bangor a causa de la falta de un plan de vuelo, aunque sólo fuera para cubrirse las espaldas; pero no lo había hecho. En aquel momento, a Dees se le había ocurrido la idea de un soborno, pero su informante empapado en ginebra afirmó que Claire Bowie era tan honrado como largo era el día, y los dos policías de Falmouth con los que Dees habló más tarde habían confirmado la opinión de Hannon.

La negligencia parecía una solución mucho más probable, pero a fin de cuentas no importaba realmente; a los lectores de *Inside View* no les interesaban cuestiones esotéricas como por ejemplo cómo y por qué habían sucedido las cosas. Los lectores de *Inside View* se contentaban con saber qué había pasado, cuánto había durado, y si la persona a la que había pasado había tenido tiempo de gritar. Y las fotografías, por supuesto. Querían fotografías. Grandes fotografías en blanco y negro de alta intensidad, a ser posible; el tipo de foto que parecía abalanzarse sobre uno desde la página en un enjambre de puntos que se clavaban en el cerebro.

Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, había parecido sorprendido y pensativo cuando Dees le había preguntado dónde creía que Renfield había ido después de aterrizar.

—No sé —repuso—. Al motel supongo. Supongo que cogió un taxi.

—¿Llegó usted a las...? ¿A qué hora llegó? ¿A las siete de la mañana? ¿El nueve de julio?

—Aja. Justo antes de que Claire se marchara a casa.

—¿Y el Cessna Skymaster estaba aparcado y vacío?

—Sí. Aparcado justo aquí, en el mismo sitio que el suyo.

Ezra señaló con el dedo y Dees se apartó un poco. El mecánico olía como un queso Roquefort muy pasado y empapado en ginebra barata.

—¿Dijo Claire si había llamado a algún taxi para el piloto? ¿Para llevarlo al motel? Porque no parece que haya muchos hoteles a los que se pueda llegar a pie desde aquí.

—No hay —asintió Ezra—. El más cercano es el Sea Breeze, y está a unos tres kilómetros. Tal vez más. —Se rascó la barbilla mal afeitada—. Pero no recuerdo que Claire dijera ni una sola palabra sobre llamar a un taxi para aquel tipo.

Dees tomó nota mental de llamar a todas las empresas de taxis de la zona. En aquel momento, suponía algo que parecía ser lo más razonable, que el tipo que estaba buscando dormía en una cama, como casi todo el mundo.

—¿Y qué hay de una limusina? —preguntó.

—No —dijo Ezra con mayor seguridad—. Claire no dijo nada de una limusina, y eso lo hubiera mencionado.

Dees asintió con la cabeza y decidió llamar a las compañías de limusinas más cercanas. Asimismo interrogaría al resto del personal, pero no esperaba que sus respuestas arrojaran luz alguna sobre el asunto; ese viejo borrachín era más o menos la única persona que había por ahí. Había tomado una taza de café con Claire antes de que éste se marchara a casa, y otra cuando Claire había vuelto a su puesto aquella noche, y eso parecía ser todo.

Aparte del propio Piloto Nocturno, Ezra parecía ser la última persona que había visto a Claire Bowie con vida.

El objeto de sus reflexiones desvió la mirada maliciosa hacia lontananza, se rascó los pelillos que crecían bajo su barbilla, y a continuación volvió sus ojos inyectados en sangre hacia Dees.

—Claire no dijo nada de ningún taxi o ninguna limusina, pero sí dijo otra cosa.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuso Ezra.

Se abrió un bolsillo del mono manchado de grasa, sacó un paquete de Chesterfield, se encendió uno, y empezó a toser con una terrible tos de viejo. Miró a Dees a través de la nubécula de humo con una expresión de listillo.

—A lo mejor no significa nada, pero a lo mejor sí. Lo que sí sé es que dejó a Claire hecho polvo. Eso seguro, porque Claire casi nunca decía una mierda a menos que no estuviera bien achispado.

—¿Y qué es lo que dijo?

—No me acuerdo —repuso Ezra—. A veces, sabe, cuando me olvido de las cosas un dibujito de Alexander Hamilton me refresca la memoria.

—¿Y qué tal uno de Abraham Lincoln? —preguntó Dees con sequedad.

Tras considerarlo durante un instante, un breve instante, en realidad, Hannon convino en que, a veces, Lincoln también le refrescaba la memoria y, por lo tanto, un retrato de este caballero pasó de la cartera de Dees a la mano algo parálitica de Ezra. Dees pensó que un retrato de George Washington habría surtido el mismo efecto, pero quería asegurarse de que tenía al hombre de su parte... Y además todo iba a parar a su cuenta de gastos.

—Bueno, dispere.

—Claire dijo que el tipo parecía como si fuera a una fiesta de lo más elegante —explicó Ezra.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Dees creía que, a fin de cuentas, debería haber optado por Washington.

—Dijo que el tipo tenía pinta de director de orquesta. Esmoquin, corbata de seda y toda la mandanga. —Ezra hizo una pausa—. Claire dijo que el tipo llevaba incluso una capa muy grande. Roja como el fuego por dentro, y negra como ala de cuervo por fuera. Dijo que cuando se

extendía detrás de él parecía como el ala de un maldito murciélago. De repente, una gran palabra se iluminó en el cerebro de Dees;

BINGO.

«Tú no lo sabes, mi querido amigo empapado en ginebra —se dijo Dees—, pero es posible que acabes de decir las palabras que van a hacerme famoso.»

—Todas estas preguntas sobre Claire —prosiguió Ezra— y todavía no me ha preguntado si yo vi algo raro.

—¿Vio algo raro?

—Pues sí, resulta que sí.

—¿Y qué es lo que vio, amigo mío?

Ezra se rascó la barba hirsuta con sus uñas largas y amarillentas mientras miraba a Dees por el rabillo de sus ojos inyectados de sangre y daba otra chupada al cigarrillo.

—Ya estamos otra vez —dijo Dees.

Sin embargo, extrajo otro dibujo de Abraham Lincoln y procuró mantener su voz y su rostro amables en todo momento. Sus instintos se habían puesto a cien y le estaban diciendo que el señor Empapado en Ginebra no estaba del todo exprimido. Todavía no.

—Pues esto no me parece suficiente para todo lo que le estoy diciendo —le reprochó Ezra— Un tipo rico de la ciudad como usted debería marcarse con algo más que diez pavos.

Dees miró el reloj..., un pesado Rolex con diamantes brillando sobre la esfera.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Mire lo tarde que es! ¡Y todavía no he ido a hablar con la policía de Falmouth!

Antes de que pudiera empezar a levantarse, los cinco dólares ya habían desaparecido de entre sus dedos para ir a hacer compañía a su amigo en el bolsillo del mono de Hannon.

—Muy bien, si tiene algo más que decir, dígamelo —dijo Dees sin rastro de amabilidad—. Tengo sitios a los que ir y personas con las que hablar.

El mecánico se lo pensó mientras se rascaba los pelos de la barba y exhalaba pequeñas nubéculas de su olor a queso viejo y pasado.

—Vi un montón de tierra debajo del Skymaster. Justo debajo de la bodega.

—¿Ah, sí?

—Sí, le di una patada con la bota. Dees esperó. Podía permitírselo.

—Una cosa asquerosa, llena de gusanos. Dees esperó. Aquello era útil, pero no creía que el viejo estuviera completamente exprimido.

—Muchos gusanos —siguió Ezra—. Muchísimos gusanos. Como en los sitios donde hay algo muerto.

Aquella noche Dees se alojó en el motel Sea Breeze, y a las ocho de la mañana siguiente se dirigía hacia la ciudad de Alderton en el estado de Nueva York. De todo lo que Dees no entendía sobre los movimientos de su presa, lo que más le desconcertaba era la calma con la que se había tomado las cosas el Piloto Nocturno. Incluso había pasado un tiempo en Maine y en Maryland antes de matar. Su única parada de una sola noche había sido en Alderton, donde había ido dos semanas después de acabar con Claire Bowie.

El aeropuerto Lakeview de Alderton era aún más pequeño que el aeropuerto de Cumberland; consistía en una única pista sin asfaltar y una oficina y torre de control que no era más que un cobertizo con una capa de pintura fresca. No disponía de un sistema de aterrizaje con instrumentos; sin embargo, había una gran antena parabólica para que ninguno de los granjeros voladores que utilizaban el lugar se perdiera ningún capítulo de *Murphy Brown*, *La Rueda de la Fortuna* o cualquier otra cosa importante por el estilo.

Una cosa que a Dees le gustó mucho fue que la pista sin asfaltar de Lakeview fuera tan lisa como lo había sido la de Maine. Podría acostumbrarme, pensó Dees mientras aterrizaba con el

Beech suavemente en la superficie y empezaba a frenar. Nada de botes sobre los parches de asfalto, ni baches que pretenden hacer volcar tu avión cuando aterrizas... Sí, podría acostumbrarme a esto muy fácilmente.

En Alderton, nadie le había pedido dibujos de presidentes o de amigos de presidentes. En Alderton, toda la ciudad, una comunidad de poco menos de mil almas, estaba consternada. No sólo los pocos trabajadores a tiempo parcial que, junto con el difunto Buck Kendall, habían llevado el aeropuerto de Lakeview casi como una obra de beneficencia y, desde luego, siempre en números rojos. En realidad, no había nadie con quien hablar, ni siquiera un testigo del calibre de Ezra Han-non. Hannon no había sido demasiado claro, reflexionó Dees, pero al menos había hecho declaraciones que merecían ser impresas.

—Seguro que fue un hombre muy fuerte —le aseguró uno de los trabajadores a tiempo parcial a Dees—. El viejo Buck pesaba más o menos ciento diez kilos y por lo general era un tipo bastante tranquilo, pero si le tocabas las narices te lo hacía pagar. Le vi noquear a un tipo en una feria ambulante de carnaval que pasó por P'keepsie hace dos años. Ese tipo de pelea no es legal, claro, pero a Buck le faltaba dinero para pagar ese Piper que tiene, así que le pegó una paliza a aquel tipo. Sacó doscientos dólares y los llevó a la financiera dos días antes de que le mandaran a alguien para confiscarle el avión, creo.

El empleado sacudió la cabeza con aspecto realmente consternado y Dees sintió no haber abierto la cámara. Los lectores de *Iñude View* se habrían vuelto locos con aquel rostro alargado, curtido y lleno de dolor. Dees tomó nota mental de averiguar si el difunto Buck Kendall había tenido perro. Los lectores de *Inside View* también se volvían locos al ver fotos del perro de un hombre muerto. Había que ponerlo en el porche de la casa del difunto y debajo de la foto escribir EMPIEZA LA LARGA ESPERA DE *BUFFY* o algo por el estilo.

—Es una pena —comentó Dees en tono compasivo. El empleado exhaló un suspiro y asintió.

—El tipo lo debió de atacar por detrás. Es la única manera.

Dees no sabía desde dónde habían atacado a Gerard «Buck» Kendall, pero sabía que esta vez no habían rebanado el cuello de la víctima. Esta vez había agujeros, agujeros por los que, con toda probabilidad, Dwight Renfield había chupado la sangre de la víctima; salvo que, de acuerdo con el informe del forense, había agujeros a cada lado del cuello de la víctima, uno en la yugular y el otro en la carótida. No eran las pequeñas marcas de la era de Bela Lugosi, ni las marcas un poco más asquerosas de la era de Christopher Lee. El informe del forense se expresaba en centímetros, pero a Dees no le costó nada traducir las medidas, y Morrison tenía a la infatigable Libby Granit para explicar lo que el seco lenguaje del forense sólo revelaba en parte; o bien el asesino tenía dientes del tamaño de uno de los Bigfeet que tanto gustaban a los lectores de *View*, o bien había practicado los orificios del cuello de Kendall de un modo mucho más prosaico, con un martillo y un clavo.

EL MORTÍFERO PILOTO NOCTURNO CLAVA CLAVOS A SUS VÍCTIMAS Y LES CHUPA LA SANGRE, habían pensado ambos en lugares diferentes el mismo día. *No está mal.*

El Piloto Nocturno había solicitado permiso para aterrizar en el aeropuerto de Lakeview poco después de las 22.30 del 23 de julio. Kendall le había concedido permiso y había anotado la matrícula que Dees ya conocía tan bien, N101BL. Kendall había anotado el nombre del piloto como Dwite Renfield y la marca y tipo del avión como Cessna Skymaster 337. No había mención alguna de los ribetes rojos ni, por supuesto, de la capa en forma de ala de murciélago que era roja como el fuego por dentro y negra como ala de cuervo por fuera, pero Dees estaba seguro de que el piloto la llevaba.

El Piloto Nocturno había llegado al aeropuerto Lakeview de Alderton poco después de las diez y media. Había matado al robusto Buck Kendall, se había bebido su sangre y se había

marchado de nuevo con su Cessna antes de que Jen-na Kendall llegara a las cinco de la mañana del 24 para darle a su marido un gofre recién hecho, momento en el que había descubierto el cadáver desangrado de su esposo.

Mientras permanecía de pie ante el destartado hangar/ torre de Lakeview reflexionando sobre todas aquellas cosas, se le ocurrió que si uno donaba sangre lo máximo que podía esperar era un vaso de zumo de naranja y las gracias, pero si la bebía, si la *chupaba*, para ser más exactos, obtenía titulares. Mientras vertía el resto del asqueroso café en el suelo y se dirigía hacia su avión dispuesto a volar hacia el sur, a Ma-ryland, se le ocurrió que la mano de Dios debió de temblar un poquito en el momento en que terminaba la supuesta obra maestra de Su imperio creativo.

Ahora, apenas dos horas después de abandonar el aeropuerto nacional de Washington, las cosas habían empeorado mucho y, además, de un modo absolutamente repentino. Las luces de la pista se habían apagado, pero Dees comprobó que no era lo único que se había apagado, sino que la mitad de Wilmington y todo Wrightville Beach se habían quedado a oscuras. El sistema de aterrizaje por instrumentos seguía allí, pero cuando Dees cogió el micrófono para gritar: «¿Qué ha pasado? ¡Hábleme, Wilmington!», lo único que obtuvo fue el chirrido de las interferencias en las que unas cuantas voces balbuceaban como fantasmas lejanos.

Volvió a colgar el micro, pero no lo consiguió. El aparato chocó contra el suelo de la cabina y Dees lo olvidó. Coger el micrófono para gritar no había sido más que instinto propio de piloto. Sabía lo que había sucedido con tanta seguridad como sabía que el sol se ponía por el oeste... para lo cual no faltaba casi nada. Sin duda alguna, un relámpago había caído directamente sobre una subestación eléctrica cercana al aeropuerto. La cuestión era si podía aterrizar o no a pesar de todo.

Tenías pista libre, dijo una voz. Otra respondió inmediata y correctamente que eso era una mierda de racionalización. Había aprendido lo que debía hacer en una situación como aquella cuando todavía se encontraba en el equivalente de la autoescuela. La lógica y el libro dicen que hay que dirigirse a un aeropuerto alternativo e intentar contactar con Control de Tráfico Aéreo. Aterrizar bajo condiciones tan espantosas como aquella significaría una violación de las reglas y una sustanciosa multa.

Por otra parte, no aterrizar ahora, ahora mismo, podría hacerle perder al Piloto Nocturno. Asimismo, podría costar una vida (o varias), pero Dees apenas tomó en consideración ese factor... hasta que una idea se encendió como una bombilla en su mente; una inspiración que surgió, como surgían la mayor parte de sus inspiraciones, en grandes letras, propias de la prensa sensacionalista: **PERIODISTA HEROICO SALVA A** (indicar un número tan alto como sea posible, lo cual significaba un número bastante elevado dado el generoso margen de la credulidad humana) **PERSONAS DEL PILOTO NOCTURNO LOCO.**

Chúpate ésa, cateto, pensó Dees antes de proseguir su descenso hacia la pista 34.

De repente las luces de la pista volvieron a encenderse, como si aprobaran su decisión, y a continuación volvieron a apagarse dejando manchas azules en sus retinas que se tornaron color verde de aguacates podridos al cabo de un instante. En aquel momento, las extrañas interferencias que salían de la radio desaparecieron y volvió a oír la voz del cateto del aeropuerto, esta vez a gritos:

—¡A babor, N471B! —gritó—. ¡Piedmont, a estribor! ¡Dios mío, oh, Dios mío! ¡Colisión aérea! ¡Creo que tenemos una colisión!

El instinto de supervivencia de Dees estaba tan en forma como el que le permitía oler sangre en cualquier esquina. En ningún momento vio las luces del Piedmont 727. Estaba demasiado ocupado intentando que el Beech virara todo lo posible (un viraje tan cerrado como el cono de una virgen, y a Dees no le importaría en absoluto dar fe de ello si salía con vida de aquella situación) en el momento en que la segunda palabra salió de labios del cateto del aeropuerto. Por un momento percibió más que vio un objeto enorme que pasaba a escasos centímetros sobre él, y

entonces el Beech 55 empezó a tambalearse de tal modo que las turbulencias anteriores le parecieron una minucia. Los cigarrillos se escaparon del bolsillo de la pechera de su camisa y se desparramaron por todas partes. El horizonte oscuro de Wilmington empezó a ladearse de un modo salvaje. Su estómago pareció intentar levantarle el corazón hasta la garganta y la boca. Un hilillo de saliva le subía por una mejilla como un niño que se desliza por un tobogán engrasado. Los mapas revoloteaban por todas partes como pajarillos. El aire retumbaba al igual que los truenos de la tormenta. Una de las ventanas del compartimento de cuatro pasajeros explotó y un viento asmático invadió el avión, revolviendo todo lo que no estaba atado como si fuera un tornado.

—¡Vuelva a la altitud anterior, N471B! —gritaba el cateto del aeropuerto.

Dees se dio cuenta de que acababa de echar a perder unos pantalones de doscientos dólares al llenarlos de aproximadamente medio litro de pis caliente, pero le tranquilizó en parte la idea de que el viejo cateto del aeropuerto, sin duda alguna, acababa de llenarse los calzoncillos de un cargamento de furullos frescos. Al menos eso era lo que parecía.

Dees llevaba una navaja suiza. Se la sacó del bolsillo derecho de los pantalones mientras sostenía los mandos con la mano izquierda y se practicó un corte en la camisa justo por encima del codo izquierdo hasta hacerse sangre. A continuación, sin detenerse, se practicó otro corte superficial, justo por debajo del ojo izquierdo. Cerró la navaja y la guardó en el bolsillo elástico de la portezuela del piloto. Más tarde tendrá que limpiarla, se dijo, y si me olvido podría meterme en apuros serios. Pero sabía que no se olvidaría, y tomando en consideración lo que había hecho el Piloto Nocturno impunemente, creía que todo saldría bien.

Las luces de la pista volvieron a encenderse, esta vez definitivamente, esperaba, aunque su parpadeo indicaba que estaban siendo alimentadas por un generador. Volvió a dirigir el Beech hacia la pista 34. Un hilillo de sangre le corría por la mejilla izquierda hasta la comisura de los labios. Se metió un poco en la boca y a continuación escupió una mezcla rosada de sangre y saliva sobre el cuentakilómetros. Nunca hay que perder una oportunidad, hay que seguir los instintos, ya que ellos siempre te llevarán por el buen camino.

Miró el reloj. Sólo faltaban catorce minutos para la puesta de sol. Le iba a ir pero que muy justo.

—¡Arriba, Beech! —gritó el cateto del aeropuerto—. ¿Estásordo oque?

Dees agarró el cable en espiral del micro sin apartar la mirada de las luces de la pista. Tiró del cable hasta llegar al micrófono, lo agarró y pulsó el botón de emisión.

—Escúcheme, hijo de puta desgraciado —dijo apartandolos labios hasta dejar al descubierto las encías—. Ese 727 ha estado a punto de convertirme en mermelada de fresa porque su maldito generador no se ha puesto en marcha cuando debía y, como consecuencia, no he podido ponerme en contacto con el Control de Tráfico Aéreo. No sé cuántas personas en ese avión han estado a punto de convertirse en mermelada de fresa, pero estoy seguro de que usted sí lo sabe, y sé que la tripulación también. La única razón por la que esos tipos siguen vivos es que el capitán ha sido lo bastante inteligente como para dirigir bien, y yo he sido, así mismo, lo bastante inteligente como para seguirle bien, pero he sufrido tantos daños estructurales como físicos. Si no me da permiso de aterrizaje ahora mismo, voy a aterrizar de todas formas. La única diferencia es que si tengo que aterrizar sin permiso, le denunciaré a la Administración Federal Aérea, aunque primero me aseguraré personalmente de que su cabeza y su culo cambien de sitio. ¿Lo ha entendido, amigo?

Un silencio largo y lleno de interferencias. A continuación, una voz muy tímida, completamente distinta a las exclamaciones anteriores del palurdo del aeropuerto.

—Tiene permiso para aterrizar en la Pista 34, N471B. Dees esbozó una sonrisa y dirigió el avión hacia la pista.

—Me he puesto nervioso y he levantado la voz —se disculpó tras pulsar de nuevo el botón del micrófono—. Lo siento. Sólo me pasa cuando estoy a punto de palmarla.

Ninguna respuesta desde tierra.

—Pues muy bien, que te jodan —dijo Dees. A continuación prosiguió el descenso resistiendo el impulso de echar una rápida mirada a su reloj mientras bajaba.

Dees estaba muy curtido y se sentía orgulloso de ello, pero no podía engañarse; lo que encontró en Duffrey le puso los pelos de punta. El Cessna del Piloto Nocturno había pasado otro día, el 31 de julio, en la rampa, pero eso sólo empezó a ponerle los pelos de punta. Lo que interesaría a sus leales lectores de *Inude View* sería la sangre, por supuesto, y así era como debía ser, amén, pero Dees era cada vez más consciente de que la sangre (o en el caso de los ancianos Ray y Ellen Sarch, la falta de sangre) era tan sólo el principio de la historia. Bajo la sangre habían oscuras y extrañas cavernas.

Dees llegó a Duffrey el 8 de agosto, apenas una semana después que el Piloto Nocturno. Volvió a preguntarse adonde iría su amigo el murciélago entre asesinato y asesinato. ¿A Disneylandia? ¿A los Jardines Busch? ¿A Atlanta tal vez, a ver un partido de los Braves? Tales reflexiones eran relativamente insignificantes en aquel momento, puesto que la caza seguía, pero tendrían un gran valor más adelante. De hecho, se convertirían en el equivalente periodístico de las patatas, que alargarían las sobras de la historia del Piloto Nocturno durante unos números más del periódico, y permitirían a los lectores disfrutar una vez más del sabor incluso después de haber digerido los pedazos más grandes de carne cruda.

Sin embargo todavía existían lugares oscuros en aquella historia en los que un hombre podía caerse y perderse para siempre. Aquello sonaba tanto absurdo como ridículo, pero cuando Dees empezó a hacerse una idea de lo que había pasado en Duffrey, empezó a creer en la historia, lo cual significaba que aquella parte de ella jamás saldría impresa, y no sólo porque se tratara de algo personal, sino porque quebrantaba el único principio férreo de Dees: nunca creas en aquello que publicas, y nunca publiques aquello en lo que creas. A lo largo de los años, aquella regla le había permitido conservar la cordura mientras que todos los que le rodeaban perdían la suya. Había aterrizado en el aeropuerto nacional de Washington, un aeropuerto real para variar, y alquilado un coche con el que recorrió los cien kilómetros que lo separaban de Duffrey, porque sin Ray Sarch y su mujer, Ellen, no había aeropuerto de Duffrey. A parte de la hermana de Ellen, Ray-lene, que era una mecánica bastante potable, el matrimonio había sido el único personal del que constaba el chiringuito. El aeropuerto disponía de una sola pista de aterrizaje sin asfaltar cubierta de aceite, tanto para evitar que se levantara el polvo como para impedir el crecimiento de malas hierbas. Asimismo, contaba con una cabina de control no mucho más grande que un armario y que estaba pegada al remolque Jet-Aire en el que vivía el matrimonio Sarch. Ambos estaban jubilados, ambos eran pilotos, ambos tenían fama de ser duros como piedras y estaban locamente enamorados el uno del otro, incluso después de casi cinco décadas de matrimonio.

Además, averiguó Dees, los Sarch controlaban el tráfico aéreo privado que salía y entraba en su aeropuerto con gran atención, ya que tenían un interés personal en la guerra contra las drogas. Su único hijo había muerto en los Everglades de Florida cuando intentaba aterrizar en lo que parecía una extensión lisa de agua clara con más de una tonelada de heroína de Acapulco guardada en un Beech 18 robado. De hecho, la extensión de agua había sido lisa... salvo por un solo tronco. El Beech 18 chocó contra el tronco, volcó y estalló. Doug Sarch había salido despedido, con el cuerpo humeante y chamuscado pero seguramente aún vivo, por poco que a sus apenados padres les gustara creerlo. Había sido devorado por los caimanes, y todo lo que quedaba de él cuando los tipos de la administración de la lucha contra la droga lo encontraron, por fin, una semana más tarde era un esqueleto desmembrado, unos cuantos jirones de carne sembrados de gusanos, un par de téjanos Calvin Klein chamuscados y una cazadora de la tienda Paul Stuart, de

Nueva York. Uno de los bolsillos de la cazadora contenía más de veinte mil dólares en efectivo, mientras que el otro reveló casi una onza de cocaína peruana pura.

—Fueron las drogas y los hijos de puta que trafican con ellas los que mataron a mi chico —había asegurado Ray Sarch en numerosas ocasiones.

Su mujer, Ellen Sarch, estaba más que dispuesta a corroborar las palabras de su marido. El odio que sentía hacia las drogas y los traficantes, le aseguraron a Dees una y otra vez (casi le divirtió la convicción prácticamente unánime que existía en Duffrey respecto a que el asesinato del anciano matrimonio Sarch había sido un «asunto de bandas»), sólo se veía superado por el dolor y la confusión que sentían por el hecho de que su hijo se había visto implicado con aquellas mismas personas.

Tras la muerte de su hijo, los Sarch se habían mantenido alerta a cualquier cosa o cualquier persona que se pareciera, aunque sólo fuera de un modo remoto, a un transportador de droga. Habían llamado a la policía estatal de Maryland cuatro veces que habían resultado ser falsas alarmas, pero a los muchachos del estado no les importaba porque los Sarch también habían contribuido a detener a tres transportadores pequeños y a dos muy importantes. El último de ellos llevaba quince kilos de cocaína boliviana pura. Éste era el tipo de alijo que hacía olvidar unas cuantas falsas alarmas, el tipo de alijos que conseguía ascensos.

Así pues, a última hora de la tarde del 30 de julio llegó el Cessna Skymaster con la matrícula y la descripción que había sido entregada a todos los aeropuertos de América, incluyendo el de Duffrey; un Cessna cuyo piloto se había identificado como Dwight Renfield y que había asegurado que su punto de procedencia era el aeropuerto de Bayshore, en Delaware, un campo que jamás había oído hablar de Renfield ni de un Skymaster con matrícula N101BL; el avión de un hombre que, casi con toda seguridad, era un asesino.

—Si hubiera llegado aquí, lo más probable es que ahora estuviera en chirona —había asegurado uno de los controladores de Bayshore a Dees por teléfono.

Sin embargo, Dees lo dudaba. Sí, lo dudaba mucho.

El Piloto Nocturno había aterrizado en Duffrey a las 11.27 de la noche, y Dwight Renfield no sólo había firmado en el registro de los Sarch sino que también había aceptado la invitación de Ray Sarch para ir a su remolque, tomar una cerveza y ver la reposición de la serie *Gunsmoke* en el canal TNT. Ellen Sarch había explicado todo aquello a la propietaria del salón de belleza de Duffrey al día siguiente. Aquella mujer, Selida McCammon, se había identificado ante Dees como una de las amigas más íntimas de la difunta Ellen Sarch. Cuando Dees le preguntó qué aspecto había tenido Ellen, Selida hizo una pausa antes de explicárselo.

—Pues tenía un aspecto soñador, en cierto modo. Como una colegiala que está enamorada, aunque tenía casi setenta años. Estaba tan ruborizada que creí que llevaba maquillaje, hasta que empecé a hacerle la permanente. Entonces vi que sólo estaba... sólo estaba...

Selida McCammon se encogió de hombros. Sabía lo que quería decir pero no cómo expresarlo.

—Sofocada —sugirió Dees, ante lo cual Selida McCammon lanzó una carcajada y batió de palmas.

—¡Exacto! ¡Exacto! ¡Usted sí es un escritor!

—Oh, sí señor, escribo de maravilla —repuso Dees al tiempo que le dedicaba una sonrisa que esperaba resultara amable y cálida.

Se trataba de una expresión que en el pasado había practicado de un modo casi constante y que continuaba practicando con bastante regularidad en el espejo del dormitorio del piso de Nueva York que llamaba su hogar, así como en los espejos de los hoteles y moteles que realmente eran su hogar. Pareció funcionar. De hecho, Selida McCammon se la devolvió con toda presteza, pero lo cierto era que Dees no se había sentido amable ni cálido en toda su vida. Cuando era niño

creía que dichas emociones no existían, que tan sólo eran una máscara, una convención social. Más tarde, decidió que estaba equivocado. La mayor parte de lo que él consideraba «emociones del *Reader's Digest*» eran reales, al menos para la mayoría de la gente. Tal vez incluso el amor, aquella fábula, era real. El hecho de que él no pudiera sentir dichas emociones era sin duda alguna una pena, pero no el fin del mundo. Al fin y al cabo, había gente que padecía cáncer, que tenía el sida o la memoria de un periquito con trastornos mentales. Visto desde ese punto de vista, uno se daba cuenta con gran rapidez que estar desprovisto de algunas emociones sentimentaloides no era más que una minucia. Lo importante era que si uno sabía cómo estirar los músculos del rostro en las direcciones adecuadas, entonces no le pasaba nada. No dolía y era fácil; al fin y al cabo, si podía recordar subirse la bragueta después de mear, también podía recordar sonreír y adoptar una expresión cálida cuando eso era lo que se esperaba de él. Y una sonrisa comprensiva, había descubierto a lo largo de los años, era la mejor arma del mundo para cualquier entrevista. De vez en cuando, una vocecilla interior le preguntaba cuál era su propia visión de las cosas, pero Dees no quería tener su propia visión de las cosas. Lo único que quería era escribir y hacer fotos. Se le daba mejor escribir, siempre había sido así y las cosas no cambiarían y lo sabía, pero de todos modos le gustaban más las fotografías. Le gustaba tocarlas, ver cómo congelaban a las personas, ya fuera con sus rostros reales expuestos al mundo entero, ya fuera con sus máscaras, tan obvias que era imposible ignorarlas. Le gustaba el hecho de que en las mejores fotografías la gente siempre parecía sorprendida y horrorizada. Parecía atrapada.

Si le presionaban, diría que las fotografías le proporcionaban toda la visión que necesitaba, y de todos modos el asunto no tenía importancia alguna en este caso. Lo que importaba era el Piloto Nocturno, su pequeño amigo el murciélago y el modo en que había entrado en las vidas de Ray y Ellen Sarch hacía aproximadamente una semana.

El Piloto había salido de su avión y entrado en la oficina que ostentaba un aviso ribeteado de rojo de la Administración Aérea Federal, un aviso que indicaba que había un tipo peligroso pilotando un Cessna Skymaster 337, con matrícula N101BL, y que era bien posible que hubiera asesinado a dos hombres. Aquel tipo, proseguía el aviso, podía hacerse llamar Dwight Renfield, pero no necesariamente. El Skymaster había aterrizado, Dwight Renfield había firmado en el registro y era casi seguro que había pasado el día siguiente oculto en la bodega de su avión. ¿Y los Sarch, aquellos dos ancianos tan perspicaces?

Los Sarch no habían dicho nada; los Sarch no habían hecho nada.

Salvo que esto último no era del todo cierto, había averiguado Dees. Ray Sarch había hecho algo, sí señor; había invitado al Piloto Nocturno a su casa a ver un episodio de la serie *Gunsmoke* y a beber una cerveza con su mujer. Lo habían tratado como si fuera un viejo amigo y entonces, al día siguiente, Ellen Sarch había pedido hora en el salón de belleza, lo cual le había parecido algo extraño a Selida McCammon. Por lo general, las visitas de Ellen eran tan puntuales como un reloj, y aquella se había adelantado al menos dos semanas según la opinión de Selida. Sus instrucciones habían sido desusadamente explícitas: no sólo el corte habitual sino también una permanente... y un poco de color.

—Quería parecer más joven —contó Selida McCammon a Dees antes de enjugarse una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano.

Pero la conducta de Ellen Sarch había sido completamente normal en comparación con la de su marido. Ray había llamado a Administración Aérea Federal en el aeropuerto nacional de Washington para decirles que emitieran un comunicado que apartara a Duffrey de la actividad aérea al menos por el momento. En otras palabras, había bajado las persianas y cerrado el chiringuito.

De regreso a su casa se había detenido a poner gasolina en la gasolinera Texaco Duffrey y había explicado a Norm Wil-son, el propietario, que creía estar a punto de pillar la gripe. Norm

explicó a Dees que creía que Ray tenía razón, pues parecía pálido y macilento, de repente más viejo incluso de lo que era.

Aquella noche los dos vigilantes perspicaces habían caído en la trampa. A Ray Sarch lo encontraron en la pequeña sala de control; le habían arrancado la cabeza, que apareció en un rincón, donde yacía sobre el muñón del cuello mirando fijamente a la puerta abierta con los ojos de par en par y vidriosos como si realmente hubiera algo que ver.

A su mujer la habían encontrado en el dormitorio del remolque de los Sarch. Estaba acostada y llevaba un salto de cama tan nuevo que quizás ni siquiera había sido estrenado. Era una anciana, había explicado a Dees un ayudante del *sberiff* que le había costado veinticinco dólares, por lo que resultaba más caro que Ezra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, aunque realmente valía ese dinero, pero bastaba con echarle un vistazo para ver que aquella mujer se había vestido para amar. A Dees le había gustado tanto el deje vaquero del hombre que lo había anotado en su libreta. A la mujer le habían practicado dos orificios enormes del tamaño de clavos en el cuello, uno en la carótida y el otro en la yugular. Su rostro aparecía compuesto, con los ojos cerrados, y tenía las manos entrelazadas sobre el pecho. Aunque había perdido casi hasta la última gota de sangre, tan sólo se veían unas pequeñas manchas en las almohadas y unas pocas más en el libro que yacía abierto sobre su estómago: *Entrevista con el vampiro*, de Anne Rice.

¿Y el Piloto Nocturno?

En algún momento antes de la medianoche del 31 de julio o justo después, en la madrugada del primero de agosto, el Piloto Nocturno se había marchado. Como un pajarillo.

O un murciélago.

Dees aterrizó en Wilmington siete minutos antes de la puesta de sol oficial. Mientras empezaba a frenar sin dejar de escupir la sangre que se le había metido en la boca desde el corte que se había practicado debajo del ojo, vio que caía un relámpago con un fuego blanquiazul tan intenso que casi lo cegó. Justo después oyó el trueno más ensordecedor de toda su vida. Su humilde opinión quedó confirmada cuando otra ventana del compartimento de pasajeros, agrietada en el momento en que había estado a punto de colisionar con el Pied-mont 727, explotó en una lluvia de diamantes de bisutería.

En la brillantísima luz vio que un edificio bajo y cuadrado, situado en la parte de babor de la pista 34, era atravesado por el relámpago. El edificio estalló despidiendo una columna de fuego hacia el cielo, una columna que, aunque brillante, no se acercó ni de lejos a la potencia del relámpago que lo había hecho arder.

Como encender un cartucho de dinamita con una bomba nuclear, pensó Dees confusamente, y a continuación: el generador. Ha sido el generador.

Las luces, todas las luces, las luces blancas que marcaban los bordes de la pista de aterrizaje, y las brillantes luces rojas que marcaban su final, se apagaron de repente, como si no fueran más que velas extinguidas por una fuerte ráfaga de viento. Y Dees se vio avanzando a más de ciento cuarenta kilómetros por hora en la oscuridad más completa.

La onda expansiva de la explosión que había destruido el generador principal del aeropuerto golpeó el Beech como un puño de hierro. De hecho, no sólo lo golpeó sino que lo martilleó con una enorme fuerza. El Beech, que apenas sabía que ya se había vuelto a convertir en una criatura terrestre, derrapó peligrosamente hacia estribor, se alzó, volvió a caer sobre la pista con la rueda derecha rebotando sobre algo..., sobre algo... que Dees se dio cuenta, aunque de un modo vago, eran luces de aterrizaje.

«¡A babor! —gritó su mente—. ¡A babor, hijo de puta!»

Estuvo a punto de hacerlo antes de que su parte más racional se impusiera. Si giraba los mandos hacia babor a esta velocidad volcaría sin lugar a dudas. Lo más probable era que no estallara teniendo en cuenta la poca cantidad de combustible que le quedaba en los depósitos, pero

todo era posible. O tal vez el Beech simplemente se partiría en dos, dejando a Richard Dees de cintura para abajo retorciéndose en su asiento, mientras que la parte superior del cuerpo de Richard Dees salía despedida en otra dirección, arrastrando tras de sí intestinos amputados como confeti y dejando caer los riñones sobre el hormigón como un par de enormes excrementos de pájaro.

«¡Aguanta! —se gritó a sí mismo—. ¡Aguanta, hijo de puta, aguanta!»

En aquel momento, algo, los tanques depósitos secundarios del generador, se dijo cuando tuvo tiempo de decirse algo, explotó empujando el Beech aún más hacia estribor, pero eso le fue bien, ya que lo apartó de las luces de aterrizaje apagadas, y de repente volvió a circular con relativa suavidad, con el lado de babor rodando por el borde de la pista 34, y el lado de estribor en el escalofriante abismo que había entre las luces y la cuneta que había observado se abría a la derecha de la pista. El Beech seguía estremeciéndose pero no mucho, y Dees comprendió que una de las ruedas, la de estribor, estaba pinchada a causa de las luces de aterrizaje que había pisoteado.

Estaba frenando y eso era lo que importaba; finalmente, el Beech empezaba a comprender que se había convertido en una criatura distinta, una criatura que volvía a pertenecer a la tierra. Dees empezaba a tranquilizarse cuando vio el ancho Learjet, el que los pilotos denominan *El Gordo Albert*, justo delante de él, aparcado por increíble que pareciera, en el centro de la pista donde el piloto lo había detenido mientras esperaba la autorización para despegar en la pista 5.

Dees lo miró atónito, vio las ventanillas iluminadas, rostros que lo miraban con los ojos abiertos de par en par, como los locos de un asilo observan un truco de magia y, entonces, sin pensar, giró los mandos hacia la derecha, apartando el Beech de la pista y precipitándolo a la cuneta; logró esquivar el Lear por aproximadamente tres centímetros. Llegaron hasta sus oídos débiles gritos, pero de hecho no se dio cuenta de nada aparte de lo que ahora explotaba frente a él como una tira de petardos cuando el Beech intentó convertirse de nuevo en una criatura aérea, aunque sin poder hacerlo porque las aletas estaban bajadas y los motores funcionaban a muy pocas revoluciones. El avión dio un salto como una convulsión en la mortecina luz de la segunda explosión, y a continuación empezó a patinar por una pista de espera; Dees vio el edificio de la terminal general por el rabillo del ojo. Estaba iluminada con luces de emergencia que funcionaban con baterías de reserva. Asimismo, vio los aviones aparcados, uno de los cuales era, con toda seguridad, el Skymaster del Piloto Nocturno. Como siluetas oscuras de papel de seda recortadas contra la lastimosa luz anaranjada de la puesta del sol, y que ahora se distinguían gracias a los relámpagos.

«¡Voy a volcar!» se gritó a sí mismo y, de hecho, el Beech intentó volcar; el ala de babor empezó a arrastrarse por la pista de espera más cercana a la terminal levantando un manantial de chispas hasta que la punta se desprendió y rodó hasta los arbustos, donde la fricción encendió un mortecino fuego en los hierbajos mojados.

A continuación el Beech se detuvo, y los únicos sonidos que oyó eran las interferencias de la radio, el sonido de botellas rotas que vertían su contenido sobre la alfombra del compartimento de pasajeros y el enloquecido martilleo de su propio corazón. Dees se desabrochó el cinturón y se dirigió hacia la puerta del avión antes de estar totalmente seguro de que seguía vivo.

Recordaba lo que sucedió a continuación con extraña claridad, pero lo único que recordaba con seguridad desde el momento en que el Beech se detuvo por fin sobre la pista de espera, de espaldas hacia el Lear e inclinado hacia un lado, hasta el momento en que oyó los primeros gritos procedentes de la terminal, era que había alargado el brazo para coger la cámara. No podía salir del avión sin la cámara; la Nikon era la cosa más parecida que tenía a una esposa. La había comprado en una casa de empeño de Toledo cuando tenía diecisiete años y la conservaba desde entonces. Le había añadido objetivos, pero la carcasa básica seguía siendo la misma que entonces; las únicas modificaciones que había introducido habían sido algunos rasguños y abolladuras que

formaban parte de su trabajo. La Nikon se encontraba en el bolsillo elástico que había detrás de su asiento. Tiró de ella para sacarla, la miró para comprobar que seguía intacta y vio que así era. Se la colgó del cuello y se inclinó sobre la puerta del avión.

Tiró de la palanca, saltó del avión, tropezó, estuvo a punto de caerse, y logró coger la cámara antes de que chocara contra el hormigón de la pista de espera. Se oyó el rugido de otro trueno, pero esta vez no fue más que un rugido, distante y poco amenazador. Una brisa lo rozó como la caricia de una mano cariñosa sobre el rostro..., pero más fría por debajo del cinturón. Dees hizo una mueca; el episodio de que se había meado encima cuando el Beech y el Piedmont habían estado a punto de chocar tampoco figuraría en el artículo.

De repente, un chillido agudo y penetrante llegó hasta sus oídos desde la terminal general; un grito teñido de agonía y horror. Aquel sonido lo golpeó como una bofetada. Volvió en sí, y se concentró de nuevo en el objetivo. Miró el reloj. No funcionaba. O bien se había roto a causa de la explosión o bien se había detenido. Se trataba de una de esas antiguallas divertidas a las que hay que dar cuerda, y no recordaba cuándo lo había hecho por última vez.

¿Se había puesto ya el sol? Afuera estaba oscuro, joder, pero con todos esos truenos y esos nubarrones agolpados alrededor del aeropuerto era difícil determinar lo que significaba. ¿Realmente se había puesto el sol?

Oyó otro grito. No, un grito no, un verdadero chillido, así como el sonido de cristales al romperse.

Dees decidió que la puesta de sol carecía de toda importancia.

Echó a correr sin darse cuenta apenas de que los depósitos auxiliares del generador seguían ardiendo y de que olía a gas en el aire. Intentó correr más deprisa, pero tenía la sensación de correr sobre cemento líquido. La terminal se acercaba cada vez más, pero no demasiado deprisa. No lo bastante deprisa.

—*¡No, por favor! ¡Por favor, no! ¡POR FAVOR, NO! ¡OH, POR FAVOR, NO!*

Aquel chillido cada vez más fuerte se vio interrumpido de repente por un terrible aullido inhumano. No obstante, sí había algo humano en él, y eso era tal vez lo más terrible de todo. A la mortecina luz de las bombillas de emergencia instaladas en las esquinas de la terminal, Dees vio que una figura oscura que se agitaba rompía más cristales de la pared de la terminal que se orientaba hacia el aparcamiento, una pared que constaba casi únicamente de cristal; la figura salió despedida a través de ella, aterrizó sobre la rampa con un golpe sordo, rodó sobre sí misma, y Dees vio que se trataba de un hombre.

La tormenta se alejaba pero seguían brillando los relámpagos, y cuando Dees entró corriendo en el aparcamiento, jadeante, vio por fin el avión del Piloto Nocturno, con la matrícula N101BL pintada en la cola. Las letras y los números parecían negros en aquella luz, pero él sabía que eran rojos y, de todos modos, no importaba. La cámara estaba cargada con película rápida en blanco y negro y armada con un flash inteligente que tan sólo se dispararía cuando la luz fuera demasiado poco intensa para la velocidad de la película.

La bodega del Skymaster estaba abierta como la boca de un cadáver. Bajo ella se veía un gran montículo de tierra en el que se retorcían pequeños objetos. Dees le echó un vistazo casual, se volvió para mirarlo por segunda vez y se detuvo a duras penas. Ahora su corazón no sólo estaba lleno de temor sino también de una salvaje felicidad. ¡Qué bien que todo hubiera salido como había salido!

Sí, se dijo, pero no lo llores suerte, no te atrevas a llamarlo suerte, no lo llores ni siquiera un presentimiento.

Correcto. No era la suerte la que lo había mantenido en esa destartada habitación de motel con aquel ruidoso aparato de aire acondicionado. No había sido un presentimiento, no exactamente al menos, lo que lo había atado al teléfono hora tras hora llamando a pequeños aeropuertos y dando la matrícula del Piloto Nocturno una y otra vez. Se trataba de puro instinto de

periodista, y aquí es donde empezaba a verse recompensado. Claro que no se trataba de una recompensa como las demás; era el premio gordo, El Dorado, la maravillosa fábula.

Se detuvo frente a la bodega abierta como un bostezo, intentó levantar la cámara y estuvo a punto de estrangularse con la correa. Masculló un juramento. Desenredó la correa. Apuntó.

Desde la terminal le llegó otro grito, el de una mujer o bien un niño. Dees apenas se percató de ello. La idea de que ahí dentro se estaba produciendo una verdadera masacre fue seguida por la idea de que dicha masacre no haría sino enriquecer la historia. Y a continuación, ambos pensamientos se disiparon mientras tomaba tres rápidas fotografías del Cessna, asegurándose de que tomaba una de la bodega y otra de la matrícula. El rebobinado automático emitía su zumbido.

Dees siguió corriendo. Más ruido de cristales rotos. Otro golpe sordo cuando otro cuerpo cayó al cemento como una muñeca de trapo rellena de algún líquido espeso y oscuro, como por ejemplo, jarabe para la tos. Dees alzó la mirada, distinguió un movimiento confuso, el revoloteo de algo que podría haber sido una capa... pero se encontraba demasiado lejos como para asegurarlo. Se volvió y tomó otras dos fotografías del avión, esta vez de muy cerca. La bodega abierta y el montículo de tierra aparecerían claros e innegables en el periódico.

A continuación se volvió y echó a correr hacia la terminal. Ni siquiera se le ocurrió el hecho de que sólo iba armado con una vieja Nikon.

Se detuvo a unos diez metros del edificio. Había tres cadáveres, dos adultos, uno de cada sexo, y uno que podía haber sido o bien de una mujer menuda o bien de una chica de unos trece años; era difícil de determinar puesto que le faltaba la cabeza.

Dees apuntó la cámara y tomó seis rápidas fotografías, mientras el flash emitía su propio relámpago blanco y el rebobinado automático no cesaba de emitir su pequeño zumbido.

Mientras tomaba las fotografías iba contando. Disponía de 36 y había hecho once, lo cual significaba que le quedaban veinticinco. Tenía más película en los bolsillos profundos de sus pantalones, y eso estaba muy bien... si tenía la oportunidad de recargar la cámara. Nunca se podía contar con eso, sin embargo. En el caso de fotografías como aquéllas había que aprovechar el momento. Se trataba de un banquete de comida rápida, nada más.

Dees alcanzó la terminal y abrió la puerta de un tirón.

Pensó que ya lo había visto todo, pero nunca había visto algo como aquello. Nunca.

«¿Cuántos? —se preguntó su mente—. ¿A cuántos te has cargado? ¿Seis? ¿Ocho? ¿Tal vez una docena?» No lo sabía. El Piloto Nocturno había convertido la terminal del pequeño aeropuerto privado en un matadero. Cadáveres y partes de cadáveres yacían esparcidos por doquier. Dees vio un pie enfundado en una zapatilla deportiva negra y sacó una fotografía. Un torso desgarrado; sacó una fotografía. Había un hombre enfundado en un mono de mecánico que todavía estaba con vida, y por un momento creyó que era Ézra, el Increíble Mecánico Empapado en Ginebra, del aeropuerto del condado de Cumberland, pero aquel tío no se estaba quedando calvo, sino que no le quedaba ni un solo pelo en la cabeza. Le habían partido la cara desde la frente hasta la barbilla. La nariz estaba partida en dos y a Dees la escena le recordó, por alguna extraña razón, un perrito caliente abierto y listo para el panecillo. Sacó una fotografía.

Y de repente, algo en su interior se rebeló y gritó: ¡Para! con voz tan imperiosa que resultaba imposible ignorarla, y, por supuesto negarla.

«¡Para! ¡Ya se ha acabado todo!»

En aquel momento vio una flecha pintada en la pared. Bajo ella se veía la palabra SERVICIOS. Dees echó a correr en la dirección que indicaba la flecha, con la cámara balanceándose tras él.

Por casualidad se topó primero con el servicio de caballeros, pero no le habría importado toparse primero con el de extraterrestres. Estaba llorando presa de incontenibles sollozos. Apenas podía creer que aquellos sonidos procedieran de su interior. Hacía años que no lloraba. De hecho, no lloraba desde que era niño.

Abrió la puerta de un empujón, derrapó como un esquiador a punto de perder el control y se aferró al borde de la segunda pica de la fila.

Se inclinó sobre ella y todo brotó de su interior en una corriente espesa y nauseabunda; una parte le salpicó en la cara mientras que otra aterrizaba en el espejo en manchas amarro-nadas. Olió el pollo a la criolla para llevar que había comido colgado del teléfono en la habitación del motel, justo antes de coger la puerta y echar a correr hacia su avión; vomitó de nuevo emitiendo una especie de ronquido que recordaba una máquina sobrecargada a punto de estropearse.

Dios mío, pensó, Dios mío, no es un hombre, no puede ser un hombre...

Y en aquel momento oyó el sonido.

Se trataba de un sonido que había oído al menos mil veces con anterioridad, un sonido de lo más habitual en la vida de cualquier americano... pero que ahora lo llenó de un miedo y de un terror que iba más allá de todo lo que conocía y de lo que podía creer.

Era el sonido de un hombre orinando en un urinario.

Pero aunque veía los tres urinarios del baño en el espejo manchado de vómito, no vio a nadie en ninguno de ellos.

Los vampiros no se refle..., se dijo Dees.

En aquel momento vio un líquido rojizo golpear la porcelana del urinario del centro, lo vio correr urinario abajo, confluír en el círculo geométrico de orificios que había en la parte inferior.

No se veía ninguna corriente de líquido en el aire; tan sólo la veía cuando chocaba contra la porcelana.

Era entonces cuando se hacía visible.

Dees se quedó petrificado. Permaneció inmóvil, con las manos aferradas al borde del lavabo; la boca, el cuello, la nariz y las fosas nasales espesas por el sabor y el olor del pollo a la criolla, observando el increíble y al mismo tiempo prosaico fenómeno que se estaba produciendo justo detrás de él.

«Estoy viendo mear a un vampiro», se dijo confusamente.

La escena parecía no tener fin, la orina sangrienta golpeando la porcelana, tornándose visible y desapareciendo por el desagüe. Dees permaneció con las manos pegadas a los costados de la pica en la que había vomitado, mirando el reflejo del espejo, sintiéndose como un engranaje paralizado en una enorme máquina estropeada.

«Soy hombre muerto, casi seguro», se dijo.

Por el espejo vio que la manecilla cromada de la cadena bajaba por sí sola. A continuación, el rugido del agua.

Dees escuchó un susurro y un revoloteo y supo que se trataba de una capa, del mismo modo que sabía que si se volvía podría tachar el «casi seguro» de su último pensamiento. Se quedó donde estaba, con las palmas de las manos hundidas en los bordes de la pica.

De repente, una voz profunda, de ultratumba, se alzó justo detrás de él. El propietario de dicha voz estaba tan cerca que Dees percibió su frío aliento en el cuello.

—Me has estado siguiendo —empezó la voz de ultratumba.

Dees gimió.

—Sí —prosiguió aquella voz como si Dees se hubiera mostrado en desacuerdo con él—. Te conozco, ¿sabes? Lo sé todo sobre ti. Y ahora escúchame con atención, mi inquisitivo amigo, porque sólo te lo diré una vez: deja de seguirme.

Dees volvió a gemir, un gemido parecido al de un perro, y más agua le llenó los pantalones.

—Abre la cámara —exigió la voz.

«¡Mi película! —gritó una parte de Dees—. ¡Mi película! ¡Lo único que tengo! ¡Lo único que tengo! ¡Mis fotos!»

Otro revoloteo seco, y parecido al de un murciélago. Aunque Dees no veía nada, sintió que el Piloto Nocturno se había acercado aún más a él.

—Ahora.

Su película no era lo único que tenía.

También tenía la vida.

Más o menos.

Se vio a sí mismo darse la vuelta y ver lo que el reflejo no reflejaba o no podía reflejar: se vio a sí mismo viendo al Piloto Nocturno, a su amigo murciélago, una cosa grotesca salpicada de sangre y trocitos de carne y de mechones de pelo arrancado; se vio a sí mismo tomando fotografía tras fotografía, mientras el rebobinado automático zumbaba... Pero no se veía nada.

Nada en absoluto.

Porque tampoco se les podía sacar fotos.

—Eres real —graznó, sin moverse, con las manos en apariencia soldadas a los bordes de la pica.

—Tú también —gruñó la voz.

Dees percibió el hedor de antiguas criptas y tumbas selladas en el aliento de la cosa.

—Al menos, de momento. Ésta es tu última oportunidad, mi inquisitivo biógrafo de pacotilla. Abre la cámara... O la abro yo.

Con manos que se le antojaban del todo entumecidas, Dees abrió la Nikon.

Una ráfaga de aire pasó junto a su rostro helado; parecía un juego de navajas en movimiento. Por un instante vio una mano larga y blanca salpicada de sangre; vio unas uñas rotas, llenas de porquería.

En aquel momento la película se rompió y empezó a brotar de su cámara.

Otro seco revoloteo. Otro aliento hediondo. Por un momento creyó que el Piloto Nocturno iba a matarlo de todas formas. Pero entonces, a través del espejo vio que la puerta del lavabo de caballeros se abrió sola.

«No me necesita —se dijo Dees—. Sin duda alguna ha comido muy bien esta noche.» Aquello le hizo vomitar de nuevo, esta vez directamente sobre el reflejo de su propio rostro con los ojos abiertos de par en par.

La puerta se cerró.

Dees permaneció donde estaba durante al menos tres minutos; se quedó ahí hasta que las sirenas llegaron a la terminal; se quedó ahí hasta que oyó la tos y el rugido del motor de un avión.

El motor de un Cessna Skymaster 337, sin lugar a dudas.

A continuación salió del servicio con las piernas como patas de palo, chocó contra la pared más alejada del pasillo, rebotó y se dirigió de regreso a la terminal. Resbaló en un charco de sangre y estuvo a punto de caer.

—¡Quieto! —gritó un policía tras él—. ¡Quieto! ¡No se mueva o lo mato!

Dees ni siquiera se volvió.

—Prensa, gilipollas —dijo al tiempo que levantaba la cámara con una mano y el carné de prensa con la otra.

Se dirigió hacia una de las ventanas rotas mientras la película seguía brotando de su cámara como una larga serpentina marrón, y se quedó ahí mirando cómo el Cessna aceleraba por la pista 5. Por un instante fue una silueta negra recortada contra el brillante incendio del generador y de los depósitos auxiliares. Una silueta que se parecía bastante a un murciélago; y entonces se elevó, desapareció, y el policía empujó a Dees con tal fuerza hacia la pared que empezó a sangrar por la nariz. Pero no le importó. No le importaba nada, y cuando los sollozos empezaron a abrirse paso

en su pecho, volvió a cerrar los ojos, y volvió a ver la sangrienta orina del Piloto Nocturno chocar contra la porcelana, tornarse visible y desaparecer por el desagüe.

Creía que jamás dejaría de verla.

Es algo que llega a gustarte

El otoño de Nueva Inglaterra y la delgada tierra se muestran en algunos fragmentos entre los dientes de león y la ambrosía, a la espera de las primeras nevadas, que aún tardarán al menos un mes en caer. Las alcantarillas están sembradas de hojas muertas, el cielo aparece siempre gris, y las cañas del maíz se alinean en ordenadas hileras cual soldados que han encontrado un fantástico modo de morir de pie. Las calabazas, hundidas por la podredumbre, se amontonan apoyadas contra cobertizos anodinos, y despiden un olor que recuerda el aliento de una vieja. En esta época del año, no hace frío ni calor, tan sólo se percibe una brisa pálida que nunca cesa, que sopla sobre los desnudos campos, bajo el cielo blanco que surcan, de camino al sur, bandadas de pájaros en forma de cheurones. El viento levanta polvo de los suaves hombros de los caminos y lo convierte en derviches danzantes; divide los campos exhaustos del modo en que un peine divide el cabello, y se abre paso hasta los coches desguazados que se agolpan en los jardines traseros.

La casa de los Newall, situada en Town Road, n.º 3, goza de una espléndida vista sobre lo que en Castle Rock se conoce como el Recodo. De algún modo, resulta imposible experimentar cualquier sensación positiva al ver esta casa. Ofrece un aspecto de muerte que la falta de pintura no logra explicar del todo. El jardín delantero consiste en un amasijo de morones a los que las primeras heladas conferirán una silueta aún más grotesca. Una delgada columna de humo surge de la tienda de Brownie, situada al pie de la colina. Antaño, el Recodo constituía una parte bastante importante de Castle Rock, pero eso se acabó con la guerra de Corea. En el viejo escenario de la banda municipal que hay frente a la tienda de Brownie, dos niños pequeños se pasan un camión rojo de bomberos. Tienen rostros cansados y gastados, rostros de viejos, casi. Sus manos parecen cortar el aire cuando se pasan el camión de juguete, y sólo se detienen de vez en cuando para limpiarse las narices que no cesan de gotear.

En la tienda, Harley McKissick, un hombre corpulento y de rostro colorado, preside la sesión, mientras que el viejo John Clutterbuck y Lenny Partridge permanecen sentados junto a la estufa con las piernas apoyadas en ella. Paul Corliss está apoyado en el mostrador. La tienda despidе un olor antiguo, olor a salami, papel matamoscas, café, tabaco, sudor, Coca-Cola pasada, pimienta, clavo y loción capilar O'Dell, que parece semen y transforma el cabello en escultura. Un cartel salpicado de moscas muertas, que anuncia una cena a base de alubias celebrada en 1986, todavía aparece apoyado contra el escaparate, junto a otro cartel que anuncia la actuación de Ken Corriveau, el cantante de country, en la feria del condado de Castle de 1984. La luz y el sol de casi diez veranos han caído implacables sobre este último cartel, y ahora, Ken Corriveau, que lleva más de cinco años apartado del mundo de la música y actualmente se dedica a vender Fords en Chamberlain, presenta un aspecto desvaído y a un tiempo tostado. En la parte trasera de la tienda se ve un inmenso congelador de vidrio, traído de Nueva York en 1933, y en cada rincón se percibe el vago pero persistente aroma de los granos de café.

Los viejos observan a los niños y hablan en tono bajo y confuso. John Clutterbuck, cuyo nieto, Andy, está muy ocupado emborrachándose a muerte este otoño, ha estado hablando del vertedero del pueblo. El vertedero apesta a rayos en verano, dice. Nadie discute este punto, porque es cierto, pero tampoco están demasiado interesados en el tema, porque no es verano, es otoño, y la enorme estufa de gasóleo despidе una aplastante oleada de calor. El termómetro de Winston, colgado tras el mostrador, marca veinticinco grados. La frente de Clutterbuck muestra una inmensa hendidura justo encima de la ceja izquierda, producto de un golpe que se dio en un

accidente de coche en 1963. A veces, los niños le preguntan si pueden tocarla. De hecho, el viejo Clut ha sacado un buen puñado de dinero a muchos veraneantes, que no se creen que la hendidura de la frente de Clut pueda albergar el contenido de un vaso de tamaño mediano.

—Paulson —murmura Harley McKissick.

Un viejo Chevrolet se ha detenido detrás del cacharro de Lenny Partridge. En el costado hay un cartel de cartón sujeto con cinta de embalaje. REPARACIÓN DE SILLAS DE MIMBRE GARY PAULSON COMPRAVENTA DE ANTIGÜEDADES, reza el cartel, además de indicar el número de teléfono. Gary Paulson se apea del coche con lentitud, un anciano enfundado en pantalones verdes desvaídos con un gran parche de pana en el trasero. Extrae un nudoso bastón del coche, y se aferra con firmeza al marco de la portezuela hasta que coloca el bastón ante él en la posición que le gusta. El mango del bastón aparece envuelto en la funda de un manillar de bicicleta de niño, como un condón. El bastón deja pequeñas marcas circulares en el polvo cuando Paulson emprende su cuidadosa excursión en dirección a la puerta de la tienda de Brownie.

Los niños del escenario alzan la vista para mirarlo, a continuación siguen su mirada, atemorizados, al parecer, hasta el bulto algo ladeado y crepitante de la casa de Newall, allá en la colina, y después vuelven a concentrarse en su coche de bomberos.

Joe Newall se instaló en Castle Rock en 1904 y allí permaneció hasta 1929, pero amasó su fortuna en las serrerías de un pueblo cercano, Gates Falls. Era un hombre flacucho, de rostro enojado y ojos de córneas amarillentas. Compró al Banco Nacional de Oxford una gran parcela de terreno en el Recodo, cuando aquel sector era próspero y contaba con serrerías e incluso una fábrica de muebles. El banco se lo había arrebatado a Phil Budreau en un embargo de hipoteca a la que contribuyó el *sheriff* del condado, Nickerson Campbell. Phil Budreau, un tipo popular, pero al que la mayoría de sus vecinos consideraba un poco tonto, se trasladó a Kittery y pasó los diez o doce años siguientes haciendo chapuzas con coches y motos. A continuación, partió hacia Francia para luchar contra los teutones, cayó de un avión durante una misión de reconocimiento, o al menos eso es lo que cuenta la historia, y se mató.

La parcela de Budreau permaneció abandonada durante la mayor parte de aquellos años, pues a la sazón, Joe Newall vivía en una casa de alquiler en Gates Falls y se ocupaba de amasar una fortuna. Era más famoso por sus severas medidas empresariales que por el modo en que había salvado una serrería que había estado al borde de la ruina en 1902, el año en que él la había comprado. Los trabajadores lo llamaban Joe de los Despidos, porque si alguien dejaba de acudir a un solo turno, lo ponía de patitas en la calle sin aceptar ni siquiera disculpa alguna.

Se casó con Cora Leonard, sobrina de Cari Stowe, en 1914. El matrimonio tenía gran valor a los ojos de Joe Newall, por supuesto, pues Cora era la única pariente viva de Cari, y, sin duda, recibiría una buena tajada en cuanto Cari pasara a mejor vida, siempre y cuando, claro está, Joe mantuviera buenas relaciones con él, y Joe, por supuesto, no tenía otra intención que estar a buenas con el viejo, quien, en sus buenos tiempos, había sido Muy Listo, pero en los últimos años de su vida, se había vuelto Bastante Blando. Había otras serrerías en la zona que podían comprarse por cuatro chavos y reformarse..., siempre y cuando uno tuviera un pequeño capital de arranque. Joe no tardó en disponer de dicho capital, pues el adinerado tío de su mujer falleció un año después de la boda.

Así pues, el matrimonio tenía gran valor, sin duda alguna. Cora, por su parte, no tenía ninguno. Era una especie de saco de patatas, increíblemente ancha de caderas, con un trasero increíblemente grande, pero de pecho casi tan plano como un chico y dotada de un cuello ridículamente corto, sobre el que su desproporcionada cabeza se asemejaba a un extraño girasol pálido. Las mejillas le colgaban, flaccidas; sus labios eran tiras de hígado; tenía un rostro tan inexpresivo como la luna llena de una noche invernal. Sudaba tanto que sus vestidos mostraban

grandes manchas oscuras bajo los sobacos incluso en febrero, y un fétido olor a sudor la acompañaba dondequiera que fuese.

En 1915, Joe empezó a construir una casa para su mujer en la parcela de Budreau, y al cabo de un año dio la impresión de estar terminada. Era una construcción pintada de blanco y dotada de doce habitaciones que surgían de los ángulos más inverosímiles. Joe Newall no era nada popular en Castle Rock, en parte porque había amasado su fortuna fuera del pueblo, en parte porque Budreau, su predecesor, había sido un encanto de hombre, aunque un estúpido, no cesaban de recordarse, y su estupidez y amabilidad iban siempre de la mano, y eso no podía olvidarse jamás; pero Joe era impopular sobre todo porque su maldita casa no había sido construida con mano de obra del pueblo. Antes de que se colgaran los canalones y los alerones, alguien garabateó con tiza amarilla un dibujo obsceno y una palabra anglosajona monosílaba sobre la entrada de montante en abanico.

En 1920, Joe Newall se había convertido en un hombre rico. Sus tres serrerías de Gates Falls marchaban viento en popa, repletas de los beneficios producidos por una guerra mundial y alimentadas regularmente con los pedidos de la nueva o incipiente clase media. Empezó a construir una nueva ala en su casa. La mayoría de la gente del pueblo lo consideraba innecesario, pues al fin y al cabo, vivían los dos solos, y casi todos opinaban que el añadido no hacía sino afejar una construcción que la mayoría consideraban ya de por sí de una fealdad inconmensurable. La nueva ala añadía un piso a la casa y contemplaba ciega la colina, que en aquellos tiempos aparecía cubierta de pinos dispersos.

La noticia de que la familia iba a incorporar un nuevo miembro llegó desde Gates Falls, y la fuente de información más probable era Doris Gingercroft, a la sazón enfermera del doctor Robertson. Así pues, el ala nueva de la casa constituía una suerte de celebración, al parecer. Tras seis años de gozo conyugal y cuatro años en el Recodo, durante los cuales la gente sólo la había visto a distancia, cuando cruzaba el jardín o cogía flores (azafrán, rosas silvestres, margaritas salvajes, escarpines de dama, amapolas) en el prado que se extendía tras el edificio, después de todos aquellos años, Cora Leonard Newall había florecido.

Cora nunca hacía la compra en la tienda de Brownie. Cada jueves por la tarde, acudía a la tienda de Kitty Korner, en el centro comercial de Gates Falls.

En enero de 1921, Cora dio a luz un monstruo sin brazos y, según se rumoreaba, con un pequeño racimo de dedos perfectos saliéndole de una de las cuencas oculares. La criatura murió después de que seis horas de contracciones arrojaran su carita roja e inconsciente a la luz de este mundo. Joe añadió una cúpula a la casa diecisiete meses más tarde, a finales de primavera de 1922, pues en Maine occidental no hay principios de primavera, sólo finales de primavera y antes de eso, invierno. Siguió comprando sus provisiones fuera del pueblo, y no quería saber nada de la tienda de Bill *Brownie* McKissick. Asimismo, nunca puso los pies en la Iglesia Metodista del Recodo. El bebé deforme que había salido del vientre de su mujer fue enterrado en el panteón que los Newall poseían en Gates Falls, y no en Homeland, el cementerio local. La inscripción de la pequeña lápida rezaba:

SARAH TAMSON TABITHA FRANCINE NEWALL

14 DE ENERO DE 1921 QUE DIOS LA ACOJA EN SU SENO

En la tienda hablaban de Joe Newall, de la mujer de Joe y de la casa de Joe mientras el hijo de Brownie, Harley, demasiado joven para afeitarse (pero, pese a ello, con la senectud enterrada en lo más profundo de su ser, hibernando, esperando, tal vez soñando), aunque lo suficientemente mayor como para apilar verduras y colocar montones de patatas en los estantes de la calle cuando se lo ordenaban, permanecía cerca y escuchaba. Sobre todo cuando hablaban de la casa, pues consideraban que era una afrenta a la sensibilidad y a la vista.

—Pero llega a gustarte —afirmaba de vez en cuando Clayton Clutterbuck, el padre de John.

Nunca obtenía respuesta a su comentario. Era una afirmación que carecía de significado alguno... pero, al mismo tiempo, constituía un hecho patente. Si uno estaba ante la tienda de Brownie, mirando las frutas del bosque para escoger la mejor caja durante la estación de las frutas del bosque, tarde o temprano volvía la mirada hacia la casa de la colina, del mismo modo que la veleta se vuelve hacia el nordeste antes de una ventisca de marzo. Tarde o temprano, uno sentía la necesidad de mirar, y con el paso del tiempo, más temprano que tarde en el caso de la mayoría de la gente. Porque, como decía Clayton Clutterbuck, la casa de los Newall atraía.

En 1924, Cora se cayó por la escalera que había entre la cúpula y el ala nueva de la casa, y se rompió el cuello y la espalda. Por el pueblo circulaba el rumor, procedente sin duda de un Comité Femenino de Asistencia, de que en el momento del accidente, Cora estaba completamente desnuda. Recibió sepultura junto a la hija deforme que tan sólo había vivido unas horas.

Joe Newall, quien, tal como convenía casi toda la gente del pueblo, tenía algo de sangre judía, siguió ganando dinero a espuestas. Construyó dos cobertizos y un granero en la cima de la colina, todos ellos conectados a la casa principal a través de la nueva ala. El granero quedó terminado en 1927, y su propósito se puso de manifiesto de inmediato; por lo visto, Joe había decidido convertirse en un granjero acomodado. Compró dieciséis vacas a un tipo de Mechanic Falls. Compró una ordeñadora pequeña y brillante al mismo tipo. El aparato se antojaba un pulpo de metal a aquellos que echaron un vistazo al camión de reparto y lo vieron cuando el conductor se detuvo en la tienda de Brownie para tomarse una cerveza fría antes de subir la colina.

Una vez instaladas las vacas y la ordeñadora, Joe contrató a un imbécil de Motton para que se hiciera cargo de su inversión. La razón por la que un propietario de serrerías tan duro y frío como él habría hecho tal cosa asombraba a todos, que se decían que la única causa posible era que Joe estaba perdiendo la cabeza, pero lo cierto es que lo hizo y que, por supuesto, todas las vacas murieron.

El funcionario de sanidad del condado apareció en la colina para echar un vistazo a las vacas, y Joe le mostró un certificado firmado por un veterinario, un veterinario de Gates Falls, se dijeron más tarde los del pueblo, enarcando las cejas del modo más significativo, certificado según el cual las vacas habían muerto de meningitis bovina.

—Eso significa mala suerte en inglés —comentó Joe.

—¿Es un chiste?

—Tómeselo como quiera —replicó Joe—. No pasa nada.

—Haga callar a ese imbécil, ¿quiere? —ordenó el funcionario de sanidad del condado.

Estaba observando al tonto a través de la calzada de entrada. El hombre estaba apoyado contra el buzón, llorando a lágrima viva. Gruesas lágrimas le rodaban por las rechonchas y sucias mejillas. De vez en cuando, se contenía y se daba un buen sopapo, como si él tuviera la culpa de todo cuanto había sucedido.

—A él tampoco le pasa nada.

—A mí me parece que aquí pasa de todo —contravino el funcionario de sanidad—, y lo de menos son esas dieciséis vacas muertas, con las patas tiesas para arriba como si fueran postes. Si las veo desde aquí...

—Pues me alegro —terció Joe—, porque no va a acercarse más.

El funcionario de sanidad del condado tiró el certificado del veterinario de Gates Falls al suelo y lo pisoteó con la bota al tiempo que contemplaba a Joe Newall con el rostro tan ruborizado que las venitas de los lados de la nariz sobresalían casi violetas.

—Quiero ver esas vacas. Llevarme una, si hace al caso.

—No.

—Oiga, usted no es el dueño del mundo... Conseguiré una orden del juez.

—Eso ya lo veremos.

El funcionario de sanidad se marchó mientras Joe lo observaba. En el extremo más alejado de la calzada de entrada, el subnormal, enfundado en su mono de trabajo manchado de estiércol y comprado a través del catálogo de Sears y Roebuck, siguió apoyado en el buzón de los Newall, llorando a lágrima viva. Ahí se quedó todo aquel caluroso día de agosto, llorando tan fuerte como se lo permitían sus pulmones, con el rostro plano y mongoloide vuelto hacia el cielo amarillo.

—Berreando como una ternera a la luz de la luna —fueron las palabras del joven Gary Paulson.

El funcionario de sanidad del condado era Clem Upshaw, de Sirois Hill. Tal vez habría renunciado al asunto en cuanto las aguas se calmaron un poco, pero Brownie McKissick, que le había apoyado para que pasara a ocupar el cargo y que le fiaba una cantidad de cerveza respetable, le acució para que continuara. El padre de Harley McKissick no era la clase de hombre que sacara las garras por norma, y además, por lo general no lo necesitaba, pero hacía tiempo que quería dejar las cosas claras con Joe Newall respecto a la cuestión de la propiedad privada. Quería hacer entender a Joe que la propiedad privada era algo estupendo, por supuesto, algo realmente americano, pero que, pese a ello, la propiedad privada va unida a la comunidad, y en Castle Rock, la gente todavía creía que la comunidad ocupaba el primer lugar, incluso en el caso de tipos ricos que podían construir un trozo de casa sobre su propia casa cada vez que les entraba el capricho. Así pues, Clem Upshaw bajó a Lakery, la capital del condado por aquel entonces, y obtuvo la orden del juez.

En el mismo momento en que la obtenía, un gran furgón pasó junto al imbécil, que seguía aullando, y se dirigió al granero. Cuando Clem Upshaw regresó, ya sólo quedaba una vaca, que le miraba con grandes ojos negros, ojos que habían perdido el brillo y se habían tornado distantes bajo la capa de ahechaduras de heno. Clem determinó que al menos aquella vaca había muerto de meningitis bovina y se marchó. En cuanto se perdió de vista, el furgón regresó a recoger la última vaca.

En 1928, Joe inició la construcción de otra ala en la casa. Fue entonces cuando los hombres que se reunían en la tienda de Brownie concluyeron que el hombre estaba loco. Era inteligente, eso sí, pero estaba loco de atar. Benny Ellis afirmó que Joe le había sacado un ojo a su hija y lo guardaba en un frasco de lo que Benny denominaba «flomaldelido» sobre la mesa de la cocina, junto con los dedos amputados que sobresalían de la otra cuenca al nacer la niña. Benny era un apasionado lector de revistas de terror, publicaciones que mostraban mujeres desnudas raptadas por hormigas gigantes y pesadillas similares en las portadas, y, sin lugar a dudas, su historia sobre el frasco de Joe Newall se inspiraba en sus lecturas habituales. Como consecuencia de ello, muchos habitantes de Castle Rock, y no sólo del Recodo, no tardaron en afirmar a ultranza que aquello era del todo cierto. Muchos afirmaron que Joe incluso guardaba otras cosas en el frasco, cosas de las que no se podía siquiera hablar.

La segunda ala de la casa quedó terminada en agosto de 1929, y dos noches más tarde, un cacharro rápido que tenía grandes círculos de sodio por ojos se abalanzó entre chirridos sobre la calzada de entrada de la casa de Joe Newall, y el cadáver hediondo y descompuesto de una gran mofeta salió despedido y colisionó contra la nueva ala. El animal estalló por encima de una de las ventanas, dejando un abanico de sangre en los marcos que casi parecía un ideograma chino.

En septiembre de aquel mismo año, un incendio devoró la sala de cardas de la serrería más importante que Newall poseía en Gates Falls, y ocasionó pérdidas valoradas en cincuenta mil dólares. En octubre, la bolsa se desmoronó. En noviembre, Joe Newall se ahorcó de una viga de una de las habitaciones inacabadas, probablemente un dormitorio, del ala más nueva de la casa. Lo encontró Cleveland Torburt, el subdirector de las serrerías de Gates Falls y socio de Joe, o al menos eso se rumoreaba, en toda una serie de negocios de Wall Street que ahora tenían más o

menos el mismo valor que el vómito de un chuchito tuberculoso. El cadáver fue levantado por el funcionario de justicia del condado, que resultó ser el hermano de Clem Upshaw, Noble.

Joe fue enterrado junto a su mujer y a su hija el último día de noviembre. Era un día claro y brillante, y la única persona que asistió al servicio fue Alvin Coy, conductor del coche fúnebre de Hay & Peabody. Alvin informó de que uno de los espectadores era una mujer joven y de buena figura, que llevaba un abrigo de mapache y un elegante sombrero negro. Sentado en la tienda de Brownie mientras comía un pepinillo directamente del barril, Alvin esbozaba una sonrisa mordaz y contaba a sus compadres que aquella mujer era una preciosidad donde las hubiera. No guardaba similitud alguna con Cora Leonard Newall ni con nadie de su familia, y no había cerrado los ojos durante las plegarias.

Gary Paulson entra en la tienda con exquisita lentitud, y a continuación cierra la puerta tras de sí con todo cuidado.

—Buenas —saluda Harley McKissick en tono neutro.

—He oído que anoche ganaste un pavo en La Grange —comenta el viejo Clut mientras se prepara la pipa.

—Aja —responde Gary.

Ha cumplido los ochenta y cuatro años y, al igual que los demás, recuerda los tiempos en que el Recodo era un lugar mucho más lleno de vida que ahora. Ha perdido dos hijos en dos guerras, ambos antes del desastre de Vietnam, y eso le ha resultado muy duro. El tercero, un buen muchacho, murió en una colisión con un camión que transportaba madera en 1973. En cierto modo, aquella pérdida le resultó más fácil de asimilar, Dios sabe por qué. A veces, Gary babea y, con frecuencia, emite ruidosos chasquidos con la boca cuando intenta succionar la saliva para evitar que se salga con la suya y le baje por la barbilla. No se entera de gran cosa últimamente, pero sabe que envejecer es una manera asquerosa de pasar los últimos años de vida.

—¿Café? —pregunta Harley.

—No, creo que no.

Lenny Partridge, que seguramente no se recuperará de las costillas que se rompió en un extraño accidente de coche hace dos otoños, dobla las piernas para que el más viejo pueda pasar y dejarse caer con todo cuidado en la silla del rincón, que él mismo tapizó en 1982. Paulson emite un chasquido con los labios, succiona la saliva que amenaza con escapársele y entrelaza las manos sobre el puño del bastón. Ofrece un aspecto cansado y macilento.—Va a llover a cántaros —anuncia por fin—. Me duelen todos los huesos.

—Es un mal otoño —contesta Paul Corliss.

Se produce un silencio. El calor de la estufa llena la tienda, que cerrará en cuanto Harley muera o tal vez incluso antes si su hija menor se sale con la suya, llena la tienda, protege los huesos de los ancianos, al menos lo intenta, y sube por los sucios cristales del escaparate, cubierto de viejos carteles que miran hacia el patio, en el que hubo surtidores de gasolina hasta 1977. Son ancianos, y la mayor parte de ellos han visto a sus hijos partir hacia lugares más prósperos. La tienda no obtiene beneficios dignos de mencionar en la actualidad, no tiene más clientes que unos pocos habitantes del pueblo y algunos turistas de paso que creen que viejos como éstos, ancianos que se sientan junto a la estufa enfundados en camisetas de termolactil incluso en pleno julio, son pintorescos. El viejo Clut siempre ha afirmado que van a llegar nuevas gentes a esta parte del condado de Rock, pero los últimos dos años, las cosas han ido peor que nunca, y da la sensación de que todo el maldito pueblo se muere.

—¿Quién está construyendo un ala nueva en la maldita casa de Newall? —inquire Paulson por fin.

Los demás se vuelven hacia él. Por un instante, la cerilla de cocina que el viejo Clut acaba de encender permanece suspendida sobre la pipa como una llama mística, quemando la madera y

tornándola negra. El fósforo se vuelve grisáceo y se riza. Por fin, el viejo Clut hunde la cerilla en la pipa y aspira.

—¿Un ala nueva? —pregunta Harley.

—Aja.

Una cortina de humo azulado procedente de la pipa del viejo Clut se eleva sobre la estufa y allí se extiende como una delicada red de pescador. Lenny alza el mentón para desentumecer los músculos del cuello y, a continuación, se pasa la mano por él, lo que produce un sonido áspero.

—Nadie, que yo sepa —dice Harley en un tono que indica que eso incluye, como consecuencia, a todo el mundo, al menos en esta parte del mundo.

—No han tenido un comprador para la casa desde el ochenta y uno —comenta el viejo Clut.

Al decir «no han tenido», el viejo Clut se refiere tanto a la Tejeduría del Sur de Maine como al Banco del Sur de Maine, pero también se refiere a otra cosa, concretamente a los Espaguetti de Massachusetts. La Tejeduría del Sur de Maine se apropió de las tres serrerías de Joe, así como de su casa de la colina, alrededor de un año después de que Joe se quitara la vida, pero, por lo que respecta a los hombres congregados en torno a la estufa de la tienda de Brownie, ese nombre no es más que una cortina de humo... o lo que a veces denominan *El Legal*, como en *La mujer obtuvo una, orden de protección contra él y ahora él no puede ver a sus propios hijos a causa del Legal*. Estos hombres odian *El Legal* por cuanto usurpa sus vidas y las de sus amigos, pero les fascina lo indecible el modo en que ciertas personas lo ponen al servicio de sus infames planes para ganar dinero.

La Tejeduría del Sur de Maine, es decir, el Banco del Sur de Maine, es decir, los Espaguetti de Massachusetts, vivieron una larga época de gran prosperidad tras salvar las serrerías de Joe Newall de la ruina, pero el hecho de que hayan sido incapaces de deshacerse de la casa fascina a los ancianos que pasan los días en la tienda de Brownie.

—Es como un moco que no puedes arrancarte de la punta del dedo —comentó Lenny Partridge en cierta ocasión, y los demás asintieron—. Ni siquiera esos Espaguetti de Malden y Reveré pueden librarse de esa piedra de molino.

El viejo Clut y su nieto, Andy, no se hablan, y la propiedad de la fea casa de Joe Newall fue la causa de ello... aunque otros motivos más personales flotan justo debajo de la superficie, sin duda, como casi siempre ocurre. El tema surgió cierta noche después de que abuelo y nieto, ambos viudos, disfrutaran de una sabrosa cena a base de espagueti en casa del joven Clut.

El joven Andy, que todavía no había perdido su empleo en la policía local, intentaba, de un modo bastante condescendiente, por cierto, explicar a su abuelo que la Tejeduría del Sur de Maine no había tenido nada que ver con ninguna de las an-tiguas propiedades de Newall durante años, que el verdadero propietario de la casa del Recodo era el Banco del Sur de Maine, y que las dos empresas no guardaban ninguna relación en absoluto. El viejo John dijo a Andy que estaba loco si se tragaba eso. Todo el mundo sabía, afirmó, que tanto el banco como la empresa textil eran tapaderas de los Espaguetti de Massachusetts, y que la única diferencia entre ellos residía en un par de palabras. Estas empresas se limitaban a camuflar las conexiones más obvias con una densa burocracia, explicó el viejo Clut, *El Legal*, en otras palabras.

El joven Clut había tenido el mal gusto de reírse de su abuelo. El viejo Clut se puso colorado, tiró la servilleta sobre el plato y se levantó. «Tú riéte —exclamó—. ¿Por qué no? La única cosa que un borracho hace mejor que reírse de lo que no entiende es llorar sin saber por qué.» Aquellas palabras enojaron a Andy, el cual dijo algo respecto a que Melissa era la razón por la que bebía, y John preguntó a su nieto cuánto tiempo iba a seguir culpando a su esposa muerta de su problema con la bebida. Andy palideció cuando su abuelo dijo eso, le ordenó que saliera de su casa, John se fue y desde entonces no ha vuelto. No es que quiera. Acusaciones aparte, no puede soportar ver cómo Andy se va derecho al infierno.

Especulaciones o no, no puede negarse lo siguiente: la casa de la colina lleva once años vacía, nadie ha vivido en ella en todo este tiempo y, por lo general, es el Banco del Sur de Maine el que intenta venderla a través de una de las inmobiliarias locales.

—Las últimas personas que la compraron eran del estado de Nueva York, ¿verdad? —pregunta Paul Corliss.

Por lo general, habla tan poco que todos se vuelven hacia él, incluso Gary.

—Sí señor —asiente Lenny—. Un matrimonio muy simpático. El hombre iba a pintar el granero de rojo y convertirlo en una especie de tienda de antigüedades, ¿no?

—Aja —corroborra el viejo Clut—. Y entonces su chico cogió el arma que guard...

—La gente es muy descuidada —tercia Harley.

—¿Se murió? —pregunta Lenny—. El chico. ¿Se murió?

El silencio se hace eco de la pregunta. Por lo visto, ninguno de ellos lo sabe. Por fin, Gary habla, casi a regañadientes.

—No, pero se quedó ciego. Se mudaron a Auburn. O tal vez a Leeds.

—Eran gente como Dios manda —comenta Lenny—. Realmente creí que iban a quedarse. Les encantaba la casa. Creían que todo el mundo les tomaba el pelo al decirles que traía mala suerte porque eran forasteros. —Hace una pausa—. Tal vez ahora hayan cambiado de opinión... estén donde estén.

Se hace el silencio mientras los ancianos piensan en aquella gente de Nueva York, o tal vez en sus órganos y sentidos maltrechos. En la penumbra que reina tras la estufa, se oyen los gorgoteos del aceite. Más allá, un postigo golpea una y otra vez, movido por el inquieto aire otoñal.

—Están construyendo un ala nueva allá arriba, sí señor —insiste Gary.

Habla en voz baja pero vehemente, como si uno de los otros hubiera contradicho su afirmación.

—Lo he visto cuando bajaba por River Road. Ya tienen casi toda la estructura hecha. Parece que esa maldita cosa va a medir treinta metros de largo por diez de ancho. No lo había visto antes. Parece buena madera de arce. ¿Dónde conseguirán buena madera de arce en estos días?

Nadie responde. Nadie lo sabe.

—¿Estás seguro de que no es otra casa, Gary? —pregunta por fin Paul Corliss en tono cauteloso—. Tal vez te...

—Y una mierda —interrumpe Gary en el mismo tono bajo, pero con mayor vehemencia—. Es la casa de Newall, un ala nueva en la casa de Newall, con la estructura acabada, y si todavía tenéis dudas, salid y echad un vistazo vosotros mismos.

Una vez dicho esto, no queda nada más que añadir. Todos le creen. Ni Paul ni ninguno de los demás se apresura a ir a ver el ala nueva de la casa de Newall. Consideran que se trata de una cuestión de cierta importancia y, por tanto, no de-ben precipitarse en modo alguno. Pasa el tiempo... En más de una ocasión, Harley McKissick ha pensado que si el tiempo fuera madera, todos ellos serían ricos. Paul se dirige a la vieja nevera de refrescos y saca uno de naranja. Entrega sesenta centavos a Harley, el cual los registra en la caja. Al cerrar de un golpe el cajón, se da cuenta de que el ambiente de la tienda ha cambiado. Hay otros temas que discutir.

Lenny Partridge tose, hace una mueca, se oprime con las manos el lugar en que se encuentran las costillas rotas que nunca han llegado a curarse, y pregunta a Gary cuándo es el funeral de Dana Roy.

—Mañana —responde Gary—. En Gorham. Ahí es donde está enterrada su mujer.

Lucy Roy murió en 1968; Dana, quien hasta 1979 fue electricista en la sucursal de Gates Falls de la empresa U.S. Gypsum, que los ancianos suelen llamar U.S. Gyp Em, murió de cáncer de colon hace dos días. Vivió en Castle Rock toda su vida, y le gustaba contar a la gente que en sus ochenta años de vida sólo había salido de Maine tres veces; una para visitar a una tía suya en

Connecticut, otra para ver un partido de los Red Sox de Boston («y perdieron, los muy desgraciados») y la última para asistir a una convención de electricistas en Portsmouth, New Hampshire. «Una maldita pérdida de tiempo», decía siempre acerca de la convención. «No había más que alcohol y mujeres, y las mujeres no valían un chavo, desde luego.» Era un compadre de estos hombres, que han acogido su fallecimiento con una extraña mezcla de dolor y triunfo.

—Le sacaron dos metros de intestinos —explica Gary a los demás—. Pero no sirvió de nada. Lo tenía extendido por todas partes.

—Él sí conocía a Joe Newall —interviene Lenny de pronto—. Estaba ahí arriba con su padre cuando su padre estaba instalando la electricidad en casa de Joe... No tendría más de seis u ocho años, creo yo. Recuerdo que dijo que una vez Joe le dio un caramelo, pero que lo tiró por la ventana de camino a casa. Dijo que tenía un sabor agrio y raro. Después, cuando volvieron a poner en marcha las serrerías, a finales de los años treinta, creo que fue, se encargó de cambiar la instalación eléctrica. ¿Te acuerdas, Harley?

—Aja.

Ahora que la conversación ha vuelto a centrarse en Joe Newall a través de Dana Roy, los hombres permanecen sentados en silencio, hurgando en sus recuerdos en busca de anécdotas. Pero cuando el viejo Clut rompe el silencio, lo hace con una afirmación de lo más asombroso.

—Fue el hermano mayor de Dana, Will, quien tiró la mofeta contra la pared de la casa. Estoy casi seguro de que fue él.

—¿Will? —exclama Lenny con las cejas enarcadas—. Will Roy era demasiado estable para hacer algo así, me parece a mí.

—Sí señor, fue Will —tercia Gary Paulson en voz baja. Todos se vuelven hacia él.

—Y fue la mujer quien le dio un caramelo a Dana el día que fue allá con su padre —prosigue Gary—. Fue Cora, no Joe. Y Dana no tenía seis u ocho años. La mofeta aterrizó en la casa más o menos cuando el crack, y Cora ya estaba muerta por entonces. No, tal vez Dana se acordara de algo, pero no podía tener más que dos años por entonces. Fue alrededor de 1916 cuando le dieron aquel caramelo, porque fue en el 16 cuando Eddy Roy instaló la electricidad en la casa. Nunca volvió a ir allá arriba. Frank, el mediano, que lleva unos diez o doce años muerto, él sí que tendría unos seis u ocho años en aquella época. Frank vio lo que Cora le hizo al pequeño, eso lo sé, pero no cuando se lo contó a Will. No importa. Por fin, Will decidió hacer algo. La mujer ya estaba muerta, así que se desahogó con la casa que Joe había construido para ella.

—Eso da igual —interviene Harley fascinado—. ¿Qué es lo que le hizo a Dana? Eso es lo que yo quiero saber. Gary prosigue con voz calmada, casi sentenciosa.

—Lo que Frank me contó una noche que había bebido unas cuantas copas fue que aquella mujer le dio el caramelo con una mano y con la otra le tocó el paquete. Delante de las nances del hermano mayor.—¡Eso es imposible! —rechaza el viejo Clut, escandalizado a pesar suyo.

Gary se limita a mirarle con sus ojos amarillentos y desvaídos, pero no dice nada.

De nuevo se hace el silencio, roto tan sólo por el golpeteo del postigo. Los niños del escenario de la banda han cogido el coche de bomberos y se han marchado a otro sitio, y la tarde eterna sigue y sigue, bajo la luz de un cuadro de Andrew Wyeth, blanca, quieta y llena de significados dementes. La tierra ha cesado de dar sus escuálidos frutos y espera yerma la caída de las primeras nieves.

A Gary le gustaría hablarles de la habitación del hospital de Cumberland en la que Dana Roy yacía moribundo, con mocos negros pegados en torno a las fosas nasales, y un olor idéntico al de un pescado abandonado al sol. Le gustaría hablar de los fríos azulejos azules y de las enfermeras con el cabello recogido en redecillas, criaturas jóvenes, dotadas en su mayoría de bonitas piernas y pechos firmes, sin conocimiento de que 1923 fue un año real, tan real como los dolores que atenazan los huesos de los viejos. Tiene la sensación de que le gustaría pronunciar un discurso sobre la maldad del tiempo y tal vez incluso sobre la maldad de determinados lugares, así

como explicar por qué Castle Rock es ahora como un diente podrido, a punto de desprenderse. Sobre todo, le gustaría contarles que Dana Roy sonaba como si le hubieran atestado el pecho de heno y estuviera intentando respirar a través de él, y que tenía el aspecto de haber empezado ya a pudrirse. Sin embargo, no puede decir ninguna de estas cosas porque no sabe cómo decir las, de modo que se limita a succionarse la saliva y permanecer en silencio.

—A nadie le caía bien Joe —comenta el viejo Clut. De repente, se le ilumina el rostro.

—¡Pero, desde luego..., acababa por gustarte! Los demás no responden.

Diecinueve días más tarde, una semana antes de que la primera nevada cubra la tierra yerma, Gary Paulson tiene un sueño sorprendentemente erótico... aunque, en realidad trata más bien de un recuerdo.

El 14 de agosto de 1923, cuando pasaba junto a la casa de los Newall en la camioneta de su padre, Gary Martin Paul-son, que por entonces contaba trece años, vio cómo Cora Leonard Newall se apartaba del buzón. En una mano sostenía el periódico. Al ver a Gary, alargó la otra para cogerse el dobladillo del vestido de estar por casa que llevaba. No sonreía. La inmensa luna que tenía por rostro aparecía pálida y vacua mientras se alzaba el vestido y le mostraba el sexo... Era la primera vez que veía aquel misterio del que todos los niños a los que conocía hablaban con tal avidez. Sin sonreír, mirándole con expresión grave, la mujer adelantó las caderas y se las colocó delante del rostro perplejo y asombrado cuando la camioneta pasó a su lado. De pronto, Gary dejó caer una mano sobre el regazo y al cabo de un instante eyaculó en los pantalones de franela.

Fue su primer orgasmo. En los años que han pasado desde entonces, ha hecho el amor con muchas mujeres, empezando por Sally Ouelette, a la que sedujo bajo el puente Tim en el 26, y cada vez que se acercaba al orgasmo, cada vez, sin excepción, veía a Cora Leonard de pie junto al buzón, bajo el cielo caluroso y acerado; la veía levantarse el vestido y revelar un matojo casi inexistente de vello rojizo que se abría bajo el monte pálido de su vientre; veía el signo de exclamación con sus labios rojos que se teñían de un color que, como sabía, sería el más delicado rosa coral

(Cora)

Sin embargo, no es la visión de su vagina con la promiscua hinchazón de entraña lo que le ha perseguido todos estos años, haciendo que todas las mujeres se convirtieran en Cora en el instante del orgasmo. Lo que siempre lo ha vuelto loco de placer cuando recordaba la escena, algo que, de todas formas, no podía evitar cuando hacía el amor, era el modo en que había arrojado las caderas hacia delante, hacia su rostro... una, dos, tres veces. Eso y la falta de expresión en su rostro, una impavidez tan profunda que parecía fruto de un trastorno mental, como si la mujer representara la suma de la limitada comprensión y el deseo de todo muchacho, una oscuridad angosta y anhelosa, nada más, un Edén limitado que relucía en tono rosado coral.

Su vida sexual ha quedado marcada y delimitada por aquella experiencia, una experiencia seminal donde las haya, pero nunca ha hablado de ella con nadie, aunque en más de una ocasión se ha visto tentado a ello después de tomarse unas copas. Siempre ha guardado el secreto. Y esto es lo que está soñando, con el pene perfectamente erecto por primera vez en casi nueve años, cuando de repente, un pequeño vaso sanguíneo estalla en su cerebro y forma un coágulo que acaba con su vida con rapidez, ahorrándole cuatro semanas o cuatro meses de parálisis, de tubos en los brazos, de catéter, de enfermeras silenciosas con el cabello recogido en redecillas y pechos erguidos. Muere mientras duerme, con el pene apuntando al cielo, y el sueño se desvanece como el eco de una imagen televisiva tras apagar el aparato en una habitación oscura. No obstante, sus compadres quedarían confundidos si estuvieran junto a él para escuchar las dos últimas palabras que pronuncia jadeante, pero con claridad:

«¡La luna!»

El día después de ser enterrado en el cementerio de Ho-meland, una nueva cúpula empieza a surgir de la nueva ala de la casa de Newall.

Popsy

Sheridan conducía con lentitud frente a la larga fachada lisa del centro comercial, cuando vio al chiquillo salir por las puertas principales, situadas bajo el cartel iluminado que rezaba COUSINSTOWN. Era un niño, de tal vez algo más de tres años, aunque, sin duda, no pasaba de los cinco. En su rostro se leía una expresión a la que Sheridan se había tornado muy perceptivo. Estaba intentando contener las lágrimas, pero no tardaría en echarse a llorar.

Sheridan se detuvo un instante mientras le acometía la familiar sensación de disgusto..., aunque cada vez que se llevaba a un niño, la sensación se hacía menos acuciante. La primera vez no había pegado ojo en una semana. No podía dejar de pensar en aquel turco enorme y grasiento que se hacía llamar señor Brujo..., de pensar en qué haría con los niños.

—Los mando a dar un paseo en barca, señor Sheridan —le había explicado el turco, aunque, en su caso, la frase había sonado algo así como *Loj mando a da unpazeo en baca, seño Se-ridan*.

El turco había esbozado una sonrisa. *Y si sabe lo que le conviene, dejará de hacer preguntas*, decía aquella sonrisa, y lo decía alto y claro, sin acento alguno.

Sheridan había dejado de hacer preguntas, pero eso no significaba que hubiera dejado de pensar en el asunto. Sobre todo después. Dando vueltas y más vueltas sobre el tema, deseando poder volver atrás para poder dar otro giro al asunto, para poder alejarse de la tentación. La segunda vez lo había pasado casi igual de mal... La tercera vez algo menos, y a la cuarta ya había dejado de pensar en el paseo en barca y en lo que podría esperar a los niños a su término.

Sheridan aparcó la furgoneta en una de las plazas más cercanas al centro comercial y reservadas a los inválidos. En la parte trasera de la furgoneta llevaba una matrícula especial que el estado concede a los inválidos. La matrícula valía su peso en oro, porque impedía que los guardias de seguridad sospecharan y, además, porque esas plazas resultaban muy prácticas y casi siempre estaban vacías.

«Finges que no buscas nada, pero siempre robas una matrícula de inválido uno o dos días antes.»

Al diablo con esas chorradas. Estaba metido en un lío y ese niño era el único que podía resolver sus problemas.

Se apeó de la furgoneta y caminó hacia el pequeño, que miraba a su alrededor con una expresión de creciente pánico. Sí, señor, pensó Sheridan, unos cinco años, tal vez seis, pero muy menudito. Bajo las estridentes luces fluorescentes que emanaba el interior del edificio, el niño aparecía blanco como la nieve, no sólo asustado, sino realmente enfermo. Sheridan supuso que su aspecto se debía al miedo. Por lo general, reconocía aquella expresión en cuanto la veía, porque había visto un gran terror reflejado en su propio espejo durante el último año y medio.

El niño alzó los ojos esperanzado hacia las personas que pasaban junto a él, personas que entraban en el centro comercial ansiosas por comprar, que salían cargadas de paquetes, con el rostro soñador, casi como drogado, impregnado de algo que probablemente tomaban por satisfacción.

El niño, enfundado en vaqueros Tuffskin y una camiseta de los Penguins de Pittsburgh, buscaba ayuda, buscaba a alguien que le mirara y comprobara que algo andaba mal, buscaba a alguien que le formulara la pregunta adecuada: «¿Has perdido a tu padre, hijo?». Buscaba a un amigo.

«Aquí estoy yo —pensó Sheridan mientras se acercaba—. Aquí estoy yo; yo seré tu amigo.»

Cuando estaba a punto de alcanzar al niño divisó a uno de los guardias de seguridad del centro comercial. Avanzaba despacio por el pasillo central en dirección a las puertas principales. Tenía la mano metida en un bolsillo, sin duda buscando un paquete de cigarrillos. Dentro de un momento saldría y al diablo con el golpe de Sheridan.

«Mierda —pensó—, aunque al menos el poli no le vería hablando con el crío cuando saliera.»

Sheridan retrocedió unos pasos y fingió rebuscar en sus bolsillos para asegurarse de que todavía llevaba las llaves. Su mirada pasó del niño al guardia de seguridad y otra vez al niño. El pequeño se echó a llorar. No a aullar, todavía no, pero gruesas lágrimas, que parecían rosadas a la luz roja del cartel COUSINSTOWN, empezaron a rodar por sus mejillas.

La chica de la cabina de información llamó por señas al guardia de seguridad. Era bonita, de pelo oscuro y unos veinticinco años. El guardia de seguridad era rubio y llevaba bigote. Cuando el rubio apoyó los codos en el mostrador, con una sonrisa pintada en el rostro, a Sheridan se le ocurrió que parecían uno de aquellos anuncios de cigarrillos que salen en las contraportadas de las revistas. Él ahí fuera, muriéndose, y ellos de palique, que si qué haces después del trabajo, que si quieres ir a tomar algo al bar nuevo que han abierto, bla, bla, bla. Ahora la chica estaba haciéndole ojitos al tipo. Qué mona.

De pronto, Sheridan decidió correr el riesgo. El pecho del chiquillo temblaba, y en cuanto estallara en llanto auténtico, llamaría la atención de alguien. A Sheridan no le hacía ni pizca de gracia acercarse al chico con un poli a menos de veinte metros, pero si no pagaba sus deudas al señor Reggie en las próximas veinticuatro horas, creía que un par de hombres enormes le harían una visita y le practicarían cirugía rápida en los brazos, añadiéndole varios codos a los que ya tenía.

Se acercó al chaval un hombre alto y robusto enfundado en una discreta camisa Van Heusen y pantalones de color caqui, un hombre con un rostro ancho y anodino que parecía amable a primera vista. Se inclinó hacia el pequeño, posando las manos justo por encima de las rodillas, y el chiquillo alzó el rostro pálido y asustado hacia el de Sheridan. Tenía los ojos verdes como esmeraldas, cuyo color se acentuaba a causa de las lágrimas que brotaban de ellos.

—¿Has perdido a tu padre, hijo? —inquirió Sheridan.

—Mi papito —repuso el niño mientras se secaba las lágrimas—. ¡No encuentro a mi p-p-papito! De pronto, el niño estalló en sollozos, y una mujer se volvió con un expresión de vaga preocupación.

—No pasa nada —le aseguró Sheridan.

La mujer siguió su camino. Sheridan rodeó los hombros del chico en ademán de consuelo y tiró de él hacia la derecha... en dirección a la furgoneta. A continuación, echó otro vistazo al interior del centro comercial.

El guardia de seguridad había acercado el rostro al de la chica de información. Parecía que algo más que el cigarrillo de la muchacha se iba a encender aquella noche. Sheridan se tranquilizó. Tal como estaban las cosas, podrían estar atracando el banco que había al final del vestíbulo principal y el poli no se enteraría de nada. Aquello iba a ser coser y cantar.

—¡Quiero a mi papito! —sollozó el pequeño.

—Claro, claro que sí —lo consoló Sheridan—. Y lo encontraremos, no te preocupes.

Tiró de él un poco más hacia la derecha.

El niño alzó una mirada esperanzada hacia él.

—¿Puede? ¿Puede encontrarlo, señor?

—¡Pues claro! —exclamó Sheridan con una amplia sonrisa—. Encontrar a papitos perdidos... bueno, puede decirse que es mi especialidad.

—¿De verdad?

El niño esbozó una leve sonrisa, aunque sus ojos seguían llenos de lágrimas.

—De verdad de la buena —aseguró Sheridan mientras echaba otro vistazo al poli, al que apenas veía ya y que apenas podría verle a él, si es que levantaba la vista, claro está, para asegurarse de que seguía absorto en lo suyo.

Lo estaba.

—¿Qué llevaba tu papito, hijo?

—Pues llevaba traje —respondió el niño—. Casi siempre lleva traje. Sólo le he visto en téjanos una vez —terminó, como si Sheridan tuviera la obligación de saber todo aquel tipo de cosas acerca de su papito.

—Apuesto a que lleva un traje negro —aventuró.

—¡Lo ha visto! Pero ¿dónde? —inquirió el chiquillo con ojos brillantes.

Empezó a dirigirse ansioso hacia la entrada principal, olvidadas ya las lágrimas, y Sheridan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no agarrar al pálido chiquillo en aquel preciso instante. Ese tipo de cosas no eran convenientes. No podía provocar una escena. No podía hacer nada que la gente recordara más tarde. Tenía que conseguir que subiera a la furgoneta. El vehículo tenía todas las lunas ahumadas excepto la del parabrisas. Era casi imposible ver lo que había dentro, a menos que uno aplastara la nariz contra el vidrio.

Primero tenía que conseguir que subiera a la furgoneta.

Rozó el brazo del chiquillo.

—No lo he visto dentro, sino ahí enfrente.

Señaló hacia el otro extremo del enorme estacionamiento, sembrado de interminables hileras de vehículos. Al otro lado había un sendero de acceso, y más allá se veían los dos arcos amarillos del logotipo de McDonald's.

—Pero ¿por qué iría papito tan lejos? —inquirió el pequeño como si Sheridan o su papito, o tal vez los dos, se hubieran vuelto locos de remate.

—No lo sé —repuso Sheridan.

Su mente trabajaba con rapidez, zumbando como un tren expreso como siempre que llegaba al punto en que o dejaba de cagarse en los pantalones y hacía las cosas bien o la fastidiaba con todas las de la ley. Papaíto. Nada de padre o papá, sino papito. El chico lo había corregido. Tal vez quisiera decir abueli-to, decidió Sheridan.

—Pero estoy casi seguro de que era él. Un tipo algo mayor con traje negro. Pelo blanco... corbata verde...

—Papito llevaba la corbata azul —intervino el pequeño—. Sabe que es la que más me gusta.

—Bueno, sí, tal vez era azul —se apresuró a añadir Sheridan—. Cualquiera lo sabe con estas luces. Vamos, sube a la furgoneta, te llevaré hasta donde lo he visto.

—¿Está seguro de que era mi papito? Porque no entiendo por qué iba a ir a un sitio donde... Sheridan se encogió de hombros.

—Mira, niño, si estás seguro de que no era él, quizá sea mejor que lo busques tú solo. A lo mejor hasta lo encuentras.¹ Con aquellas palabras, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la furgoneta.

El chico no picaba. Pensó en regresar e intentarlo de nuevo, pero ya había ido demasiado lejos. O bien mantienes el contacto de forma que no llame la atención o bien te buscas pasar veinte años en chirona. Sería mejor ir a otro centro comercial. Scoterville, tal vez. O...

—¡Espere, señor!

El niño le llamaba con la voz teñida de pánico. Oía ?as suaves pisadas de unas zapatillas de lona.

—¡Espere! Le dije que tenía sed, y supongo q'-e pensó que tenía que ir hasta allí para buscarme algo para beber. ¡Espere! Sheridan se volvió con una sonrisa.

—No pensaba dejarte solo de todas formas, hijo.

Llevó al chico a la furgoneta, que tenía cuatro años y estaba pintada de un desvaído color azul. Abrió la portezuela y dedicó una sonrisa al chiquillo, quien lo miró con expresión de duda. Los ojos verdes parecían nadar en su pequeño rostro pálido, ojos tan grandes como los de un niño extraviado de una de esas fotos que anuncian en los semanarios sensacionalistas baratos como el *The National Enquirer Inside View*.

—Pasa al salón, amigo —dijo Sheridan con una sonrisa que casi pareció del todo natural.

Resultaba siniestra la facilidad con que se había acostumbrado a eso.

El chico subió; aunque no lo sabía, su trasero perteneció a Briggs Sheridan desde el momento en que se cerró la puerta.

Sheridan tenía un solo problema en la vida. No eran las mujeres, aunque le gustaba escuchar el susurro de una falda o tocar la suave textura de unas medias de seda tanto como a cualquier otro hombre, y tampoco era la bebida, aunque tampoco era precisamente abstemio. El problema de Sheridan... o mejor dicho, su gran defecto, eran las cartas. Cualquier tipo de juego de cartas, siempre y cuando fuera con apuestas. Había perdido empleos, tarjetas de crédito, la casa que había heredado de su madre. Nunca había estado en la cárcel, al menos hasta entonces, pero la primera vez que tuvo problemas con el señor Reggie, había reflexionado que en comparación la cárcel debía ser como un balneario.

Aquella noche se había vuelto un poco loco. Se había percatado de que era mejor perder en seguida. Cuando pierdes al comienzo, te desalientas, te vas a casa, miras alguna serie en la tele y te metes en la cama. Pero si ganas un poco al principio, entonces ya no puedes parar. Sheridan no había podido parar aquella noche, y terminó con diecisiete mil dólares de deudas. Apenas daba crédito; se había marchado a casa como en un sueño, casi regocijado por la enormidad del desastre. Durante el regreso a casa, se había repetido una y otra vez que no debía al señor Reggie setecientos dólares, ni siete mil, sino diecisiete mil pavos. Cada vez que intentaba pensar en ello, le entraba la risa y subía el volumen de la radio.

Pero no le había entrado la risa la noche siguiente, cuando los dos gorilas, esos dos que, sin duda, le doblarían los brazos en toda una serie de lugares nuevos e interesantes, lo llevaron a casa del señor Reggie.

—Le pagaré —había farfullado Sheridan de inmediato—. Le pagaré, escuche, no hay problema. Un par de días, una semana como mucho, dos a lo sumo...

—Me aburres, Sheridan —había respondido el señor Reggie.

—Yo...

—Cierra la boca. Si te doy una semana, ¿crees que no sé lo que harás? Le sacarás doscientos dólares a algún amigo, si es que tienes alguno que aún esté dispuesto a prestarte pasta. Si no encuentras a nadie, entonces atracarás una tienda de licores... si es que tienes narices. Lo dudo mucho, pero todo es posible.

El señor Reggie se había inclinado hacia delante, con la barbilla apoyada en las manos y una sonrisa dibujada en el rostro. Olía a colonia Ted Lapidus.

—Y si consigues doscientos dólares, ¿qué harás con ellos?

—Se los daré a usted —había farfullado Sheridan, a punto de echarse a llorar—. Se los daré inmediatamente.—No es verdad —había replicado el señor Reggie—. Te los jugarás para intentar que proliferen. Y lo que me darás a mí será un montón de excusas de mierda. Esta vez te has pasado, amigo. Te has pasado un rato.

Incapaz de contenerse ni un segundo más, Sheridan había estallado en sollozos.

—Estos tipos de aquí podrían enviarte al hospital durante mucho tiempo —había proseguido el señor Reggie con aire pensativo—. Tendrías un tubo en cada brazo y otro saliéndote de la nariz.

Los sollozos de Sheridan se habían intensificado.

—Te daré una oportunidad —había continuado el señor Reggie al tiempo que le entregaba un papel doblado—. Es posible que te lleves bien con este tipo. Se hace llamar señor Brujo, pero es un desgraciado igual que tú. Ahora, largo de aquí. Te haré venir dentro de una semana, y tendré los comprobantes de la deuda sobre esta mesa. O me los compras entonces o mis amigos te harán puré. Y como dicen, una vez que empiezan, no paran hasta quedar satisfechos.

El verdadero nombre del turco figuraba en el papel doblado. Sheridan había ido a verle y se había enterado del asunto de los niños y los *pazeoz en baca*. El señor Brujo había mencionado una cifra sensiblemente superior a la que debía al señor Reggie. Fue entonces cuando empezó a pasearse por los centros comerciales.

Sheridan salió del estacionamiento principal del centro comercial de Cousinstown, se detuvo para comprobar que no venían coches, atravesó el sendero de acceso y entró en la calzada de entrada del McDonald's. El niño estaba sentado en el borde del asiento, con la manos sobre las rodillas de los téjanos y los ojos completamente atentos. Sheridan se acercó al edificio, dio un rodeo para evitar el carril de encargo de comida y continuó.

—¿Por qué vamos por detrás? —quiso saber el niño.

—Hay que dar la vuelta para ir a las otras puertas —explicó Sheridan—. Tranquilo, pequeño. Creo que lo he visto ahí dentro.

—¿De verdad? ¿De verdad que lo ha visto?

—Sí, estoy casi seguro.

La expresión atormentada del pequeño se transformó en otra de sublime alivio, y por un instante, Sheridan sintió compasión por él. Al fin y al cabo, no era un monstruo ni un maníaco, por Dios. Pero las deudas habían ido aumentando un poco más cada vez, y el cabrón del señor Reggie no tenía reparo alguno en dejar que Sheridan se ahorcara. En aquel momento, ya no eran diecisiete mil ni veinte mil, ni siquiera veinticinco mil, sino treinta y cinco de los grandes, todo un batallón de billetes verdes que debía pagar si no quería encontrarse con todo un juego de codos nuevos el sábado siguiente.

Detuvo el coche en la parte posterior del edificio, junto a los contenedores de basura. No había ningún coche aparcado ahí. Bien. En la portezuela había un bolsillo elástico para guardar mapas y cosas similares. Sheridan introdujo en él la mano izquierda y extrajo unas esposas de acero abiertas.

—¿Por qué paramos aquí, señor? —inquirió el chiquillo.

Su voz volvía a denotar temor, pero se trataba de un temor distinto. El pequeño acababa de darse cuenta de que perder a su papito en el centro comercial tal vez no era lo peor que podía pasarle.

—No paramos —repuso Sheridan en tono despreocupado.

La segunda vez había descubierto que no era conveniente subestimar ni siquiera a un niño de seis años asustado. El segundo niño le había dado una patada en los huevos y por poco se sale con la suya.

—Es que acabo de recordar que no me he puesto las gafas. Me podrían retirar el carné. Están en ese estuche que hay en el suelo. Han resbalado hacia tu lado. Pásamelas, ¿quieres?

El chico se inclinó para recoger el estuche, que estaba vacío. Sheridan se acercó a él y cerró una de las esposas sobre la mano extendida del niño con toda la facilidad del mundo. Y entonces empezaron los problemas. ¿No acababa de recordarse que era malo subestimar incluso a un niño de seis años? El crío peleaba como un lobezno, retorciéndose con una fuerza a la que Sheridan no habría dado crédito de no estar experimentando sus consecuencias en aquel mismo instante. Se resistía, peleaba e intentaba arrastrarse hacia el suelo mientras jadeaba y lanzaba extraños chillidos parecidos a los de un pájaro. Por fin, alcanzó la manecilla de la puerta. Ésta se abrió, pero la luz interior no se encendió, pues Sheridan la había roto tras el segundo secuestro.

Sheridan agarró al niño por el cuello redondo de la camiseta de los Penguins y tiró de él hacia dentro. Intentó cerrar la segunda esposa en torno a la riostra especial que había junto al asiento del copiloto, pero falló. El niño le mordió la mano dos veces hasta hacerle sangrar. Dios, tenía los dientes como cuchillas de afeitar. Le acometió un intenso dolor que le ascendió por el brazo. Asestó al niño un puñetazo en la boca. El niño cayó sobre el asiento, medio atontado, con la sangre de Sheridan sobre los labios, la barbilla y el cuello de la camiseta. Sheridan cerró la esposa sobre la riostra y se hundió en su propio asiento mientras se succionaba la sangre de la mano.

El dolor era terrible. Se sacó la mano de la boca y observó las heridas a la mortecina luz del salpicadero. Distinguió dos hileras de orificios superficiales, de unos cinco centímetros de longitud, que avanzaban hacia la muñeca desde los nudillos. La sangre brotaba en pequeños hilillos. Pese a todo, no sentía deseos de volver a golpear al muchacho, y eso no tenía nada que ver con el hecho de dañar la mercancía del turco, quien le había advertido en tono grasiento y casi escrupuloso que *«daña la mercancía era, daña su való»*.

No, no culpaba al muchacho por resistirse... Él habría hecho lo mismo. Pero tendría que desinfectarse la herida cuanto antes, tal vez incluso ponerse una inyección. Había leído en alguna parte que las mordeduras humanas son las peores. Aun así, no podía por menos que admirar los redaños del muchacho.

Puso la primera, rodeó la hamburguesería, pasó el carril de encargo y salió a la calzada de acceso. Al llegar ahí, dobló a la izquierda. El turco tenía una gran casa estilo rancho en Taluda Heights, en las afueras de la ciudad. Sheridan se dirigiría allí por carreteras secundarias, a fin de no correr ningún riesgo. Cuarenta y cinco kilómetros. Unos cuarenta y cinco minutos, tal vez una hora.

Pasó junto a un cartel que rezaba GRACIAS POR REALIZAR SUS COMPRAS EN EL HERMOSO CENTRO COMERCIAL COUSINS-TOWN, volvió a doblar a la izquierda y mantuvo la furgoneta a setenta kilómetros por hora, el límite de velocidad autorizado. Extrajo un pañuelo del bolsillo posterior de sus pantalones, se envolvió el dorso de la mano derecha y procuró concentrarse en los cuarenta mil pavos que el turco le había prometido a cambio de un niño.

—Se arrepentirá —anunció el niño.

Sheridan miró a su alrededor con impaciencia, recién arrancado de un sueño en el que había ganado veinte manos seguidas y tenía al señor Reggie arrastrándose a sus pies, para variar, suplicándole que se detuviera, ¿qué pretendía hacer? ¿Acabar con él?

El niño estaba llorando de nuevo, y sus lágrimas seguían teniendo el mismo aspecto rosado que antes, pese a que ya no se hallaban bajo el influjo de las luces del centro comercial. Sheridan se preguntó por primera vez si el niño padecería alguna enfermedad contagiosa. En fin, era un poco tarde para preocuparse de cosas así, de modo que desterró la posibilidad de su mente.

—Cuando mi papito lo encuentre, se arrepentirá —insistió el crío.

—Claro, claro —asintió Sheridan mientras se encendía un cigarrillo.

Abandonó la carretera estatal 28 y tomó una vía de dos carriles, de asfalto negro y sin marcas de ninguna clase. A su izquierda se extendía una marisma alargada, a la derecha, un bosque denso.

Entre sollozos, el niño tiró de las esposas.

—Basta. No te servirá de nada.

Pese a la advertencia, el niño volvió a tirar hacia arriba, y se oyó una suerte de chirrido que a Sheridan no le gustó ni pizca. Sheridan giró la cabeza y quedó pasmado al comprobar que la riostra de metal que había junto al asiento, una barra que él mismo había fijado, aparecía un poco doblada. «Mierda —pensó—. Tiene dientes como cuchillas de afeitar y ahora me entero deque es

más fuerte que un maldito buey. Si es así cuando está enfermo, no quiero saber lo que habría pasado si lo pilló en un momento en que se encuentra bien.»

Sacudió el frágil hombro del pequeño.

—¡Basta!

—¡¡No!!

El niño volvió a tirar de las esposas, y Sheridan vio cómo el metal se doblaba un poco más. Dios mío, ¿cómo era posible?

«Es el pánico —se dijo—. Por eso tiene tanta fuerza.»

Pero ninguno de los otros había tenido tanta fuerza, y muchos de ellos habían estado bastante más aterrorizados que aquel crío a esas alturas del juego.

Abrió la guantera dispuesta entre los dos asientos y extrajo una jeringuilla. Se la había dado el turco, quien le había advertido que sólo debía utilizarla en caso de extrema necesidad. Las drogas, había afirmado, aunque en realidad había sonado *drojaz*, pueden dañar la mercancía.

—¿Ves esto?

El niño lanzó una mirada de soslayo a la jeringuilla e hizo un ademán de asentimiento.

—¿Quieres que la use?

El niño meneó la cabeza negativamente. Fuerte o no, era presa del terror que todos los niños sienten ante una jeringuilla. Sheridan se tranquilizó al comprobarlo.

—Muy sensato por tu parte. Te dejaría frito...

Se interrumpió. No quería decirlo... Maldita sea, él era un buen tipo, de verdad, cuando no estaba metido en líos. Pero tenía que hacerlo.

—... A lo mejor incluso te mata.

El niño lo miró fijamente, con los labios temblorosos y las mejillas blancas de terror.

—Tú dejas de tirar de las esposas y yo guardo la jeringuilla, ¿vale?

—Vale —susurró el niño.

—¿Lo prometes?

—Sí.

El niño levantó un labio al pronunciar la palabra. Tenía un diente manchado de sangre.

—¿Lo juras por tu madre?

—No tengo madre.

—Mierda —masculló Sheridan asqueado mientras aumentaba la velocidad.

Iba un poco más deprisa, no sólo porque por fin había abandonado la carretera principal, sino porque aquel crío le daba escalofríos. Sheridan no quería más que entregárselo al turco, cobrar y largarse.

—Mi papito es muy fuerte, señor.

—¿Ah, sí? —replicó Sheridan.

«Apuesto a que lo es, niño. El único de la residencia de ancianos que levanta pesas como un desgraciado, ¿eh?»

—Me encontrará.

—Aja.

—Puede oler me.

Sheridan no lo dudaba. Él mismo podía oler al crío. El miedo despedía un olor con el que se había familiarizado durante sus expediciones anteriores, pero el olor de este niño era irreal, una mezcla de sudor, barro y ácido sulfúrico hervido. Cada vez estaba más convencido de que al niño le pasaba algo grave... pero eso no tardaría en ser asunto del señor Brujo, no suyo, y *caveat emptor* como decían esos tipos de las túnicas, *caveat* el maldito *emptor*.

Sheridan abrió un poco su ventanilla. A la izquierda todavía seguía la marisma. Fragmentos de luz de luna brillaban sobre el agua estancada.

—Mi papito sabe volar.

—Claro —repuso Sheridan—, después de un par de botellas de vino peleón, apuesto a que vuela como un maldito halcón.

—Mi papito...

—Ya basta de historias del papito, ¿vale? El niño se calló.

Siete kilómetros más adelante, la marisma se fue ensanchando hasta convertirse en una gran laguna vacía. Sheridan tomó un camino de tierra apisonada que rodeaba el lado norte de la laguna. Ocho kilómetros más adelante y hacia el oeste, tomaría la carretera 41, y de ahí ya sólo quedaría un tramo recto hasta Taluda Heights.

Echó un vistazo a la laguna, una extensión plateada a la luz de la luna... y de pronto, la luna dejó de brillar. Desapareció.

Sobre la furgoneta se oyó un sonido parecido al que producen las sábanas al ondear al viento.

—¡Abuelito! —gritó el niño.

—Cierra el pico. Es un pájaro.

Pero, de pronto, sintió que un gran escalofrío le recorría el cuerpo. Un escalofrío tremendo. Miró al pequeño. Había vuelto a abrir los labios, mostrando todos los dientes. Tenía dientes blancos, muy blancos y grandes.

No... grandes no. No era la palabra exacta. Largos era la palabra exacta. Sobre todo los dos de arriba, a los lados. Los... ¿Cómo se llamaban? Los colmillos.

Empezó a divagar de nuevo, como si se hubiera metido unas rayas de *speed*.

Le dije que tenía sed.

¿Por qué iría el abuelito a un sitio donde... ?

(¿comen iba a decir comen?)

Me encontrará.

Puede olerme.

El abuelito sabe volar.

Algo aterrizó sobre el techo de la furgoneta con un gran golpe sordo.

—¡Papito! —volvió a gritar el pequeño, casi loco de alegría.

De pronto, Sheridan dejó de ver la carretera... Una enorme ala membranosa, sembrada de venas palpitantes, cubrió toda la extensión del parabrisas.

El abuelito sabe volar.

Sheridan lanzó un grito y pisó el freno con la esperanza de que aquella cosa saliera despedida del techo. Volvió a llegar hasta él el chirrido de metal procedente de su derecha, seguido de un chasquido, y al cabo de un instante, los dedos del crío se abalanzaron sobre su rostro, rasgándole las mejillas.

—¡Me ha raptado, abuelito! —chillaba el niño con su voz de paj arillo y el rostro alzado hacia el techo de la furgoneta—. ¡Me ha raptado, me ha raptado, el hombre malo me ha raptado!

«No lo entiendes, niño —pensó Sheridan mientras buscaba la jeringuilla a tientas—. Yo no soy malo. Sólo estoy en un apuro.»

De pronto, una mano que parecía más una garra que una auténtica mano, atravesó el vidrio de la ventanilla y le arrebató la jeringuilla... además de dos dedos. Al cabo de un instante, el abuelito arrancó toda la portezuela de cuajo, convirtiendo las bisagras en brillantes virutas de metal inútil. Sheridan entrevio una ondeante capa, negra por fuera, roja por dentro, así como la corbata de aquella criatura... y aunque, en realidad, era una corbata de lazo, era azul, sin lugar a dudas, tal como había afirmado el chiquillo.

El abuelito sacó a Sheridan del coche de un solo tirón, y sus garras se le clavaron en la chaqueta, después en la camisa y a continuación, en lo más profundo de la carne de los hombros. De repente, los ojos verdes del abuelito adquirieron un color rojo oscuro como la sangre.

—Hemos ido al centro comercial para comprar juguetes articulados —susurró el abuelito.

El aliento le olía a carne plagada de cresas.

—Sí, de esos que salen en la tele —prosiguió—. Todos los niños los quieren. Debería haberlo dejado en paz. Debería habernos dejado en paz a los dos.

Zarandéo a Sheridan como si de un muñeco se tratara. Cuando el hombre gritó, lo zarandéo un poco más. Sheridan oyó que el papito le preguntaba al niño con toda amabilidad si todavía tenía sed; oyó al niño responder que sí, que tenía mucha sed, que el hombre malo lo había asustado y que tenía la garganta muy seca. Vio la uña del pulgar del abuelito una fracción de segundo antes de que desapareciera bajo su barbilla; una uña mordida y gruesa que le rebanó el cuello antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, y lo último que vio antes de sumirse en las tinieblas fue al niño, con las manos formando un cuenco para recoger en ellas el río de sangre, del mismo modo que Sheridan había unido las manos para beber en la fuente del jardín trasero en los días más calurosos de verano cuando era niño, y al abuelito, que acariciaba el cabello del niño con suavidad y cariño de abuelo.

La boca saltarina

Contemplar la vitrina del mostrador era como contemplar a través de un sucio vidrio una parte de su niñez, la época entre los siete y los catorce años, en que se había sentido fascinado por aquel tipo de cosas. Hogan se acercó más, olvidando el aullido del viento y el crujido de la arena que golpeaba las ventanas. La caja aparecía repleta de fantásticos trastos, la mayoría de ellos fabricados en Taiwan y Corea, probablemente, pero no cabía duda de cuál era el juguete rey de aquella maraña: la boca saltarina más grande que había visto en su vida. También era la primera boca saltarina con pies que veía... Grandes zapatos de cartón de color naranja con polainas blancas. Sensacional.

Hogan observó a la gruesa mujer parapetada tras el mostrador. Llevaba una camiseta con una inscripción que rezaba NEVADA ES TIERRA DE DIOS, palabras que se hinchaban y encogían según en qué zona de los enormes pechos se encontraran, y aproximadamente una hectárea de vaqueros para completar su atuendo. En aquel momento, estaba vendiendo un paquete de cigarrillos a un joven pálido, que llevaba el cabello largo y rubio recogido en una cola y sujeto con un cordón de zapatilla deportiva. El joven, cuyo rostro recordaba el de una rata inteligente, estaba pagando en monedas que contaba laboriosamente en una de sus manos mugrientas.

—¿Cómo dice, señora? —preguntó Hogan.

La mujer le lanzó una mirada rápida, y de pronto, la puerta trasera de la tienda se abrió de golpe. Por ella entró un hombre flaco, con la boca y la nariz cubiertas por un pañuelo. El viento lo rodeaba de un ciclón de arena del desierto y agitó el calendario de Valvoline clavado a la pared con una chin-cheta. El recién llegado tiraba de una carretilla. Sobre ella se amontonaban tres jaulas de metal. En la de arriba se veía una tarántula, mientras que en las otras dos había serpientes de cascabel que se agitaban con rapidez y hacían sonar sus anillos.

—Cierra la maldita puerta, Scooter. ¿Es que no sabes ni cerrar una maldita puerta o qué? —rugió la mujer del mostrador.

El hombre le lanzó una mirada rápida. Tenía los ojos rojos e irritados a causa de la arena.

—¡Tranquila, mujer! ¿Es que no ves lo cargado que voy? ¿No tienes ojos en la cara? ¡Maldita sea!

El hombre alargó el brazo y cerró de un portazo. La arena se desplomó sobre el suelo mientras el hombre llevaba la carretilla a la trastienda sin dejar de mascullar.

—¿Son las últimas? —inquirió la mujer.

—Sólo falta *Lobo* —repuso el hombre, pronunciando la palabra como Luobo—. Lo voy a poner en la caseta de los surtidores de gasolina.

—¡Ni hablar! —replicó la mujer—. *Lobo* es nuestra atracción estrella, por si lo has olvidado. Lo vas a entrar. La radio dice que el tiempo va a ponerse peor. Pero que mucho peor.

—¿A quién te crees que estás engañando?

El hombre flaco, el marido de la mujer, suponía Hogan, se la quedó mirando con una suerte de cansado enojo pintado en el rostro.

—Ese maldito bicho no es más que un perro salvaje de Minnesota, y eso lo vería cualquiera que se molestara en echarle un vistazo de cerca.

El viento volvió a arreciar, aullando a lo largo de los aleros del tejado de Alimentación y Zoo de Carretera Scooter. Desde luego, la tormenta estaba arreciando, y Hogan esperaba que

podiera salir a tiempo de ella. Había prometido a Lita y a Jack que llegaría a casa a las siete, a las ocho como máximo, y le gustaba cumplir sus promesas.

—Bueno, trátalo bien —advirtió la mujer antes de volverse irritada hacia el muchacho de cara de rata.

—Señora... —empezó Hogan.

—Un momento, no tenga tanta prisa —interrumpió la señora Scooter.

Hablaba con el tono de una persona que se ahoga en un mar de clientes impacientes, aunque Hogan y el chico de cara de rata eran los únicos de la tienda.

—Te faltan diez centavos, Sunny Jim —dijo la mujer al muchacho rubio tras echar un breve vistazo a las monedas que había sobre el mostrador.

—¿No me los fiaría? —preguntó el chico mirándola con ojos muy abiertos e inocentes.

—No creo que el Papa de Roma fume Merit 100, pero en tal caso, no le fiaría ni a él.

La mirada inocente desapareció del rostro del muchacho y fue sustituida por otra de hosco disgusto mientras volvía a rebuscar en sus bolsillos. Aquella expresión resultaba mucho más natural en él, se dijo Hogan.

«Olvídalo y lárgate de aquí—pensó—. No llegarás a Los Ángeles a las ocho si no empiezas a moverte, haya tormenta o no. Éste es uno de esos sitios que sólo tienen dos velocidades, lenta y parada. Ya has llenado el depósito y has pagado, así que sal de aquí y ponte en camino de nuevo antes de que la tormenta empeore.»

Estuvo a punto de seguir el buen consejo del hemisferio izquierdo de su cerebro... y entonces volvió a ver aquella boca saltarina en el escaparate, aquella boca saltarina con grandes pies de cartón anaranjado. ¡Y polainas blancas! Eran fenomenales. «A Jack le encantaría —le susurró el hemisferio derecho del cerebro—. Y la verdad, Bill, viejo amigo; si resulta que Jack no la quiere, tú sí la quieres. Tal vez vuelvas a cruzarte algún día con una boca saltarina gigante, todo es posible, pero seguro que no volverás a tropezar con otra que tenga grandes pies de color naranja. No lo creo, vaya.»

Esta vez escuchó el consejo del hemisferio derecho de su cerebro... y todo lo demás vino rodado.

El muchacho de la cola seguía rebuscando en sus bolsillos; la expresión hosca de su rostro se acentuaba cada vez que sacaba la mano vacía. Hogan no era partidario del tabaco, pues su padre, que fumaba dos paquetes diarios, había muerto de cáncer de pulmón, pero no podía quitarse de la cabeza que se pasaría una hora esperando si no hacía algo.

—¡Oye, chico!

El muchacho se volvió y Hogan le lanzó una moneda de veinticinco.

—¡Vaya, gracias, señor!

—De nada.

El muchacho terminó la transacción con la gruesa señora Scooter, se metió el paquete de cigarrillos en un bolsillo y los quince centavos del cambio en otro. No hizo el menor gesto de devolvérselos a Hogan, el cual, en realidad, no lo había esperado. El mundo estaba lleno de chicos y chicas como aquél en aquellos días. Llenaban las carreteras de costa a costa, dando tumbos como arbustos muertos llevados por el viento. Tal vez siempre habían existido, pero a Hogan, la juventud actual le parecía desagradable, aparte de darle un poco de miedo, como las serpientes de cascabel que Scooter estaba guardando en la trastienda.

Las serpientes de insignificantes casas de fieras como aquélla no te mataban; les extraían el veneno dos veces a la semana para venderlo a hospitales, que fabricaban medicamentos con él. De eso podía uno estar tan seguro como de que los borrachos iban a la Cruz Roja local cada martes y jueves para vender sangre. Pero las serpientes podían darle a uno un doloroso mordisco si te

acercabas demasiado y las enojabas. Eso, se dijo Hogan, era lo que la generación actual de chicos de carretera tenía en común con ellas.

La señora Scooter se acercó arrastrando los pies mientras las palabras de la inscripción de la camiseta se bamboleaban.

—¿Qué quiere? —preguntó en tono irritado.

Las gentes del Oeste tenían fama de ser amables, y durante los veinte años que había pasado vendiendo sus productos en la zona, Hogan había observado que, por lo general, hacían honor a su reputación, pero aquella mujer tenía el encanto de una tendera de Brooklyn a la que hubieran atracado tres veces en dos semanas. Hogan supuso que ese tipo de personas estaba entrando a formar parte del escenario del nuevo Oeste tanto como los chicos callejeros. Triste pero cierto.

—¿Cuánto cuesta? —inquirió Hogan al tiempo que señalaba a través del sucio vidrio el cartel que rezaba BOCAS SAL-TARINAS GIGANTES ¡LAS ÚNICAS QUE ANDAN! La vitrina estaba repleta de artículos de broma, tales como tracas chinas, chicle de pimienta, polvos pica-pica, petardos especiales para cigarrillos (Para Morirse de Risa, según el paquete, aunque Hogan creía que más bien serían un método ideal para arrancarse los dientes), gafas de rayos X, vómito de plástico (¡Tan real!), matasuegras...

—No sé —repuso la señora Scooter—. ¿Dónde estará la caja?

La boca saltarina era el único artículo sin empaquetar de la vitrina, pero no cabía duda de que era gigante, pensó Hogan, supergigante, de hecho, unas cinco veces más grande que las bocas a cuerda que tanta gracia le habían hecho cuando era niño, allá en Maine. Si se le quitaban los pies, parecería la boca de algún gigante bíblico. Las muelas eran grandes bloques blancos, y los colmillos parecían vientos de tienda hundidos en las extrañas encías rojas. De una de las encías surgía una llave. La boca estaba sujeta por una goma ancha.

La señora Scooter le quitó el polvo de un soplido, y le dio la vuelta para buscar la etiqueta del precio sobre los pies anaranjados. No la encontró.

—Yo no lo sé —prosiguió con brusquedad mientras miraba a Hogan como si él hubiera robado la etiqueta—. Sólo a Scooter se le ocurriría comprar trastos como éstos. Llevan aquí desde que Noé se bajó del arca. Tendré que preguntárselo.

De pronto, Hogan se sintió harto de la mujer y de Alimentación y Zoo de Carretera Scooter. La boca saltarina era realmente estúpida, y a Jack le encantaría, sin duda alguna, pero lo había prometido... a las ocho a más tardar.

—No importa —dijo—. Sólo era...

—Esta boca cuesta en realidad quince noventa y cinco, ni más ni menos —anunció Scooter desde detrás suyo—. No es de plástico, sino de metal pintado de blanco. Podría darle un buen mordisco si funcionara... pero mi mujer dejó caer la cajahace dos o tres años cuando quitaba el polvo de la vitrina, y se rompieron todas.

—Oh —exclamó Hogan decepcionado—. Qué pena. Nunca había visto una boca con pies, ¿sabe?

—Ahora hay muchas de éstas —repuso Scooter—. Las venden en las tiendas de artículos de broma en Las Vegas y Dry Springs. Pero nunca he visto una boca tan grande. Era muy divertido verla andar, abriéndose y cerrándose como la mandíbula de un cocodrilo. Es una pena que la parienta las tirara.

Scooter lanzó una mirada a su mujer, que siguió con la vista fija en las nubes de arena que se alzaban afuera. En su rostro se pintaba una expresión que Hogan fue incapaz de descifrar. ¿Sería tristeza, asco, o ambas cosas?

Scooter se volvió de nuevo hacia Hogan.

—Podría dejársela por tres cincuenta si la quiere. Estamos liquidando los artículos de broma. Vamos a poner vídeos en esa estantería.

El hombre cerró la puerta de la trastienda. Se había bajado el pañuelo, que ahora descansaba sobre la polvorienta pechera de su camisa. Tenía el rostro macilento y demasiado delgado. Hogan entrevio lo que podrían ser las sombras de una enfermedad grave bajo la piel tostada por el sol del desierto.

—¡No puedes hacer eso, Scooter! —intervino la gruesa mujer mientras se volvía hacia él... casi se abalanzaba sobre él.

—Cierra el pico —replicó Scooter—. Me das dolor de cabeza.

—Te he dicho que entres a *Lobo*...

—Myra, si quieres que *Lobo* esté en la trastienda, lo vas a buscar tú.

El hombre avanzó unos pasos en su dirección, y para sorpresa de Hogan, o mejor dicho, para su ilimitado asombro, la mujer se rindió.

—De todas formas, no es más que un perro salvaje de Minnesota. Tres dólares, amigo, y la boca saltarina es suya. Un dólar más y se puede llevar el lobo de Myra. Y si me da cinco, le vendo toda la tienda. De todas formas, esto es un muermo desde que construyeron la autopista de peaje.

El muchacho rubio de pelo largo se hallaba junto a la puerta, arrancando el plástico de la parte superior del paquete de cigarrillos que Hogan había contribuido a comprar. El chico contemplaba aquella pequeña opereta con expresión sardónica. Sus pequeños ojos grises relucían al posarse alternativamente en Scooter y su mujer.

—Vete a la mierda —masculló Myra malhumorada, y Hogan se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar—. Si tú no vas a buscar a mi bebé, iré yo misma.

La mujer pasó junto a él como una exhalación, y casi le golpeó con uno de sus pechos de tamaño industrial. Hogan pensó que habría derribado a su menudo marido de haberlo rozado.

—Mire —intervino Hogan—. Creo que no me la llevo.

—Bah, hombre —replicó Scooter—. No se preocupe por Myra. Yo tengo cáncer y ella está menopáusica perdida, y no es asunto mío si ella lo lleva peor que yo. Llévase la bendita boca. Seguro que tiene un hijo al que le encantará. Además, a mi entender sólo tiene un diente fuera de sitio. Seguro que un hombre un poco manitas puede conseguir que vuelva a funcionar.

El hombre se volvió con expresión impotente y pensativa. Afuera, el aullido del viento se tornó más agudo cuando el chico rubio abrió la puerta para salir. Había decidido que el espectáculo había terminado, al parecer. Una nube de arena se deslizó por el pasillo central de la tienda, entre las conservas y la comida para perros.

—Yo era bastante manitas antes —confesó Scooter.

Hogan permaneció en silencio durante un rato. No se le ocurría nada, literalmente nada que decir. Bajó la mirada hacia la boca saltarina gigante que había sobre la vitrina arañada y polvorienta del mostrador, deseando con desesperación romper el silencio. Ahora que Scooter estaba frente a él, veía que los ojos del hombre eran enormes y oscuros, relucientes a causa del dolor y de algún fármaco fuerte... Darvon o tal vez morfina. Hogan pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron.

—Vaya, pues no parece estar rota. m.jju» .Cogió la boca. Era de metal, desde luego, demasiado pesada para ser de cualquier otro material, y al atisbar por entre las mandíbulas un poco separadas, quedó sorprendido por el tamaño del mecanismo del juguete. Suponía que hacía falta un mecanismo de aquellas dimensiones para que los dientes castañetearan y andarán a un tiempo. ¿Qué había dicho Scooter? «Podría darle un buen mordisco si funcionara.» Hogan tiró de la goma hasta liberar la boca. Seguía mirándola con fijeza para no tener que ver los ojos oscuros y atormentados por el dolor. Cogió la llave y por fin se atrevió a alzar la vista. Sintió un gran alivio al comprobar que el hombre esbozaba una ligera sonrisa.

—¿Le importa? — le preguntó.

— Qué va, compañero, déle caña.

Hogan sonrió e hizo girar la llave. Al principio, todo fue bien, pero de pronto, se oyeron una serie de leves chasquidos metálicos, y Hogan vio cómo el mecanismo se enrollaba. Al dar la tercera vuelta a la llave, surgió del interior otro chasquido, y a partir de entonces, la llave empezó a girar sin resistencia alguna.

— ¿Lo ve?

— Sí — repuso Hogan dejando la boca sobre el mostrador.

El juguete, posado sobre sus extraños pies anaranjados, permaneció inmóvil. Scooter golpeó las muelas izquierdas con uno de sus dedos nudosos. Las mandíbulas se abrieron. Uno de los pies avanzó un vacilante paso. Al cabo de un instante, la boca dejó de moverse y cayó de lado, sobre la llave, una sonrisa torcida e incorpórea en medio de la nada. Después, los grandes dientes volvieron a juntarse con un leve chasquido. Eso fue todo.

Hogan, que jamás había tenido un presentimiento, se vio acometido de repente por una certidumbre sobrecogedora y repugnante al mismo tiempo. «Dentro de un año, este hombre llevará ocho meses bajo tierra, y si alguien desenterrase el ataúd y levantara la tapa, vería una boca idéntica a ésta surgiendo de su cara muerta y seca como una trampa de esmalte.»

Volvió a alzar la vista hacia los ojos de Scooter, que relucían como oscuras gemas en engastes deslustrados, y de repente ya no sólo sintió deseos de marcharse, sino una acuciante necesidad de salir de ahí cuanto antes.

—Bueno —empezó, esperando que Scooter no extendiera la mano para estrechársela—, tengo que irme. Le deseo mucha suerte, señor.

Scooter extendió la mano, pero no para estrechársela. En lugar de ello, volvió a colocar la goma en torno a la boca, aunque Hogan no sabía por qué, puesto que no funcionaba, la puso derecha sobre los extraños pies de cartón y la deslizó por el mostrador hacia Hogan.

—Muchas gracias —repuso por fin—. Y llévese esta boca. Se la regalo.

—Oh... bueno, gracias, pero no podría...

—Claro que sí, hombre —interrumpió Scooter—. Llévesela para su hijo. Le encantará tenerla en un estante del cuarto aunque no funcione. Entiendo mucho de chicos. Yo mismo he criado a tres.

—¿Cómo sabe que tengo un hijo? —inquirió Hogan. Scooter guiñó el ojo. Fue un gesto tan terrorífico como patético.

—Se le ve en la cara —aseguró—. Vamos, llévesela.

El viento volvió a arreciar, arrancando gemidos de los tablones del edificio. Hogan cogió la boca por los pies, sorprendido una vez más por lo pesada que era.

—Aquí tiene —dijo Scooter, mientras extraía de debajo del mostrador una bolsa de papel casi tan arrugada y maltrecha como su rostro—. Métala aquí. Lleva una cazadora muy bonita. La deformará si se pone la boca en el bolsillo.

Dejó la bolsa sobre la mesa como si comprendiera que Hogan no sentía deseo alguno de tocarle.

—Gracias —contestó al tiempo que metía la boca en la bolsa y la enrollaba por la parte superior—. Gracias también de parte de Jack... mi hijo.

Scooter esbozó una sonrisa que reveló dos hileras de dientes tan falsos, aunque no tan grandes, como los del juguete.

—Ha sido un placer, señor. Conduzca con cuidado hasta que salga de esta tormenta. Todo irá bien cuando llegue a las colinas. '4—Sí, ya lo sé —asintió Hogan antes de carraspear—. Gracias otra vez. Espero que... esto... que se mejore pronto.

—Ya me gustaría —respondió Scooter en tono neutro—, pero no creo que tenga muchas posibilidades, ¿no le parece?

—Esto... bueno —farfulló Hogan al tiempo que se percataba de que no tenía ni la más remota idea del modo de acabar aquella conversación—. Cuídese.

—Lo mismo digo —repuso Scooter con una inclinación de cabeza.

Hogan retrocedió hasta la puerta, la abrió y la sujetó con fuerza al comprobar que el viento intentaba arrebatársela y empujarla contra la pared. Una nube de arena fina le golpeó el rostro. Cerró los ojos para protegerse de ella.

Salió de la tienda, cerró la puerta tras de sí, se cubrió la boca y la nariz con la solapa de su estupeñada cazadora, atravesó el porche, bajó los escalones y se dirigió hacia la furgoneta Dodge reformada que había estacionado justo detrás de los surtidores de gasolina. El viento le tiraba del cabello, y la arena le agujijoneaba las mejillas. Estaba a punto de alcanzar la puerta del conductor cuando sintió que alguien le tiraba de la manga.

—¡Eh, oiga! ¡Oiga!

Hogan giró sobre sus talones. Era el chico rubio de la cara pálida de rata. Estaba encogido a causa del viento y la arena, y sólo llevaba una camiseta y unos 501 desvaídos. Tras él, la señora Scooter tiraba de un bicho sarnoso atado a una correa corta; se dirigía hacia la parte trasera de la tienda. *Lobo*, el perro salvaje de Minnesota, parecía un cachorro de pastor alemán desnutrido, y además, el más débil de la carnada.

—¿Qué quieres? —replicó Hogan, aunque sabía perfectamente lo que quería el chico.

—¿Puede llevarme? —preguntó el muchacho a gritos para hacerse oír por encima del estruendo del viento.

Por lo general, Hogan no llevaba a autoestopistas, al menos, no desde cierta tarde de hacía cinco años. Había parado para recoger a una chica en las afueras de Tonopah. Allí de pie junto a la carretera, la muchacha se parecía a una de esas huerfanitas de ojos tristes de los pósters de Unicef, una niña que daba la impresión de que su madre y su último amigo habían muerto en el mismo incendio una semana antes. Pero en cuanto subió a la furgoneta, Hogan se percató de la piel grasicnta y los ojos enloquecidos propios de una drogadicta, aunque para entonces ya era demasiado tarde. La chica le había apuntado con una pistola y le había exigido la cartera. La pistola era vieja y estaba oxidada. La empuñadura aparecía envuelta en cinta aislante; de hecho, Hogan dudaba de que estuviera cargada o de que disparara si lo estaba... pero tenía mujer e hijo en Los Ángeles, e incluso aunque hubiera sido soltero, ¿merecía la pena jugarse la vida por ciento cuarenta dólares? En aquel momento no se lo había parecido, ni siquiera entonces, en una época en que acababa de empezar su nuevo trabajo y ciento cuarenta dólares significaban mucho más para él. Le dio la cartera. Por entonces, el novio de la chica había aparcado un sucio Chevrolet Nova azul junto a la furgoneta, en aquellos tiempos una Ford Encoline, ni mucho menos tan elegante como la Dodge XRT. Hogan había preguntado a la chica si le dejaría conservar el carné de identidad y las fotografías de Lita y Jack.

—Te jodes, cariño —replicó la chica y le abofeteó con su propia cartera antes de apearse y salir corriendo hacia el coche azul.

Efectivamente, los autoestopistas no traían más que problemas.

Pero la tormenta estaba arreciando, y el chico ni siquiera llevaba puesta una chaqueta. ¿Qué le iba a decir? Te jodes, cariño. Métete debajo de una roca con el resto de las lagartijas y espera a que amaine el viento.

—De acuerdo —convino.

—¡Gracias, tío! ¡Muchas gracias!

El chico corrió hacia la portezuela derecha, intentó abrirla, comprobó que estaba cerrada con llave y se quedó esperando mientras levantaba los hombros hacia las orejas. El viento le alzaba el dorso de la camiseta como una vela, revelando trozos de una espalda delgada y sembrada de granos.

Hogan se volvió hacia Alimentación y Zoo de Carretera Scooter cuando se dirigía hacia la portezuela izquierda. Scooter estaba de pie junto a la ventana, mirándole. Alzó la mano, con la palma hacia fuera en un ademán solemne. Hogan le devolvió el gesto antes de introducir la llave en la cerradura. Abrió la puerta, pulsó el botón de apertura que había junto al elevador eléctrico e indicó al muchacho que subiera.

El chico entró y tuvo que utilizar ambas manos para cerrar la portezuela. El viento aullaba en torno a la furgoneta y la mecía.

—¡Vaya! —jadeó el chico mesándose el cabello con un gesto brusco.

Había perdido el cordón de la zapatilla y el pelo le caía sobre los hombros en mechones lacios.

—Qué tormenta, ¿eh? ¡Una pasada! —prosiguió.

—Sí.

Había una consola entre los dos asientos delanteros, el tipo de asientos que los folletos gustan de llamar «sillas de capitán», y Hogan dejó la bolsa de papel en una de las bandejas para vasos. A continuación, hizo girar la llave de contacto. El motor se puso en marcha con el suave rugido propio de un vehículo bien cuidado.

El muchacho se volvió para lanzar una mirada de admiración a la parte trasera de la furgoneta. Había una cama plegable que en aquel momento servía como sofá, una pequeña cocina de gas, algunos estantes en los que Hogan guardaba las muestras de sus artículos y un lavabo en el rincón posterior.

—¡Qué guapo, tío! —exclamó el chico—. Con todas las comodidades.

Se volvió para mirar a Hogan.

—¿Hacia dónde vas? —le preguntó.

—A Los Ángeles.

—¡Qué guay, yo también!

Extrajo el paquete de Merit recién comprado y le dio unos golpecitos para sacar un cigarrillo.

Hogan había encendido los faros y puesto la primera. En aquel momento, puso el coche en punto muerto y se volvió hacia el chico.

—Vamos a aclarar un par de cosas —empezó.

El chico le lanzó su mirada inocente de ojos muy abiertos.

—Claro, tío, no hay problema.

—Primero, no suelo llevar a autoestopistas. Hace unos años tuve una mala experiencia con uno. Aquello me vacunó, por así decirlo. Te llevaré hasta el otro lado de las colinas de Santa Clara, pero eso es todo. Ahí hay un área de servicio, Sammy's. Está cerca de la autopista. Es donde nos separaremos, ¿estamos?

—Vale, de acuerdo.

Seguía mirándole con ojos inocentes y muy abiertos.

—Segundo, si no puedes aguantarte sin fumar, nos separamos ahora mismo, ¿estamos?

Durante un breve instante, Hogan entrevio la otra mirada del muchacho (y aunque apenas lo conocía, estaba dispuesto a apostar lo que fuera a que sólo tenía dos); era la mirada mezquina, vigilante. De pronto, volvió a ser todo inocencia y ojos abiertos de par en par. Se colocó el cigarrillo tras la oreja y le mostró las manos vacías. Fue entonces cuando Hogan vio el tatuaje casero que el chico lucía en el bíceps izquierdo: DEF LEPPARD HASTA LA MUERTE.

—Nada de pitillos —asintió el chico—. Entendido.

—Muy bien. Soy Bill Hogan —se presentó éste extendiendo la mano.

—Bryan Adams —repuso el chico mientras se la estrechaba.

Hogan volvió a poner la primera y se dirigió lentamente hacia la carretera 46. De pronto, sus ojos se posaron sobre una funda de cásete que yacía sobre el salpicadero. Era *Rec-kless*, de Bryan Adams.

«Seguro —pensó—. Tú eres Bryan Adams y yo soy Bee-thoven. Qué, acabas de parar en Alimentación y Zoo de Carretera Scooter para recabar material para tus próximos discos, ¿eh, tío?»

Al salir a la carretera, luchando por ver algo entre la polvareda, se sorprendió pensando de nuevo en la muchacha de Tonopah que le había abofeteado con su propia cartera antes de huir. Empezó a darle mala espina todo aquel asunto.

De pronto, una intensa ráfaga de viento empujó la furgoneta hacia el carril contrario, por lo que Hogan tuvo que concentrarse en la conducción.

Viajaron en silencio durante un rato. Al volver la cabeza hacia la derecha, Hogan vio que el chico estaba recostado en su asiento con los ojos cerrados... tal vez dormido o adormilado, o quizá simplemente fingía dormir porque no tenía ganas de hablar. No le importaba, pues tampoco él tenía ninguna gana de entablar una conversación. En primer lugar, no tenía ni la menor idea de lo que podría decirle al señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU. Seguro que el joven señor Adams no estaba en el mercado de etiquetas o lectores de códigos de barras universales, que era lo que él vendía. Y en segundo lugar, mantener la furgoneta en la carretera se estaba convirtiendo en un auténtico desafío.

Tal como había augurado la señora Scooter, la tormenta había arceciado. La carretera no era más que un fantasma mortecino, rasgado a intervalos irregulares por costillas de arena tostada. Aquellos bultos eran como tramos rugosos para reducir la velocidad y obligaban a Hogan a conducir a unos cuarenta kilómetros por hora. En fin, aquello no le importaba tanto. En algunos puntos, sin embargo, la arena se había esparcido en mantos más llanos por la superficie de la carretera, camuflándola, y en aquellos lugares, Hogan se veía obligado a reducir la velocidad a veinticinco kilómetros por hora, a navegar guiado por el reflejo de los faros en los catadriópticos alineados al borde de la carretera.

De vez en cuando, un coche o un camión surgía de la arena como un fantasma prehistórico de ojos redondos y ardientes. Uno de ellos, un Lincoln Mark IV del tamaño de un camión, circulaba por el centro de la carretera. Hogan tocó el claxon y se desvió hacia la derecha, sintiendo el crujido de la arena contra los neumáticos, y percibiendo la mueca de impotencia que se dibujó en sus labios. Cuando ya creía que el otro vehículo lo obligaría a lanzarse a la cuneta, el Lincoln volvió a su propio carril, de modo que Hogan pasó junto a él casi rozándolo. Le pareció oír el chasquido metálico de sus parachoques besando el parachoques del otro coche, pero dado el chirrido constante del viento, estaba casi seguro de que se había tratado de imaginaciones suyas. Entrevio el rostro del otro conductor, un anciano calvo muy erguido en su asiento, que escudriñaba la cortina de arena con una mirada concentrada casi propia de un maníaco. Hogan agitó el puño en su dirección, pero el vejestorio ni se dignó a mirarlo. «Probablemente ni se ha enterado de mi presencia —pensó Hogan—. Ni, por supuesto, de que ha estado a punto de echárseme encima.»

Durante unos instantes, se sintió tentado de abandonar la carretera. Los neumáticos derechos se hundían cada vez más en la arena, y la furgoneta empezaba a ladearse. Sin embargo, se limitó a pisar el acelerador con mayor fuerza y a continuar en la misma dirección, mientras su última camisa decente se empapaba de sudor a la altura de las axilas. Por fin, la presión de la arena sobre los neumáticos cedió, y Hogan percibió que volvía a tener la furgoneta bajo control. Exhaló un suspiro de alivio.

—Conduces de narices, tío.

Había estado tan concentrado que había olvidado a su pasajero, por lo que al oírlo hablar se sobresaltó de tal forma que estuvo a punto de girar bruscamente hacia la izquierda, lo cual no

habría hecho sino traerle más problemas. Se volvió para mirar al chico rubio, que le estaba observando. Sus ojos relucían de un modo inquietante, sin el menor atisbo de somnolencia.

—Cuestión de suerte —repuso Hogan—. Si hubiera un sitio para parar, me pararía... pero conozco este tramo de carretera. O paramos en Sammy's o nada. Una vez hayamos pasado las colinas el tiempo mejorará.

—Eres vendedor, ¿verdad?

—Tú lo has dicho.

Habría preferido que el chico no hablara. Quería concentrarse en la carretera. Más adelante, unos faros antiniebla surgieron de las tinieblas como espectros amarillos. Fueron seguidos de un Iroc Z con matrícula de California. La furgoneta y el Z se cruzaron con gran lentitud como dos ancianas en el pasillo de una residencia geriátrica. Por el rabillo del ojo, Hogan vio que el chico se sacaba el cigarrillo de detrás de la oreja y empezaba a jugar con él. Bryan Adams, desde luego. ¿Por qué le habría dado un nombre falso? Era como algo sacado de una vieja película barata, el tipo de película que se puede ver en las sesiones de madrugada, una película policíaca en blanco y negro en la que el viajante, personaje interpretado probablemente por Ray Milland, recoge a un muchacho, interpretado por Nick Adams, por ejemplo, que acaba de evadirse de la prisión de Gabbs o Deeth o algún sitio parecido...

—¿Y qué es lo que vendes, colega?

—Etiquetas.

—¿Etiquetas?

—Exacto. Etiquetas con el código de barras universal. Es un pequeño bloque con un número determinado de barras negras.

Hogan se quedó sorprendido al ver que el chico asentía.

—Ah, sí, son las que pasan por ese trasto del ojo eléctrico en los supermercados y entonces el precio aparece en la caja como por arte de magia, ¿no?

—Sí, aunque no es magia ni tampoco un ojo eléctrico. Es un lector láser. También los vendo yo. Tanto los grandes como los portátiles.

—Qué pasada, tronco.

El matiz de sarcasmo en su voz era vago... pero inequívoco.

—Bryan.

—¿Si?

—Me llamo Bill, no tío ni colega ni, desde luego, tronco.

Cada vez sentía mayores deseos de retroceder en el tiempo, regresar a Scooter para poder decirle al chico que no lo llevaba. Los Scooter no eran mala gente; sin duda lo habrían dejado quedarse hasta que la tormenta cesara por la tarde. Tal vez la señora Scooter incluso le habría dado cinco pavos por cuidar a la tarántula, las serpientes de cascabel y a *Lobo*, el Increíble Perro Salvaje de Minnesota. A Hogan cada vez le gustaban menos aquellos ojos de color verde grisáceo. Sentía en el rostro el peso de aquellos ojos duros como piedrecillas.

—Claro... Bill. Bill el Tío de las Etiquetas. ;<|

Bill permaneció en silencio. El chico entrelazó los dedos y dobló las manos para hacer crujir los nudillos.

—Bueno, como decía mi vieja, no es mucho pero da para vivir, ¿verdad, Tío de las Etiquetas?

Hogan gruñó algo poco comprometedor y se concentró en la carretera. La sensación de que había cometido un error se había convertido en certeza. Al recoger a aquella chica, Dios le había permitido salir bien librado. «Por favor —rogó en silencio—. Una vez más, ¿de acuerdo, Dios? Mejor aún, haz que me haya equivocado con este chico, haz que no sea más que una paranoia

agudizada por las bajas presiones, el viento y la coincidencia de un nombre que, al fin y al cabo, no puede ser tan poco común.»

Vio acercarse un gran camión Mack; el bulldog plateado que había sobre la rejilla del radiador parecía observar la polvareda. Hogan volvió a desviarse a la derecha hasta sentir que la arena acumulada en el borde de la carretera se apoderaba de los neumáticos. La larga caja que remolcaba el Mack había bloqueado la visión de Hogan. Se encontraba a unos diez centímetros de la furgoneta, y parecía que no iba a acabar de pasar nunca.

—Parece que te van bien las cosas, Bill —comentó el chico rubio cuando el camión hubo pasado por fin—. Un cacharro como éste debe de haberte costado al menos treinta de los grandes. Así que, ¿por qué...?

—Me costó mucho menos —terció Hogan. No sabía si «Bryan Adams» había advertido el tono cortante de su voz, pero él sí lo había percibido.

—Yo mismo hice la mayor parte de las reformas.

—Aun así, no parece que te estés muriendo de hambre. Así que, ¿por qué no pasas de todo esto y surcas el cielo azul?

Era una pregunta que Hogan se hacía a veces en los largos viajes entre Tempe y Tucson o Las Vegas y Los Ángeles; el tipo de pregunta que no tenía que hacerse cuando no encontraba nada en la radio aparte de pop pésimo o música carroza, y escuchaba la última cinta del número uno en ventas de Libros Grabados, cuando no había nada que contemplar aparte de kilómetros y kilómetros de hondanadas y arbustos, todo ello propiedad del Tío Sam. » a) Podría decir que se le agudizaba la sensibilidad hacia los clientes y sus necesidades al viajar en coche por las tierras en que vivían y vendían sus productos, y era cierto, pero no era ésa la razón. Podría decir que facturar las cajas de muestras, que eran demasiado voluminosas como para guardarlas bajo el asiento del avión, era un coñazo, y que esperarlas en la cinta de llegada de equipajes siempre se convertía en una aventura; en cierta ocasión, una caja que contenía cinco mil etiquetas de refrescos aterrizó en Hilo, Hawai, en lugar de Hillside, Arizona. Así pues, eso también era cierto, pero tampoco era la razón.

La razón era que en 1982 se había hallado a bordo de un avión de la compañía Western Pride que se había estrellado en las mesetas a unos veinticinco kilómetros al norte de Reno. Seis de los diecinueve pasajeros y los dos miembros de la tripulación habían muerto. Hogan se había roto la espalda. Había pasado cuatro meses en la cama y diez más encerrado en un aparato ortopédico que Lita llamaba la Virgen de Hierro.* La gente, fuera quien fuese esa gente, decía que si te caes del caballo tienes que volver a montar de inmediato. William I. Hogan había decidido que aquello era una chorrada, y a excepción de un viaje a Nueva York para asistir al funeral de su padre, durante el cual se había tomado dos Valium y no había cesado de apretarse los nudillos hasta dejarlos blancos, jamás había vuelto a poner los pies en un avión.

Volvió en sí de repente y se percató de dos cosas. No se había cruzado con nadie en la carretera desde el enorme camión Mack, y el chico lo seguía mirando con aquellos ojos inquietantes, a la espera de que contestara a su pregunta.

—Una vez tuve una mala experiencia en un avión —explicó—. Desde entonces, he optado siempre por el tipo de transporte que te permite pararte en el arcén cuando te falla el motor.

—Desde luego, has tenido un montón de malas experiencias, Bill, tío —comentó el chico con una repentina nota de sardónico pesar—. Y ahora, cuánto lo siento, vas a tener una mas.

*Alusión al famoso instrumento medieval de tortura que se conserva en Nuremberg. (*N. del E.*)

Se oyó un breve chasquido metálico. Hogan se volvió y no quedó demasiado sorprendido al ver que el chico sostenía una navaja abierta, cuya hoja medía unos veinte centímetros.

«Oh, mierda —se dijo Hogan—. Ahora que por fin había sucedido, que lo tenía delante de las narices, apenas sentía miedo. Sólo cansancio. Oh, mierda, y a sólo setecientos kilómetros de casa. Maldita sea.»

—Para, Bill, tío. Y despacito.

—¿Qué es lo que quieres?

—Si de verdad no sabes la respuesta a tu propia pregunta, entonces es que eres más tonto de lo que pareces.

Una leve sonrisa bailaba en las comisuras de los labios del chico. El tatuaje casero de su brazo se ondulaba cada vez que se contraía el músculo oculto bajo él.

—Quiero la pasta, y creo que también quiero tu casa de putas sobre ruedas, al menos por un rato. Pero no te preocupes... Hay una pequeña área de servicio por aquí cerca, Sammy's. La gente que no pare para llevarte te mirará como si fueras un cagarro de perro pegado a sus zapatos, y quizás tengas que suplicar un poquito, pero estoy seguro de que alguien te llevará a la larga. Y ahora, para el coche.

Hogan se sorprendió un poco al comprobar que no sólo estaba cansado, sino también enojado. ¿Había estado enojado en aquella ocasión, cuando la chica le robó la cartera? Sinceramente, no lo recordaba.

—No me vengas con tonterías —dijo, al tiempo que se volvía hacia el chico—. Yo te he llevado cuando lo necesitabas, y no te he hecho suplicar. Si no fuera por mí, aún estarías tragando arena y con el pulgar extendido. Así que, ¿por qué no guardas esa cosa? Ha...

De repente, el chico alargó el brazo que sostenía la navaja, y Hogan sintió una punzada de ardiente dolor en la mano derecha. La furgoneta se tambaleó y sufrió una sacudida al hundirse de nuevo en uno de los montones de arena acumulada en la cuneta.

—He dicho que pares. O vas a pie o te dejo en el barranco más cercano con el cuello rebanado y uno de tus trastos lectores de precios metido en el culo. ¿Y quieres saber una cosa? Voy a fumar un pitillo detrás de otro durante todo el camino a Los Ángeles, y cada vez que me acabe uno, lo apagaré en tu maldito salpicadero.

Hogan se miró la mano y advirtió una línea diagonal de sangre que se extendía desde el nudillo del meñique hasta la base del pulgar. Y ahí estaba de nuevo el enojo... sólo que ahora se había convertido en verdadera rabia, y si el cansancio seguía allí, entonces estaba enterrado en las profundidades de aquel ojo rojo e irracional. Intentó conjurar la imagen de Lita y Jack para controlar sus sentimientos antes de que se apoderaran por completo de él y lo obligaran a hacer alguna locura, pero la visión era vaga y borrosa. En su mente había una imagen clara, eso sí, pero era la equivocada, el rostro de la chica de las afueras de Tonopah, la chica de la boca lobuna bajo los ojos tristes de póster, la chica que le había dicho «Te jodes, cariño» antes de abofetearle con su propia cartera.

Pisó el acelerador y la furgoneta empezó a circular a mayor velocidad. La aguja del cuentakilómetros pasó de los cuarenta y cinco kilómetros.

El chico adoptó una expresión sorprendida, a continuación confundida y, por último, enojada.

—Pero ¿qué haces? ¡Te he dicho que pares! ¿Quieres acabar con los intestinos en el regazo o qué?

—No lo sé —replicó Hogan.

Mantuvo el pie sobre el acelerador. La velocidad había aumentado a más de setenta. La furgoneta pasó sobre una serie de pequeñas dunas y tembló como un perro febril.

—¿Qué es lo que quieres, niño? ¿Qué te parece un cuello roto? Lo único que tengo que hacer es girar el volante. Yo me he puesto el cinturón. Veo que a ti se te ha olvidado.

Los ojos de color verde grisáceo lo miraban muy abiertos, relucientes en una mezcla de temor y rabia. Se supone que tienes que parar, decían aquellos ojos. Eso es lo que tiene que pasar si te apunto con una navaja, ¿es que no lo sabes?

—No provocarás un accidente —afirmó el chico, aunque Hogan creyó que estaba intentando convencerse de ello.

—¿Y por qué no? —replicó Hogan al tiempo que se volvía hacia él—. Al fin y al cabo, estoy casi seguro de que yo saldré ileso, y la furgoneta está asegurada. Tú verás, capullo. ¿Qué te parece la idea?

—Eres... —empezó el chico.

De pronto, sus ojos se abrieron aún más y perdió todo interés por Hogan.

—¡Cuidado! —chilló.

Hogan volvió la cabeza con brusquedad y vio cuatro enormes faros blancos que se abalanzaban sobre él a través de la polvareda. Era un camión cisterna que probablemente transportaba gasolina o propano. Un claxon hidráulico surcaba el aire como el grito de una oca gigantesca y enfurecida. ¡MOOOOC! ¡MOOOOOC! ¡MOOOOOOOC!

La furgoneta se había desviado mientras Hogan intentaba negociar con el chico, y ahora era él el que estaba en medio de la carretera. Giró el volante hacia la derecha, a sabiendas de que no le serviría de nada, de que era demasiado tarde. Sin embargo, el camión también se estaba moviendo, desviándose al igual que Hogan lo había hecho para esquivar el Mark IV. Los dos vehículos se cruzaron bailando entre las nubes de arena, a menos de un suspiro de distancia. Hogan percibió que los neumáticos derechos de la furgoneta volvían a hundirse en la arena y supo que no tenía ni la más mínima posibilidad de mantener la furgoneta en la carretera... no a más de setenta y cinco kilómetros por hora. Cuando la silueta borrosa de la gran cisterna de acero hubo desaparecido de su vista (en el costado de la cisterna se veían las palabras SUMINISTROS AGRÍCOLAS Y FERTILIZANTES ORGÁNICOS CÁRTER), Hogan sintió que el volante se convertía en papilla entre sus dedos, que seguía arrastrando el vehículo hacia la derecha. Y por el rabillo del ojo, vio la expresión del chico que volvía a inclinarse hacia delante, navaja en ristre.

«¿Qué es lo que te pasa? ¿Estás loco?», quería gritarle pero habría sido una pregunta estúpida, aun cuando hubiera tenido tiempo de formularla. Por supuesto, el chico estaba loco; no había más que echar un buen vistazo a aquellos ojos de color verde grisáceo para saberlo. Sin duda, Hogan también estaba loco por haberse ofrecido a llevarlo, pero nada de eso importaba en aquel momento. Tenía una situación que afrontar, y si se permitía el lujo de creer que aquello no podía estar pasándole a él, si se permitía creerlo aunque fuera solo por un instante, lo más probable es que lo encontraran al día siguiente o al otro con el cuello rebanado y los ojos devorados por los buitres. Aquello estaba sucediendo; era real.

El chico intentó mantener el equilibrio para clavar la navaja en el cuello de Hogan, pero en aquel momento, la furgoneta empezó a ladearse de nuevo y hundirse cada vez más en la cuneta ahogada en arena. Hogan se apartó para esquivar la hoja, soltó el volante, y cuando ya creía haberse librado del ataque, sintió la húmeda calidez de la sangre que le goteaba por el cuello. La navaja le había abierto la mejilla desde la mandíbula hasta la sien. Alargó la mano derecha para intentar agarrar la muñeca del chico, pero en aquel momento, la rueda delantera de la furgoneta tropezó con una piedra del tamaño de un teléfono público y dio un salto brusco, igual que los coches que salen en las películas que, sin duda, tanto gustaban a aquel chico sin raíces. La furgoneta volcó en el aire, con las cuatro ruedas patas arriba, a unos cincuenta kilómetros por hora según el cuentakilómetros, y Hogan sintió que el cinturón de seguridad se le clavaba en el pecho y el vientre. Era como revivir el accidente de avión... En aquel momento, como entonces, era incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo de verdad.

El chico salió despedido hacia arriba y hacia delante, aunque no soltó la navaja. Su cabeza rebotó en el techo cuando el techo y el suelo de la furgoneta cambiaron de lugar. Hogan observó que su mano izquierda seguía agitándose con violencia, y advirtió con asombro que el crío seguía intentando apuñalarlo. Desde luego, era una serpiente de cascabel. Hogan había estado en lo cierto, pero nadie le había extraído el veneno a aquel bicho.

De repente, la furgoneta chocó contra el suelo duro del desierto. Los estantes del equipaje se desprendieron, y la cabeza del chico volvió a chocar contra el techo del vehículo, esta vez con mucha más fuerza. La navaja se le había escurrido de entre los dedos. Los armarios de la parte trasera se abrieron de golpe, y montones de libros de muestras y lectores láser se esparcieron por todas partes. Hogan percibió a medias un chillido inhumano... el prolongado berrido del techo de la XRT al deslizarse por la gravilla del desierto hacia el otro extremo del barranco. «Así que ésta es la sensación que uno tendría si estuviera dentro de una lata en el momento en que alguien la abriera con un abrelatas», se dijo.

El parabrisas se hizo añicos, lanzando una nube de millones de fragmentos afilados. Hogan cerró los ojos y alzó los brazos para protegerse el rostro mientras la furgoneta seguía rodando, ladeándose sobre el lado de Hogan el tiempo suficiente para romper la ventanilla del conductor y enviar al interior una ráfaga de piedras y tierra polvorienta antes de enderezarse. Durante un instante se balanceó como si fuera a volcar sobre el lado del muchacho... y fue entonces cuando se detuvo por completo.

Hogan permaneció quieto durante unos cinco segundos, con los ojos abiertos de par en par, las manos aferradas a los apoyabrazos del asiento, sintiéndose un poco como el capitán Kirk después de un ataque de los Klingon. Era consciente de la cantidad de tierra y trozos de vidrio que descansaban sobre su regazo, así como de que había algo más, aunque no sabía qué era. También era consciente del viento, que lanzaba más tierra a través de los cristales rotos.

De pronto, su visión quedó bloqueada por un objeto que se movía a toda velocidad. El objeto era un amasijo de piel blanca, nudillos en carne viva y sangre roja. Era un puño que golpeó a Hogan en plena nariz. El dolor fue inmediato e inmenso, como si alguien le hubiera disparado una bengala directamente en el cerebro. Durante un instante, quedó cegado, inmerso en un gran destello blanco. Recuperó la vista en el momento en que las manos del chico le rodearon el cuello y le cortaron la respiración.

El crío, Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU., estaba inclinado sobre la consola que había entre los dos asientos delanteros. La sangre procedente de media docena de heridas abiertas en el cuero cabelludo le llenaba las mejillas, la nariz y la frente como si de pintura de guerra se tratara. Los ojos de color verde grisáceo estaban clavados en él con la furia propia de un demente.

—¡Mira lo que has hecho, hijo de puta! —chilló—. ¡Mira lo que me has hecho!

Hogan intentó apartarse y pudo inhalar media bocanada de aire cuando las manos del chico resbalaron por un momento, pero con el cinturón aún atado y bloqueado, por lo visto, no iba a llegar muy lejos. Las manos del chico se le aferraron casi al instante, y esta vez, le oprimió la tráquea con los pulgares.

Hogan intentó alzar las manos, pero los brazos del chico, rígidos como barrotes de prisión, le impedían realizar cualquier movimiento. Intentó apartar aquellos brazos, pero no se movían ni un ápice. Ahora oía otro viento... un viento agudo que rugía dentro de su cabeza.

—¡Mira lo que me has hecho, imbécil de mierda! ¡Estoy sangrando!

Era la voz del crío, pero ahora sonaba mucho más lejana.

«Me está matando», pensó Hogan. «Exacto. Te jodes, encanto», corroboró otra voz.

Aquella vocecilla hizo aflorar de nuevo el enojo. Alargó la mano hacia el regazo para comprobar qué había allí aparte de tierra y vidrios rotos. Era una bolsa de papel que contenía un objeto abultado, aunque Hogan no recordaba de qué se trataba. Se aferró a la bolsa y le asestó con

ella un tremendo puñetazo a la mandíbula del chico, contra la que su mano chocó con un golpe sordo. Éste lanzó un grito de sorpresa y dolor, y soltó el cuello de Hogan al caer hacia atrás.

Hogan inhaló una profunda y convulsa bocanada de aire y oyó un sonido que le recordó el aullido de una tetera lista para ser retirada del fuego. «¿Soy yo el que hace ese ruido? ¿Dios mío, soy yo?»

Respiró profundamente una vez más. El aire que inhaló estaba lleno de polvo, le quemó la garganta y le hizo toser, pero, pese a todo, era celestial. Bajó la mirada hacia su puño y distinguió con claridad la silueta de la boca saltarina contra la bolsa de papel marrón.

Y de repente sintió que se movía.

Aquel movimiento tenía algo tan sobrecogedoramente humano que Hogan lanzó un grito y soltó la bolsa de inmediato; era como si acabara de recoger una mandíbula humana que intentara entablar conversación con su mano.

La bolsa golpeó la espalda del chico y cayó al suelo alfombrado mientras Bryan Adams se ponía de rodillas con ademanes pesados. Hogan oyó el sonido de la goma al romperse... y el inconfundible chasquido de los dientes al abrirse y cerrarse.

«Seguro que sólo es un diente fuera de sitio —había asegurado Scooter—. Seguro que un hombre un poco manilas puede conseguir que vuelva a funcionar.»

«O tal vez bastaría con un buen golpe», reflexionó Hogan. «Si salgo de ésta con vida y vuelvo a pasar por esta carretera, tendré que decirle a Scooter que lo único que hay que hacer para arreglar una boca saltarina es hacer volcar la furgoneta y utilizarla para pegar a un autoestopista psicótico que intenta estrangularte; tan fácil que incluso un niño podría hacerlo.»

La boca saltarina castañeteaba y emitía chasquidos dentro de la bolsa de papel rasgada; los costados de la bolsa se hinchaban y deshinchaban, confirniéndole el aspecto de un pulmón amputado que se negara a morir. El chico se apartó a rastras de la bolsa mientras sacudía la cabeza para intentar aclarársela. La sangre brotaba de sus mechones lacios en una finísima lluvia.

Hogan encontró el botón del cinturón y lo pulsó. Nada. La hebilla no cedió ni un milímetro, y el cinturón seguía bloqueado y tirante como un calambre, clavado en la grasa de su vientre de mediana edad y a través de su pecho. Intentó mecerse en el asiento con la intención de soltar el cinturón. El flujo de sangre que le inundaba el rostro se tornó más intenso, y sintió que su mejilla se agitaba hacia delante y hacia atrás como una tira de papel pintado reseco, pero eso fue todo. Percibió que una oleada de pánico intentaba abrirse camino por entre el shock que había sufrido, y echó un vistazo por encima del hombro para ver qué estaba tramando el chico.

Resultó que no tramaba nada bueno. Había divisado la navaja en el extremo más alejado de la furgoneta, sobre un montón de manuales de instrucciones y folletos. La cogió, se apartó el cabello del rostro y miró por encima del hombro a Hogan. Estaba sonriendo, y había algo en aquella sonrisa que hizo que las pelotas de Hogan se tensaran y encogieran a un tiempo, hasta que tuvo la sensación de que alguien le había metido un par de huesos de melocotón en los calzoncillos.

«¡Aja! —decía la sonrisa del chico—. Durante un momento o dos he estado preocupado... realmente preocupado, pero todo va a salir bien a fin de cuentas. Ha habido un poco de improvisación durante un rato, pero ahora ya volvemos a trabajar sobre el guión.»

—¿Te has quedado atascado, Tío de las Etiquetas? —preguntó el chico por encima del incesante aullido del viento—. Sí, ¿verdad? Qué suerte que llevaras el cinturón de seguridad, ¿verdad? Qué suerte para mí.

El chico intentó incorporarse, y estuvo a punto de conseguirlo, pero de pronto se le doblaron las rodillas. Una expresión de sorpresa tan exagerada que habría resultado cómica bajo otras circunstancias cruzó su rostro por un instante. A continuación, volvió a apartarse del rostro el cabello empapado en sangre y empezó a arrastrarse de nuevo en dirección a Hogan, la mano

izquierda cerrada en torno a la empuñadura de imitación de hueso de la navaja. El tatuaje de Def Leppard subía y bajaba a cada flexión de su bíceps malnutrido, y a Hogan le recordó el modo en que las palabras de la camiseta de Myra, NEVADA ES TIERRA DE DIOS, se habían ondulado cuando la mujer se movía.

Hogan agarró la hebilla del cinturón de seguridad y pulsó con ambos pulgares el botón de apertura con el mismo entusiasmo con el que el chico se había abalanzado sobre su tráquea. Ningún resultado. El cinturón estaba atascado. Se retorció para mirar al crío.

Bryan Adams había llegado hasta la cama plegable, donde se había detenido. La expresión de cómica sorpresa había reaparecido en su rostro. Tenía la vista clavada al frente, lo cual significaba que estaba mirando algo que había en el suelo, y de repente Hogan se acordó de la boca, que seguía avanzando y castañeteando.

Bajó la mirada justo a tiempo para ver la boca saltarina gigante salir de la rasgada bolsa marrón y ponerse en marcha sobre sus extraños pies anaranjados. Las muelas, los colmillos y los incisivos subían y bajaban con rapidez, emitiendo un sonido parecido al del hielo dentro de una coctelera. Los zapatos, elegantes en sus polainas blancas, casi parecían rebotar sobre la alfombra gris. A Hogan le recordó a Fred Astaire bailando claqué por todo el escenario, a Fred Astaire con un bastón bajo el brazo y el sombrero calado sobre un ojo.

—¡Mierda! —exclamó el chico casi riendo—. ¿Es eso por lo que has estado regateando en la tienda? ¡Joder! Yo te mato, Tío de las Etiquetas, te mato y le hago un favor al mundo.

«La llave —pensó Hogan—. La llave que hay en un lado de la boca, la que sirve para darle cuerda... No se mueve.»

Y de repente tuvo otra premonición, y comprendió a la perfección lo que estaba a punto de ocurrir. El chico alargaría el brazo para cogerla.

De pronto, la boca se detuvo y dejó de castañetear. Permaneció quieta sobre el suelo ligeramente ladeado de la furgoneta, las mandíbulas algo separadas. Pese a que carecía de ojos, pareció lanzar una mirada enigmática al chico.

—Una boca saltarina —exclamó el señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU.

En aquel momento, alargó el brazo y rodeó la boca con la mano derecha, tal como había previsto Hogan.

—¡Muérdelo! —gritó—. ¡Arráncale los malditos dedos!

El chico alzó la cabeza con ademán brusco y lo miró con aquellos ojos de color verde grisáceo, abiertos ahora en una expresión de asombro. Clavó la mirada en Hogan por un instante, con aquella expresión de sorpresa estúpida... y entonces se echó a reír. Tenía una risa aguda, histérica, un complemento perfecto para el viento que aullaba a través de la furgoneta y agitaba las cortinas como si fueran largas manos fantasmales.

—¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Muérdemeeeee! —canturreó el chico como si se tratara del chiste más gracioso que hubiera oído en su vida—. ¡Eh, Tío de las Etiquetas! ¡Creía que era yo el que se había dado un golpe en la cabeza!

El chico sujetó la empuñadura de la navaja entre los dientes e introdujo el índice de la mano izquierda entre los afilados dientes de la boca saltarina gigante.

¡Buérbebe! —farfulló con la boca llena de la empuñadura, mientras soltaba risitas ahogadas y agitaba el dedo entre las enormes mandíbulas—. ¡Buérbebe! ¡Abos, buérbebe!

La boca no se movió, ni tampoco los pies. El presentimiento de Hogan se desplomó a su alrededor al igual que los sueños se desploman al despertar. El chico introdujo el dedo entre los dientes una vez más, empezó a sacarlo... y entonces empezó a gritar a pleno pulmón.

—¡Oh, mierda! ¡MIERDA! ¡Cabrón HIJODEPUTA!

Durante un largo instante, el corazón de Hogan dio un vuelco, pero no tardó en darse cuenta de que, aunque el chico seguía gritando, lo que en realidad estaba haciendo era reír. Reírse de él. La boca había permanecido completamente inmóvil.

El chico levantó la boca para echarle un vistazo de cerca al tiempo que volvía a coger la navaja. Agitó la hoja ante la boca saltarina como un maestro agita el puntero ante un alumno travieso.

—No deberías morder—amonestó—. Eso no está nada...

De repente, uno de los pies anaranjados avanzó un paso sobre la mugrienta palma de la mano del chico. Las mandíbulas se abrieron al mismo tiempo, y antes de que Hogan se percatara de lo que sucedía, la boca saltarina se había cerrado en torno a la nariz del muchacho.

Esta vez, los gritos de Bryan Adams eran reales... fruto de la agonía y de la madre de todas las sorpresas. Intentó apartar la boca de sí con la mano derecha, pero el juguete estaba atascado en su garganta con el mismo empeño con el que el cinturón de seguridad de Hogan se cerraba sobre su vientre. Sangre y filamentos de cartílago surgieron por entre los colmillos en tiras rojas. El chico cayó de espaldas y por un momento, Hogan no vio más que su cuerpo caído, los brazos dando sacudidas, los pies surcando el aire. En aquel momento distinguió el destello de la navaja.

El chico volvió a gritar y se incorporó hasta quedar sentado. El largo cabello le caía sobre el rostro como una cortina. La boca sobresalía como el remo de una extraña barca. De algún modo, el chico había conseguido insertar la hoja de la navaja entre la boca y lo que le quedaba de nariz.

—¡Mátalo! —gritó Hogan con voz ronca.

Había perdido el juicio. De alguna forma, comprendía que tenía que haber perdido el juicio, pero de momento no importaba.

—¡Vamos, mátalo!

El chico lanzó un chillido, un sonido largo, agudo, y retorció la navaja. La hoja se cerró con un chasquido, pero no antes de lograr separar un poco las incorpóreas mandíbulas. La boca cayó sobre el regazo del chico, y con ella la mayor parte de su nariz.

El chico se apartó el cabello de la cara. Sus ojos de color verde grisáceo bizqueaban en un esfuerzo por mirarse el muñón despedazado que surgía del centro de su rostro. Tenía la boca contraída en un rictus de dolor, los tendones del cuello tensos como alambres.

Alargó el brazo para hacerse con la boca. El juguete retrocedió con agilidad sobre sus pies de cartón anaranjado. Subía y bajaba, desfilando a la perfección mientras sonreía al chico, que ahora estaba sentado con el trasero apoyado sobre las pantorrillas. Tenía la pechera de la camiseta empapada de sangre.

En aquel instante, el chico dijo algo que confirmó las sospechas de Hogan de que había perdido el juicio, pues sólo en un delirio desbocado podían pronunciarse semejantes palabras.

—¡Debuélbebe bi dariz, hijo de buta!

El chico alargó el brazo hacia la boca, y entonces el juguete echó a correr hacia delante, bajo la mano que se agitaba, y se oyó un chasquido carnoso cuando se cerró sobre el bulto de los vaqueros desvaídos, justo debajo del punto en el que terminaba la cremallera. .R*. Los ojos de Bryan Adams se abrieron como platos. Su boca también. Alzó las manos a la altura de los hombros, con las palmas abiertas, y por un momento se pareció a una especie de extraño Al Jolson a punto de cantar la canción *Mammy*. La navaja voló por encima de su hombro y fue a estrellarse en el extremo más alejado de la furgoneta.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios míooooooooo...!

Los pies anaranjados se movían con rapidez, como si bailaran una danza escocesa. Las mandíbulas rosadas de la boca saltarina gigante subían y bajaban, como si dijeran ¡Sí! ¡Sí!, y a continuación se movieron hacia delante y hacia atrás como si dijeran ¡No! ¡No!

—¡Diooooooooooooooooo...!

Cuando la tela de los vaqueros del chico empezó a rasgarse (y no era lo único que se estaba rasgando, a juzgar por el sonido), Hogan perdió el conocimiento.

Volvió en sí dos veces. La primera debió de ser al cabo de poco rato, porque la tormenta seguía aullando a través y alrededor de la furgoneta, y la luz apenas había cambiado. Intentó volverse, pero una monstruosa punzada de dolor le atenazó el cuello. Se trataba tan sólo de un latigazo, por supuesto, y probablemente no tan grave como podría haber sido o como sería al día siguiente.

Siempre y cuando siguiera vivo al día siguiente.

«El chico. Tengo que girarme y asegurarme de que está realmente muerto.»

«No, no lo hagas. Claro que está muerto. Si no estuviera muerto, tú sí lo estarías.»

De pronto oyó un sonido nuevo tras de sí, el chasquido constante de la boca.

«Viene a por mí. Ha acabado con el chico, pero todavía tiene hambre, por eso viene hacia mí.»

Volvió a colocar las manos en la hebilla del cinturón de seguridad, pero el mecanismo de apertura seguía atascado y además parecía que no tenía fuerza en las manos.

La boca se acercaba cada vez más; se hallaba justo detrás de su asiento, a juzgar por el sonido, y la mente confusa de Hogan leyó un ritmo en el incesante chasquido que producía. «Clic clac, clic clac. Soy la boca, clic clac, y he vuelto a por más. Mira cómo ando, mira cómo mastico, me lo he comido a él, ahora te comeré a ti y luego me iré.»

Hogan cerró los ojos.

El chasquido cesó.

Sólo se oía ya el incesante aullido del viento y el susurro de la arena al golpear el costado abollado de la XRT.

Hogan esperó. Al cabo de un rato que se le antojó eterno, oyó un solo chasquido, seguido del ruido característico de fibras al desgarrarse. Hubo una pausa, y a continuación se repitieron ambos sonidos.

¿Qué está haciendo?

La tercera vez que se produjo el chasquido del rasgueo, sintió que el respaldo de su asiento se movía y comprendió lo que sucedía. La boca estaba trepando por el respaldo hacia él. De alguna forma estaba trepando hacia él.

Hogan recordó el momento en que la boca se había cerrado en torno al bulto que sobresalía bajo la cremallera de los vaqueros del chico, e intentó desmayarse de nuevo. Una nube de arena entró por el parabrisas roto y le hizo cosquillas en las mejillas y la frente.

Clic... ras. Clic... ras. Clic... ras.

La última secuencia había sonado muy cerca. Hogan no quería bajar la mirada, pero no pudo contenerse. Y más allá de su cadera derecha, donde el asiento se encontraba con el respaldo, vio una sonrisa amplia y blanca. Ascendía con exasperante lentitud, ayudándose con los pies anaranjados, que Hogan no veía, cada vez que aferraba un pequeño pliegue de funda gris entre los incisivos... antes de abrir las mandíbulas y subir otro trocito.

En aquel momento, la boca se aferró al bolsillo de los pantalones de Hogan, y éste volvió a perder el conocimiento. Cuando lo recobró por segunda vez, el viento había amainado y casi era noche cerrada. La atmósfera había adquirido un matiz violáceo que Hogan no recordaba haber visto nunca en el desierto. Las cortinas de arena que barrían el desierto más allá de los restos del parabrisas parecían niños fantasmales en plena huida.

Durante un momento, no recordó la razón por la que había ido a parar ahí. Lo último que recordaba era el momento en que había echado un vistazo al indicador de gasolina, había visto que estaba casi vacío y al alzar la mirada, ahí estaba el cartel que anunciaba ALIMENTACIÓN Y

ZOO DE CARRETERA SCOOTER GASOLINA CAFETERÍA CERVEZA FRÍA ¡VEAN SERPIENTES DE CASCABEL VIVAS!

Comprendió que podía aferrarse a la amnesia durante un rato si así lo deseaba; si le concedía un poco de tiempo, su subconsciente tal vez incluso podría desterrar ciertos recuerdos peligrosos para siempre. Pero tal vez también sería peligroso no recordar. Muy peligroso. Porque...

El viento aulló de nuevo. Nubes de arena golpearon el maltrecho costado de la furgoneta. Casi sonaba como

(¡ dientes! ¡dientes! ¡dientes!)

La frágil superficie de la amnesia se resquebrajó y liberó todo el torrente de golpe, y el calor abandonó la superficie de la piel de Hogan. Emitió un ronco gruñido al recordar el sonido

(chump)

que había emitido la boca saltarina al acercarse al paquete del chico, e instintivamente se protegió el suyo con las manos mientras buscaba la boca con ojos desesperados.

No la vio, pero la libertad con la que sus hombros siguieron el movimiento de sus ojos le resultaba extraña. Bajó la mirada hacia su regazo y apartó las manos. Ya no era prisionero del cinturón de seguridad. Ahí estaba, tirado sobre la alfombra gris. La lengüeta de metal seguía hundida en la hebilla, pero tras ella tan sólo quedaba un jirón de tela roja. El cinturón no había sido cortado, sino roído.

Al mirar por el espejo retrovisor vio otra cosa. Las puertas traseras de la furgoneta estaban abiertas, y sobre la alfombra de la parte posterior tan sólo se veía una vaga huella roja con forma humana, el lugar en el que había yacido el chico. El señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU., había desaparecido.

Y la boca saltarina también.

Hogan salió de la furgoneta muy despacio, como un hombre afectado por un caso gravísimo de artritis. Advirtió que si mantenía la cabeza completamente recta, el dolor no era tan terrible... pero cuando lo olvidaba e intentaba mirar alrededor, una serie de espantosas punzadas le atenazaban el cuello, los hombros y la parte superior de la espalda. Ni siquiera podía permitirse el lujo de echar la cabeza hacia atrás.

Se dirigió con toda lentitud hacia las puertas traseras, acariciando suavemente la superficie pelada y abollada mientras escuchaba el crujido de vidrios rotos bajo sus pies. Permaneció largo rato en el extremo posterior del lado del conductor, temeroso de doblar la esquina. Temeroso de que, cuando lo hiciera, ahí estaría el chico, aún en cuclillas, con la navaja en la mano izquierda y esbozando aquella sonrisa vacua. Sin embargo, no podía quedarse ahí, sosteniendo la cabeza erguida sobre su cuello magullado como si fuera una gran botella de nitroglicerina, a la espera de que la noche se cerrara sobre él, así que por fin se decidió a avanzar.

Nadie. El chico había desaparecido de verdad. O al menos eso le pareció en un primer momento.

El viento se alzó de nuevo, agitando el cabello de Hogan alrededor de su maltrecho rostro, y a continuación amainó por completo. En aquel momento, Hogan oyó una suerte de chirridos a unos veinte metros de distancia. Miró en aquella dirección justo a tiempo para ver desaparecer las suelas de las zapatillas del chico por encima de un montículo. Las zapatillas aparecían separadas en forma de V. Se detuvieron por un instante, como si lo que fuera que estuviera arrastrando el cuerpo necesitara unos momentos de reposo para recobrar fuerzas, y a continuación reanudaron sus movimientos espasmódicos.

Una imagen de claridad terrible y momentánea cruzó la mente de Hogan. Vio la boca saltarina apoyada sobre sus extraños pies anaranjados, al otro lado del montículo, con esas polainas tan guapas que hacían que los monigotes del anuncio de las pasas de California parecieran palurdos de Fargo, Dakota del Norte, la boca erguida bajo la eléctrica luz violácea que se había extendido sobre aquellas tierras desiertas al oeste de Las Vegas, cerrada en torno a un grueso mechón del cabello rubio del chico.

La boca saltarina retrocedía.

La boca saltarina llevaba a Bryan Adams a Ninguna Parte, EE.UU.

Hogan se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la carretera, manteniendo la cabeza de nitroglicerina erguida sobre el cuello. Tardó cinco minutos en cruzar la hondonada y otros quince en conseguir que un coche le recogiera. Y durante todo ese rato, no volvió la vista atrás ni una sola vez.

Nueve meses más tarde, un caluroso y claro día de junio, Bill Hogan volvió a pasar por Alimentación y Zoo de Carretera Scooter... salvo que la tienda había cambiado de nombre. EL RINCÓN DE MYRA, rezaba el cartel. GASOLINA-CERVEZA FRÍA-VÍDEOS. Bajo las letras se veía el dibujo de un lobo, o tal vez sólo un lobo, que gruñía a la luna. El propio *Lobo*, el Increíble Perro Salvaje de Minnesota, estaba tendido en una jaula colocada a la sombra del toldo del porche. Tenía las patas traseras extendidas en ademán extravagante, y el hocico apoyado en las patas delanteras. No se levantó cuando Hogan salió del coche para llenar el depósito. No había rastro de las serpientes de cascabel ni de la tarántula.

—Hola, *Lobo* —saludó Hogan mientras subía los escalones.

El inquilino de la jaula rodó sobre sí mismo y dejó que su larga lengua roja le colgara seductora de la boca al alzar la mirada hacia Hogan.

El interior de la tienda parecía mayor y más limpio. Hogan supuso que ello se debía a que el tiempo no era tan amenazador ese día, pero había más. Las ventanas estaban limpias, lo cual confería al lugar un aspecto del todo distinto. Las paredes de tablones habían sido sustituidas por paneles de madera que todavía olían a bosque y resina. En la parte trasera de la tienda había una barra de bar nueva con cinco taburetes. La vitrina de artículos de broma seguía ahí, pero los petardos para cigarrillos, los matasuegras y los polvos picapica habían desaparecido. La vitrina estaba llena de estuches de vídeo. Un cartel escrito a mano rezaba PELÍCULAS X EN LA TRASTIENDA «PARA MAYORES DE 18 AÑOS».

La mujer de la caja estaba de perfil, con la mirada fija en la calculadora con la que estaba trabajando. Por un momento, Hogan creyó que se trataba de la hija del señor y la señora Scooter, el complemento femenino de aquellos tres chicos de los que Scooter le había hablado. Pero cuando la mujer alzó la cabeza, Hogan comprobó que se trataba de la propia señora Scooter. Le resultaba difícil creer que pudiera ser la misma mujer de pechos monstruosos que casi había reventado las costuras de su camiseta NEVADA ES TIERRA DE DIOS, pero así era. La señora Scooter había perdido al menos veinticinco kilos, y se había teñido el cabello de un brillante color castaño. Tan sólo las arruguitas del sol que circundaban sus ojos y su boca eran las mismas.

—¿Ha puesto gasolina? —preguntó.

—Sí. Quince dólares.

Le alargó un billete de veinte, y la mujer registró la cantidad en la caja.

—Este sitio ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—Ha habido muchos cambios desde que murió Scooter —asintió la señora Scooter mientras sacaba un billete de cinco de la caja.

Cuando estaba a punto de entregárselo, lo miró bien por primera vez y vaciló.

—Oiga... ¿no es usted el tipo al que por poco matan el año pasado, el día de la tormenta? Bill asintió con un gesto y extendió la mano.

—Me llamo Bill Hogan.

La mujer no titubeó, sino que extendió la mano y se la estrechó con un firme apretón. Por lo visto, la muerte de su marido le había mejorado el carácter... o tal vez se debía tan sólo a que la espera de la muerte había terminado.

—Siento lo de su marido. Parecía un buen hombre.

—¿Scoot? Sí, era un buen hombre antes de ponerse enfermo —corroboró—. ¿Y usted qué tal? ¿Se ha recuperado del todo?

Hogan volvió a asentir con un gesto.

—Llevé un collarín durante unas seis semanas, y no por primera vez, por cierto, pero ya estoy bien.

La mujer estaba observando la cicatriz que le recorría toda la mejilla derecha.

—¿Se lo hizo él? ¿El chico ese?

—Sí.

—Le rajó bien, ¿eh?

—Sí.

—Me han dicho que quedó hecho polvo en el accidente, y que luego se arrastró hasta el desierto para morir —comentó la mujer al tiempo que le lanzaba una mirada perspicaz—. ¿Fue eso lo que pasó?

—Más o menos, creo —repuso Hogan con una sonrisa.

—J. T., el *sheriff* de por aquí, dijo que los animales se ensañaron con él. Las ratas del desierto no son nada corteses por estos parajes.

—No conozco mucho estos parajes.

—J. T. dijo que ni la propia madre del chico lo habría reconocido.

La mujer se llevó una mano al reducido pecho y miró a Hogan con una expresión de gran solemnidad.

—Y que me aspen si miento.

Hogan lanzó una carcajada. En las semanas y los meses que habían pasado desde la tormenta, había empezado a reír mucho más de lo habitual. A veces le parecía que toda su actitud hacia la vida había cambiado.

—Tuvo suerte de que no lo matara —comentó la señora

Scooter—. Se libró por los pelos. Seguro que Dios estaba con usted.

—Exacto. ... Hogan bajó la vista hacia la vitrina de los vídeos.

—Veo que ha retirado los artículos de broma. —¿Esos trastos viejos? ¡Desde luego! Fue la primera cosa que hice después de... —De repente abrió los ojos de par en par—. ¡Madre mía! ¡Virgen santa! Tengo algo suyo. Si me olvido de dárselo, estoy segura de que Scooter volverá para atormentarme.

Hogan frunció el ceño, desconcertado, pero la mujer ya había dado la vuelta al mostrador. Se puso de puntillas y bajó un objeto de un estante alto situado sobre el de los cigarrillos. Hogan comprobó sin sorpresa alguna que se trataba de la boca saltarina gigante. La mujer la dejó junto a la caja registradora.

Hogan miró fijamente la sonrisa helada y despreocupada, y se vio acometido por la intensa sensación de haber vivido aquella situación con anterioridad. Allí estaba, la boca saltarina más grande del mundo, apoyada en sus extraños zapatos anaranjados junto al tarro de salchichas ahumadas, fresca como una brisa de montaña, sonriéndole como si dijera: «Hola, tío. No te habrás olvidado de mí, ¿eh? Yo no me he olvidado de ti, amigo mío. Para nada».

—La encontré en el porche al día siguiente, cuando amainó la tormenta —explicó la señora Scooter entre risas—. Muy propio del viejo Scoot regalarle algo y luego meterlo en una bolsa agujereada. Estuve a punto de tirarla, pero me dijo que quería dársela, y que la guardara en algún estante. Dijo que un viajante que pasaba una vez volvería a pasar algún día... y aquí está usted.

—Sí —repuso Hogan—. Aquí estoy.

Cogió la boca y deslizó los dedos por entre las mandíbulas ligeramente separadas. Pasó la yema del dedo por las muelas, y le pareció escuchar a Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU., canturrear: «¡Muérdeme! ¡Muérdeme! ¡Muérde-meeeeee!».

¿Estarían las muelas todavía manchadas con el rastro reseco de la sangre del chico? A Hogan le pareció ver algo en el fondo de la boca, pero tal vez no era más que una sombra.—La he guardado porque Scooter me dijo que tenía usted un hijo.

—Es verdad —asintió Hogan.

«Y el niño todavía tiene padre —pensó—. Y la razón está en mis manos en este momento. La pregunta es: ¿Regresó caminando sobre sus pequeños pies anaranjados porque ésta era su casa... o porque de algún modo sabía que Scooter lo sabía? ¿Que Scooter sabía que tarde o temprano un viajante siempre vuelve a pasar por un sitio, del mismo modo que se dice que un asesino siempre vuelve a la escena del crimen?»

—Bueno, pues si todavía la quiere, ya se la puede llevar —dijo la mujer.

Adoptó una expresión solemne durante un instante, y entonces se echó a reír.

—Mierda, seguramente la habría tirado de todas formas, sólo que me olvidé. Claro que sigue rota.

Hogan hizo girar la llave que sobresalía de la encía. La llave dio dos vueltas, emitiendo pequeños chasquidos, y a la tercera empezó a girar sin resistencia. Estaba rota. Claro que estaba rota. Y seguiría rota hasta que decidiera que quería dejar de estarlo por un rato. Y la cuestión no residía en cómo había regresado a la tienda, ni siquiera por qué, ya que eso era muy sencillo. Había estado esperándole, a él, William I. Hogan. Había estado esperando al Tío de las Etiquetas.

La cuestión era la siguiente: ¿qué quería?

Introdujo un dedo en la blanca sonrisa metálica.

—Muérdeme. ¿Quieres morderme? La boca permaneció quieta, apoyada en sus fantásticos pies anaranjados, sonriendo.

—Parece que no habla —terció la señora Scooter.

—No —convino Hogan.

De pronto se sorprendió pensando en el chico. El señor Bryan Adams de Ninguna Parte, EE.UU. Había un montón de chicos como él. Y también un montón de adultos como él, que se arrastraban por las carreteras como arbustos muertos movidos por el viento, siempre dispuestos a robarte la cartera, a decirte «Te jodes, encanto» y echar a correr. Uno podía dejar de llevar a autoestopistas, instalarse una alarma en casa, cosa que también había hecho, pero el mundo seguía siendo duro, un mundo en el que los aviones caían del cielo, en el que los locos podían aparecer a la vuelta de cualquier esquina, y en el que siempre podía tomarse alguna medida de seguridad más. Al fin y al cabo, tenía una esposa en la que pensar.

Y un hijo.

Sería conveniente que Jack guardara la boca saltarina encima de su mesa. Por si acaso pasaba algo.

Por si acaso.

—Gracias por guardarla —dijo por fin mientras cogía la boca saltarina por los pies con todo cuidado—. Creo que a mi hijo le encantará aunque esté rota.

—Déle las gracias a Scoot, no a mí. ¿Quiere una bolsa? —inquirió con una sonrisa—. Tengo bolsas de plástico... Nada de agujeros, se lo garantizo.

Hogan meneó la cabeza y se guardó la boca en un bolsillo de la cazadora.

—La llevaré aquí —repuso al tiempo que le devolvía la sonrisa—. Bien a mano.

—Como quiera. Vuelva algún otro día —exclamó mientras Hogan se dirigía hacia la puerta—. Hago unos bocadillos de ensalada de pollo estupendos.

—No lo dudo. Volveré —aseguró Hogan.

Salió al porche, bajó los escalones y se detuvo un momento bajo el sol del desierto, con una sonrisa pintada en el rostro. Se sentía bien. Aquellos días se sentía bien a menudo. Se había convencido de que así era como había que sentirse.

A su izquierda, *Lobo*, el Increíble Perro Salvaje de Minnesota, se puso en pie, empujó el hocico por entre el alambre cruzado de la jaula y ladró. En el bolsillo de Hogan, la boca saltarina emitió un solo chasquido. Fue un sonido débil, pero Hogan lo oyó... y percibió un movimiento. Se dio una palmadita en el bolsillo.

—Tranquilo, amigo —susurró.

Hogan atravesó el patio con prontitud, subió a su nueva furgoneta Chevrolet y se puso en camino hacia Los Ángeles. Había prometido a Lita y a Jack que llegaría a casa a las siete, a las ocho como máximo, y le gustaba cumplir sus promesas.

Crouch End

Ya eran casi las dos y media de la mañana cuando se fue la mujer. Delante de la comisaría de policía de Crouch End, Totenham Lañe era un riachuelo muerto. La ciudad de Londres estaba dormida..., pero Londres nunca duerme a pierna suelta, y siempre tiene sueños inquietos.

El oficial Vetter cerró su libreta de notas, que casi había llenado mientras la americana narraba su extraña y enloquecida historia. Miró la máquina de escribir y la pila de papel blanco que había en el estante junto a ella.

—Esto parecerá de lo más raro a la luz del día —comentó. El oficial Farnham estaba bebiendo un refresco. Guardó silencio durante largo rato.

—Era americana, ¿no? —preguntó por fin, como si el hecho pudiera explicar la mayor parte o toda la historia que les había contado la mujer.

—Lo meteremos en el archivo de casos sin resolver—asintió Vetter mientras buscaba un cigarrillo—. Pero me pregunto... Farnham lanzó una carcajada.

—No me va a decir que se ha creído una sola palabra de lo que ha dicho, ¿eh? ¡Vamos, señor!

—Yo no he dicho tal cosa. No. Pero tú eres nuevo aquí.

Farnham se irguió en su asiento. Tenía veintisiete años, y no era su culpa que lo hubieran trasladado allí desde Muswell Hill, ni que Vetter, que casi le doblaba la edad, hubiera pasado la totalidad de su aburrida carrera en aquel reducto tan tranquilo que era Crouch End.

—Eso es cierto, señor —repuso—, pero con todos los respetos, sé distinguir lo bueno de la paja cuando lo veo... o cuando lo oigo.—Dame un pitillo, muchacho —replicó Vetter con expresión divertida—. ¡Eso es! Eres un buen chico.

Se lo encendió con una cerilla de madera que sacó de una cajetilla de color rojo brillante antes de apagarla y arrojarla al cenicero de Farnham. Observó al muchacho por entre la nube de humo. Sus tiempos de muchacho apuesto quedaban ya muy lejanos. Tenía el rostro surcado de arrugas, y su nariz era un mapa de venitas rotas. Le gustaba tomarse su media docena de cervezas cada noche, sí, señor.

—Crees que Crouch End es un sitio muy tranquilo, ¿verdad?

Farnham se encogió de hombros. En realidad, creía que Crouch End era un gran bostezo residencial, lo que a su hermano menor le gustaba llamar «un maldito aburritorio».

—Sí —prosiguió Vetter—. Ya veo que sí. Y tienes razón. La mayoría de las noches el barrio se cierra a las once. Pero yo he visto un montón de cosas raras en Crouch End. Y si te quedas aquí la mitad de tiempo que yo, tú también verás lo tuyo. Pasan más cosas raras aquí, en estas seis u ocho manzanas tan tranquilas, que en cualquier otro lugar de Londres; es mucho decir, ya lo sé, pero estoy convencido. Me asusta. Así que me tomo mis cervezas y entonces ya me asusta menos. Observa al sargento Cordón cuando tengas ocasión, Farnham, y pregúntate por qué tiene el pelo completamente blanco a los cuarenta años. Podrías echarle también un vistazo a Petty, pero no puedes, porque Petty se suicidó en 1976. Un verano curioso. Fue... —Se detuvo como si considerara sus palabras—. Fue un verano bastante duro. Bastante duro. Muchos de nosotros teníamos miedo de llegar a pasar a través.

—¿Quién pasará a través de qué? —preguntó Farnham.

Sentía que una sonrisa desdeñosa se abría paso hacia sus labios; sabía que no era nada diplomático, pero fue incapaz de contenerse. A su manera, Vetter estaba divagando tanto como la

americana. Siempre había sido un poco raro. La bebida, suponía. De repente se dio cuenta de que Vetter le devolvía la sonrisa.

—Crees que soy un viejo loco, ¿verdad? —preguntó.

—No, en absoluto, en absoluto —protestó Farnham gruñendo para sus adentros. "}ili,

—Eres un buen chico —aseguró Vetter—. No estarás detrás de una mesa en esta comisaría cuando llegues a mi edad. No si te quedas en el cuerpo. Te quedarás en el cuerpo, ¿verdad? ¿Te gusta el trabajo?

—Sí —asintió Farnham.

Era cierto; le gustaba el trabajo. Tenía intención de quedarse en el cuerpo a pesar de que Sheila quería que dejara la policía y encontrara un trabajo más fiable. La cadena de producción de Ford, por ejemplo. La idea de ponerse a trabajar de machaca en la Ford le ponía los pelos de punta.

—Ya me lo imaginaba —comentó Vetter mientras apagaba el pitillo—. Se te mete en la sangre, ¿eh? Podrías llegar lejos, y no acabarías en el aburrido Crouch End. Pero aun así no sabes todo. Crouch End es un sitio extraño. Deberías echar un vistazo a los archivos de casos sin resolver, Farnham. Bueno, la mayoría son cosas normales..., chicos y chicas que se escapan de casa para hacerse *hippies o punkies* o comoquiera que se llamen hoy en día...; maridos que desaparecen (y cuando echas un vistazo a sus mujeres entiendes por qué)..., incendios provocados sin resolver..., tirones... y todo eso. Pero entre todo eso hay bastantes casos que te hielan la sangre. Y algunos de ellos dan náuseas.

—¿De verdad?

Vetter asintió con la cabeza.

—Algunos se parecen mucho a lo que nos acaba de contar esa pobre muchacha americana. No volverá a ver a su marido, eso te lo aseguro —sentenció mientras miraba a Farnham y se encogía de hombros—. Puedes creerme o no. Al fin y al cabo, da igual, ¿no? El archivo está ahí mismo. Lo llamamos archivo de casos abiertos porque queda mejor que lo de casos sin resolver o casos te-jodes. Échale un vistazo, Farnham, échale un vistazo.

Farnham guardó silencio, pero lo cierto era que tenía la intención de «echarle un vistazo». La idea de que podía haber toda una serie de historias como la que acababa de contarles la americana... resultaba inquietante.

—A veces —prosiguió Vetter mientras cogía otro de los Silk Cut de Farnham— pienso en las Dimensiones. mi—¿ Dimensiones ?

—Sí, hijo mío..., las Dimensiones. Los escritores de ciencia ficción siempre están con lo de las dimensiones, ¿no? ¿Has leído algún libro de ciencia ficción, Farnham?

—No —repuso Farnham, convencido de que todo aquello era una elaborada tomadura de pelo.

—¿Y qué hay de Lovecraft? ¿Has leído algún libro suyo?

—Ni siquiera he oído hablar de él —replicó Farnham.

De hecho, la última obra de ficción que había leído por placer había sido una novela erótica victoriana titulada *Dos caballeros en bragas de seda*.

—Bueno, pues el tal Lovecraft siempre hablaba de las Dimensiones —explicó Vetter al sacar la caja de cerillas—. Las Dimensiones cercanas a las nuestras. Llenas de esos monstruos inmortales que podrían volver loco a un hombre con sólo mirarlo. Por supuesto, no son más que tonterías. Claro que cada vez que una de estas personas se esfuma, me pregunto si realmente no son más que tonterías. Y entonces, cuando llega la madrugada y todo está tranquilo, como ahora, pienso que todo el mundo, todo lo que consideramos agradable y normal puede ser como un gran balón de cuero lleno de aire. Sólo que en algunos puntos, el cuero está tan tirante que casi desaparece. Son puntos en los que las barreras son más delgadas, ¿entiendes?

—Sí —asintió Farnham.

«Tal vez deberías darme un beso, Vetter. Me encanta que me besen cuando me toman el pelo», se dijo.

—Y entonces pienso: «Crouch End es uno de estos puntos delgados». Es una tontería, claro, pero aun así lo pienso. Supongo que tengo demasiada imaginación. Mi madre siempre me lo decía.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Y sabes qué más pienso?

—No, señor, ni idea.

—En Highgate no pasa nada, eso es lo que pienso; las dimensiones son la mar de gruesas entre nosotros y las Dimensiones de Muswell Hill y Highgate. Pero coge Archway y Finsbury Park. Estos dos sitios lindan con Crouch End. Tengo amigos en los dos barrios, y conocen mi interés por ciertas cosas que no parecen nada racionales. Ciertas historias absurdas contadas, digamos, por personas a las que en nada beneficia contar historias absurdas. ¿Se te ha ocurrido preguntarte alguna vez, Farnham, por qué la mujer nos habría contado lo que nos contó si sabía que no era cierto?

—Bueno...

Vetter encendió una cerilla y miró a Farnham por encima de la llama.

—Una joven bonita, veintiséis años, con dos hijos en el hotel y un marido que es un joven abogado al que le van muy bien las cosas en Milwaukee o un sitio de esos. ¿Qué gana viniendo aquí y soltando una historia sobre las cosas que sólo se ven en las películas de Hammer?

—No lo sé —repuso Farnham con rigidez—. Pero es posible que haya una ex...

—Así que me digo —lo interrumpió Vetter— que si realmente existen esos «puntos delgados», entonces éste empieza en Archway y Finsbury Park..., pero el punto más delgado de todos está aquí, en Crouch End. Así que me digo, ¿no llegará el día en que lo que queda de cuero entre nosotros y lo que hay dentro del balón... simplemente desaparezca? ¿No llegará ese día si tan sólo la mitad de lo que nos ha contado la mujer es cierto?

Farnham no dijo nada. Estaba convencido de que lo más probable era que el oficial Vetter creyera en la quiromancia, la frenología y los rosiarucianos.

—Lee el archivo de casos sin resolver —insistió Vetter mientras se levantaba.

Se oyó un crujido cuando se llevó las manos a la parte baja de la espalda y se desperezó.

—Me voy a tomar el aire.

El oficial salió de la comisaría. Farnham lo siguió con la mirada entre divertido y resentido. Vetter estaba como un cencerro, sí señor. Y además no dejaba de gorrear tabaco. El tabaco no estaba barato en este nuevo y valiente mundo del Estado del bienestar. Cogió la libreta de Vetter y empezó a hojear de nuevo la historia de la muchacha. Sí, echaría un vistazo al archivo de casos sin resolver. Para reírse un rato.

La muchacha... o la joven, para ser políticamente correctos, algo que, por lo visto, todos los americanos eran en estos tiempos, había entrado como una exhalación en la comisaría a las diez y cuarto de la noche, con el pelo colgándole en húmedos mechones alrededor del rostro y los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Arrastraba el bolso por la correa.

—Lonnie —dijo—. Por favor, tienen que encontrar a Lonnie.

—Bueno, haremos lo que podamos, ¿verdad? —repuso Vetter—. Pero tiene que contarnos quién es Lonnie.

—Está muerto —repuso la joven—. Sé que está muerto.

Rompió a llorar. De repente, se echó a reír, mejor dicho, a cloquear. Dejó caer el bolso ante sí. Estaba histérica.

La comisaría estaba casi desierta a aquellas horas de las noches laborables. El sargento Raymond estaba tomando declaración a una mujer paquistaní que contaba con una calma casi imperturbable, que un tunante con muchos tatuajes de fútbol y una gran cresta de cabello azul le

había robado el bolso en Hillfield Avenue. Vetter vio a Farnham entrar desde la antesala, donde había estado quitando pósters viejos (¿TIENES LUGAR EN TU CORAZÓN PARA UN NIÑO NO DESEADO?) y poniendo otros nuevos (SEIS REGLAS PARA IR EN BICICLETA SIN PELIGRO POR LA NOCHE).

Vetter hizo señas a Farnham para que se acercara, y a Raymond, que se había vuelto de inmediato al oír la voz medio histérica de la americana, para que no se acercara. Raymond, al que le gustaba romperles los dedos a los carteristas («Vamos, hombre —exclamaba cuando le pedían que justificara aquel procedimiento tan irregular—. Cincuenta millones de tipos no pueden estar equivocados»), no era el más indicado para tratar a una mujer histérica.

—¡Lonnie! —chilló la joven—. ¡Por favor, tienen a Lonnie!

La mujer paquistaní se volvió hacia la joven americana, la observó con gran calma durante un instante y a continuación se volvió de nuevo hacia el sargento Raymond para seguir explicándole cómo le habían robado el bolso.

—Señorita... —empezó el oficial Farnham.

—¿Qué pasa ahí fuera? —susurró la mujer.

Su respiración era entrecortada. Farnham se dio cuenta de que tenía un pequeño rasguño en la mejilla izquierda. Era una monada, con buenas tetas, pequeñas pero respingonas, y una espesa melena de cabello castaño. Vestía ropas moderadamente caras. Se le había desprendido el tacón de un zapato.

—¿Qué pasa ahí fuera? —repitió—. Monstruos...

La mujer paquistaní se volvió de nuevo hacia ella... y sonrió. Tenía los dientes podridos. La sonrisa se desvaneció de pronto como por arte de magia, y la mujer cogió el impreso de Propiedad Perdida y Sustraída que le alargaba Raymond.

—Ve a buscar un café para la señora y bájalo a la Sala Tres —ordenó Vetter—. ¿Le apetece un café, señora?

—Lonnie —susurró—. Sé que está muerto.

—Bueno, bueno, venga usted con el viejo Ted Vetter y arreglaremos este asunto en un santiamén —la animó al tiempo que la ayudaba a levantarse.

La joven seguía farfullando entre gemidos cuando el oficial la guió por el pasillo con un brazo alrededor de su cintura. Se tambaleaba a causa del tacón desprendido.

Farnham fue a buscar el café y lo llevó a la Sala Tres, un sencillo cubículo blanco amueblado con una mesa llena de arañazos, cuatro sillas y un surtidor de agua en un rincón. Colocó el tazón de café ante la joven.

—Aquí tiene, señora —dijo—. Le sentará bien. Hay azúcar si...

—No puedo bebérmelo —rechazó la mujer—. No podría...

De repente rodeó la taza de porcelana, un recuerdo ya olvidado que alguien se había traído de Blackpool, con ambas manos, como si quisiera entrar en calor. Le temblaban las manos, y Farnham sintió deseos de decirle que soltara el tazón antes de que se derramara el café y le quemara las manos.

—No podría —repitió la joven. Entonces tomó un sorbo sosteniendo todavía el tazón con ambas manos, del mismo modo en que los niños cogen su tazón de caldo. Y cuando alzó la mirada hacia ellos, había en su rostro una expresión infantil, exhausta, implorante... y acorralada, en cierto modo. Era como si lo que hubiera ocurrido la hubiera devuelto a la infancia; como si una mano invisible hubiera bajado del cielo y le hubiera arrebatado los últimos veinte años de su vida, poniendo a una niña enfundada en ropas de mujer americana en aquella pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Crouch End.

—Lonnie —dijo—. Los monstruos. ¿Me ayudarán? ¿Por favor, me ayudarán? Tal vez no esté muerto. Tal vez... ¡Soy ciudadana americana! —gritó de pronto, y como si acabara de decir algo terriblemente vergonzoso, estalló en sollozos.

—Vamos, señora —la tranquilizó Vetter dándole unas palmaditas en el hombro—. Creo que podremos ayudarla a encontrar a su Lonnie. Es su marido, ¿verdad?

La joven asintió sin dejar de sollozar.

—Danny y Norma están en el hotel... con la canguro... esperando que él les vaya a dar un beso cuando volvamos...

—Lo mejor sería que se tranquilizara y nos contara qué ha pasado...

—Y dónde ha pasado —añadió Farnham.

Vetter le lanzó una mirada rápida y frunció el ceño.

—¡Pero es que es eso! —gritó la joven—. ¡No sé dónde ha pasado! ¡Ni siquiera sé muy bien qué ha pasado, sólo que ha sido ho-ho-horrible!

Vetter había sacado la libreta de notas.

—¿Cómo se llama, señora?

—Doris Freeman. Mi marido se llama Leonard Freeman. Nos hospedamos en el Hotel Inter-Continental. Somos americanos.

En esta ocasión, aquella declaración pareció tranquilizarla un poco. Tomó otro sorbo de café y dejó el tazón sobre la mesa. Farnham observó que tenía las palmas de las manos bastante enrojecidas. «Ya te darás cuenta más tarde, cariño», pensó.

Vetter lo estaba anotando todo en la libreta. Alzó la vista

hacia el oficial Farnham y lo miró durante una fracción de segundo sin expresión aparente.

—¿Están de vacaciones? —inquirió.

—Sí..., dos semanas aquí y una en España. Se suponía que íbamos a pasar una semana en Barcelona..., ¡pero esto no nos ayudará a encontrar a Lonnie! ¿Por qué me hacen todas estas preguntas estúpidas?

—Estamos intentando determinar los antecedentes, señora Freeman —intervino Farnham.

Sin percatarse de ello, ambos habían adoptado un tono bajo y tranquilizador.

—Y ahora continúe y cuéntenos qué ha sucedido. Cuéntelo con sus propias palabras.

—¿Por qué cuesta tanto encontrar un taxi en Londres? —preguntó la joven de repente.

Farnham no sabía qué decir, pero Vetter respondió como si la pregunta fuera de lo más acorde a la conversación.

—No sabría decirle, señora. Es por los turistas, en parte. ¿Por qué lo pregunta? ¿Les ha costado mucho encontrar un taxi para llegar hasta Crouch End?

—Sí —asintió la joven—. Hemos salido del hotel a las tres y hemos ido a Hatchard's. ¿Lo conoce?

—Sí, señora —repuso Vetter—. Es esa librería tan grande, ¿verdad?

—No hemos tenido ningún problema para encontrar un taxi desde el Inter-Continental... Están todos en fila delante de la puerta. Pero cuando hemos salido de Hatchard's, ni uno. Y cuando por fin se ha parado uno, el taxista se ha puesto a reír y a menear la cabeza cuando le hemos dicho que queríamos ir a Crouch End.

—Sí, a veces se ponen muy gilipollas cuando se trata de ir a las afueras... Perdón, señora —comentó Farnham.

—Ni siquiera aceptó cuando le ofrecimos una libra de propina —prosiguió Doris Freeman en tono de perplejidad muy americana—. Hemos esperado casi media hora antes de que un taxista aceptara llevarnos. Ya eran las cinco y media, quizás las seis menos cuarto. Y entonces es cuando Lonnie se ha dado cuenta de que había perdido la dirección... La señora Freeman volvió a aferrarse al tazón.

—¿A quién iban a ver? —inquirió Vetter.

—A un colega de mi marido. Un abogado llamado John Suales. Mi marido no lo conocía, pero los bufetes en los que trabajaban estaban...

Hizo un gesto vago.

—¿Asociados?

—Sí, supongo. Cuando el señor Suales se enteró de que veníamos a Londres de vacaciones, nos invitó a cenar a su casa. Lonnie siempre le había escrito a su despacho, claro está, pero tenía su dirección particular anotada en un papel. Y cuando hemos subido al taxi se ha dado cuenta de que la había perdido. Y lo único que recordaba era que estaba en Crouch End.

»Crouch End... Me parece un nombre espantoso —dijo mirándonos con expresión solemne.

—¿Y entonces qué han hecho? —preguntó Vetter.

La joven empezó a hablar. Cuando terminó ya había dado cuenta del primer tazón de café y casi de otro más, y el oficial Vetter había llenado varias páginas de la libreta con su ancha letra de imprenta.

Lonnie Freeman era un hombre corpulento, y al verlo inclinado hacia delante en el asiento trasero para poder hablar con el taxista, a Doris le pareció que tenía el mismo aspecto que la primera vez que lo había visto, durante un partido de baloncesto en el último año de carrera. Estaba sentado en el banquillo, con las rodillas a la altura de las orejas, las manos coronadas por grandes muñecas colgando entre las piernas. Sólo que en aquella ocasión llevaba pantalones cortos de baloncesto y una toalla alrededor del cuello, y ahora llevaba traje y corbata. Nunca había jugado en muchos partidos, recordó Doris con cariño, porque no era demasiado bueno. Y perdía direcciones.

El taxista escuchó con paciencia el cuento de la dirección perdida. Se trataba de un hombre mayor, impecable en su traje de verano, la antítesis del desaliñado taxista neoyorquino. Sólo la gorra de lana a cuadros que llevaba desentonaba; pero desentonaba de un modo agradable, pues le confería un toque de libertina elegancia. Fuera, el tráfico fluía sin cesar por Haymarket; el teatro anunciaba que *El fantasma de la ópera* proseguía su andadura en apariencia interminable.

—Bueno, vamos a hacer una cosa, caballero —dijo por fin el taxista—. Los llevo a Crouch End, nos paramos en una cabina, usted averigua la dirección de su amigo y después los llevo hasta la mismísima puerta.

—Estupendo —exclamó Doris.

Y lo decía en serio. Llevaban seis días en Londres, y no recordaba haber estado nunca en ningún otro lugar en el que la gente fuera tan amable y civilizada.

—Gracias —dijo Lonnie antes de retrepase en el asiento y rodear a Doris con un brazo—. ¿Lo ves? No pasa nada.

—Eres un desastre —lo riñó ella en broma al tiempo que le asestaba un ligero puñetazo en el vientre.

—Adelante, pues —exclamó el taxista—. A Crouch End.

Estaban a fines de agosto, y un viento cálido y constante removía la basura por las calles y hacía revolotear las chaquetas y faldas de los hombres y mujeres que se dirigían del trabajo a casa. El sol se estaba poniendo, pero cuando brillaba por entre los edificios lo hacía con el reflejo rojizo del atardecer, según comprobó Doris. El taxi avanzaba con un suave zumbido. Doris se relajó al sentir el brazo de Lonnie alrededor de los hombros. Tenía la sensación de que lo había visto más en los últimos seis días que en todo el año junto, y le gustó descubrir que le gustaba aquello.

Además, nunca había salido de América, y no cesaba de recordarse que estaba en Inglaterra, que iba a ir a Barcelona y que ya quisieran muchos.

Al cabo de unos instantes, el sol desapareció tras un muro de edificios, por lo que perdió el sentido de la orientación casi de inmediato. Había descubierto que eso sucedía casi siempre cuando uno iba en taxi por Londres. La ciudad era un inmenso laberinto de carreteras, pasajes,

colinas, cercados (e incluso mesones), y no entendía cómo la gente no se perdía cada dos por tres. Cuando se lo había mencionado a Lonnie el día anterior, éste había respondido que todo el mundo tenía mucho cuidado... ¿No había observado que todos los taxistas tenían la *Guía de Londres* bien guardadita debajo del volante? Era el trayecto en taxi más largo que habían realizado hasta entonces. La parte elegante de la ciudad quedó atrás (pese a aquella extraña sensación de andar describiendo círculos). Atravesaron un distrito de bloques monolíticos de viviendas de protección oficial que parecía desierto a juzgar por la señales de vida que se apreciaban (no, se corrigió en la sala blanca de interrogatorios; había visto a un niño pequeño sentado en el bordillo de la acera, encendiendo cerillas), a continuación una zona de tiendas y puestos de fruta pequeños y de aspecto bastante destartado, y luego (no era de extrañar que los forasteros se desorientaran tanto en Londres) volvieron a entrar en la parte elegante de la ciudad.

—Incluso había un McDonald's —explicó a Vetter y a Farnham en un tono de voz por lo general reservado para hacer referencia a la Esfinge y a los Jardines Colgantes.

—¿De verdad? —exclamó Vetter con el debido respeto.

Al fin y al cabo, la joven estaba recordando cada detalle, y Vetter no quería que nada rompiera el hechizo, al menos hasta que les hubiese contado todo lo que pudiera.

La zona elegante con el McDonald's en el centro quedó atrás. Llegaron a un claro y de nuevo apareció el sol, una gran bola anaranjada justo encima del horizonte, que bañaba las calles en una extraña luz que confería a todos los peatones el aspecto de estar a punto de arder.

—Ha sido entonces cuando las cosas han empezado a cambiar —dijo la joven.

Había bajado la voz y le volvían a temblar las manos. Vetter se inclinó hacia delante con vehemencia.

—¿A cambiar? ¿Qué quiere decir con eso, señora Freeman?

Habían pasado ante el escaparate de un quiosco, explicó, y en la pizarra habían escrito: SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO.

—¡Mira eso, Lonnie!

—¿Qué?

Lonnie volvió rápidamente la cabeza, pero el quiosco ya había quedado atrás. -s¿%

—Decía: «Sesenta desaparecidos en desastre subterráneo». ¿No es así como llaman el metro? ¿El Subterráneo?

—Sí..., eso o el Tubo. ¿Ha habido un choque?

—No lo sé —repuso ella al tiempo que se inclinaba hacia delante—. Oiga, señor, ¿sabe lo que pasó en el metro? ¿Hubo un choque?

—¿Una colisión, señora? Que yo sepa no.

—¿Tiene radio?

—En el taxi no, señora.

—Lonnie.

- ¿Sí?

Pero Doris se dio cuenta de que Lonnie había perdido

todo interés en el asunto. De nuevo estaba rebuscando en los bolsillos, a la caza del pedazo de papel en el que había anotado la dirección de John Suales, y puesto que llevaba un traje de tres piezas, había un montón de bolsillos en los que buscar.

El mensaje escrito con tiza en la pizarra le volvía una y otra vez a la memoria; SESENTA MUERTOS EN COLISIÓN DEL TUBO, debería haber dicho. Pero SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO... Aquellas palabras le producían cierta inquietud. No decía «muertos», sino «desaparecidos», la misma palabra que las noticias de los viejos tiempos empleaban siempre para referirse a los marineros que se habían ahogado en la mar.

DESASTRE SUBTERRÁNEO.

No le gustaba. Le hacía pensar en cementerios, alcantarillas y cosas viscosas y fétidas surgiendo de repente de los tubos y envolviendo con sus brazos (tentáculos, tal vez) a los desprevenidos pasajeros que esperaban en el andén antes de arrastrarlos hacia las tinieblas...

Giraron a la derecha. Junto a unas motocicletas aparcadas se veía a tres chicos en ropa de cuero. Miraron el taxi y por un momento, pues el sol le daba casi por completo en la cara, le pareció que aquellos motoristas no tenían cabezas humanas. Por un instante estuvo convencida de que sobre aquellas cazadoras de cuero se alzaban cabezas de ratas, ratas de ojos negros que miraban el taxi con fijeza. De repente, la luz se desplazó un poco y vio que estaba equivocada, por supuesto; no eran más que tres jóvenes fumando un cigarrillo delante de la versión británica de la tienda de golosinas americana.

—Allá vamos —indicó Lonnie abandonando la búsqueda y señalando al exterior.

Estaban pasando junto a una señal que decía: CROUCH HILL ROAD. Viejas casas de ladrillos amontonadas como ancianas soñolientas parecían mirar el taxi desde sus ventanas vacías. Pasaron algunos niños montados en bicicletas o en triciclos. Otros dos niños estaban intentando montar en su monopatín, aunque sin demasiado éxito. Algunos padres que habían regresado del trabajo estaban sentados juntos, fumando y observando a los niños. Todo parecía tranquilizadamente normal.

El taxi se detuvo ante un restaurante de aspecto destartado en cuyo escaparate había un cartel que anunciaba que se trataba de un local autorizado para servir licores, y otro mucho más grande en el centro, en el que se leía que se preparaban platos de curry para llevar. En el alféizar del escaparate dormía un gigantesco gato gris. Junto al restaurante se veía una cabina telefónica.

—Bueno, señor —dijo el taxista—. Averigüe la dirección de su amigo y después los llevo allí.

—De acuerdo —repuso Lonnie antes de apearse.

Doris se quedó dentro un momento y a continuación también se apeó con la intención de estirar las piernas. Seguía soplando aquel viento cálido, que le adhería la falda a las rodillas y en un momento dado le lanzó el envoltorio de un helado, que se le quedó pegado a la espinilla. Doris se desprendió de él con una mueca de asco. Al alzar la vista se encontró con la mirada del enorme gato gris, que la miraba con un solo ojo de expresión inescrutable. Había perdido la mitad de la cara en alguna batalla ya lejana. Lo único que le quedaba era una retorcida masa rosada de tejido cicatrizado, una catarata lechosa y unos cuantos mechones de pelo.

El gato maulló en silencio a través del cristal.

Acometida por una sensación de asco, Doris se dirigió hacia la cabina telefónica y miró por los vidrios sucios. Lonnie hizo un ademán de triunfo con el pulgar y el índice, y le guiñó el ojo. A continuación metió diez peniques en la ranura y habló con alguien. Lanzó una carcajada que no se oyó a través del cristal. Como el gato. Doris se volvió para ver al minino, pero el escaparate estaba vacío. En la penumbra del local se veían sillas colocadas sobre las mesas y a un anciano con una escoba. Cuando se volvió de nuevo hacia la cabina, vio que Lonnie estaba apuntando algo. Luego se guardó el bolígrafo, sostuvo el papel en la mano (Doris comprobó que había una dirección apuntada), dijo un par de cosas más, colgó y por fin salió de la cabina.

Blandió el papel en ademán de triunfo.

—Bueno, ya es...

Miró por encima del hombro de Doris y de repente frunció el ceño.

—¿Dónde está ese maldito taxi?

Doris se volvió. El taxi se había esfumado. En el lugar en el que se había parado ya sólo quedaba el bordillo y algunos papeles que revoloteaban perezosos por la cuneta. Al otro lado de la calle, dos niños se abrazaban riendo. Doris se dio cuenta de que uno de ellos tenía una mano

deforme que parecía más bien una garra. Había creído que la Seguridad Social tenía la obligación de ocuparse de aquellas cosas. Los chicos se volvieron hacia ellos, vieron que los estaban observando y de nuevo se abrazaron entre risitas.

—No lo sé —repuso Doris.

Se sentía desorientada y un poco tonta. El calor, el viento constante que no parecía soplar en ráfagas, la tonalidad de la luz, que casi parecía pintada...

—¿Qué hora era? —inquirió Farnham de repente.

—No lo sé —repuso Doris Freeman con un sobresalto—. Las seis, creo. Quizás y veinte.

—Muy bien; continúe —alentó Farnham, quien sabía perfectamente que, en agosto, la puesta de sol no empezaba en ningún caso hasta bien pasadas las siete.—Pero ¿qué es lo que ha hecho? —insistió Lonnie sin dejar de mirar alrededor, como si esperara que su enfado bastaría para que el taxi volviera a aparecer—. ¿Poner el motor en marcha y largarse?

—Quizás cuando has levantado la mano —aventuró Doris mientras repetía el gesto del índice y el pulgar que Lonnie había hecho desde la cabina—; a lo mejor ha pensado que le decías que se marchara.

—Me tendría que haber pasado mucho rato haciendo ese gesto para que se marchara sin que le pagáramos las dos libras y media que le debíamos —gruñó Lonnie.

Se dirigió al bordillo de la acera. Al otro lado de Crouch Hill Road, los dos niños seguían riendo.

—¡Eh! —gritó Lonnie—. ¡Eh, niños!

—¿Es usted americano, señor? —gritó el niño de la mano deforme.

—Sí —repuso Lonnie con una sonrisa—. ¿Habéis visto el taxi que estaba aquí? ¿Sabéis adonde ha ido?

Los dos niños parecieron considerar la pregunta. La compañera del niño era una niña de unos cinco años peinada con dos trenzas desordenadas que apuntaban en direcciones opuestas. La niña avanzó hacia el bordillo, se llevó ambas manos a la boca para hacerse oír mejor y sin dejar de sonreír, gritando entre las manos colocadas a modo de megáfono y la sonrisa, exclamó:

—¡A la porra, tío!

Lonnie abrió la boca asombrado.

—¡Señor, señor, señor! —chilló el niño mientras hacía saludos militares con la mano deforme.

De repente, ambos niños giraron sobre sus talones y doblaron la esquina a toda prisa hasta perderse de vista. Sus risas quedaron atrás como un eco.

Lonnie miró Doris con expresión anonadada.

—Bueno, parece que a algunos niños de Crouch End no les vuelven precisamente locos los americanos —comentó por decir algo.

Doris miró en derredor con nerviosismo. La calle estaba desierta.

—En fin, cariño, creo que tendremos que ir a pie —anunció Lonnie al tiempo que la rodeaba con un brazo.

—No sé si quiero hacer eso. A lo mejor esos dos niños se han ido a buscar a sus hermanos mayores.

Lanzó una carcajada para indicar que estaba bromeando, pero lo cierto es que le salió un poco demasiado aguda. La tarde había cobrado un matiz irreal que no le hacía mucha gracia. Habría preferido quedarse en el hotel.

—Pues no nos queda más remedio —comentó Lonnie—. La calle no está precisamente a rebosar de taxis, ¿no te parece?

—Lonnie, ¿por qué se habrá marchado el taxista? Parecía tan simpático...

—No tengo ni la menor idea. Pero John me ha indicado muy bien el camino. Vive en una calle llamada Brass End, que es una callejuela sin salida, y me ha dicho que no está en la *Guía*.

Mientras hablaba apartaba a Doris de la cabina telefónica, del restaurante que preparaba platos de curry para llevar, del bordillo ahora desierto. Estaban caminando de nuevo por Crouch Hill Road.

—Giramos a la derecha en Hillfield Avenue, a la izquierda a media calle, después la primera a la derecha... ¿o a la izquierda? Bueno, hacia Petrie Street. Y la segunda a la izquierda es Brass End.

—¿Y te acuerdas de todo eso?

—Claro, soy el testigo presencial estrella —repuso Lonnie con valentía.

Doris no tuvo más remedio que echarse a reír. Lonnie siempre conseguía que las cosas parecieran ir bien.

En el vestíbulo de la comisaría había un mapa de Crouch End bastante más detallado que el que figuraba en la *Guía de Londres*. Farnham se acercó a él y lo estudió con las manos embutidas en los bolsillos. La comisaría estaba muy silenciosa; Vetter seguía fuera, intentando sacudirse un poco las telarañas, al menos eso esperaba, y Raymond había acabado ya hacía rato con la señora a la que habían robado el bolso. Farnham puso el dedo en el lugar en que el taxista debía de haberlos dejado, siempre y cuando la historia de la mujer tuviera algo de verdad, claro está. La ruta hacia la casa de su amigo parecía bastante directa. Crouch Hill Road hasta Hillfield Avenue, después a la izquierda en Vickers Lane y otra vez a la izquierda en Petrie Street. Brass End, que empezaba en Petrie Street como si alguien hubiera decidido ponerla ahí en el último momento, no debía de tener más de seis u ocho casas. Alrededor de un kilómetro y medio en total. Incluso una pareja de americanos podía recorrer aquella distancia sin perderse.

—¡Raymond! —exclamó—. ¿Estás aquí? El sargento Raymond entró. Llevaba ropa de paisano y se estaba poniendo una cazadora de popelina.

—Me marcho ahora mismo, mi querido amigo imberbe.

—Déjalo ya —replicó Farnham, aunque sin dejar de sonreír.

Raymond le daba un poco de miedo. Un solo vistazo al escalofriante tipo bastaba para convencerse de que estaba bastante cerca de la valla que separaba a los buenos de los malos. Una serpenteante cicatriz blanca le bajaba desde la comisura de los labios hasta la nuez. Afirmaba que, en cierta ocasión, un carterista había estado a punto de rebanarle el cuello con un vidrio. Afirmaba que por eso les rompía los dedos. Farnham creía que aquello era mentira. Creía que Raymond les rompía los dedos porque le gustaba el sonido, sobre todo cuando se rompían los nudillos.

—¿Tienes un pitillo? —preguntó Raymond. Farnham suspiró y le dio uno.

—¿Hay algún restaurante especializado en curry en Crouch Hill Road? —inquirió mientras se lo encendía.

—Que yo sepa no, cariño mío —repuso Raymond.

—Ya me parecía.

—¿Algún problema, querido?

—No —replicó Farnham en tono algo cortante, sin poder quitarse de la cabeza el cabello enmarañado y la mirada fija de Doris Freeman.

Casi al final de Crouch Hill Road, Doris y Lonnie Freeman giraron hacia Hillfield Avenue, que estaba flanqueada por casas imponentes y de aspecto elegante. No eran más que fachadas, se dijo Doris, probablemente divididas con precisión quirúrgica en apartamentos y habitaciones.

—Bueno, de momento vamos bien —comentó Lonnie.

—Sí, es... —empezó Doris.

Y en aquel momento empezaron los gemidos.

Ambos se detuvieron en seco. Los gemidos procedían de su derecha, de detrás de un seto alto que rodeaba un pequeño jardín.

Lonnie dio unos pasos en dirección al sonido, y Doris lo agarró por el brazo.

—¡No, Lonnie!

—¿Cómo que no? —replicó él—. Alguien está herido.

Doris lo siguió intranquila. El seto era alto pero ralo. Lonnie pudo apartar unas ramas a un lado y ver un cuadrado de césped rodeado de flores. El césped estaba muy verde. En el centro se veía un parche negro humeante...; o al menos ésa fue la primera impresión que tuvo Doris. Al asomarse por encima del brazo de Lonnie, pues el hombro estaba demasiado alto como para poder mirar por encima de él, vio que se trataba de un agujero de forma vagamente humana. El humo salía de aquel agujero.

SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO, pensó de repente.

Los gemidos procedían del hoyo, y Lonnie empezó a abrirse paso por entre las ramas del seto.

—Lonnie —susurró Doris—. No vayas, por favor.

—Hay alguien herido ahí dentro —repitió él al tiempo que terminaba de atravesar el seto produciendo un rasgueo cerdoso. Doris lo vio avanzar, y en aquel momento las ramas del seto volvieron a colocarse en su sitio, y ya no vio nada más que la vaga silueta de Lonnie dirigiéndose hacia el hoyo. Intentó abrirse paso por entre las ramas, pero no consiguió más que arañarse los brazos con las ramitas cortas y rígidas del seto, ya que llevaba una blusa sin mangas.

—¡Lonnie! —exclamó acometida por un repentino miedo—. ¡Lonnie, vuelve!—¡Un momento, cariño! : La casa la miraba impasible por encima del seto.

Los gemidos todavía se oían, pero habían adquirido un matiz más bajo, gutural, alegre, en cierto modo. ¿Es que Lonnie no se daba cuenta?

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí abajo? —oyó gritar a Lonnie—. ¿Hay alguien ahí...? ¡Oh! ¡DIOS MÍO!

Y de repente, Lonnie empezó a gritar. Doris jamás lo había oído gritar, y el sonido hizo que le temblaran las piernas. Buscó desesperada un agujero en el seto, un camino, pero no encontró nada. Un montón de imágenes le cruzaron por la mente... Los motoristas que le habían parecido ratas por un instante, el gato de la cara destrozada, el niño de la mano deforme... *Lonnie*, intentó gritar, pero de sus labios no brotó sonido alguno.

Le llegaron a los oídos sonidos de lucha. Los gemidos se habían detenido. Pero desde el otro lado del seto se oía una serie de chapoteos. De repente, Lonnie salió despedido por entre las rígidas ramas como si le hubieran dado un tremendo empujón. Tenía la manga negra del traje medio desgarrada y salpicada de manchas negras que parecían humear, igual que el hoyo del jardín.

—¡Corre, Doris!

—Lonnie, ¿qué...?

—¡Corre!

Tenía el rostro blanco como el papel.

Desesperada, Doris recorrió la calle con la mirada en busca de un policía. De alguien. Pero a juzgar por el movimiento que había allí, Hillfield Avenue podría haber formado parte de una ciudad totalmente desierta. Se volvió de nuevo hacia el seto y vio que algo se movía al otro lado, algo que era más que negro; parecía de ébano, la antítesis de la luz.

Y chapoteaba.

Al cabo de un instante, las ramas cortas y rígidas del seto empezaron a crujir. Doris se las quedó mirando como hipnotizada. Podría haberse quedado ahí para siempre, según explicó a Vetter y a Farnham, si Lonnie no la hubiera agarrado por el brazo y le hubiera gritado... Sí, Lonnie, que jamás levantaba la voz a los niños, había chillado. Si no hubiera sido por él, tal vez todavía seguiría ahí parada. O quizás... Pero echaron a correr.

—¿Pero hacia dónde? —preguntó Farnham, pero Doris no lo sabía.

Lonnie estaba fuera de sí, acometido por la histeria, el pánico y la repugnancia, eso era lo único que sabía. Le rodeó la muñeca con los dedos como si le pusiera una esposa, y se alejaron corriendo de la casa que se alzaba sobre el seto, así como del humeante hoyo del jardín. Eso lo sabía con seguridad; lo demás no era más que una cadena de impresiones vagas.

Al principio les costó correr, pero luego se hizo más fácil porque la calle hacía pendiente. Giraron una vez y luego otra. Las casas grises de pórticos altos y persianas verdes bajadas parecían observarlos como si fueran pensionistas ciegos. Recordaba que Lonnie se había quitado la americana salpicada de aquella sustancia negra y la había arrojado al suelo. Por fin llegaron a una calle más ancha.

—Para —jadeó Doris—. ¡Para, no puedo más!

Se llevó la mano al costado, donde tenía la sensación de que le habían colocado un clavo ardiendo.

Lonnie se detuvo. Habían salido del barrio residencial y se hallaban en la esquina de Crouch Lañe con Norris Road. Una señal colocada al otro lado de Norris Road anunciaba que estaban a tan sólo un kilómetro y medio de Slaughter Town.

—¿No sería Town? —sugirió Vetter.

—No—insistió Doris Freeman—. Slaughter Town, con e.

Raymond apagó el cigarrillo que le había gorreado a Farnham.

—Me largo —anunció.

De repente se detuvo y observó a Farnham con atención.

—Deberías cuidarte más, cariñito. Tienes unas ojeras de impresión. ¿Tienes también pelos en las palmas de las manos para hacer juego?

Lanzó una carcajada grosera.—¿Has oído hablar alguna vez de Crouch Lañe? —inquirió Farnham. q

—Querrás decir Crouch Hill Road.

—No, Crouch Lañe.

—No lo había oído en mi vida. n

—¿Y Norris Road?

—Es la que empieza en la ronda de Basingstoke...

—No, aquí. —No, aquí no, cariñito.

Por alguna razón que no comprendía, pues no cabía duda de que la mujer estaba chiflada, Farnham insistió.

—¿Y Slaughter Town?

—¿Town? ¿No Town?

—Eso, Town.

—Pues ni idea, pero si me entero de que existe, creo que no me acercaré por allí.

—¿Y eso por qué?

—Porque en la lengua de los druidas, un touen o townen era un sitio donde se hacían sacrificios rituales; donde le quitaban a uno el hígado y las tripas, en otras palabras.

Dicho aquello, Raymond se subió la cremallera de la cazadora y salió de la comisaría.

Algo inquieto, Farnham lo siguió con la mirada. «Lo último se lo ha inventado. Lo que un tipejo como Sid Raymond sabe de los druidas cabe en la cabeza de un alfiler y todavía te queda sitio para escribir el Padrenuestro.»

Exacto. E incluso aunque hubiera tenido acceso a un dato como aquél, eso no alteraba el hecho de que la mujer debía de...

—Debo de estar volviéndome loco —comentó Lonnie.

Doris miró el reloj y vio que les habían dado las ocho menos cuarto sin darse cuenta. La luz había cambiado; del naranja claro había pasado a un rojo oscuro y lóbrego que se reflejaba en los escaparates de las tiendas de Norris Road y que parecía bañar en sangre coagulada el campanario de una iglesia que había al otro extremo de la calle.

El sol se había convertido en una esfera suspendida sobre el horizonte.

—¿Qué ha pasado en el jardín? —preguntó Doris—. ¿Qué ha pasado, Lonnie?

—Y también he perdido la chaqueta. Lo que faltaba.

—Lonnie no la has perdido; te la has quitado. Estaba cubierta de...

—¡No seas estúpida! —le gritó Lonnie. Sin embargo, sus ojos no parecían enojados, sino suaves, asustados, vagos.

—La he perdido, eso es todo.

—Lonnie, ¿qué ha pasado cuando has atravesado el seto?

—Nada. No quiero hablar de ello. ¿Dónde estamos?

—Lonnie...

—No me acuerdo —la interrumpió su marido con mayor suavidad—. Estoy como en blanco. Estábamos ahí..., oímos un ruido..., y entonces estábamos corriendo. Es lo único que recuerdo. —Hizo una pausa antes de añadir con voz asustada e infantil—: ¿Por qué tiraría la chaqueta? Me gustaba mucho. Hacía juego con los pantalones.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una aterradora carcajada de loco; de repente, Doris se dio cuenta de que fuera lo que fuese lo que hubiese visto más allá del seto, la escena le había hecho perder el control, al menos en parte. Seguramente a ella le habría pasado lo mismo... si lo hubiera visto. Daba igual. Tenían que salir de allí. Volver al hotel, con los niños.

—Vamos a coger un taxi. Quiero volver a casa.

—Pero John... —empezó Lonnie.

—¡Al diablo con John! —gritó ella—. Algo va mal aquí, todo va mal aquí, ¡y quiero coger un taxi y volver a casa!

—De acuerdo, de acuerdo —convino Lonnie al tiempo que se pasaba una mano temblorosa por la frente—. Estoy de acuerdo. El único problema es que no hay taxis.

Era cierto; no había ningún vehículo en Norris Road, que era una calle ancha y adoquinada. En el centro se veían los raíles de un antiguo tranvía. Al otro lado, delante de la floristería, había aparcada una furgoneta de reparto de tres ruedas muy antigua. Un poco más lejos, en la misma acera en la que se encontraban, había una moto Yamaha apoyada en el caballete. Nada más. Se oía el ruido de coches, pero era un ruido lejano, difuso.

—A lo mejor la calle está cerrada por obras —masculló Lonnie.

Y entonces hizo algo raro..., al menos raro en él, que siempre era tan despreocupado y confiado. Miró por encima del hombro como si temiera que los estuvieran siguiendo.

—Iremos a pie —anunció Doris.

—¿Hacia dónde?

—Pues a cualquier sitio. Fuera de Crouch End. Encontraremos un taxi si salimos de aquí.

De repente estaba convencida de eso, al menos.

—De acuerdo.

Lonnie parecía totalmente dispuesto a dejarle llevar las riendas de todo aquel asunto.

Empezaron a caminar por Norris Road en dirección al sol. El lejano zumbido del tráfico se mantuvo constante, sin disminuir aunque, al parecer, sin aumentar. La soledad estaba empezando a atacarle los nervios. Tenía la sensación de que los observaban; intentó desterrar aquel pensamiento, pero no pudo. El sonido de sus pisadas

(SESENTA DESAPARECIDOS EN DESASTRE SUBTERRÁNEO)

retumbaba tras ellos. No podía apartar de su mente la escena del seto, y por fin no pudo resistir el deseo de preguntar de nuevo.

—Lonnie, ¿qué ha pasado en el jardín?

—No me acuerdo, Doris —repuso él sin más—. Y no quiero acordarme.

Pasaron delante de un mercado cerrado; apoyada en el escaparate había una pila de cocos que parecían cabezas reducidas vistas desde atrás. Pasaron delante de una lavandería en la que las lavadoras blancas habían sido apartadas de las paredes de planchas de yeso de color rosa como dientes arrancados de encías podridas. Pasaron delante de un escaparate cubierto de jabón en el que un viejo cartel ofrecía LOCAL EN ALQUILER.

Algo se movió detrás de las manchas de jabón, y Doris vio que se trataba de la cara rosada y llena de cicatrices de un gato. El mismo gato gris.

Consultó su interior y llegó a la conclusión de que se estaba acercando lentamente al pánico. Tenía la sensación de que los intestinos habían empezado a retorcerse lentos y perezosos en el vientre. Tenía un extraño sabor de boca, como si hubiera utilizado un elixir muy penetrante. Los adoquines de Norris Road emanaban sangre fresca a la luz del anochecer.

Se estaban acercando a un paso inferior. Y ahí abajo estaba oscuro. «No puedo —le comunicó su mente sin grandes aspavientos—. No puedo bajar ahí, ahí abajo puede haber cualquier cosa, no me lo pidas porque no puedo.»

Otra parte de su mente preguntó si podría soportar volver sobre sus pasos, pasar de nuevo delante de la tienda en la que había vuelto a ver al gato (¿cómo habría llegado hasta ahí desde el restaurante?, mejor no preguntárselo, mejor ni siquiera pensar en ello), delante de los extraños residuos bucales de la lavandería, delante del Mercado de las Cabezas Reducidas. No se veía capaz de hacerlo.

Ya estaban muy cerca del paso inferior. Un tren de seis vagones pintado de un extraño color hueso pasó sobre él de un modo inesperado, una enloquecida novia de acero que iba a toda prisa al encuentro de su novio. Las ruedas despedían brillantes abanicos de chispas. Doris y Lonnie retrocedieron involuntariamente, pero fue Lonnie quien gritó. Doris lo miró y se dio cuenta de que en la última hora, su marido se había convertido en alguien al que nunca había visto con anterioridad, alguien cuya existencia ni tan siquiera había sospechado. Tenía el cabello más gris, y aunque se dijo con firmeza, con toda la firmeza de que era capaz, que no se debía más que a la luz del atardecer, fue en realidad el aspecto de su cabello lo que la convenció. Lonnie no estaba en condiciones de volver. Por tanto, sólo quedaba el paso inferior.

—Vamos —instó, mientras cogía a Lonnie de la mano con brusquedad para no sentir el temblor de la suya—. Cuanto antes entremos, antes saldremos. „»»!»! 'deSe dirigió hacia el paso, y Lonnie la siguió sin rechistar.

Estaban a punto de salir —era un paso inferior muy corto, se dijo con una sensación de ridículo alivio— cuando la mano la agarró por el brazo.

Doris no gritó. Los pulmones parecían habersele encogido como bolas de papel. Su mente quería abandonar el cuerpo y... volar. Lonnie le soltó la mano. No parecía darse cuenta de nada. Salió a la calle; por un momento, Doris vio su silueta alta y desmadejada recortada contra los sangrientos colores del atardecer, y a continuación desapareció.

La mano que la había cogido por el brazo era peluda, como la de un mono. Tiró de ella sin piedad hacia una silueta pesada y hundida que estaba apoyada contra la pared de hormigón

cubierta de hollín. Estaba suspendida entre dos pilares de hormigón, y la silueta era lo único que veía... la silueta y dos luminosos ojos verdes.

—Dame un pitillo, encanto —gruñó una ronca voz con acento cockney.

Doris percibió el hedor de carne cruda, patatas fritas en aceite malo y algo más, algo dulce y terrible, como el olor que despiden el fondo de un cubo de basura.

Aquellos ojos verdes eran ojos de gato. Y, de repente, estuvo totalmente convencida de que si aquella silueta hundida salía de las sombras, vería la catarata lechosa, los pliegues rosados del tejido cicatrizado, los mechones de pelo gris.

Se zafó de la mano, retrocedió y sintió que algo cortaba el aire cerca de ella. ¿Una mano? ¿Garras? Un sonido expectorado, siseante...

Otro tren pasó por encima. El rugido era inmenso, ensordecedor. Del techo se desprendió una nube de hollín que parecía nieve negra. Doris huyó acometida por el pánico; por segunda vez aquella tarde, no sabía adonde iba ni durante cuánto tiempo seguiría caminando.

Volvió en sí al darse cuenta de que Lonnie había desaparecido. Se había medio desplomado entre jadeos junto a una sucia pared de ladrillos. Seguía en Norris Road (al menos eso creía, les contó a los dos oficiales; la calle seguía siendo de adoquines, y en el centro todavía estaban las vías del tranvía),

pero en lugar de tiendas destartaladas y desiertas, lo que la flanqueaba ahora eran almacenes destartalados y desiertos. DAWGLISH e HIJOS, rezaba el cartel cubierto de hollín de uno de ellos. Otro tenía el nombre ALZAZRED pintado de color verde desvaído en la vieja pared de ladrillos. Bajo el nombre se veían una serie de garabatos y guiones árabes.

—¡Lonnie! —llamó.

No había eco, ninguna resonancia pese al silencio (no, no un silencio absoluto, aclaró; todavía oía ruido de coches, y tal vez un poco más cercano, aunque no mucho). La palabra que era el nombre de su marido pareció caer de su boca y chocar contra el suelo como una piedra. La sangre del atardecer había dado paso a las frías cenizas grises del anochecer. Por primera vez se le ocurrió que podía hacerse de noche allí mismo, en Crouch End, si es que todavía se encontraba en Crouch End, y de nuevo la asaltó el pánico.

Explicó a Vetter y a Farnham que no había reflexionado ni pensado con claridad en no sabía cuánto tiempo desde que habían llegado a la cabina telefónica hasta aquel momento de horror definitivo. Simplemente, había reaccionado como un animal asustado. Y ahora estaba sola. Quería que volviera Lonnie, era consciente de eso, pero de poco más. Desde luego, no se le ocurrió preguntarse por qué aquella zona, que sin duda no se hallaba a más de ocho kilómetros de Cambridge Circus, se hallaba completamente desierta.

Doris Freeman echó a andar llamando a su marido. Su voz no despertaba eco alguno, pero sus pisadas sí. Las sombras empezaron a adueñarse de Norris Road. El cielo había adquirido un matiz violáceo. Tal vez se trataba de algún efecto de distorsión o tal vez de la fatiga que sentía, pero tenía la sensación de que los almacenes se cernían hambrientos sobre la calle. Las ventanas, cubiertas por la suciedad de varias décadas o quizás de siglos, parecían mirarla con fijeza. Y los nombres de los carteles se tornaban cada vez más extraños, incluso demenciales o, como mínimo, impronunciables. Las vocales estaban mal colocadas, y las consonantes parecían estar combinadas de tal forma que ninguna lengua humana sería capaz de articularlas. CTHULHU KRYON, rezaba uno de ellos, bajo el cual se veían más garabatos árabes. YOGSOGGOTH, decía otro. R'YELEH, anunciaba un tercero. Había uno que se le había quedado grabado especialmente en la memoria: NRTESEN NYARL-AHOTEP.*

* Nombres todos relacionados con *Los mitos de Cthulhu*, la serie de relatos terroríficos de H. P. Lovecraft. (*N. delaT.*)

—¿Cómo es que se acuerda de esos galimatías?—inquirió Farnham.

Doris Freeman meneó la cabeza con gestos lentos y cansados.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Es como una pesadilla que quieres olvidar en cuanto te despiertas, pero que no se desvanece como la mayoría de los sueños, sino que ahí se queda.

La superficie adoquinada y dividida por los raíles del tranvía de Norris Road parecía alargarse hasta el infinito. Y si bien siguió caminando (no creía poder correr, aunque más tarde, explicó, lo hizo), dejó de llamar a Lonnie. Era presa de un terrible y espeluznante terror, un miedo tan inmenso que no creía que ningún ser humano pudiera soportarlo sin volverse loco o morir en el acto. Tan sólo era capaz de articular el miedo que sentía de un modo, e incluso así apenas podía salvar la brecha que se había abierto en su mente y su corazón. Explicó que era como si ya no estuviera en la tierra, sino en otro planeta, un lugar tan extraño que la mente humana no podía ni aspirar a comprenderlo. Los ángulos eran distintos, dijo. Los colores eran distintos. Los... Pero no servía de nada.

Lo único que podía hacer era caminar bajo aquel cielo violáceo, entre los viejos edificios abultados, y esperar que acabara en un momento dado.

Y así fue.

Distinguió dos siluetas paradas en la acera frente a ella..., los niños que Lonnie y ella habían visto antes. El niño estaba acariciando las desgreñadas trenzas de la niña con la mano en forma de garra.

—Es la mujer americana —dijo el niño. —Se ha perdido —dijo la niña, —Ha perdido a su marido.

—Ha perdido su camino.

—Ha encontrado el más oscuro. —El camino que lleva al embudo.

—Ha perdido la esperanza. .

—Ha encontrado al Silbador de las Estrellas...

—... Devorador de Dimensiones...

—... el Flautista Ciego... » Sus voces eran cada vez más rápidas, una letanía jadeante, un telar centelleante. La cabeza le daba vueltas al son de las voces. Los edificios se inclinaban hacia ella. Brillaban las estrellas, pero no eran sus estrellas, bajo las que había formulado deseos cuando era niña, bajo las que había besado cuando era joven; no, eran estrellas dementes en constelaciones dementes, y Doris se llevó las manos a las orejas y las manos no amortiguaron los sonidos y por fin les gritó:

—¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Lonnie? ¿Qué le habéis hecho?

Se hizo el silencio.

—Se ha ido abajo —dijo por fin la niña.

—A ver a la Cabra de las Mil Crías —añadió el niño. La niña esbozó una sonrisa, una sonrisa maliciosa llena de maldad inocente.

—¿Cómo iba a dejar de ir? Estaba marcado. Y usted señora también irá.

—¡Lonnie! ¿Qué le habéis hecho a...?

El niño levantó la mano y empezó a cantar en una lengua estridente que Doris no entendía, pero que estuvo a punto de volverla loca de terror.

—Y entonces la calle empezó a moverse —explicó a Vetter y a Farnham—. Los adoquines empezaron a ondular como una alfombra. Subían y bajaban, subían y bajaban. Las vías del tranvía se desprendieron y volaron por los aires... Lo recuerdo; recuerdo que la luz de las estrellas se reflejaba en ellas... Y entonces los adoquines también empezaron a desprenderse, primero uno a uno, y después en grupos. Simplemente, salieron disparados hacia la oscuridad. Se oía un

desgarro cada vez que se soltaba uno. Como una trituradora... el sonido que debe de oírse cuando hay un terremoto. Y entonces empezó a salir algo de...

—¿Qué era? —intervino Vetter inclinándose hacia delante con los ojos clavados en la joven—. ¿Qué ha visto? ¿Qué era?

—Tentáculos —repuso ella en tono vacilante—. Creo que eran tentáculos. Pero eran gruesos como árboles, como si cada uno de ellos constara de miles de tentáculos pequeños..., y había unas cosas pequeñas, como ventosas..., sólo que a veces parecían caras... Una de ellas se parecía a la cara de Lonnie... y todas ellas estaban sufriendo. Bajo ellas, en las tinieblas que había bajo la calle..., en las tinieblas profundas..., había algo más. Como ojos...

En aquel momento, la joven fue incapaz de proseguir durante un rato, y lo cierto era que no quedaba mucho más que contar. Lo siguiente que recordaba con claridad era que se había ocultado en el portal de un quiosco cerrado. Todavía estaría ahí, les contó, si no hubiera sido porque había visto pasar coches justo delante suyo, así como por el tranquilizador brillo de las farolas. Dos personas pasaron delante de ella, y Doris retrocedió un poco más, temerosa de que se tratara de los malvados niños. Pero no eran niños, sino un chico y una chica cogidos de la mano. El chico decía algo sobre la última película de Martin Scorsese.

Había salido de nuevo a la acera con cautela, lista para resguardarse de nuevo en las prácticas sombras del quiosco si las circunstancias lo exigían, pero no hubo necesidad alguna. A unos cincuenta metros de distancia había un cruce bastante transitado, con coches y camiones parados ante un semáforo. Al otro lado se veía una joyería con un gran reloj iluminado en el escaparate. Lo tapaba una reja corredera pintada, pero aun así distinguió qué hora era. Las diez menos cinco.

Se dirigió hacia el cruce, y pese a las farolas y al tranquilizador rugido del tráfico, Doris siguió mirando aterrorizada por encima del hombro. Le dolía todo. El tacón roto la hacía cojear. Se había desgarrado los músculos, tanto en el vientre como en las piernas; lo peor era la pierna derecha; tenía la sensación de que se había hecho un esguince.

En el cruce se dio cuenta de que, de algún modo, había dado la vuelta hasta ir a parar a Hillfield Avenue con Tottenham Road. Bajo una farola, una mujer de unos sesenta años, cuyo cabello amenazaba con escapar del moño en que se lo había recogido, hablaba con un hombre de la misma edad aproximadamente. Ambos se quedaron mirando a Doris como si fuera una terrible aparición.

—Policía —farfulló Doris—. ¿Dónde está la comisaría de policía? Soy ciudadana americana... He perdido a mi marido... Necesito ir a la policía.

—¿Qué le ha pasado, querida? —inquirió la mujer con bastante amabilidad—. Parece como si la hubieran pasado por la trituradora.

—¿Un accidente de coche? —preguntó su compañero.

—No. No..., no, por favor, ¿hay alguna comisaría de policía por aquí?

—Sí, en Tottenham Road —asintió el hombre al tiempo que extraía un paquete de John Player de uno de sus bolsillos—. ¿Quiere un pitillo? Tiene aspecto de necesitarlo.

—Gracias.

Doris cogió uno, a pesar de que había dejado de fumar hacía casi cuatro años. El hombre tuvo que seguir la temblorosa punta del cigarro con la cerilla para poder encendérselo.

Miró a la mujer del moño.

—La acompañaré dando un paseo, Ewie. Para asegurarme de que llega bien.

—Yo también voy —anunció Evvie mientras rodeaba a Doris con un brazo—. ¿Qué le ha pasado, querida? ¿Alguien ha intentado atracarla?

—No—repuso Doris—. Fue... Yo... yo... la calle... había un gato con un solo ojo... la calle se abrió... lo vi... y dijeron algo sobre un Flautista Ciego... ¡Tengo que encontrar a Lonnie!

Sabía que no estaba diciendo más que incoherencias, pero no se sentía capaz de hablar con mayor claridad. Y en cualquier caso, les explicó a Vetter y Farnham, no debía de haber dicho tantas incoherencias, puesto que el hombre y la mujer se apartaron de ella, como si, cuando Ewie le preguntó qué le pasaba, ella hubiera respondido que tenía la peste bubónica.

Entonces el hombre dijo algo. «Ha vuelto a pasar», creyó oír Doris.

—La comisaría está ahí mismo —señaló la mujer—. Hay unas farolas colgadas afuera. Ya la verá.

Ambos empezaron a alejarse a paso rápido. La mujer miró por encima del hombro. Doris Freeman vio sus ojos muy abiertos y relucientes. Dio dos pasos hacia ellos, aunque no sabía por qué razón.

—¡No se acerque! —gritó Evvie con voz aguda, al tiempo que hacía un gesto supersticioso y se apretaba más contra el hombre, que la rodeó con el brazo—. ¡No se acerque si ha estado en Crouch End Town!

Y a continuación, ambos desaparecieron en la noche.

El oficial Farnham estaba apoyado en el marco de la puerta que había entre la sala común y el archivo principal..., si bien los archivos de casos sin resolver de los que había hablado Vetter no se encontraban ahí. Farnham se había preparado una taza de té y se estaba fumando el último cigarrillo del paquete... La mujer también había cogido unos cuantos.

La joven había vuelto al hotel acompañada de la enfermera a la que había llamado Vetter. Se quedaría con ella aquella noche, y por la mañana decidiría si la joven tenía que ser ingresada en el hospital. Los niños resultarían un problema en tal caso, y Farnham suponía que, puesto que se trataba de una americana, el escándalo estaba casi garantizado. Se preguntó qué diría a sus hijos cuando se despertaran a la mañana siguiente, siempre y cuando pudiera decir algo, claro está. ¿Los reuniría a su alrededor y les contaría que un enorme monstruo malo de Crouch End Town

(Town)

se había comido a papá como el ogro de un cuento de hadas?

Farnham hizo una mueca mientras dejaba la taza de té sobre la mesa. No era asunto suyo. Para bien o para mal, la señora Freeman había quedado atrapada entre la policía británica y la embajada americana en el gran vals de los gobiernos. No era asunto suyo; él no era más que un oficial de policía que quería olvidar todo aquel asunto. Y tenía la intención de dejar que Vetter redactara el informe. Vetter podía permitirse el lujo de firmar con su nombre una sarta de tonterías como aquélla; era un hombre mayor, gastado. Seguiría trabajando en el turno de noche el día en que le dieran el reloj de oro, la pensión y el piso de protección oficial. Farnham, en cambio, tenía la intención de ascender a sargento bien pronto, lo cual significaba que tenía que vigilar cada paso que daba.

Y hablando de Vetter, ¿dónde estaba? Llevaba un buen rato tomando el aire.

Farnham cruzó la sala común y salió. Se quedó entre los dos globos iluminados y observó el otro lado de Tottenham Road. Ni rastro de Vetter. Eran más de las tres de la mañana, y el silencio se extendía denso y liso como una alfombra. ¿Cómo era aquel verso de Wordsworth? «Aquel gran corazón yaciendo en silencio», o algo así.

Bajó los escalones y se detuvo en la acera con una punzada de inquietud. Era una tontería, por supuesto, y se enfadó consigo mismo por permitir que la historia que había contado la mujer lo intranquilizara en lo más mínimo. Tal vez se merecía tener miedo de un polizone como Sid Raymond.

Farnham caminó a paso lento hasta la esquina, creyendo que se toparía con Vetter cuando éste volviera de su paseo nocturno. Pero no iría más lejos; si dejaba la comisaría sola durante unos

instantes, le costaría caro en cuanto se descubriese. Llegó a la esquina y miró a su alrededor. Era extraño, pero todas las farolas parecían haberse apagado en aquella zona. Toda la calle se veía distinta sin ellas. Se preguntó si debería informar del asunto. ¿Y dónde se había metido Vetter?

Seguiría un poco más, decidió, para ver qué pasaba. Pero no mucho. No le convenía dejar la comisaría sola durante mucho rato, ¡Sólo un poco más. ¡Vetter llegó menos de cinco minutos después de que Farnham se marchara. Farnham había ido en dirección contraria, y si Vetter hubiera llegado un minuto antes, habría visto al joven policía detenerse indeciso en la esquina antes de doblarla y desaparecer para siempre.

—¿Farnham?

La única respuesta que obtuvo fue el zumbido intermitente del reloj de pared.

—Farnham —llamó de nuevo antes de limpiarse la boca con la palma de la mano.

Lonnie Freeman nunca fue hallado. Al cabo de un tiempo, su mujer, en cuyas sienes habían empezado a aparecer las primeras canas, regresó a Estados Unidos con sus hijos. Fueron en Concorde. Un mes más tarde intentó suicidarse. Pasó tres meses en una casa de reposo, y al salir se encontraba mucho mejor. A veces, cuando no puede dormir, lo cual le ocurre con frecuencia cuando el sol aparece como una bola anaranjada y roja al atardecer, entra en el ropero, avanza de rodillas debajo de la ropa colgada hasta la parte de atrás y allí escribe una y otra vez *Cuidado con la Cabra de las Mil Crías* con un lápiz de punta blanda. Al parecer, eso la tranquiliza bastante.

El oficial Robert Farnham dejó mujer y dos hijas gemelas de dos años. Sheila Farnham escribió una serie de enojadas cartas al diputado de su distrito, insistiendo en que algo estaba pasando, en que le estaban ocultando la verdad, en que habían convencido a su Bob para que aceptara algún tipo de destino secreto y arriesgado. Habría hecho cualquier cosa para ascender a sargento, aseguró la señora Farnham al diputado en repetidas ocasiones.

Al cabo de un tiempo, el aludido dejó de contestar a sus cartas, y aproximadamente en la misma época en que Doris Freeman salía de la casa de reposo con el cabello ya casi completamente blanco, la señora Farnham se trasladó a Essex, donde vivían sus padres. Más tarde se casó con un hombre que trabajaba en algo más seguro... Frank Hobbs es inspector de parachoques en la cadena de producción de Ford. Había tenido que divorciarse de Bob alegando abandono, pero aquello no resultó demasiado complicado.

Vetter optó por la jubilación anticipada unos cuatro meses después de que Doris Freeman entrara dando tumbos en la comisaría de Tottenham Lañe.

En efecto, se trasladó a un piso del ayuntamiento, un segundo piso situado en Frimley. Al cabo de seis meses lo encontraron fulminado por un ataque al corazón, con una lata de Harp Lager en la mano.

Y en Crouch End, que realmente es una zona residencial de Londres muy tranquila, siguen sucediendo cosas extrañas de vez en cuando, y es bien sabido que algunas personas se han perdido por allí. Algunas de ellas para siempre.

El quinto fragmento

Aparqué el trasto a la vuelta de la esquina de la casa de Keenan, me quedé sentado unos instantes en la oscuridad, apagué el motor y por fin salí del coche. Al cerrar la puerta de golpe, oí que virutas de óxido se desprendían del bólido y caían a la calle. La cosa no seguiría así mucho tiempo.

Llevaba el arma en una funda con cartuchera que me apretaba las costillas como si fuera un puño. Era la 45 de Barney, lo que me alegraba, porque confería a toda aquella locura un toque de ironía. Tal vez incluso cierto sentido de justicia.

La casa de Keenan era una aberración arquitectónica esparcida sobre mil metros cuadrados de terreno; un monstruo de ángulos torcidos y tejados empinados que se alzaba tras una verja de hierro. Había dejado la puerta abierta, tal como había esperado. Un rato antes lo había visto hacer una llamada desde el salón, y una intuición demasiado poderosa como para ignorarla me había dicho que había llamado a Jagger o bien al Sargento. Probablemente al Sargento. La espera había tocado a su fin; aquélla era mi noche.

Me dirigí al sendero de entrada sin apartarme *de* los arbustos y alerta a cualquier sonido que pudiera percibir por encima del penetrante aullido del viento de enero. No se oía sonido alguno. Era viernes por la noche, y la criada fija de Keenan estaría pasándoselo en grande en alguna reunión de Tupper-ware. No había nadie en casa aparte del hijo de perra de Keenan. Esperando al Sargento. Esperándome a mí..., aunque todavía no lo sabía.

La puerta del garaje estaba abierta, así que me deslicé al interior. La sombra negra del Impala de Keenan relucía en la oscuridad. Intenté abrir la puerta trasera. El coche no estabacerrado con llave. Keenan no estaba hecho para ser un villano, me dije; era demasiado confiado. Subí al coche y esperé.

Me llegaban a los oídos las lejanas notas de música de jazz por encima del viento; muy débiles, muy buenas. Miles Da-vis, quizás. Keenan escuchando a Miles Davis y sosteniendo un gin fizz en una de sus cuidadas manos. Qué bien.

Fue una larga espera. Las manecillas de mi reloj se arrastraron de las ocho y media a las nueve y luego a las diez. Mucho tiempo para pensar. Pensé sobre todo en Barney, y no precisamente por elección propia. Pensé en el aspecto que tenía en aquella pequeña barca en la que lo encontré, en el modo en que me miraba mientras de sus labios brotaba una serie de sonidos inarticulados. Había navegado a la deriva durante dos días y parecía una langosta hervida. Tenía una mancha de sangre reseca en el estómago, donde le habían disparado.

Había intentado dirigir la barca hacia la casita como había podido, pero lo cierto era que había sido cuestión de suerte. Y también había sido cuestión de suerte que pudiera hablar durante un rato. Yo llevaba un puñado de somníferos preparado para el caso de que no pudiera. No quería que sufriera. A no ser que hubiera una razón para ello. Y resultó que sí la había. Barney tenía una historia que contar, una auténtica bomba, y me la contó casi entera.

Cuando murió, regresé a la barca y cogí su 45. Estaba escondido en un pequeño compartimiento de popa, envuelta en una bolsa impermeable. Remolqué la barca mar adentro y la hundí. Si hubiera podido escribir un epitafio sobre su cabeza, habría escrito uno sobre el hecho de que nace un desgraciado cada minuto. Y la mayoría son tipos muy majos, estoy seguro... Como Barney. En lugar de hacer eso, me puse a buscar a los que se habían cargado a Barney. Había

tardado seis meses en encontrar a Keenan y averiguar que al menos el Sargento andaba cerca, pero la verdad es que soy muy perseverante, de modo que ahí estaba.

A las diez y veinte, unos faros bañaron el sinuoso sendero de entrada; me tumbé en el suelo del Impala. El recién llegado entró en el garaje y aparcó junto al coche de Keenan. Parecía un Volkswagen antiguo. El pequeño motor se apagó y oí al

Sargento gruñir mientras pugnaba por salir del diminuto vehículo. Se encendió la luz del porche y me llegó el sonido de la puerta al abrirse.

KEENAN: ¡Sargento! ¡Llegas tarde! Entra y bebe algo.

SARGENTO: Whisky.

Había bajado la ventanilla del coche al llegar. En aquel instante asomé la 45 de Barney, sujetándola con ambas manos.

—Quietos —dije.

El Sargento estaba en la escalinata del porche. Keenan, el perfecto anfitrión, había salido y lo miraba desde arriba, esperando a que acabara de subir para dejarlo entrar en la casa. Ambos eran siluetas perfectas bajo la luz que llegaba desde el interior de la casa. No creía que pudieran verme, pero sí veían el arma. Era un revólver muy grande.

—¿Quién como eres tú? —exclamó Keenan.

—Jerry Tarkanian —me presenté—. Si dais un solo paso os hago un agujero tal que se podrá ver la televisión a través.

—Me parece que eres un niño de mierda —comentó el Sargento, si bien no se movió.

—Simplemente, estaos quietos. Eso es lo único que debe preocuparos.

Abrí la puerta trasera del Impala y salí con cuidado. El Sargento me miraba por encima del hombro, y pese a la oscuridad distinguí el brillo de sus ojillos. Estaba deslizando una mano por la solapa de su traje cruzado modelo de 1943.

—Vamos, por favor —insistí—. ¿Quieres levantar los brazos, joder?

El Sargento obedeció. Keenan ya se le había adelantado.

—Bajad al pie de la escalinata. Los dos.

Los dos hombres bajaron, y una vez salieron del haz directo de luz pude verles los rostros. Keenan parecía asustado, pero el Sargento tenía el mismo aspecto que si estuviera escuchando una conferencia sobre el *Zen y el mantenimiento de las motocicletas** Con toda probabilidad, era el que se había encargado de Barney.

—Volveos hacia la pared y apoyaos contra ella. Los dos.

—Si quieres dinero... —empezó Keenan.

—Bueno —repuse con una carcajada—. Iba a empezar por ofrecerte un precio especial por la compra de unos Tupper-ware y luego ir subiendo lentamente hasta llegar al premio gordo, pero veo que me has pillado. Sí, quiero dinero. Cuatrocientos ochenta mil dólares, para ser exactos. Enterrados en una pequeña isla situada frente a Bar Harbor que se llama Carmen's Folly.

Keenan dio un respingo como si le hubieran disparado, pero el rostro pétreo del Sargento ni se inmutó. Se volvió hacia la pared y apoyó las manos contra ella. Keenan lo imitó a regañadientes. Lo cacheé primero a él, y encontré un ridículo 32 con un cañón de seis centímetros. Con un arma como ésa uno podía apoyar el cañón contra la cabeza de un tipo y aun así fallar al apretar el gatillo. Arrojé la pistolita por encima del hombro y la oí rebotar contra uno de los coches. El Sargento estaba limpio... y la verdad es que fue un alivio apartarse de él.

—Vamos a entrar en la casa. Tú primero, Keenan, luego el Sargento y luego yo. Sin trucos, ¿vale?

* Título de una novela de Robert Pirsig, editada en castellano por Grijalbo Mondadori. (*N. del E.*)

Subimos la escalinata en fila y entramos en la cocina. Era uno de esos engendros asépticos de cromados y azulejos que parece sacado de una especie de vientre de producción en serie escondido en algún lugar remoto del Medio Oeste, el trabajo de entusiastas cabrones metodistas que se parecen al mecánico del anuncio de la General Motors y huelen a tabaco con sabor a cereza. No creía que ni siquiera necesitara limpieza; lo más probable era que Keenan se limitara a cerrar la puerta y poner en marcha los aspersores invisibles una vez a la semana.

Los conduje hasta el salón, otro regalo para la vista. Parecía la obra de un decorador maricón que nunca había llegado a superar su pasión por Ernest Hemingway. Había una chimenea de baldosas casi tan grande como la cabina de un ascensor, una cómoda de teca con una cabeza de alce colocada sobre ella, y un carrito de bebidas situado bajo una estantería de armas repleta de artillería de primera. El equipo de música se había apagado solo.

Señalé el sofá con el revólver.

—Uno en cada extremo.

Keenan se sentó en el extremo derecho y el Sargento en el izquierdo. El Sargento parecía aún más robusto una vez sentado. Una profunda y fea cicatriz se abría paso por entre su cabello cortado al cepillo. Calculé que debía de pesar unos ciento veinte kilos, y me pregunté por qué un hombre del tamaño y la presencia física de Mike Tyson tenía un Volkswagen.

Cogí un sillón y lo arrastré por la alfombra color teja de Keenan hasta colocarlo delante del sofá, entre los dos hombres. Tomé asiento y me apoyé la 45 en el muslo. Keenan me miraba del modo en que un pajarillo mira a una serpiente. El Sargento, por el contrario, me miraba como si él fuera la serpiente y yo el pajarillo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Hablemos de mapas y dinero —sugerí.

—No sé de qué estás hablando —repuso el Sargento—. Lo único que sé es que los niños no deberían jugar con pistolas.

—¿Qué tal está Cappy McFarland? —pregunté en tono casual.

Aquellas palabras no inmutaron al Sargento, pero fueron demasiado para Keenan.

—¡Lo sabe! ¡Lo sabe!

Las palabras brotaban de sus labios como balas.

—¡Cállate! —gritó el Sargento—. ¡Cierra el pico, maldita sea!

Keenan lanzó un gemido. No había imaginado aquella parte de la escena.

—Tiene razón, Sargento —comenté con una leve sonrisa—. Lo sé. Lo sé casi todo.

—¿Quién eres?

—No me conoces. Soy amigo de Barney.

—¿Qué Barney? —inquirió el Sargento con indiferencia—. ¿Barney Google, el de los ojos de pez?

—No estaba muerto, Sargento. No del todo. El Sargento lanzó una mirada lenta y asesina a Keenan. Keenan se estremeció y abrió la boca.

—No digas nada —le advirtió el Sargento—. Ni una pala-bra. Si abres la boca te retuerzo el pescuezo como si fueras una maldita gallina.

Keenan cerró la boca de golpe.

El Sargento se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Qué quiere decir casi todo?

—Pues todo excepto los detalles. Lo sé todo acerca del coche blindado. La isla. Cappy McFarland. Que tú y Keenan y un hijo de perra llamado Jagger os cargasteis a Barney. Lo del mapa. También sé lo del mapa.

—No te contó la verdad —comentó el Sargento—. Iba a traicionarnos.

—No estaba ni para traicionar a una mosca —repliqué—. No era más que una marioneta que sabía conducir.

El Sargento se encogió de hombros; fue como presenciar un pequeño terremoto.

—Muy bien, hazte el tonto si te apetece.

—Sabía que Barney tramaba algo desde marzo. Pero no sabía qué. Y un buen día apareció con una pistola. Esta pistola. ¿Cómo os pusisteis en contacto con él, Sargento?

—A través de un amigo común, alguien que había estado en chirona con él. Necesitábamos un conductor que conociera la zona oriental de Maine y la de Bar Harbor. Keenan y yo fuimos a verlo y le explicamos el asunto. Le gustó.

—Yo estuve en chirona con él, en el Shank —expliqué—. Me caía bien. Caía bien por nances. Era tonto, pero buen chico. Necesitaba un tutor más que un socio.

—George y Lennie —escupió el Sargento.

—Es bueno saber que dedicaste tu condena a mejorar lo que pasa por ser tu cerebro, encanto —comenté—. Teníamos el ojo puesto en un banco de Lewiston. No quiso esperar a que yo saliera. Y ahora está criando malvas.

—Madre mía, qué pena —dijo el Sargento—. Me voy a echar a llorar.

Levanté el arma y le enseñé la boca del cañón, y por un instante él fue el pajarillo y yo la serpiente.

—Otra bromita y te meto una bala en la barriga. ¿Te lo crees o no?

El Sargento sacó la lengua con rapidez pasmosa, se la pasó por el labio superior y volvió a esconderla. Asintió con la cabeza. Keenan estaba petrificado, como si quisiera vomitar pero no se atreviera.

—Me dijo que era algo grande, un golpe de los gordos —proseguí—. Es lo único que le pude sacar. Se marchó el tres de abril. Al cabo de dos días, cuatro tipos asaltan el furgón del Banco Federado de Portland-Bangor a las afueras de Carmel. Matan a los tres guardias de seguridad. Los periódicos dijeron que los atracadores atravesaron dos barreras en un Plymouth del 78 trucado. Barney tenía un Plymouth del 78 trucado, y tenía la intención de convertirlo en un bólido. Apuesto a que Keenan le adelantó el dinero para que lo convirtiera en algo un poco mejor y mucho más rápido.

Me volví hacia Keenan, cuyo rostro aparecía blanco como la nieve.

—El seis de mayo recibí una postal sellada en Bar Harbor, pero eso no significa nada, ya que hay docenas de islotes que gestionan el correo a través de Bar Harbor. Hay una barca estafeta que hace el circuito y recoge el correo. La postal dice: «Mamá y la familia están bien, la tienda marcha bien. Nos vemos en julio». Barney firmaba con su segundo nombre de pila. Alquilé una casita en la costa, porque Barney sabía que ése era el trato. Pero a fines de julio, Barney no había aparecido.

—¿Debías de estar hecho polvo por entonces, ¿eh, niñato?

—intervino el Sargento como para dejar claro que no había logrado intimidarlo.

Lo miré con indiferencia.

—Apareció a principios de agosto. Por cortesía de tu buen amigo Keenan, Sargento. Se olvidó de la bomba automática de achique que tenía la barca. Creíste que el hachazo bastaría para hundirla deprisa, ¿verdad, Keenan? Pero al fin y al cabo, también creías que estaba muerto. Extendí una manta amarilla en Frenchman's Point cada día. Se veía a kilómetros. Aun así, Barney tuvo suerte.

—Demasiada suerte —masculló el Sargento.

—Hay una cosa que me intriga. ¿Sabía Barney antes del golpe que el dinero era nuevo y todos los números de serie estaban registrados? ¿Que ni siquiera podría vendérselo a un traficante de dinero de las Bahamas hasta al cabo de tres o cuatro años?

—Sí —repuso el Sargento.

Me sorprendió comprobar que lo creía.

—Y nadie planeaba blanquear la pasta —prosiguió el Sargento—. Eso también lo sabía. Creo que contaba con ese golpe del banco de Lewiston para hacerse con pasta rápida, pero contara con lo que contara, sabía de qué iba la cosa, y dijo que lo soportaría. ¿Y por qué no, jolines? Aunque hubiéramos tenido que esperar diez años antes de ir a buscar la pasta y repartirla. ¿Qué son diez años para un crío como Barney? Mierda, si no tendría ni treinta y cinco cuando llegara el momento. Yo tendría sesenta y uno.

—¿Y qué hay de Cappy McFarland? ¿Sabía Barney que existía?

—Sí. Cappy fue quien propuso el trato. Buen hombre. Un profesional. El año pasado le encontraron un cáncer. Inoperable. Y me debía un favor.

—Así que los cuatro fuisteis a la isla de Cappy —continuó—. Un islote desierto llamado Carmen's Folly. Cappy enterró el dinero y dibujó un mapa.

—Eso fue idea de Jagger—explicó el Sargento—. No queríamos repartirnos dinero caliente... Era demasiado tentador. Pero tampoco queríamos dejar todo el asunto en manos de una sola persona. Cappy McFarland era la solución ideal.

—Habíame del mapa.

—Ya decía yo que llegaríamos a eso —comentó el Sargento con una sonrisa glacial.

—¡No se lo cuentes! —gritó Keenan con voz ronca. El Sargento se volvió hacia él y le lanzó una mirada fulminante.

—Cierra el pico. Gracias a ti no puedo mentir ni puedo callarme. ¿Sabes lo que espero, Keenan? Espero que no tengas demasiadas ganas de vivir hasta el siglo que viene.

—Tu nombre figura en una carta —siguió Keenan como un demente—. ¡Si me pasa algo, tu nombre sale en una carta!

—Cappy dibujó un buen mapa —prosiguió el Sargento como si Keenan no existiera—. Había estudiado dibujo en la prisión de Joliet. Luego lo partió en cuatro partes; una para cada uno. íbamos a reunimos el cuatro de julio de dentro de cinco años. Para hablar del asunto. Quizás para decidir que debíamos esperar cinco años más, quizás para decidir juntar las piezas ese mismo día. Pero hubo problemas.

—Sí —asentí—. Es una forma de decirlo.

—Por si te hace sentir mejor, todo fue obra de Keenan. No sé si Barney lo sabía o no, pero así fue. Cuando Jagger y yo nos marchamos en la barca de Cappy, Barney estaba vivo y co-leando.

—¡Maldito embustero! —chilló Keenan.

—¿Quién tiene dos fragmentos del mapa en la caja fuerte? —inquirió el Sargento—. No serás tú, ¿verdad, querido? Se volvió de nuevo hacia mí.

—Pero no pasaba nada. Dos fragmentos del mapa no bastaban. ¿Y te crees que voy a quedarme aquí sentado y decir tan tranquilo que habría preferido repartir entre tres que entre cuatro? No creo que te lo creyeras aunque fuera cierto. Y luego, ¿a que no sabes qué pasó? Keenan llama. Dice que tenemos que hablar. Yo ya me lo esperaba. Y parece que tú también.

Asentí con un gesto. Había sido más fácil dar con Keenan que con el Sargento; era más visible. Supongo que a la larga podría haberle podido seguir la pista al Sargento hasta encontrarlo, pero no lo había creído necesario. Dios los cría y ellos se juntan... y también tienen tendencia a sacarse los ojos, sobre todo cuando uno de ellos es un cuervo como Keenan.

—Por supuesto —prosiguió el Sargento—, me dice que más me vale no tener ideas asesinas. Me cuenta que se ha hecho una póliza de seguro, o sea, que mi nombre sale en una carta que ha enviado a su abogado y que debe abrirse en caso de que muera. Se le había ocurrido que entre los

dos podríamos averiguar dónde Cappy había enterrado la pasta si juntábamos tres de los cuatro fragmentos del mapa.

—Y después os repartiríais el pastel a medias —concluí. El Sargento asintió. El rostro de Keenan parecía una luna suspendida en alguna lejana estratosfera de terror.

—¿Dónde está la caja fuerte? —pregunté. Keenan no respondió. Yo había estado practicando con la 45. Era una buena arma. Me gustaba. La sostuve con ambas manos y disparé a Keenan en el antebrazo, justo por debajo del codo. El Sargento ni se inmutó. Keenan se cayó del sofá y aterrizó en el suelo hecho un ovillo, sujetándose el brazo y aullando.

—La caja fuerte —repetí. Keenan siguió aullando.

—Te pegaré un tiro en la rodilla —dije—. No lo sé por experiencia propia, pero dicen que duele cosa mala.

—El cuadro —jadeó—. El Van Gogh. No me vuelvas a disparar.

Me miró con una sonrisa aterrada.

—De cara a la pared —ordené al Sargento mientras lo apuntaba con el arma.

El Sargento se levantó y se volvió hacia la pared con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo.

—Y ahora tú —ordené a Keenan—. Ve a abrir la caja fuerte. De inmediato.

—Me estoy desangrando —gimió Keenan. Me acerqué a él y le pasé la culata de la 45 por la mejilla, abriéndole la piel.

—Ahora sí que estás sangrando —le dije—. Ve a abrir la caja fuerte o te haré sangrar más.

Keenan se levantó sin soltarse el brazo y balbuceando. Descolgó el cuadro con la mano sana y dejó al descubierto una caja fuerte empotrada de color gris. Me dirigió una mirada aterrorizada y se puso a manipular el dial. Se equivocó dos veces y tuvo que volver a empezar. Al tercer intento consiguió abrirla. En el interior se veían algunos documentos y dos fajos de billetes. Keenan introdujo la mano, rebuscó un poco y por fin extrajo dos fragmentos cuadrados de papel de unos siete centímetros.

Juro que no tenía intención de matarlo. Sólo quería atarlo y dejarlo ahí. Era inofensivo; la doncella lo encontraría al día siguiente cuando volviera de su reunión de lencería o dondequiera que hubiese ido en su Dodge Colt, y Keenan

no se atrevería a asomar la nariz al menos durante una semana. Pero el Sargento tenía razón. Keenan tenía dos fragmentos.

Y uno de ellos estaba manchado de sangre.

Volví a dispararle, y esta vez no en el brazo precisamente. Se desplomó como un saco de patatas.

El Sargento ni pestañeó.

—No te estaba tomando el pelo. Keenan acabó con tu amigo. Los dos eran aficionados. Y los aficionados son estúpidos.

No contesté. Contemplé los dos fragmentos por un instante y a continuación me los guardé en el bolsillo. Ninguno de los dos mostraba una X.

—¿Y ahora qué? —inquirió el Sargento.

—Ahora vamos a tu casa.

—¿Y cómo sabes que tengo mi fragmento ahí? b —No lo sé. Telepatía, a lo mejor. Además, si no lo tienes *ahí*, iremos a donde lo tengas. No tengo prisa.

—Tienes todas las respuestas, ¿eh?

—Vamos.

Salimos al garaje. Me senté en la parte trasera del VW, en el lado opuesto al asiento del Sargento. Era tan alto y voluminoso que todo movimiento sorpresa quedaba descartado; tardaría al menos cinco minutos en darse la vuelta. Dos minutos más tarde estábamos en la carretera.

Empezó a nevar; caían grandes copos blandos que se pegaban al parabrisas y se fundían en cuanto chocaban contra el pavimento. El piso estaba resbaladizo, pero no había mucho tráfico.

Tras media hora en la carretera 10, el Sargento tomó una carretera secundaria. Al cabo de un cuarto de hora llegamos a un sendero de tierra flanqueado de pinos cargados de nieve. Por él recorrimos unos dos kilómetros antes de llegar a un sendero de entrada corto y sembrado de basura.

A la escasa luz de los faros del VW distinguí una destartalada cabana con un tejado remendado del que sobresalía una antena de televisión torcida. En una hondonada que se abría a la izquierda de la cabana había aparcado un viejo Ford cubierto de nieve. En la parte trasera había un retrete y un montón de neumáticos viejos. Menudo palacio.

—Bienvenido al lujoso complejo de Bally's East —anunció el Sargento al tiempo que apagaba el motor.

—Si es un trampa te mato.

El Sargento parecía ocupar tres cuartas partes de la parte delantera del coche. *i* —Ya lo sé.

—Sal del coche.

El Sargento se dirigió a la puerta de la cabana.

—Ábrela y después quédate quieto.

El Sargento abrió la puerta y después se quedó quieto. Nos quedamos quietos durante unos tres minutos, pero no sucedió nada. La única cosa móvil era una robusta ardilla gris que se había aventurado a entrar en el jardín para maldecirnos en *lin-gua rodenta*.

Sorpresa, sorpresa, aquel lugar era un antro. Una única bombilla de sesenta watios bañaba la estancia en una luz mortecina y cubría los rincones de sombras que parecían murciélagos muertos de hambre. Había periódicos esparcidos por doquier. De una cuerda mal tensada colgaba ropa puesta a secar. En un rincón se veía un viejo televisor Zenith. En el rincón opuesto había un destartalado fregadero y una anticuada bañera con patas y manchas de óxido. Junto a ella había un rifle de caza. Los olores predominantes del lugar eran de pies sudados, pedos y chili.

—Es mejor que vivir en la calle —comentó el Sargento. Podría haber discutido ese punto, pero no lo hice.

—¿Dónde está tu fragmento del mapa? *i* —En el dormitorio. *j* —Vamos a buscarlo.

—Todavía no —replicó el Sargento al tiempo que se volvía y me observaba con su rostro de hormigón—. Quiero que me des tu palabra de que no me vas a matar en cuanto lo tengas.

—¿Y cómo piensas hacérmela cumplir?

—No lo sé, joder. Supongo que me limitaré a esperar que sea algo más que el dinero lo que te motiva. Si también se trata de Barney, de vengar a Barney, pues ya lo has hecho. Keenan se lo cargó y ahora Keenan está muerto. Si también quieres la pasta, pues perfecto. Quizás te baste con tres fragmentos, y tienes razón, el mío tiene la cruz. Pero no te lo daré a menos que me prometas algo a cambio; mi vida.

—¿Y cómo sé que no irás a por mí?

—Pues claro que iré a por ti, encanto —repuso el Sargento en voz baja.

—De acuerdo —accedí con una carcajada—. Si además me das la dirección de Jagger tienes mi palabra. Y te prometo que la mantendré.

El Sargento meneó la cabeza lentamente.

—No te conviene meterte con Jagger, amigo. Se te comerá vivo.

Yo había bajado la 45 un poco, pero en aquel instante volví a levantarla.

—De acuerdo. Está en Coleman, Massachusetts. En una estación de esquí. ¿Te sirve?

—Sí. Vamos a por tu fragmento, Sargento.

El Sargento me observó una vez más con gran atención. Por fin asintió con un gesto. Nos dirigimos al dormitorio.

Más encanto colonial. El colchón manchado colocado en el suelo estaba sembrado de libros porno, y las paredes repletas de fotografías de mujeres que no parecían llevar más que una fina capa de aceite Wesson. Un vistazo a aquel lugar y a la doctora Ruth le habría estallado la cabeza.

El Sargento no vaciló. Levantó la lámpara de la mesita de noche y le quitó el pie. Su fragmento del mapa estaba enrollado con toda pulcritud en el interior; me lo alargó sin pronunciar palabra.

—Tíramelo —ordené.

El Sargento esbozó una leve sonrisa.

—Eres un tiquismiquis, ¿eh?

—He averiguado que siempre compensa. Vamos, Sargento. Me tiró su parte del mapa.

—Lo que el viento se llevó —comentó.

—Voy a cumplir mi promesa —le dije—. Tienes mucha suerte. Venga, a la otra habitación. —¿Qué vas a hacer? —inquirió con los ojos llenos de un brillo glacial.

—Asegurarme de que no vas a ninguna parte durante un rato. Muévete.

Regresamos a la sala en un patético desfile de dos. El Sargento se detuvo bajo la bombilla desnuda, de espaldas a mí, con los hombros encogidos en anticipación del golpe de cañón que le iba a asestar en la cabeza al cabo de un instante. En el momento en que levantaba el arma para golpearlo, la bombilla se apagó.

La cabana quedó sumida en la más completa oscuridad.

Me arrojé hacia la derecha; el Sargento ya se había ido con viento fresco. Oí el golpe sordo y el crujido de los periódicos cuando chocó contra el suelo. Luego el silencio. Un silencio absoluto.

Esperé hasta acostumbrarme a la oscuridad, pero lo que distinguí no me sirvió de nada. Aquel lugar no era más que un mausoleo sembrado de mil y una lápidas. Y el Sargento las conocía todas como la palma de su mano.

Sabía muchas cosas del Sargento; no me había costado demasiado desenterrar material sobre él. Había sido un Boina Verde en Vietnam, y nadie se molestaba ya en llamarlo por su verdadero nombre; era simplemente el Sargento, enorme, asesino y duro.

En aquel momento se dirigía hacia mí desde algún lugar de aquellas tinieblas. Sin duda alguna, conocía al dedillo cada rincón de la estancia, porque no se oía sonido alguno, ni el crujido de una tabla, ni una sola pisada. Pero lo sentía cada vez más cerca, dirigiéndose hacia mí desde la izquierda, tal vez desde la derecha o incluso de frente para pillarme por sorpresa.

La culata del revólver se hacía cada vez más resbaladiza entre mis dedos sudorosos, y tuve que contenerme para no empezar a disparar al azar. Era muy consciente de que tenía tres cuartas partes del pastel en el bolsillo. No me detuve a pensar por qué se había apagado la luz. No hasta que el poderoso haz de una linterna atravesó la ventana y barrió el suelo en un dibujo loco y desatinado que por casualidad sorprendió al Sargento, que estaba agazapado a unos dos metros y medio de mí.

Sus ojos brillaban verdosos como los de un gato en el potente haz de la linterna.

En una mano sostenía una cuchilla de afeitar, y de repente recordé el momento en que su mano se había deslizado por la solapa de su abrigo cuando estábamos en el garaje de Keenan.

El Sargento pronunció una sola palabra en dirección al haz de luz.

—Jagger?

No sé quién le dio primero. Una pistola de gran calibre disparó una vez tras el haz de la linterna, y yo apreté el gatillo de la 45 de Barney dos veces por puro reflejo. El Sargento salió despedido hacia atrás y chocó contra la pared con fuerza suficiente como para hacerse papilla.

La linterna se apagó.

Disparé a la ventana, pero tan sólo conseguí hacerla añicos. Me tendí de costado en la oscuridad y se me ocurrió que no había sido el único en esperar que la codicia de Keenan saliera a la superficie. Jagger también había estado esperando. Y aunque tenía doce cartuchos en el coche, sólo me quedaba uno en el revólver.

«No te conviene meterte con Jagger, amigo —había dicho el Sargento—. Se te comerá vivo.»

Ya me había hecho una idea bastante precisa de la habitación. Me incorporé a medias y eché a correr hacia el rincón sorteando las piernas abiertas del Sargento. Me metí en la bañera y me asomé. No se oía sonido alguno. El fondo de la bañera estaba rugoso a causa de los restos de la alfombrilla de goma que lo cubrían. Esperé.

Transcurrieron unos cinco minutos. Me parecieron cinco horas.

De repente, la linterna volvió a encenderse, esta vez en la ventana del dormitorio. Agaché la cabeza cuando el rayo cruzó la puerta. La luz se paseó un momento por la estancia antes de volver a apagarse.

De nuevo el silencio. Un silencio largo y ruidoso. Lo veía todo reflejado en la sucia superficie de la bañera del Sargento. La sonrisa desesperada de Keenan. El orificio taponado del vientre de Barney, al este del ombligo. El Sargento petrificado a la luz de la linterna, con la cuchilla de afeitar sujeta entre el pulgar y el índice como un profesional. Jagger, la sombra oscura sin rostro. Y yo. El quinto fragmento.

De repente oí una voz justo delante de la puerta. Era una voz suave y educada, casi femenina, pero nada afectada. Sonaba mortífera y muy competente.

—Hola, encanto.

Permanecí en silencio. No me iba a atrapar así por las buenas.

Volvió a sonar la voz, esta vez junto a la ventana.

—Voy a matarte, encanto. He venido a matarlos a ellos, pero tú me servirás.

Se produjo otra pausa mientras la sombra cambiaba de posición. Cuando volvió a sonar la voz, advertí que se encontraba junto a la ventana que había justo encima de mi cabeza, sobre la bañera. Se me subió el corazón a la garganta. Si encendía la linterna...

—No necesitamos cinco ruedas en este carro —dijo Jagger—. Lo siento.

Apenas lo oí moverse hacia la siguiente posición. Resultó ser de nuevo la puerta de entrada.

—Llevo mi fragmento encima. ¿Quieres venir a cogerlo? Me acometió la necesidad de toser, pero me contuve.

—Ven a buscarlo, encanto —prosiguió en tono burlón—. El pastel entero. Ven a quitármelo.

Pero no me hacía falta, y supongo que lo sabía. Yo tenía la sartén por el mango. Podría encontrar el dinero con lo que tenía. Con su fragmento, Jagger no tenía ninguna posibilidad.

El silencio que siguió fue eterno. Media hora, una hora, para siempre. Una eternidad. Empezó a dolerme todo el cuerpo. Afuera estaba arreciando el viento, por lo que me resultaba imposible oír otra cosa que no fuera el golpeteo de la nieve contra las paredes. Hacía mucho frío. Se me estaban durmiendo las yemas de los dedos.

Hacia la una y media oí un susurro fantasmal parecido al sonido de ratas arrastrándose en la oscuridad. Contuve el aliento. Jagger había logrado entrar de algún modo. Estaba ahí mismo, en el centro de la habitación...

Y entonces lo entendí. El *rigor mortis*, acelerado por el frío, estaba moviendo al Sargento por última vez, eso era todo. Me tranquilicé un poco.

En aquel preciso instante, la puerta se abrió de golpe y Jagger se precipitó al interior de la cabana, fantasmal y visible en el marco de nieve blanca, alto, desgarrado y desmañado. Le disparé, y la bala le atravesó un lado de la cabeza. Y en el breve destello del disparo, comprobé que lo que había agujereado era la cabeza de un espantapájaros sin rostro y ataviado con los

pantalones y la camisa de algún granjero. La cabeza de arpillera se desprendió del palo de la escoba en cuanto chocó contra el suelo. Y entonces Jagger empezó a dispararme.

Tenía una semiautomática, y el interior de la bañera hacía las veces de tambor. La loza empezó a desprenderse, rebotar contra la pared y golpearme el rostro. Astillas de madera y una bala recién disparada cayeron sobre mí.

Y entonces Jagger empezó a avanzar sin dejar de disparar. Iba a matarme en la bañera como quien atrapa un pez en la red. Ni siquiera podía levantar la cabeza.

Fue el Sargento quien me salvó. Jagger tropezó con uno de sus grandes pies, se tambaleó y disparó contra el suelo en lugar de sobre mi cabeza. En aquel momento me puse de rodillas. Fingí que era un gran lanzador de béisbol y le golpeé la cabeza con la 45 de Barney.

El arma le dio pero no lo detuvo. Tropecé con el borde de la bañera al intentar salir para agarrarlo, y Jagger disparó dos tiros al azar que fueron a parar a mi izquierda.

La vaga silueta retrocedió para apuntar mejor. Con una mano se sujetaba la oreja en la que lo había golpeado. Me disparó en la muñeca, y el siguiente disparo me abrió la piel del cuello. De nuevo, por increíble que parezca, tropezó con el Sargento y cayó hacia atrás. Volvió a levantar el arma y disparó al techo. Fue su última oportunidad. Le arrebaté el arma de una patada y oí el crujido seco de sus huesos al romperse. Le di otra patada en los testículos, a lo que se encogió de dolor. Le di otra patada, esta vez en la nuca, y suspiros dibujaron un tatuaje inconsciente en el suelo. Estaba prácticamente muerto, pero pese a ello seguí golpeándole una y otra vez, golpeándole hasta que de su cabeza no quedó más que pulpa y mermelada de fresa, hasta que no quedó nada que pudiera permitir identificarlo, ni dientes ni nada, golpeándole hasta que fui incapaz de seguir moviendo las piernas y los dedos de los pies.

De repente me di cuenta de que estaba gritando y que no había nadie que pudiera oírme aparte de un par de hombres muertos.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y me arrodillé junto al cadáver de Jagger.

Había mentido respecto a su fragmento del mapa. No me sorprendió demasiado. No, retiro eso. No me sorprendió en absoluto.

Mi coche estaba exactamente en el lugar en que lo había dejado, a la vuelta de la esquina de la casa de Keenan, aunque ahora ya no era más que un fantasmal montón de nieve. Había dejado el VW del Sargento un kilómetro y medio antes de llegar a la casa de Keenan. Esperaba que la calefacción de mi coche funcionara. Tenía todo el cuerpo insensibilizado de frío. Abrí la puerta e hice una mueca al sentarme en mi asiento. El rasguño del cuello ya se me estaba curando, pero la muñeca me dolía como una condenada.

El motor se resistió durante un buen rato, pero por fin se encendió. La calefacción funcionaba, y el único limpiaparabrisas que quedaba apartó la mayor parte de la nieve que me bloqueaba la visibilidad. Jagger había mentido acerca de su fragmento del mapa, y el papel tampoco estaba en el discreto (y probablemente robado) Honda Civic en que había ido a la cabana. Pero encontré su dirección en su cartera, y si de verdad necesitaba su parte, creía que tenía bastantes probabilidades de encontrarla. Pero no creía que me hiciera falta; tres fragmentos me bastarían, sobre todo porque el del Sargento era el que tenía la cruz.

Me puse en marcha con todo cuidado. Iba a tener cuidado durante mucho tiempo. El Sargento había tenido razón en una cosa. Barney había sido un idiota. No importaba ya el hecho de que también hubiera sido mi amigo. Ya había saldado mi deuda.

Entretanto, tenía muchas razones para ser cuidadoso.

Baja la cabeza

Nota del autor: Intervengo en este punto, lector constante, para explicarle que esto no es un relato, sino un ensayo, casi un diario. Apareció publicado por primera vez en *The New Yorker* la primavera de 1990.

S.K.

Baja la cabeza ¡Que bajas la cabeza! Desde luego, no se trata de la mayor proeza deportiva que existe, pero cualquier persona que lo haya probado dirá que es bastante difícil; utilizar un bate redondeado para acertar una pelota redonda. Es lo suficientemente difícil como para que el puñado de hombres que lo hacen bien se hagan ricos y famosos, para que todo el mundo los idolatre. Se trata de los José Canseco, los Mike Greenwell y los Kevin Mitchell de este mundo. Para miles de chicos (y algunas chicas) son sus rostros los que importan, no el de Axl Rose ni el de Bobby Brown. Sus pósters ocupan el lugar de honor en paredes de dormitorios y puertas de taquillas. Hoy, Ron St. Fierre está enseñando a algunos de estos chicos, chicos que representarán el West Side de Bangor en el torneo de la Pequeña Liga del Distrito 3, a golpear la pelota redonda con el bate redondeado. En este momento está trabajando con un chiquillo llamado Fred Moore mientras mi hijo Owen los observa de cerca. Después le toca a él pasar por el tubo. Owen es de hombros anchos y constitución robusta, igual que su viejo; Fred parece casi penosamente delgado en su jersey de color verde brillante. Y no está bateando bien.—¡La cabeza baja, Fred! —grita St. Fierre.

Se encuentra a medio camino entre el montículo del lanzador y la base de meta de uno de los dos campos de la Pequeña Liga, el que hay detrás de la fábrica de Coca-Cola de Bangor. Fred estaba casi pegado a la valla protectora. Hace calor, pero si el calor molesta a Fred o a St. Fierre, lo cierto es que no se nota. Están completamente absortos en su tarea.

—¡La cabeza baja! —vuelve a gritar St. Fierre antes de lanzar la pelota.

Fred la golpea desde abajo. Se oye ese tintineo de aluminio, el sonido que se produce al golpear un tazón de hojalata con una cucharilla. La pelota choca contra la valla protectora, rebota y está a punto de darle en el casco. Los dos se echan a reír, y a continuación, St. Fierre saca otra pelota del cubo de plástico rojo que tiene junto a él.

—¡Prepárate, Fred! —grita—. ¡La cabeza baja!

El distrito 3 de Maine es tan grande que está dividido en dos partes. Los equipos del condado de Penobscot configuran media división, mientras que los equipos de los condados de Aroostook y Washington configuran la otra media. Los chicos de la selección son escogidos por sus méritos entre todos los equipos de la Pequeña Liga. De los doce equipos que existen en el Distrito tres disputan torneos simultáneos. A fines de julio, los dos equipos clasificados juegan la final al mejor de tres partidos, que se convertirá en el campeón del distrito. Este equipo representa al Distrito 3 en el campeonato del estado, y hace mucho tiempo, dieciocho años, que un equipo de Bangor no consigue llegar al torneo del estado.

Este año, los partidos del campeonato del estado se jugarán en Oid Town, donde fabrican las canoas. Cuatro de los cinco equipos que juegan en ese torneo volverán a casa. El quinto pasará a representar a Maine en el Torneo Regional del Este, que este año se disputará en Bristol, Connecticut. Más allá, por supuesto, tenemos Williamsport, Pennsylvania, donde tiene lugar el

Campeonato Mundial de la Pequeña Liga. Los jugadores de Bangor West casi nunca parecen pensar en tan vertiginosas alturas; se contentarían con vencer al Milli-nocket, su equipo rival en la primera ronda del torneo del condado de Penobscot. Sin embargo, los entrenadores tienen derecho a soñar..., de hecho, están casi obligados a ello.

Esta vez, Fred, que es el payaso del equipo, baja la cabeza. Consigue enviar una débil pelota rasa al lado incorrecto de la línea de primera base, y la falla por unos dos metros.

— Mira — le dice St. Fierre a Fred Moore mientras coge otra pelota.

Se trata de una bola gastada, sucia y manchada de hierba. Pese a ello, es una pelota de béisbol, por lo que Fred la contempla con respeto.

— Voy a enseñarte un truco. ¿Dónde está la pelota?

— En su mano — responde Fred.

St. Fierre, Saint, como lo llama Dave Mansfield, el entrenador jefe del equipo, deja caer la pelota en el guante. T — ¿Y ahora?

— En el guante.

Saint da un cuarto de vuelta e introduce la mano con la que lanza en el guante.

— ¿Y ahora?

— En la mano, creo.

— Exacto. Así que observa mi mano. Observa mi mano, Fred Moore, y espera a que la pelota salga de ahí. Estás buscando la pelota. Nada más. Yo no soy más que una silueta difuminada. ¿Por qué ibas a querer verme a mí, eh? ¿Qué más te da si estoy sonriendo? Nada. Estás esperando para ver por dónde te voy a salir. Para ver si te lanzo una pelota lateral, de tres cuartos o alta. ¿Estás esperando?

Fred asiente con la cabeza.

— ¿Estás observando? Fred vuelve a asentir.

— Muy bien — dice St. Fierre antes de volver al entrenamiento de bateo.

Esta vez, Fred golpea con verdadera autoridad y envía la pelota fuerte y recta a la derecha del campo.— ¡Muy bien! —grita Saint— ¡Muy bien, Fred Moore! Se limpia el sudor de la frente.

— ¡El siguiente bateador!

Dave Mansfield, un hombre fornido y barbudo que se presenta en el campo con gafas de aviador y un polo del Campeonato Mundial Universitario (le da buena suerte), lleva una bolsa de papel al partido que disputan Bangor West y Millinocket. La bolsa contiene dieciséis banderines de varios colores. BANGOR, proclaman todos ellos, y la palabra está flanqueada por una langosta y un pino. Mientras se anuncia a cada jugador de Bangor West por los altavoces sujetos al alambre de la valla protectora, éste coge un banderín de la bolsa que sostiene Dave, atraviesa corriendo el campo interior y se lo entrega a su adversario.

Dave es un hombre ruidoso e inquieto al que le gusta el béisbol y los chicos que juegan a este nivel. Cree que la Pequeña Liga de los mejores jugadores tiene dos objetivos: pasarlo bien y ganar. Ambas cosas revisten importancia, dice, pero lo más importante es mantenerlas en el orden correcto. Los banderines no son una estratagema malvada para poner nerviosos a los adversarios, sino tan sólo una diversión. Dave sabe que los chicos de ambos equipos recordarán este partido, y quiere que los jugadores del Millinocket se lleven un recuerdo. Así de sencillo.

Los jugadores del Millinocket parecen sorprendidos ante el gesto, y no saben exactamente qué hacer con los banderines mientras del radiocasete de alguien empiezan a surgir las notas de la versión de Anita Bryant del himno nacional. El receptor del Millinocket resuelve el problema de un modo único; se lleva el banderín de Bangor al corazón.

Una vez finalizada la ceremonia preliminar, Bangor West da una paliza rápida y monumental al equipo contrario; el resultado final es de Bangor West 18, Millinocket 7. Sin embargo, la derrota no mengua el significado de los recuerdos, y cuando los jugadores del Millinocket se marchan en el autocar, en el foso del equipo visitante no queda nada salvo unos

cuantos vasos de papel y palitos de polo. Los banderines, todos y cada uno de ellos, han desaparecido.

—¡Corre a segunda! —grita Neil Waterman, el arbitro auxiliar de Bangor West—. ¡ Corre a segunda, corre a segunda!

Es el día después del partido contra el Millinocket. Todos los jugadores vienen a los entrenamientos, pero es que todavía es pronto. Dentro de poco empezará la deserción. Es un hecho; los padres no siempre están dispuestos a renunciar a sus planes de verano para que sus hijos puedan jugar en la Pequeña Liga después de la temporada normal de mayo y junio, y a veces los propios chicos se hartan del esfuerzo constante que suponen los entrenamientos. Algunos prefieren ir en bicicleta, practicar con el monopatín o simplemente ir a la piscina municipal y mirar a las chicas.

—¡Corre a segunda! —grita Waterman.

Es un hombre bajo y fornido que lleva unos pantalones cortos de color caqui y el cabello cortado a cepillo. En la vida real es profesor y entrenador de baloncesto en la universidad, pero este verano está intentando enseñar a estos chicos que el béisbol guarda más relación con el ajedrez de lo que creen. Conoce tu juego, les dice una y otra vez. Entérate de a quién estás apoyando. Y lo más importante de todo, presta atención para saber cuál es el punto débil de tus rivales en cada situación, a fin de que puedas aprovecharte de ello. Se esfuerza con mucha paciencia para enseñarles cuál es la verdad que se oculta en el corazón del juego; que se juega mucho más con la cabeza que con el cuerpo.

Ryan larrobino, el centro de Bangor West, dispara una bala a Casey Kinney, que se encuentra en segunda base. Casey toca a un corredor imaginario, gira en redondo y dispara otra bala a la base de meta, donde J. J. Fiddler atrapa la bola y se la devuelve a Waterman.

—¡Pelota de doble jugada! —grita Waterman y lanza una a Matt Kinney (que no está emparentado con Casey). Matt juega de interbase hoy. La pelota pega un extraño respingo y parece dirigirse hacia la parte izquierda del campo. Matt consigue arrojarla al suelo, la recoge y se la lanza a Casey en la segunda; Casey se vuelve y se la pasa a Mike Arnold, que se encuentra en primera; Mike la lanza a la base de meta, donde la recoge J. J. —¡Muy bien! —grita Waterman—. ¡Buen trabajo, Matt Kinney! ¡Buen trabajo! ¡Uno-dos-uno! ¡Tú cubres, Mike Pelkey!

Nombre y apellido. Siempre nombre y apellido, para evitar confusiones. El equipo está plagado de Matts, Mikes y Kinneys.

Los lanzamientos se ejecutan con gran corrección. Mike Pelkey, el lanzador número dos del Bangor West, se encuentra en el lugar indicado, cubriendo la primera. Se trata de una estrategia que no siempre se acuerda de seguir, pero esta vez sí lo hace. Sonríe y trota de vuelta al montículo mientras Neil Waterman se prepara para iniciar la siguiente combinación.

—Es la mejor selección de la Pequeña Liga que he visto en muchos años —comenta Dave Mansfield algunos días después de la aplastante victoria de Bangor West contra el Milli-nocket.

Se mete un puñado de pipas de girasol en la boca y empieza a masticarlas. Mientras habla va escupiendo cascaras.

—No creo que nadie pueda vencerlos, al menos no en esta división.

Se interrumpe y observa a Mike Arnold correr hacia la base de meta desde la primera, atrapar un toque y girarse de nuevo hacia la base. Echa el brazo hacia atrás y... no lanza la pelota. Mike Pelkey sigue en el montículo; esta vez ha olvidado que su tarea consiste en cubrir, pues la base está desprotegida. Lanza una rápida mirada de culpabilidad a Dave. A continuación esboza una radiante sonrisa y se prepara para repetir la jugada. La próxima vez lo hará bien, pero ¿se acordará de hacerlo bien durante el partido?

—Por supuesto, podemos vencernos a nosotros mismos —comenta Dave—. Eso es lo que suele ocurrir. ¿Dónde estabas, Mike Pelkey? —aulla de repente—. ¡Se supone que debes cubrir la primera!

Mike asiente con la cabeza y se dirige a su puesto... Más vale tarde que nunca. —Brewer —prosigue Dave meneando la cabeza—. Brewer jugando en casa. Eso sí que será difícil. Los del Brewer siempre son difíciles.

Bangor West no da una paliza a Brewer, pero sí gana su primer «partido en ruta» sin demasiada dificultad. Matt Kinney, el primer lanzador del equipo, está en buena forma. No es que sea abrumador, pero sus pelotas rápidas tienen un efecto traidor y sinuoso, y asimismo tiene un lanzamiento oblicuo modesto pero eficaz. A Ron St. Fierre le gusta decir que todos los lanzadores de la Pequeña Liga de América creen que tienen un lanzamiento en curva de impresión.

—Lo que creen que es un lanzamiento en curva suele ser un cambio en forma de piruleta —comenta—. Cualquier bateador con un poco de autodisciplina puede merendarse un lanzamiento así de mediocre.

Sin embargo, el lanzamiento en curva de Kinney realmente describe una curva, y esta noche se luce y elimina a ocho bateadores. Y lo que es más importante, concede sólo cuatro bases por bolas. Las bases por bolas son la cruz de todo entrenador de la Pequeña Liga.

—Te matan—afirma Neil Waterman—. Las bases por bolas te matan en cada partido. Sin excepción. El sesenta por ciento de los bateadores consiguen bases por bolas hasta anotar tantos en los partidos de la Pequeña Liga.

Pero no sucede así en este partido; dos de los bateadores a los que Kinney concede bases por bolas son forzados en la segunda, mientras que los otros dos se quedan estancados en la base al terminar la entrada correspondiente. Tan sólo un bateador del Brewer consigue un golpe bueno; se trata de Denise Hewes, el centro del equipo, que transforma una jugada simple con un bateador eliminado, pero es forzada en la segunda.

Con el partido ya en el bolsillo, Matt Kinney, un muchacho solemne y casi escalofriante por lo controlado de su carácter, dedica una de sus infrecuentes sonrisas a Dave, dejando al descubierto una pulcra hilera de aparatos de orto-doncia.

—¡Le ha dado! —exclama casi con veneración.

—Espera a ver a los del Hampden —responde Dave con sequedad—. Ahí todos le dan.

El 17 de julio, el escuadrón del Hampden se presenta en el campo del Bangor West, situado detrás de la fábrica de Coca-Cola, y no tarda en confirmar que Dave estaba en lo cierto. Mike Pelkey se marca unas jugadas bastante decentes y conserva el control mucho más que en el partido contra el Milli-nocket, pero no constituye ningún problema para los chicos del Hampden. Mike Tardif, un robusto muchacho con un bate increíblemente rápido, envía el tercer lanzamiento de Pelkey más allá de la valla izquierda del campo, a unos setenta metros de distancia, y logra así una carrera en la primera entrada. Hampden consigue dos carreras más en la segunda y aventaja al Bangor West por 3 a 0.

En la tercera entrada, sin embargo, el Bangor West parece despertar. El lanzamiento del Hampden es bueno. El lanzamiento del Hampden es impresionante, pero la defensa del Hampden, sobre todo en el cuadro, deja bastante que desear. El Bangor West logra tres bases, que combinadas con cinco errores y dos bases por bolas les proporcionan siete carreras. De esta manera es como se suelen jugar los partidos de la Pequeña Liga, y siete carreras deberían haber bastado, pero no es así; los adversarios persisten y consiguen dos carreras en su mitad de la tercera y dos más en la quinta. Cuando el Hampden sale a batear en la segunda mitad de la sexta, ya sólo pierde por tres carreras, 10 a 7.

Kyle King, un muchacho de doce años que hoy ha sido el primer lanzador del Hampden y después ha pasado a ser receptor en la quinta, empieza la segunda mitad de la sexta con una doble

jugada. A continuación, Mike Pelkey elimina a Mike Tardif por strikes. Mike Wentworth, el nuevo lanzador del Hampden, logra una jugada simple al enviar una pelota al fondo del campo, entre segunda y tercera base. King y Wentworth avanzan una base, pero se ven obligados a quedarse ahí porque Jeff Carson batea una roleta directamente de regreso al *lanzador*. A continuación sale a batear Josh Jamieson, una de las cinco grandes amenazas del Hampden, en un momento en que hay dos jugadores en bases y dos eliminados. Si consigue batear bien, el marcador quedará empatado. Aunque se nota que está cansado, Mike saca fuerzas de flaqueza y lo elimina. El partido ha terminado.

Los chicos se ponen en fila y entrechocan las manos como manda la costumbre, pero es evidente que Mike no es el único que está agotado; cabizbajos y con los hombros caídos, todos ellos tienen aspecto de perdedores. El Bangor West cuenta ahora en su haber tres victorias y ninguna derrota, pero el triunfo de hoy ha sido pura coincidencia, el tipo de partido que convierte la Pequeña Liga en una experiencia enervante tanto para los espectadores como para los entrenadores y los propios jugadores. El Bangor West, un equipo por lo general seguro de sí mismo en el campo, ha cometido alrededor de nueve errores.

—No he pegado ojo en toda la noche —masculla Dave durante el entrenamiento del día siguiente—. Maldita sea, jugaron mucho mejor que nosotros. Deberíamos haber perdido el partido.

Al cabo de dos noches, tiene algo más de qué preocuparse. Ha recorrido diez kilómetros con Ron St. Pierre para ver jugar a Kyle King y sus compañeros del Hampden contra el Brewer. No es un viaje de exploración. El Bangor ha jugado contra ambos equipos, y los dos hombres han tomado gran cantidad de notas. Lo que realmente esperan, reconoce Dave, es que el Brewer tenga suerte y consiga derrotar al Hampden. Pero no sucede; lo que realmente ven no es un partido de béisbol, sino un ejercicio de artillería.

Josh Jamieson, que quedó eliminado en un momento crítico contra Mike Pelkey, envía una pelota de carrera completa al campo de entrenamiento del Hampden. Y Jamieson no está solo. Carson consigue una carrera, Wentworth otra y Tardif dos. El resultado final es de Hampden 21, Brewer 9.

En el viaje de regreso a Bangor, Dave Mansfield masca un montón de pipas de girasol y apenas pronuncia palabra. Tan sólo habla en una ocasión cuando entra con su viejo Chevrolet verde en el maltrecho estacionamiento de tierra que hay junto a la fábrica de Coca-Cola.

—El martes tuvimos suerte y lo saben —afirma—. Cuando vayamos ahí el jueves nos estarán esperando.

Todos los diamantes en los que los equipos del Distrito 3 representan sus dramas de seis entradas tienen las mismas dimensiones, palmo más o puerta menos. Todos los entrenadores llevan el reglamento en el bolsillo posterior, y lo consultan con frecuencia. A Dave le gusta decir que hombre prevenido vale por dos. El cuadro mide veinte metros a cada lado y es un cuadrado colocado sobre el punto que es la base de meta. De acuerdo con el reglamento, la valla protectora debe encontrarse como mínimo a siete metros de la base de meta, a fin de proporcionar tanto al receptor como al corredor en tercera una oportunidad justa en caso de error. Las vallas deben hallarse a setenta metros de la base. En el campo del Bangor West la distancia es algo mayor. Y en Hampden, hogar de bateadores de primera como Tardif y Jamieson, la distancia es unos diez metros más corta.

La medida más inflexible es también la más importante; se trata de la distancia que media entre la plataforma del lanzador y el centro de la base de meta. Quince metros, ni más ni menos. Cuando se trata de esta distancia, nadie dice nunca: «Va, más o menos ya es eso; dejémoslo». La mayoría de los equipos de la Pequeña Liga viven y mueren a causa de lo que ocurre en los quince metros que median entre estos dos puntos.

Los campos del Distrito 3 varían de forma considerable en otros aspectos, y por lo general basta un breve vistazo para descubrir qué actitud tiene cada comunidad hacia el béisbol. El campo del Bangor West está en malas condiciones, una circunstancia que el ayuntamiento ignora sistemáticamente a la hora de distribuir el presupuesto de las actividades de ocio. La superficie es una arcilla estéril que se convierte en sopa cuando llueve y en cemento cuando no llueve, como ha sido el caso de este verano. El riego mantiene la mayor parte del campo exterior bastante verde, pero el cuadro no tiene remedio. A lo largo de las líneas crece un poco de hierba descuidada, pero la zona situada entre la plataforma del lanzador y la base de meta está casi pelada. La valla protectora está muy oxidada; con frecuencia, los errores y los lanzamientos malos se cuelan por una amplia brecha que hay entre el suelo y la valla. Dos grandes dunas se extienden a través de la parte derecha y el centro del campo. De hecho, estas dunas se han convertido en una ventaja para el equipo local. Los jugadores del Bangor West aprenden a aprovechar las carambolas en ellas, del mismo modo en que los jugadores de los Red Sox aprenden a aprovechar sus carambolas en el Monstruo Verde. Los defensores de los equipos visitantes, por otra parte, se ven obligados en muchas ocasiones a perseguir sus errores hasta la valla.

El campo del Brewer, situado entre la sucursal local de supermercados IGA y unos almacenes Mardens, se ve obligado a disputarse el espacio con lo que tal vez es el parque infantil más viejo y oxidado de Nueva Inglaterra; los hermanos y las hermanas pequeñas de los jugadores miran el partido montados boca abajo en los columpios, con la cabeza apuntando al suelo y los pies, al cielo.

El campo Bob Beal, de Machias, con su cuadro salpicado de gravilla, es con toda probabilidad el peor campo que el Bangor West visitará esta temporada, mientras que el del Hampden, con su campo impecable y su pulcro diamante, es seguramente el mejor. El diamante de Hampden, situado tras la sucursal de la asociación de veteranos de guerra y flanqueado por una zona de picnic ubicada tras la valla y un bar con lavabos, parece un campo de niños bien. Pero las apariencias engañan. Este equipo se compone de jugadores de Newburgh y Hampden, y Newburgh sigue siendo una zona de pequeñas granjas y productos lácteos. Muchos de los jugadores van a los partidos en viejos coches con senadora alrededor de los faros y con el tubo de escape sujeto con alambre; tienen la piel quemada por el sol a causa de las tareas que les toca hacer, y no porque se pasen el día tumbados junto a la piscina del club de campo. Niños de ciudad y niños de campo. Una vez enfundados en sus uniformes, no importa mucho quién es qué. Dave tiene razón. Los aficionados de Hampden y Newburgh están esperando. La última vez que Bangor West consiguió el título del Distrito 3 de la Pequeña Liga fue en 1971; Hampden jamás ha ganado el campeonato, y muchos aficionados locales esperan que este año sea la primera vez, pese a la derrota que han encajado frente al Bangor West. Por primera vez, el equipo de Bangor es consciente de que juega fuera de casa; se enfrenta con gran cantidad de aficionados contrarios.

Matt Kinney es el primero en lanzar. Por Hampden empieza Kyle King, y el partido se convierte con gran rapidez en el fenómeno más interesante y menos frecuente de la Pequeña Liga; en un auténtico duelo de lanzadores. Al término de la tercera entrada, el marcador señala Hampden 0, Bangor West 0.

En la segunda mitad de la cuarta, Bangor se anota dos carreras inmerecidas cuando la defensa del Hampden se viene abajo. Owen King, el primera base del Bangor West, pasa a batear con dos jugadores en bases y uno eliminado. Los dos King, Kyle por el equipo de Hampden y Owen por el equipo de Bangor West, no están emparentados. No hace falta jurarlo; un vistazo basta para darse cuenta. Kyle King mide alrededor de un metro sesenta, mientras que Owen King pasa bastante del metro ochenta. Las diferencias de estatura y constitución son tan extremas en la Pequeña Liga que resulta muy fácil sentirse desorientado, víctima de una alucinación.